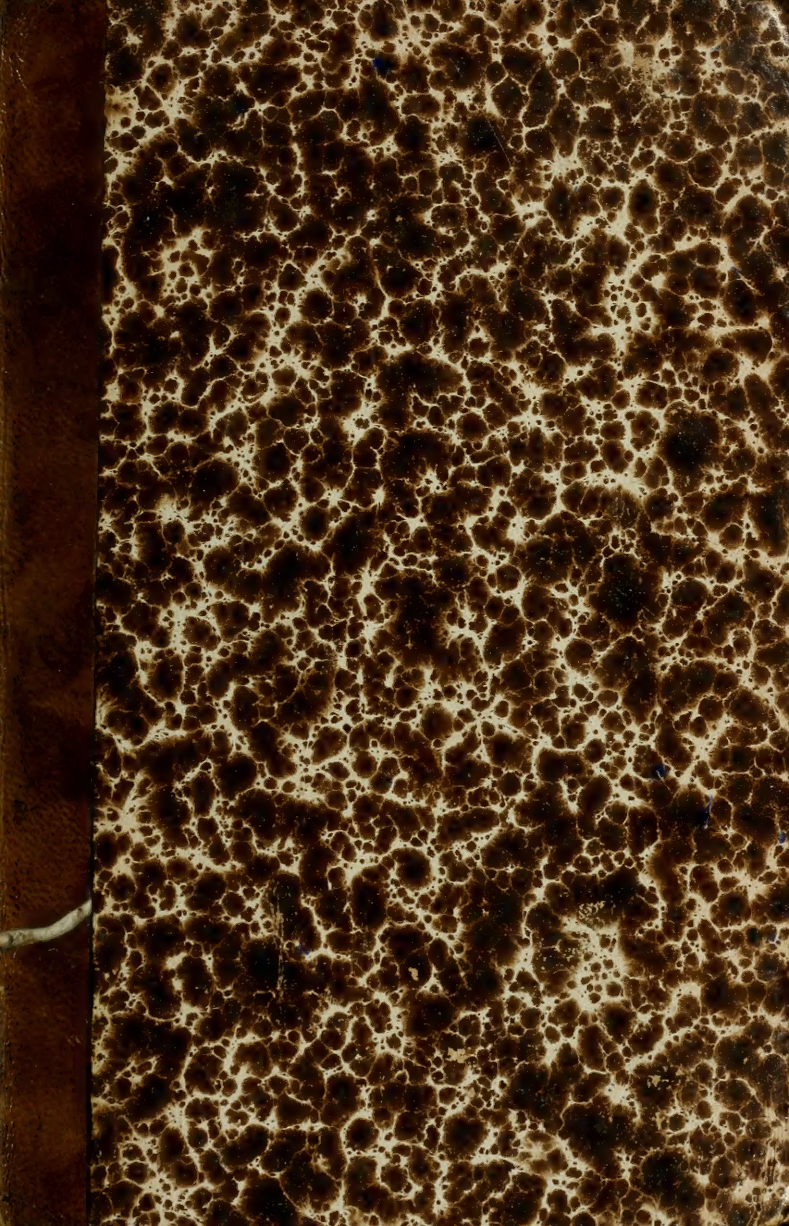






HISTORIA

DEL

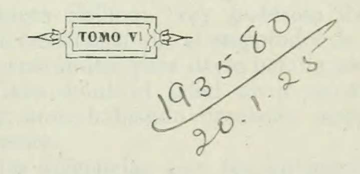
EMPERADR CARLOS V,

REY DE ESPAÑA;

escrita por el maestro

DON FRAY PRUDENCIO DE SANDOVAL,

OBISPO DE PAMPLONA.



MADRID: — 1847.
LA ILUSTRACION: Est. Tipográfico-Literario-Universal.
Calle de la Madera baja núm. 8.

HISTORIA

DEL

EMPERADOR CARLOS V,

REY DE ESPAÑA.

LIBRO VEINTE

AÑO 1532.

I.

Escribe el emperador á su esposa, sobre la amenaza de las armas del turco.

Fue notable este año por la poderosa venida que el gran turco Soliman, rey poderoso de los turcos hizo la resistencia que el emperador le salió á hacer esperándole para darle batalla en los campos de Viena donde el infiel no le acometió ni se atrevió; antes habiendo desafiado se retiró vergonzosamente.

Ya dije las diligencias que los enemigos del emperador y los hereges hacian para levantar esta fiera contra el pueblo cristiano. Temiase su venida y el estruendo sonaba de sus infinitas armas en Europa. Estaba el emperador en Bruselas á 17

de enero de este año, con hartos cuidados por colgar de él solo la defensa de la cristiandad. Significalos muy bien el César en una carta que el dia que digo escribió á la serenísima emperatriz su muy cara y muy amada mujer, diciéndole que los avisos que habia en lo del turco era que todo su cuidado ponia en hacer una gruesa armada para en el verano que venia enviarla á la especieria al mar Rojo: y que ahora se tenia aviso de Venecia por un embajador, que aquella república tenia en la corte del turco de la que habia partido á 5 de noviembre, y por su relacion y cartas que trajo de otro embajador que quedó allá de diez del dicho mes decian: que el turco tenia determinado venir contra la cristiandad aquel verano, y para este efecto preparaba una gruesa armada y ejército en que decian que serian trescientas velas entre galeras y palanderias, que sirven para traer caballos con cuya armada y ejército vendria Abrain Basa contra Nápoles ó Sicilia, y que la persona del turco entraria al mismo tiempo con su casa y el resto de su poder por Hungria, que asi mismo habia venido de allá un patriarca de Aquileya, veneciano, que decia las mismas nuevas; y que este por medio de Luis Griti ofrecia tratar paz con el turco: que parecia cosa imposible que en tan breve tiempo pudiese el turco poner á punto tantas y tan grandes armadas, porque juntamente con estas decian que se continuaba la que tenia para la especieria, que por ser en el mar Rojo no podrian servir para lo de acá y que asi en Roma donde fue el dicho patriarca, y en Bruselas se juzgaba que querer el turco que esto se publicase y por otra parte se hablase en trato de paz que seria por al-

gun fin que no se entendia. Que por muchas y evidentes causas se creia que aquel año no tenia el turco tal aparejo para semejante empresa ni la haria. En especial, que por Hungria, ni por estas partes no habia nueva de esto. Pero que con todo habia mandado proveer que las fronteras de Nápoles, y Sicilia se fortificasen y pusiesen a recaudo y se hiciesen las otras provisiones necesarias.

Concluye la carta diciendo:

«Esto es lo que hasta ahora se ha sabido: pórnase diligencia en saber lo cierto, y lo que viniere y sucediere le haremos saber. Y ninguna de estas cosas estorbará cuanto á mí sea posible de poner en obra mi camino para esos reinos, como los he escrito: y asi hallá debe ponerse diligencia en lo que se ha de proveer conforme á lo que escribimos. Serenísima, muy alta y muy poderosa emperatriz y reina mi muy cara y muy amada mujer, la santísima Trinidad la haya en su especial guarda y recomiendas. De Bruselas á 17 de enero de 1532 años.=YO EL REY».

II.

Preparativos del emperador contra el turco:--Resentimiento del duque de Baviera.

Con estos cuidados estaba el emperador, y daba órden en juntar todas sus fuerzas. Por manera que se comenzó á hacer el mayor aparato de guerra por mar y tierra que los vivos vieron, que no parecian sino los tiempos de Jerges, ó de aquellos reyes y capitanes de los primeros siglos, que hacian millones de gentes. Habia el emperador man

dado juntar en Ratisbona, que es cerca del Danubio, todos los príncipes y ciudades libres de Alemania para tratar con ellos el remedio que podian tener las cosas de la religion, y en qué manera se podria resistir á tan poderoso enemigo como el turco que venia contra ellos. Hallaba que los hereges se sentian favorecidos de algunos príncipes poderosos de Alemania, como Federico duque de Sajonia, y Filipo Lazgrave de Hesia, los cuales como querian mal al emperador y al rey don Fernando su hermano, y eran antiguos enemigos de la casa de Austria, favorecian la heregia por parecerles que la alteracion que habia de haber con ella disminuiria mucho la potencia y autoridad del emperador, y del rey su hermano, y casa de Austria, cuyos émulos mortales eran.

Ademas de esto, Guillermo duque de Baviera, que habia pretendido ser emperador, no podia llevar en paciencia que el rey don Fernando hubiese en la dieta pasada sido electo rey de romanos, diciendo, que lo querian llevar como herencia, y quejábase que el imperio romano se perpetuase como si fuera mayorazgo en la casa de Austria, pues eran ya cuatro los que de alli habian sucedido, uno en pos de otro en el imperio, y pasaba esto tan adelante, que decia, que el rey don Fernando no habia sido bien electo, y que se juntase nueva dieta, porque la pasada habia sido corrompida con las dádivas, y ambicion, y con temor de la gran potencia con que los dos hermanos en ella se hallaron.

Tambien estaba este duque sentido por el reino de Bohemia, que lo habia pretendido. Por lo cual, aun los que no eran hereges, ni sentian mal

de la potestad del Papa, no servian de voluntad al emperador.

Por estas causas hallaba el emperador mas dificultad en las causas de Lutero para castigarlo como merecia, de lo que algunos han juzgado, queriéndole cargar la culpa, diciendo que anduvo remiso en castigar á este herege, aunque el cardenal Laurencio Campegio, legado del Papa, apretaba lo que podia, para que el emperador hiciese de hecho.

III.

Nueva de la venida del turco:--Cristianos y protestantes se ligan contra el enemigo comun:--Escribe el emperador al condestable.

Llegó nueva cierta á Ratisbona que el turco Soliman acompañado de una innumerable multitud de gente, habia partido de Constantinopla, y llegado á Missia. Los alemanes oyendo esto tuvieron grandísimo miedo. Deciase que el turco venia á Hungria, con intencion de conquistar á Viena de cuyos muros se habia apartado antes (como dije) afrentosamente por no la haber tomado.

Luego acudieron á suplicar al emperador el arzobispo de Maguncia y el conde Palatino, que se tomase algun medio con los protestantes. Hubo de hacerse lo que no se hiciera sino fuera por esta venida del turco, que decian traia mas de tres cientos mil combatientes. Lo que con los protestantes se asentó fue. que á cierto tiempo se juntase un concilio, ó junta nacional, y que viniesen alli los protestantes dándoles seguro que en el in-

terin pudiesen usar libremente de su nueva religion: con esto acudieron todos para ayudar al emperador contra el turco.

Estaban confederados con los protestantes veinte y cuatro ciudades, y siete príncipes de los mas poderosos de Alemania que eran una gran fuerza. Juntáronse con estos no mas de (como dije) por haber hecho rey de romanos á don Fernando, los hermanos del duque de Baviera.

El rey de Francia habia dado, á los de Baviera cien mil florines de oro prometiéndoles mayor socorro si el emperador ó el rey don Fernando les hiciese alguna fuerza.

Tambien le habia ofrecido su favor por esta misma razon el rey de Inglaterra, que con el ciego amor en que habia dado, daba en estos y otros mayores desatinos.

Estaba el emperador cuando se trataban estas cosas entre sus enemigos en Ratisbona,, juntando de diversas partes gente, y armas para ir contra Soliman y no hallándose con el ayuda y poder que para ir contra tan poderoso enemigo convenia, no era mucho antes con buena prudencia debia disimular con cosas hasta que viese la suya, para vengar sus injurias y las de Dios, como lo hizo á su tiempo. Y como nunca los trabajos vienen solos, sino que unos se llaman á otros, sucedió en estos mismos dias en Ratisbona, la muerte de Juan, hijo único de Cristierno II de este nombre, rey de Dinamarca, hijo de Isabel hermana del emperador, siendo de solos diez y seis años, el cual andaba en la corte del emperador su tio, que sintió su malograda muerte como era razon.

Al mismo tiempo su padre el rey Cristierno

estando cercado en Anslos de los danos, suecos y hubecenses que estaban rebelados como traidores contra él le engañaron con cierta manera de treguas, y fiándose de ellos entró con pocos de los suyos en el campo de sus enemigos, y con achaque falso que habia quebrado las treguas, le prendieron y le pusieron en un castillo muy fuerte de Sundeburgi en Holsacia donde acabó tristemente sus dias privado del reino y de la libertad, dejando solas dos hijas, Cristierna y Dorotea que se criaban en Flandes como hijas de hermana del emperador.

En Ratisbona á 11 de julió escribió el emperador al condestable que su venida á aquella ciudad habia sido para tener córtes con los estados del imperio, y dar órden y asiento en las cosas de la fe que á causa de las heregias que se habian levantado estaban en mucho peligro, y en las de justicia y gobernacion de él y acabado esto venirle á estos reinos como lo tenia escrito, que era la cosa que mas deseaba, para lo cual luego que alli llegó habia mandado hacer armada en Génova: pero que el turco, comun enemigo de la cristiandad, venia contra Alemania por las partes de Hungria con muy grande ejército, é intencion de hacer todo el mal y daño que pudiese: que asi mismo enviaba armada de mar para este efecto á las costas de Italia, y reinos de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, por lo cual, visto el peligro que á sus tierras y reinos, y generalmente á toda la cristiandad se seguia de la venida de este comun enemigo, que no cumpliria con lo que debia á Dios nuestro Señor, y a la dignidad en que le habia puesto hallándose alli, pues si estuviera acá tenia

obligacion de venir á ello, habia mandado que se hiciese la armada para que saliese á buscar y resistir la suya. La cual saldria muy presto. Y que para la jornada que se habia de hacer por tierra tomando esta causa por suya propia, como en la verdad lo era, habia mandado juntar un buen ejército de la gente de á pie y de á caballo con que el imperio y príncipes de él ayudaban, y la que, él por su parte mandó hacer á Alemania, española italiana y de los señorios de Flandes y Borgoña, ademas de la que él alli tenia, y asi mismo la gente del serenísimo rey de romanos su hermano, la ayuda que el reino de Bohemia le habia hecho y el socorro que se esperaba del Papa con la artilleria y municiones, con lo cual, todo fiando en nuestro Señor, cuya causa hacia, esperaba resistir este enemigo quebrantar sus brios y estorbar sus malos fines y propósitos. Que acabado esto que seria presto, pensaba venirse á estos reinos y reposar en ellos como lo deseaba.

Encarga al condestable que entretanto sirva á la emperatriz, y mire por el bien de estos reinos.

En otra carta que en este dia escribió el emperador al condestable dice de su salud que no la habia tenido, porque andando á caza, y corriendo dió una caida, de la cual le sucedió un humor en las piernas y en otras partes del cuerpo que le habia dado mucho enojo: casi en este tiempo estuvo la emperatriz mala en España.

IV.

Descúbrese la perfidia del rey de Francia.

Volviendo pues á la venida del turco, digo, que como se decia públicamente (y pudo ser falso) que el rey de Francia era gran parte de la venida de este enemigo, el emperador quiso descubrirle el pecho, y envió á pedir su ayuda y que si no queria dar gente, que diese dineros, pues la causa era universal, que tocaba á todos: que fuera de esta general obligacion, tenia otra conforme á la concordia última que entre ellos se habia hecho en Cambray.

A esto respondió el rey de Francia, que él no podia empobrecer su reino sacando de él toda la moneda, ni le convenia enviar fuera los soldados viejos, pues seria dejar la tierra sin defensa, y él sin fuerzas para poderse valer de sus enemigos. Con esto se desengañó el emperador, y vió que esta jornada estaba á sola su cuenta, y asi todo lo que para ella era forzosa. Y porque la grandeza de esta empresa pide entero conocimiento del caso, habré de tomar los cuentos y corriente de ellos desde su orígen.

V.

Lo que trajo al turco contra Hungria.

Por la muerte del rey Luis de Hungria fue pretendiente del reino, Juan Sepusio de Baiboda, al cual el rey don Fernando venció, desbarató y echó

de toda la Transilvania: él se pasó á Polonia y fue á valerse á la casa de un caballero principal de aquel reino, llamado Gerónimo Lasco, poderoso en hacienda y estimacion y de mucho valor y prudencia.

Recibió al Baiboda con gran voluntad y con la misma le ofreció favorecerle con su hacienda y persona, en lo cual tambien ayudó el rey Sigismundo de Polonia, que por ciertos respetos, deseaba ver rey á Baiboda, y no estaba bien con el rey don Fernando.

Habiéndose pues tratado por algunos meses entre Lasco y Sepusio, del remedio que se podia tener en su negocio, vinieron los dos en un consejo, para ellos el mejor que pudieron hallar; pero perniciosísimo para la república cristiana y escandaloso para entre hombres que se tenian por cristianos. Es pasion maligna, que cuando los hombres vean perdidas las esperanzas, procuran remedios estraordinarios, por mas que se multipliquen inconvenientes dañosos, y es tan poderosa esta en los grandes, que por ensanchar sus casas, reinos y estados, pocas veces dudan de confundir y mezclar lo divino y profano.

El consejo que tomaron estos dos grandes amigos, fue, que Juan Sepusio se encomendase al gran turco Soliman y que le pidiese su favor y socorro ofreciéndosele por muy su vasallo y tributario, si (conquistando de nuevo el reino de Hungria) le daba el título y feudo como cosa suya. Ofrecióle Gerónimo Lasco, hacer por él esta embajada por su persona.

Dícese, que tuvo cartas del rey de Polonia para Soliman, y para muchos de sus criados y bajaes.

Propuso Gerónimo su embajada delante de Soliman y remitióle (segun usan los príncipes otomanos) á los privados, para que diesen la respuesta. Entendióse tambien con ellos, que le dió por ultima resolucion, que Soliman holgaria de recibir en su amparo y servicio al rey Juan y de favorecerle con todo su poder, hasta ponerle de su mano en la silla del reino. Y para mayor seguridad prometió no encomendar la guerra á alguno de sus capitanes, sino hacerla él, por su propia persona.

Supo el rey don Fernando estos tratos y respuestas y vió el peligro que corrian sus cosas (si un enemigo tan poderoso tomaba de gana la causa de su competidor) y acordó tambien tentar por su parte á Soliman. Para esto envió luego á Constantinopla por su embajador á Juan Oberdansco húngaro, persona de gran valor y prudencia, el cual llegó á la corte de Soliman muy pocos dias despues que á Lasco, se le dio la respuesta que acabo de decir. Propuso el húngaro embajador del rey don Fernando ante Soliman, su embajada, ofreciendo de parte de su rey las mismas condiciones de paz, que los reyes de Hungria sus antecesores solian tener y guardar y las que al presente guardaba el rey Sigismundo de Polonia.

Diósele una respuesta seca y llena de soberbia y arrogancia, diciendo que los reyes de Hungria nunca acostumbraban á tomarse tan de veras con la casa otomana, ni ella dejar de favorecer á los que maltrataban y ofendian a sus amigos. Que Hungria era ya de Soliman desde que mató en batalla al rey Luis, y que no solo pensaba como dueño de ella favorecer a Juan Sepusio con todas sus

fuerzas, sino que le habia de meter por su persona en el reino, á pesar del rey don Fernando y del emperador su hermano, dándoles de manera en que entender en sus casas, que no se acordasen de las agenas, y que con esto no se detuviese un punto mas en Constantinopla, porque desde luego les publicaba la guerra á todo rigor.

Cuando volvió Oberdansco con esta embajada y se publicó en Alemania, no se pudo creer que Soliman tratase semejante cosa, como era salir de su casa á hacer guerra por alguno y querer atravesarse tan de propósito por lo que tan poco le importaba, con el César y su hermano. Todas estas cosas ponian en cuidado al rey don Fernando viéndose rodeado de tantas dificultades y peligros y que el emperador que le habia de sacar de ellas estaba entonces muy envuelto con las guerras de Francia é Italia.

Venido el verano del año de veinte y nueve, mandó Soliman aderezar á mucha prisa todo lo necesario para esta guerra. Apercibiéronse los sausacos y capitanes ordinarios, Basas, Subasas, Baibodas y flamuranos, que son todos oficios de su milicia ordinaria. Señalóseles cierto dia, para cuando se habian todos de hallar en la ciudad de Sophia de los tríbalos, porque alli tenia su asiento el sancajo mayor de la caballeria de Europa, como el de Asia le tiene en Curca de Capadocia. Diose el cargo de escribir Acangios á Micalogles Basa Son Acangios una gente estraordinaria de á caballo á la ligera; que sirven de descubrir y correr los campos y de robar todo cuanto topan delante y suele traer de estos el gran turco cincuenta mil y á las veces mas.

Como supo Soliman, que todas sus gentes estaban juntas, partió de Andrianópoli y llegó en quince jornadas á Belgrado, donde le salió al encuentro su nuevo amigo Juan Sepusio, acompañado de muchos amigos suyos y de personas principales húngaros y polacos. Fue á besarle la mano como vasallo por tan gran merced como le hacia, en tomar por suya la causa de su restitucion. Recibióle Soliman con grave y alegre rostro y prometióle de nuevo no alzar la mano de su negocio hasta acabarle, y ponerle en el trono real de Hungria. Recogióle y prometióle todo favor Habraimo Basa, el mayor privado de Soliman, á quien encomendó mucho al rey Juan Aloisio Griti veneciano, hijo de Andrea Griti, duque de Venecia. Era este Griti, cristiano y por sus buenas gracias habia subido tanto con Habraimo á Soliman y así venia Griti á mandarlo todo, y como él tenia grandísima amistad con Juan Sepusio no habia menester mas para que sus negocios se tomasen de buena gana.

Partió luego Soliman de Belgrado para Buda: hallóla desamparada de los moradores, porque como no tenian guarnicion, ni otro reparo para defenderse, acordaron ponerse á recaudo. Unos se fueron á Strigonia, otros á Posonio y otros se metieron en Albareal. Solo quedó la fortaleza en defensa, en la cual estaba Tomas Nadasto con setecientos tudescos de guarnicion. Defendiose Nadasto todo lo que sus soldados le quisieron servir de gana y acaeció que los mismos soldados perdiendo el ánimo le rogaron que le diese, y porque dijo que no queria, le ataron de pies y manos y entregaron al turco la fortaleza con partido de solas las vidas. Salieron los tudescos con

esto seguramente, sin que Soliman supiese lo que tan malos soldados habian hecho con su capitan. Despues como lo supo recibió tan grande ira ver una traicion tan desvergonzada, que envió luego tras ellos y los mandó matar, sin que se salvase uno.

A Nadasto rogóle mucho que se quedase en su servicio y como no lo quiso hacer dejólo ir libremente. Cosa cierto notable y de loar en un príncipe bárbaro, sino decimos que lo movió matar estos soldados, el odio que tenia á todos los cristianos.

Partió luego de Buda Soliman, la via de Viena con intencion de ponerle cerco y no levantarse de ella hasta tomarla. Tomó de camino un lugar que se dice Altaburgo y de alli envió á correr el campo de Cinco Iglesias, ciudad principal de Hungria. Hiciéronlo esto tambien los acangios, que no dejaron cosa hasta los muros de Viena, en la cual habia ya el rey don Fernando metido toda cuanta gente pudo juntar, con la cual estaban dentro, Luis conde Palatino del Rhin y Nicolao Salma valiente capitan, que se halló en la prision del rey de Francia. Tenian estos muy buena y mucha artilleria, cien piezas gruesas y trescientas menores.

El rey andaba por Alemania convocando mas gentes y buscando favores de diversas partes. Serían los que estaban en Viena veinte mil hombres escogidos, bastante número de gente para guarnecer y defenderse en cualquiera ciudad por grande que sea.

Llegó Soliman sobre Viena mediado setiembre y no llegó antes por las muchas aguas que cayeron por todo el agosto, que no le dejaron cami-

nar ni pasar los rios. Alojó su campo en torno de la ciudad en cinco cuarteles, con tanto número de tiendas, que cabrian grandísimo trecho, por el espacio de dos leguas. Dióles la vida á los cercados que no traia Soliman artilleria para batirlos: pero con todo eso, era tanta la multitud de los mosquetes y tirillos de camino, que tiraban balas como naranjas, y de las saetas que caian ordinariamente en la ciudad, que no se podia pasar de una casa á otra sin peligro, porque se tiraban flechas en alto, y despues venian cayendo tan espesas sobre las cabezas, que parecia que llovian del cielo.

Habian perdido los turcos la artilleria gruesa en el rio, que se la ganó en un asalto que les hizo Wolfango, caballero principal húngaro. A esta causa determinaron minar la fortaleza para poder dar el asalto á la ciudad: mas los de dentro, que no dormian, procuraron siempre contraminar sus minas, poniendo por todas partes atambores sobre la tierra, bacinetes llenos de agua, y otros ingenios semejantes de que se aprovechan en la guerra para sentir á que parte se mina debajo de la tierra. Ademas de esto ponian vigas al muro minado, para que si hubiese de caer, cayese sobre los enemigos, hácia la parte de fuera, y estorbase tanto caido como en pie. Salian tambien algunas veces á escaramuzar con buen denuedo, y volvian las mas veces con la victoria.

Dióseles asalto por un lienzo que se abrió con una mina, y aunque á los principios estuvo muy á pique de entrarse por alli la ciudad, cargaron tan bien los de dentro, que hicieron retirar los turcos con barto daño. Tres dias despues de esto se cayó otro portillo, y sucedió en el asalto lo mis-

mo que en el primero, de que Soliman quedó enojadísimo, y mandando llamar sus capitanes les afeó la cobardia con que habian sido vencidos tantas veces, y mandóles que para otro dia que se contaban 13 de octubre, diesen otro asalto muy de propósito, donde perdiesen las vidas ó volviesen con la victoria.

Hiciéronlo como se lo mandó, y dieron á la ciudad uno de los terribles asaltos que se pueden imaginar: y cierto, que sino fuera por unas piezas de artilleria que el conde Palatino tenia plantadas muy á propósito, aquel dia se acababa de perder Viena de todo punto.

Quiso Dios que los turcos se retiraron con pérdida de mucha gente y de reputacion, y aun con propósito de no tornar otra vez á probar ventura.

Otro dia adelante mandó Soliman traer delante de sí algunos de los cautivos mas nobles que se habian prendido en aquella guerra. Hízoles vestir muy bien, y con ellos envió á decir al conde Palatino, que les hacia saber que hasta en aquel punto él no habia entendido que el rey don Fernando no estaba dentro en Viena: porque si lo hubiera sabido no hubiera cercado la ciudad, que su intencion nunca habia sido enojarla, sino castigar en el rey el atrevimiento que habia tenido de despojar del reino á Juan Sepusio su vasallo; que ahora que sabia que don Fernando no estaba en la ciudad, se queria ir, y le pesaba mucho de los daños que les habia hecho. Por tanto, que le tuviesen por su amigo, y le recibiesen como á tal en la ciudad, que les prometia serlos un buen señor, y tenerlos con menos tributos y carga que les tenia su rey.

Riose el conde Filipo muy de veras de esta embajada, y no le dió otra respuesta mas que saludarle con la artilleria y silbarle desde los muros. Partió con esto Soliman la vuelta de Constantinopla, tan corrido y emperrado, que por donde quiera que iba hacia grandes daños, pues se dice que recogió hasta cuarenta mil cautivos.

Entróse de camino en Buda, y coronó de su mano á Juan Sepusio, dejando en su compañia con bastante guarnicion al Griti, hasta que él volviese en su defensa, que seria muy presto. Dicen que rogó en Buda que recibiese en su gracia á Perin Petre, y al arzobispo Paulo de Estrigonia, y que les perdonase las injurias que le habian hecho: y que respondiéndole Juan: «Señor, no hay para qué perdonarles, que son traidores, y mañana me han de volver á vender.» Le respondió Soliman muy bien: «Pues ¿qué mayor felicidad te se puede ofrecer en esta vida, que ser por tu clemencia tenidos tus enemigos por ingratos en este mundo, y que queden ellos con la infamia de su ingratitud, y tú con la gloria de haber usado con ellos de misericordia?»

Metiose en Constantinopla con harto contento del Pontífice y del emperador que estaban entonces en Bolonia cuidadosos de estos negocios. en la coronacion que ya dije.

VI.

Entrada de Soliman por Hungria.

Pasando con las cosas adelante, digo, que estando el emperador (como dije) en Ratisbona, supo

por muy cierto habia salido Soliman de Constantinopla, camino de Viena, con ánimo de tomarla, y no parar hasta dar batalla campal al emperador, que él llamaba rey de España. Porque el principal título de emperador decia que él le tenia, como sucesor de Constantino, y señor de la imperial ciudad de Constantinopla.

La mayor confianza que Soliman traia era ver la discordia que entre los príncipes cristianos habia: y que llegaba á tanto su potencia, que daba y quitaba reinos con estruendo y grandeza. De tal manera se pusieron las cosas, que teniendo los dos reyes Juan y don Fernando, cada uno su valedor, quedó suspenso todo el mundo hasta ver en que paraba un asombro semejante.

Bien quisiera el rey Juan componerse con su competidor: y no haber llamado al turco, pero que el rey de Francia y el de Polonia se holgaron de ello, porque no podian ya sufrir la demasiada potencia de los dos hermanos.

Entró Soliman por Hungría con el mayor ejército que se ha visto, tanto, que le dan algunos trescientos mil combatientes, y mas de doscientos mil de á caballo: y otros se alargan á quinientos mil de toda manera, y ciento veinte piezas gruesas de artilleria. Llegó a Belgrado con esta potencia, vestido con una aljuba de carmesí bordada de oro, con puñal y cimitarra de precio escesivo, en un caballo bayo ricamente aderezado. Venian con él sus visires bajás, y Abraino su gran privado, y luego doce mil cortesanos y de oficio en su casa y corte.

Habian ya entrado delante cuatro mil caballos con el estandarte, y otros cuatro mil genízaros de

su guarda: cuatro cientos esclavos á caballo con lanzas y casacas de raso azul con cordones de plata: cincuenta carros cubiertos de grana, con cada cuatro caballos, en que iba la recámara y el tesoro, y algunas damas hermosas y queridas, como era Espanciel, la griega de Macedonia, con cuatro mil caballos que las guardaban, doscientos caballos regalados de diestro; cien pages de cámara, en caballos galanes con casacas de tela de oro, y sombreros de carmesí guarnecido de oro y plata y plumas blancas; los doce con celadas bordadas de ricas piedras y perlas, una de las cuales dicen que valia ciento cuarenta mil ducados. Mil lacayos con casaquetas de raso azul y bordaduras de plata y cofias de oro con plumas blancas, que llevaban arco y carcax, y los ciento cien perros de trailla y aves de caza.

VII.

Desastres de Soliman.

Antes que Soliman entrase en Hungria le envió el rey don Fernando á tentar con algun buen partido, por ver si le podia detener de esta manera y con un presente muy rico que le llevaron los embajadores. La respuesta que les mandó dar Soliman fue, que le siguiesen hasta ver donde iba, y que alla oirian su voluntad: de lo cual se entendió bien, que queria llevar al cabo su jornada.

Propuso conforme á esto el emperador al imperio, la gran necesidad que habia de ser socorrido, y ayudado de todos en la presente necesidad: y que se entendia que cada uno ayudaba como debia de su parte

y él haria venir sus gentes de Italia y Flandes, y aun de España, y haria la guerra por su propia persona, por la salud del comun. Agradeciéronle todos esta buena voluntad, ofreciéndose servirle cada uno como mejor pudiese. Escribió luego el emperador al marqués del Vasto, para que recojiese toda la infantería española, que acababa de concluir la guerra de Florencia; y que tocase atambores por toda Italia, juntase la mas gente que pudiese, y se diese priesa á caminar con ella la via de Viena. Dióse aviso á Andrea Doria para que llevase sus galeras á Grecia, contra la armada que sabian que queria salir de Constantinopla. Avisóse á los hombres ordinarios de armas de Flandes, y Borgoña, para que se viniesen á juntar en Ratisbona.

A España ni mas ni menos se despacharon correos, para que todos los señores y las ciudades de ella, (favoreciendo como fieles y católicos vasallos á su rey) se aderezasen de hombres de armas, y de todo recaudo para esta necesidad. Escribiéronse de presto hasta doce mil tudescos, todos soldados viejos, muy ejercitados en las guerras de Italia.

El rey de Francia no se quiso hallar en esta guerra, porque estaba ya mudado de voluntad: el de Inglaterra mucho menos, porque con el repudio diabólico, que poco antes habia hecho, estaba declarado luterano, y rebelde a la Iglesia Romana. El Pontífice ayudó con todas sus fuerzas á la guerra, porque en una necesidad como esta no le pareció, que podia cumplir con su reputacion, sino se mostraba verdadero, y cuidadoso padre de la conservacion de la república cristiana. El deseo teniale

bueno, pero faltábale el dinero, porque en la guerra sola de Florencia (sin otros gastos estraordinarios) acababa de gastar un millon de ducados. De manera que para sacar dineros fue menester acudir á un remedio, que no dió poca ocasion de murmurar á todo el mundo, que fue echar subsidio, y tributo á todos los clérigos, por la quinta parte de sus beneficios. Fue grandísima la suma de dineros que se sacó de entre clérigos, frailes, monjas y hospitales.

Envió con este dinero por su legado el Pontífice al campo imperial, a su sobrino el cardenal Hípolito de Médicis, mancebo de 21 años, el mas hermoso, bien dispuesto, y apacible del mundo, y tan liberal, y bien acondicionado que se iban todos tras él. Era Hípolito riquísimo de suyo, porque poco antes habia muerto en Nápoles (donde era virey) el cardenal Pompeyo Colona, y por su muerte le habia dado el Pontífice el oficio de Vicecanciller, y todos los beneficios de Pompeyo.

En llegando el cardenal a Ratisbona se volvió el cardenal Campegio a Roma, que allí estaba por legado, porque no podia ejercitar su oficio, por las indisposiciones de la gota. Llevó Hípolito consigo mucha gente de lustre, y llegando á la corte tomó á sueldo ocho mil caballos ligeros húngaros, y dioles por capitanes á Valentino Turaco, y a Bachicio Paulo, valerosísimos hombres. Quiso que trajesen sus gentes por divisa en sus banderas un crucifijo, para mover con tan santa señal los corazones de los cristianos á tan santa empresa.

Cuando el turco llegaba con su campo á la ciudad de Samandria, quiso el rey Juan que Aloisio Griti, su amigo, cercase á Strigonia, ciudad puesta

en las riberas del Danubio, á diez leguas de Buda en el camino de Viena. Batió Griti algunos dias la fortaleza, y los tudescos que la defendian enviaron á pedir favor á los de Posonio, avisándoles como no tenian agua ni salud para defenderse muchos dias. Salió luego de Posonio en favor do los cercados el capitan Cacianer, general del campo del rey don Fernando. No fue él en persona, que no era tan valiente como eso, sino Corporano, capitan de ciertas nasadas (que son unas barcas grandes de á dos y á tres remos por banco). Llevó consigo Corporano sesenta nasadas, y fue á tomar una fortaleza, que está en la isla Comara, con intencion de esperar allí mas nasadas, que Cacianer le habia de enviar de Viena.

Tuvo Griti presto el aviso de lo que Corporano queria hacer, porque entre aquella gente liviana es tan ordinario el pasarse gentes cada dia de un campo á otro, que apenas habia entonces soldado húngaro en el ejército de Griti, ni tampoco en el de Cacianer, que no hubiese algun dia servido á quien ahora deseaba enojar. Queriendo, pues Griti prevenir á Corporano antes que se juntasen las barcas de Viena, envió por el rio arriba un buen ejército de nasadas, las cuales llegaron á la isla antes que amaneciese.

Aconsejábanle sus amigos á Corporano que se estuviese quedo, y no pelease, porque Griti le tenia gran ventaja: pero él de muy valiente no quiso sino probar ventura. Túvola tan mala que de sesenta nasadas perdió las cincuenta, y él se salvó por gran ventura con las demas, y con perdida de mas de trescientos hombres. Con esta victoria cobró Griti ánimo para continuar el cerco de

Strigonia, y porque la fortaleza era inexpugnable salvo por hambre que todo lo vence, determinó estarse quedo, y tomarla por ella.

Antes que este cerco se acabase pasaron los Alpes con el marqués del Vasto hasta veinte mil infantes, los cuales se le amotinaron antes que allá llegasen, mas él los amansó con buena gracia. Pudiera llevar el marqués si quisiera mas de treinta mil italianos, pero no quiso cargar de gente, porque habia poco dinero con que pagarla, y aquella bastaba. Llevó consigo los capitanes Marcio y Camilo Colonas, Pedro Naria Rubo, Felipe Tornelio, Juan Bautista Gastaldo, Fabricio Maramaldo, y con ellos Pirro Stipiciano, todos valientes hombres, y ejercitados en armas, y de claro nombre en la guerra. Luego tras el marqués pasó á Alemania don Hernando de Gonzaga con hasta dos mil caballos ligeros, y con otra banda el duque de Ferrara, y algunos españoles y griegos que no se quisieron dejar de hallar en tan santa jornada.

Embarcóse toda esta gente en Hala de Sajonia y fue á dar en Patabia en el Danubio. Al mismo tiempo salió el emperador de Ratisbona con muy buena caballeria flamenca, y con muchas y muy buenas piezas de artilleria que las compró en Nuremberg.

Fue el emperador á desembarcar en Lincio, adonde acudió tanta, y tan lucida gente, cual nunca desde el tiempo de los romanos el Danubio habia visto: porque ademas de la muchedumbre demasiada que venia por el rio, era hermosísima cosa ver tanta gente lucidá por las riberas, que acudian alli cada dia por tierra, de unas partes y de otras.

Estaba ya Soliman en Belgrado, y pasando el rio Draro tenia metidos en Hungria, pasados de quince mil combatientes, cosa que apenas se puede creer. Dejó el Danubio á mano derecha, y entróse por Stirico, que es tierra fértil, y abundosa de mantenimientos: porque la otra ribera del rio, la habia destruido dos años antes. Tentó de tomar á Guinz lugar pequeño, donde estaba con mediano recaudo de guarnicion, el capitan Nicoliza, persona de grandísimo valor y ánimo, el cual se defendió de tal manera de uno, y de muchos asaltos que le dieron, y se hubo tan valerosamente, que Soliman le rogó con la paz y él se rindió porque no pudo menos de hacerlo; pero hízolo tan á honra suya y con tantas ventajas que aun no consintió que le entrase turco en el lugar aunque fuese sin armas á verle siquiera, poniendo por escusa y fingida que tenia consigo muchos españoles y tudescos, que le hubieran muerto, por haber venido con Soliman á partido, y que aun no sabia si lo harian segun eran bravos, y es cierto que no tenia español ni tudesco, sino solos sus criados, y pocos.

Una de las condiciones con que se rindió, fue, que Ibraim levantaria el cerco y sitio, si vuelto de sobre Viena la hubiese tomado, y que en tal caso le fuese entregado Guinz: estas y las demas condiciones fueron harto vergonzosas para los turcos, respecto del grande ejército que estaba sobre aquel pequeño lugar.

Afirmó despues Nicoliza muy de veras, y no dejó de dársele crédito, porque lo merecia, que en el postrer asalto que le dieron los turcos, (que fue bravísimo), vió por sus ojos pelear un caballero en el aire en un caballo blanco, que cegaba

los turcos y los derribaba de las cercas. Túvose creido que aquel era el glorioso caballero y obispo, San Martin, patron y abogado de aquella villa de Guinz. Y cierto, quien viere los innumerables milagros que los canónigos turonenses, donde San Martin fue obispo, escriben, que Nuestro Señor ha hecho por intercesion de este glorioso santo, no tendran á mucho que hiciese este y otros mayores.

De Guinz despidió Soliman los embajadores del rey de romanos, que hasta allí los habia hecho venir en su campo. Dióles cartas para el emperador y para el rey, escritas en arábigo, con letras verdes y doradas, en pergamino largo y arrollado, como acá ponemos los privilegios, y metidas en una caja ó saquillo de carmesí, selladas con un sello de oro en el sobreescrito. Al principio de las cartas, venian soberbios títulos de muchos reinos suyos y agenos: al cabo de todos llamábase rey y señor de toda la tierra y emperador del mundo.

Decia, en suma, que su venida era vengar las injurias del rey Juan, y que si hallaba con quien pelear en campaña, que no deseaba otra cosa, porque tenia esperanza muy cierta, que Dios y su profeta Mahoma le favorecerian, pues traia tan justa demanda: por tanto, que si se tenian por reyes y se acordaban que lo eran, viniesen con él á la batalla, y que acabarian de determinar de una vez cuyo era el mundo, ó quedarian con él, ó sin nada.

Súpose de los embajadores por cierta relacion, que Soliman traia quinientos mil hombres y trescientas piezas de artilleria menuda, que la mayor

de ellas no tiraba la bala mayor que un huevo de ansar, que venia bien proveido de bastimentos, y la gente en muy buen órden y bien mandada, y pagada, que no importa menos que todo el ser de un ejército, y mas siendo tan grande. Dijeron de Soliman, que dejado aparte el no ser cristiano, en lo demas era concertado, amigo de justicia, templado, continente, liberal y magnánimo, y para entre bárbaros digno del grande imperio que tenia. Decian que se les habia hecho buen tratamiento, sin que les faltase cosa, sino el vino que allá no se bebe, y que despues de Ibraim valian mucho con él dos belherbeys, que son los generales de la caballeria, el uno Ayaz y el otro Casinio, y tras estos Micaloglis, el general de los acangios.

Con esta relacion pasó el emperador con todo el ejército hasta ponerle en Viena. Soliman levantó el suyo de Guinz. Tomó Ibraim la via de Mura, con la vanguardia, y él con la retaguardia, caminando siempre desviados de Viena, lo mas que podian. Cuando en el campo imperial se entendió que Soliman rehusaba la batalla, habiéndose tenido por tan cierto que la quisiera dar, comenzaron á perderle el miedo, si alguno tenian. Hacian burla de tantos bárbaros y tan vil chusma, que habiendo blasonado y amenazado, se volvian huyendo, y dábanles en rostro, que siendo tantos, en veinte y tres dias no hubiesen podido vencer á Nicoliza.

Preguntáronle á Soliman algunos de los suyos la causa porque se desviaba tanto de Viena, y daba él tres principales, todas bien frias y sin fundamento: porque la verdadera no fue sino el te-

mor que le puso, ver que se habia juntado contra él la flor de la cristiandad, cosa que él no habia pensado, y que verdaderamente él temió la buena fortuna del emperador: y asi dicen, que dijo el turco que no habia temido á los borrachos alemanes, sino a la ventura del emperador. Y aun pudiera decir á los mejores soldados y capitanes, que juntos tuvo príncipe del mundo. Y fue cierto que el rey Francisco le avisó de ambas cosas, y aconsejó que no pelease con él, sino se queria ver perdido, y quiso el turco contentarse con talar y destruir los campos, sin poner su vida y estado en aventura de una sola hora.

Amotináronse en esta sazon ciertos españoles en Viena, sobre las posadas con los vecinos y con los capitanes, porque los mandaban salir al campo. Estando ya para romper, sin que bastase á ponerlos en paz la autoridad del cardenal, ni la del marqués, ni la de Antonio de Leyba, ellos, como cuerdos, volvieron sobre sí, y de su voluntad arrojaron las armas, y arremetieron á abrazarse unos á otros. Otro motin de menos importancia hubo, el cual se apaciguó con cortar la cabeza á Gerónimo de Leyba, que fue el movedor de él. Cortósela el maestre de campo, Machicao.

Despues de esto sacó Micaloglis hasta cuarenta mil acangios, y entró talando y destruyendo la tierra entre el Danubio y las montañas. Corrió hasta Linz, á donde estaba el rey de romanos, y si pasára una puente que alli hay, corria harto peligro la persona del rey.

Llevaban estos por su capitan á Casano, y despues que hubieron destruido mas de ciento cincuenta millas de tierra, dieron la vuelta en bus-

ca de su campo, y como Soliman se habia retirado á largos pasos, no le pudieron alcanzar tan presto. Salieron de Viena y de otras partes muchas gentes en seguimiento de Casano.

Los primeros que le toparon, fueron hasta cinco mil españoles, con los cuales Casano vino á las manos, y por culpa de su capitan mató y prendió muchos, y entre ellos á don Hernando de Cabrero. Continuó su camino hasta alcanzar á Soliman, y por ir mas desembarazado hizo alto en un valle. Mató alli cuatro mil cautivos que llevaba, y partió su gente en dos escuadrones. El uno tomó para sí, y el otro dió á Ferisio su amigo. Este acertó á tomar el mas breve camino, y alcanzó su campo sin daño alguno.

El Casano topó en un valle junto á Estoramberg, al conde Palatino del Rhin, con doce mil infantes y con dos mil caballos. No pudo escusar la batalla, y murió el turco en ella y la tercera parte de su gente: los demas que huyeron, fueron á dar en el capitan Ludovico Ladronio, y en el marqués Juaquin de Brandemburg, donde murieron casi todos, y los que escaparon huyendo cayeron en las manos de Gazianer, el cual mató de tres partes las dos; y porque no quedase alguno, fueron los desventurados á toparse con otro escuadron de húngaros, y los mataron á todos antes que pudiesen llegar á Belgrado. De esta manera no quedó solo uno de cuantos Casano sacó del valle.

Cuando el emperador supo que Soliman no venia á Viena y que se habia retirado hasta la ciudad de Gracia, que está tres jornadas de Viena y otras tres de Linz, como en triángulo, mandó

acudir á Linz todos los capitanes para consultar con ellos qué seria bien hacer. Hubo diversos pareceres sobre si seria bien seguir al turco ó no: al fin, por muchas razones se resolvieron, que el emperador pusiese su campo junto á Viena, y le reforzase por las espaldas con aquella ciudad, y por los lados y frente con sus trincheras á propósito, y que se entretuviese allí hasta ver lo que el enemigo pretendia; y si volviese que se le diese la batalla. Muchos tenian por cosa vergonzosa dejar el pelear á voluntad del enemigo, y decian que á la reputacion del emperador tocaba ir en su busca y correrle, sino erperase. Mas consideradas las leyes de la guerra, muy diferente cosa es, que un príncipe la mueva del suyo ó que otro la comience, y él trate de propulsarla y defenderla. Si como Soliman era el demandador y venia de tan lejos en busca de sus enemigos, fuera el demandado, entonces obligado estaba el emperador á buscarle, y aun á seguirle hasta meterle en su casa: pero siendo al reves, antes fuera temeridad procurar la batalla, pues este es el propio caso conforme al proverbio, cuando al enemigo se le ha de hacer la puente de plata. De suerte que el consejo que se tomó fue tan honrado como seguro en puro rigor militar.

VIII.

Retirada de Soliman.

Luego que el emperador volvió de Linz á Viena quiso saber de la gente que tenia, y hecha reseña cierta de ella, sin hacerse cuenta de las guarni-

ciones que estaban repartidas por las fuerzas importantes, halló que tenia noventa mil infantes y treinta mil caballos, y segun otro autor muy acertado, fueron ciento veinte mil infantes y mas de treinta mil caballos á su costa y del rey don Fernando su hermano y del Papa Clemente VII que fue sin duda el mayor ejército cristiano de nuestros tiempos. No quiso luteranos para que no inficionasen los católicos y no ayudasen á los turcos.

Habia doce mil españoles con el marqués del Vasto, y Antonio de Leiba era el principal con seguro de la guerra. Ademas de la gente de guerra habia otros tantos pages y criados de soldados y caballeros, que al tiempo del menester no hicieran menos que sus amos: de manera que contando todo el número de gente que tomaron armas, eran cerca de trescientos mil, sin los vecinos de Viena.

Fué una cosa vistosísima esta reseña, en la cual se mostró mucho el marqués del Vasto por su buena persona y galas que sacó. El conde Palatino de Rhin hizo tambien muestra de la mas hermosa caballeria tudesca que jamás se vio, porque toda era de gente de lustre y de mancebos hermosos y de gentil talle. Habia mucha nobleza de bohemios, morabos, slesitas y algunos polacos, que sin licencia de su rey que tenia treguas con el turco habian venido. A toda esta multitud de gente se ofreció mantener tres meses enteros el obispo de Patabia Ariosto, hermano del duque Guillermo de Baviera. Habia compañias de ciento y doscientos, todos nobles, y otras, que todos cuantos en ella estaban, habian tenido oficios en otras guerras, y esta era la mayor fuerza de este cam-

po, haber tanta gente de vergüenza en él. La artilleria que habia era mucha y buena.

Es cierto que si Soliman viniera y cumpliera sus amenazas él llevara que llorar; mas fue mas cuerdo, y caminó con tanta priesa, que cuando el emperador llegó á Viena con gana de darle alli la batalla, el turco estaba ya de alli cuarenta leguas, dejando perdidos mas de setenta mil turcos y quebrando las puentes porque no lo siguiesen. Contentóse el enemigo con ir haciendo el oficio de ladron salteador, robando y talando los campos hasta llegar á Belgrado, y de alli se fue á Constantinopla de donde en muchos años no volvió por esta banda á molestar á la cristiandad.

Quisiera el rey don Fernando, que el emperador no deshiciera su campo, sino que la guerra se continuara contra su enemigo el rey Juan: pero el emperador no lo hizo, porque tenia gran necesidad de volver á Italia, y temia el invierno, y aun la salud de su gente, pues morian algunos de peste. Mandó quedar á Fabricio Maramaldo con todos los italianos en su servicio. Mas los italianos ni gustaban de quedar en Hungria, ni del capitan que les daban, y dijeron resueltamente, que no quedarian sino debajo de la bandera del mismo rey de romanos, ó á lo menos del marqués del Vasto y tomáronlo tan de veras, que ocho mil de ellos se amotinaron, y pasaron á Italia, de lo cual se enojó el rey don Fernando, tanto, que mandó en todos sus pueblos, que matasen los italianos que por ellos pasasen, y ello se hizo de manera que escaparon muy pocos.

IX.

Olvidos de Jobio.

Contada esta famosa jornada, siguiendo lo que dice Paulo Jobio, y otros que le siguen, porque acierta en lo mas, si bien no en todo, menos donde trata de españoles, por esto advertiré algunos puntos necesarios para que en todo se sepa la verdad de la historia. Siendo esta guerra la de mas sustancia que en algun tiempo se sabe haber habido, pues no iba en ella (segun por buenas razones se puede colegir) menos que toda la redondez de la tierra, con quien pocos años despues de la victoria habia de quedar el vencedor, comienza Jobio á encarecer por muy sublimadas palabras, el principio y ocasion de este negocio, contando como por via de presupuestos en los primeros capítulos del libro treinta, las causas que movieron á esta empresa, á los dos mayores príncipes del mundo, y que lo tenian casi partido entre sí ambos á dos: y despues de los presupuestos que digo trata de los ejércitos, conque cada uno de estos reyes y emperadores (porque al uno nombraremos como él queria nombrar) entró en esta contienda, asi el emperador Cárlos (que era el uno) rey de España, y emperador del Poniente; como el Soliman (que era el otro) rey de Turquia, y emperador de Levante. La suma de todo lo cual consiste, en que, estando el emperador en sus estados de Flandes, y despues en los de Alemania, el gran turco volvió con muy pensado propósito sobre Hungria, por muchas causas

que él quiso tomar para ello, con el mas poderoso y estraño ejército, que él ni ninguno de sus diez predecesores habian jamás juntado: porque segun alguna opinion eran trescientos mil hombres y segun otra cuatrocientos mil, y no faltó entre estas dos opiniones otra tercera (quizá la mas cierta) que eran quinientos mil de pelea, y los otros trescientos mil de á caballo. A lo cual el emperador cristiano puso su persona, y estados, y le salió al encuentro con tanta cantidad de gente, que en imperio de occidente, de otra jamás se habia juntado. De la cual tambien hubo opiniones diversas, y unos llegaban con la cantidad de infantes y de á caballo á doscientos mil combatientes, y otros se quedaron en cincuenta mil menos: hubo tambien otros terceros que no pasaban de ciento veinte mil.

La conclusion que tuvo este negocio en que iba tanto como está dicho, ya se sabe, pues nuestros oidos oyeron á los que con sus ojos vieron aquel moderado contento de ver vencidos (que vencidos se pueden llamar los infielès). En la cual jornada despues de haber el bárbaro hecho aquel estruendo de esta guerra, que sonó en casi todos los fines de la tierra, y el católico saliéndole al camino y presentándole la batalla, pasaron algunas peleas livianas, y que no fueron en diversas partes de liviano entretenimiento, en todas las cuales él fue vencido y desbaratado.

Habiendo el turco enviado á desafiar al emperador Cárlos, esperándole en el campo, y acercándose los de ambos príncipes para que hubiese una universal batalla, en que tanto iba, el Soliman no solo no la osó dar, como habia blasonado

pero se retiró vergonzosamente; y en la retirada perdió mucha cantidad de bárbaros, que habia enviado á correr hácia la ciudad de Lince: y retirándose asi con tanto oprobio, y habiendo atemorizado toda la cristiandad, se volvió á Buda cabeza de Hungria, donde dejó á su tributario Baiboda ó rey Juan, y de alli se tornó con toda presteza de Constantinopla.

Este fue el fin de aquella guerra que se creyó generalmente, que fuera en cuanto al daño, y muertes de la cristiandad, ó el de la infidelidad.

Olvidóse Jobio el reencuentro, ó correria, en que se perdieron los diez mil turcos de á caballo: ni dice dia, ni tiempo, ni otra cosa mas de tres, esta correria, lo del sitio de Estrigonia, y lo de Guinz, habiendo habido otras notables, como fue cuando solos mil infantes y dos mil caballos que iban haciendo escolta á ciertos carros de bastimento y municiones, derrotaron á tres mil turcos acangios, aunque fue con alguna ventaja por el socorro que acudió á los cristianos. Tambien calla lo que aconteció en fin de julio, cuando mil caballos y seis mil arcabuceros tudescos y españoles desbarataron cuatro mil turcos, que guardaban cierto ganado para sustento de los turcos.

Otro dia quinientos españoles se encontraron con cuatro mil tártaros de treinta mil de estacion que habia en el ejército turquesco, gente valerosa por su gran ligereza, la cual contienda pasó cerca del Danubio, donde se ahogaron aquel dia mas de trescientos de ellos.

X.

Sale don Luis de la Cueva contra el turco.

Salió don Luis de la Cueva, con cuatro compañias de españoles sin algun italiano, á tomar los pasos á los turcos, como salieron otros capitanes de otras naciones, encontrándose primero que otros con los turcos, y comenzando á escaramuzar con ellos, cargaron tantos, que se hubieron de retirar, no á una laguna (como dice Jobio) sino á una arboleda donde estuvieron fronteros de los turcos toda aquella noche, y se hicieron todos los cuartos de noche centinela y cuerpo de guardia, subidos encima de los árboles y no en el agua hasta la barriga, ni huyeron á los tudescos, pues don Luis no era hombre que sabia huir, sino los españoles que serian hasta mil y doscientos, recogidos en la arboleda, y dejadas sus guardias, y puesto todo en órden como fronteros de enemigos, dejando todo el cuidado de ello al capitan y comendador Cerdan.

Sabiendo que venian cerca los alemanes fue á rogarles que se diesen mas priesa en el caminar, diciéndoles lo que habia pasado y como los turcos estaban encerrados, si querian poner un poco de diligencia en darse priesa; pero ellos no lo hicieron, ni quisieron salir de su paso y asi los turcos hubieron de dar en otros, saliendo por otra parte donde fueron perdidos y acabados; y no fue de tan poco efecto la priesa que se dió don Luis con sus españoles, (á quien culpa Jobio de apresurados) que sino se la dieran, los turcos escaparan

y no fueran desbaratados: porque pudo con aquella priesa que se dió tener vista de ellos, y detenerlos, y si hubieran ido al paso de los alemanes no lo pudieran hacer y los enemigos tuvieran lugar para salir de aquellos malos pasos.

De manera, que aquella victoria que se hubo entonces de los turcos, á solos los españoles se debe, como á causa principal de comenzar á apelear con ellos y embarazallos.

Estos españoles no eran del campo que venia con el emperador, y llegó á Viena, porque cuando esto fue, no era llegado, ni llegó despues de esto en aquellos siete dias, sino cuatro compañias de españoles que tres años antes se habian hallado en defensa de Viena, los cuales se habian quedado de guarnicion en la misma tierra, y hecho muy buenos hechos contra turcos, y ayudadores de Baiboda, que se intitulaba rey de Hungria y aun habian venido despues de Italia, otras tres compañias de españoles para reforzar á estos, con sus capitanes el comendador Cerdan, Cueto, y Medinilla: porque habian comido la guerra muchos, y fue menester que viniesen de Italia los demas que digo, y por ser muerto don Luis Dabalos, que era coronel de aquella gente, el cual murió de un arcabuzazo en la cabeza en la toma de una tierra.

Envió el emperador desde Augusta por coronel de aquellos españoles de Hungria, á don Luis de la Cueva, de quien he hablado. En el cual cargo estuvo hasta que vino el emperador contra el turco, y se reasumieron estas compañias en las demas de su ejército, salvo la del comendador Cerdan, y la suya, que quedaron. En el número de gente que el emperador tuvo, no va muy errado

Jobio, mas en el órden con que se habia de esperar al enemigo sí: porque Jobio se de debió informar de algunos capitanes ordinarios, y cuadróle lo que le dijeron; y es cierto que no hubo la órden que él dice, aunque de esta y otras muchas se trató, para escoger la mejor, segun el tiempo y coyuntura que sucediera para pelear con el enemigo.

Segun el parecer de quien fue mucha parte, y alcanzó curiosamente los intentos del campo, es cierto que si el turco no hiciera la vergonzosa retirada, y la guerra procediera, (que segun las circunstancias de ella, mas se puede decir huida) que antes que la batalla se diera, se hubiera dado el órden con que, cuando viniera á darse, tuviera el turco en veces comida harta parte de su gente y los cristianos entraran en la batalla con gran confianza de la victoria. De manera que la batalla no se diera luego en acercándose los campos como piensa Jobio, y con el órden que él escribe.

XI.

Amor que los españoles tienen á su rey.

Justo es asi mismo que se sepa el amor grande que los españoles tienen á su príncipe: porque luego que supieron la venida del turco, y el aparato de guerra que el emperador hacia para ir contra él, con ser España una provincia tan apartada de Austria, y haber en medio enemigos, y mares peligrosos, sin ser llamados, ni compelidos de nadie, se pusieron en órden, vendiendo y empeñando sus haciendas y echándolas en armas y caballos

dejando la dulce patria, mujeres é hijos: y unos por Francia, otros por mar caminaron á largas jornadas por hallarse en la batalla que el emperador pensaba dar al turco.

Los principales que halló, que fueron, son: don Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba; don Francisco de Sotomayor y Zúñiga, duque de Bejar, conde de Venalcázar; don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca; don Juan Manrique, conde de Castañeda; el marqués de Cogolludo, don Luis de la Cerda, hijo del duque de Medinaceli; don Alvaro, don Rodrigo y don Gomez de Mendoza, hijos del conde de Castro; otros tres hijos de don Juan de Rojas, marqués de Poza: don Lorenzo Manuel, hijo de don Juan Manuel; don Alonso de Acebedo, conde de Monterey; don Diego de Acebedo y Fonseca, conde de Fuentes; don Juan Manrique, hijo del duque de Nájera; don Hurtado de Mendoza, hermano del marqués de Cenete; don Felipe, don Claudio, don Juan y don Francisco Manrique, hermanos del duque de Nájera; don Juan de Silva, conde de Cifuentes; el conde de Palma Puertocarrero; don Luis Fajardo, hijo del marqués de los Velez; don Gutierre de Cárdenas, hijo del duque de Maqueda; don Garcia de Padilla, comendador mayor de Castilla y Calatrava; don Pedro de la Cueva, comendador mayor de Alcántara; don Luis y don Diego de la Cueva, hijos del duque de Alburquerque; don Juan de Guevara, señor de Triceño y Escalante; don Pedro Gonzales de Mendoza mayordomo del emperador; don Sancho de Velasco, hijo del donde de Nieva; don Antonio de Mendoza hijo del marqués de Mondéjar, conde de Tendilla; don Rodrigo Manrique, hijo del conde de Pa-

redes; don Alonso y don Pedro Manrique, hijos del conde de Osorno; don Pedro de Guzman, hijo del duque de Medina-Sidonia, que fue conde de Olivares; don Luis de Avila, hermano del marqués de las Navas; don Juan de Zúñiga, capitan de la guarda, hermano del conde de Miranda; don Luis de Rojas, y don Hernando su hermano, hermanos del marqués de Dénia; don Enrique de Toledo, Señor de las cinco villas; Juan de Vega, Señor de Grajal; don Beltran, y don Pedro de Robles; don Antonio de Rojas; don Pedro de Acuñas; don Juan de Heredia, conde de Fuentes, aragones, con otros muchos caballeros de aquel reino; don Alonso Tellez, señor de la Puebla; don Antonio Tellez Chacon, que murió dentro en Viena.

Esta y otra mucha nobleza de Castilla y Aragon salieron con muchos allegados, y criados muy bien armados, y los mas de ellos llegaron al campo del emperador tan á tiempo, que si el turco quisiera la batalla, se hallaran en ella é hicieran conforme á las obligaciones que tenian, y al amor con que habian hecho tan larga, costosa y peligrosa jornada de su libre voluntad, sin ser llamados, por servir á Dios, y á su rey, que fue lo que siempre aquellos, de quien ellos venian, hicieran.

El duque de Béjar mostró en esta jornada la grandeza de su ánimo y casa: porque sabiendo la determinacion del emperador de combatir con el turco, tomó la posta de Salamanca, hasta alcanzar al emperador en la provincia de Espira, y fue con tanto aparato de armas, y fausto de gente, y gastos, que los príncipes estrangeros tuvieron bien que notar y admirarse del español, si bien su casa y sucesores lo han sentido hasta estos dias.

XII.

El emperador comisiona á don Pedro de la Cueva, cerca del Papa.

Estando el emperador en Viena (retirado ya el turco) resuelto á bajar á Italia, á 4 de octubre, en el cual dia partió de esta ciudad, y despachó á don Pedro de la Cueva, para que en Roma suplicase al Pontífice se sirviese llegar á Génova, donde los dos se viesen. La instruccion, encarecimiento, y razones con que esto pedia el César, fueron:

Instruccion del emperador para don Pedro de la Cueva, en Roma.

«Lo que vos don Pedro de la Cueva, comendador mayor de Alcántara, nuestro mayordomo, y del nuestro consejo habeis de hacer en Roma donde os enviamos, es lo siguiente:

»Como quiera que continuamente habemos escrito á nuestro embajador y ministros que tenemos en Roma, y agora con vos les escribimos todo lo que ha pasado y sucedido en lo de la venida y retirada del turco, para que su Santidad sea informado, y vos, como quien lo ha visto, y entendido todo le dareis particularmente razon de ello, y de lo mas que quisiere saber de acá, besando los pies á su Santidad de nuestra parte, y juntamente con el muy reverendo cardenal de Sigüenza, y con él al dicho nuestro embajador comunicando ellos primeramente el negocio á que vais, y

con su informacion y parecer le direis, que pues nuestro Señor por su infinita clemencia nos ha dado tanta honra y buena ventura que hayamos hecho retirar y huir á este comun enemigo de la cristiandad con tanto daño, afrenta y de reputacion suya, y habemos escusado tantos males como pudiera hacer, é hiciera en la cristiandad, si en esta sazon aqui no nos halláramos, y no viniéramos como venimos á defenderla y resistirle, considerando el tiempo que habemos estado ausente de los nuestros reinos de España, y la gran necesidad que en ellos hay de mi presencia, y la obligacion que allende de las causas justas que tenemos para desear ir, y para ello habemos determinado proveyendo primeramente lo que conviene para socorrer y descercar á Estrigonia dejando al serenísimo rey de romanos nuestro hermano la gente que para las demas de presente en lo de Hungria se hubieron de hacer, fuere menester, como se hace, partirnos luego de aqui, y tomar el camino de Italia por el Fribol para ir á Génova, y pudiéndose hacer ayudándonos nuestro Señor embarcarnos para pasar á España en este año, lo cual creemos que se podrá muy bien hacer: porque se juzga que ya el príncipe de Melfi, Andrea Doria habrá con ayuda de nuestro Señor hecho con el armada lo que habia de hacer, y podrá venir con ella á Génova para que pueda pasar este año como está dicho. Al cual escribimos que luego como reciba nuestra carta, tomándole de la manera que está dicho, y no haciendo falta en lo que conviene, venga á Génova con el armada, con la mayor diligencia y presteza que se pueda, para el dicho efecto, para el cual hacemos

tambien las otras provisiones necesarias. Y porque no queríamos pasar en alguna manera á España sin primero besar los pies á su Santídad y verle y comunicarle para mas confirmar y perpetuar el amor y amistad que entre su beatitud y Nos hay, y para practicar y dar órden con su Santidad en lo que se debe proveer, asi para la quietud de Italia, como para otras cosas del bien universal de la cristiandad, os enviamos á suplicarle, que para que esto se quiera hacer, quiera tomar trabajo da bajar á Lombardia: porque aunque por no darlo á su Santidad nos quisiéramos llegar á Roma, el tiempo está tan adelante, que no da lugar á ello, habiendo de pasar á España este año, y no nos conviene dilatarlo en alguna manera.

»El lugar mas conveniente y á propósito para que nos veamos, de los de Lombardia, nos parece que es Plasencia, y vos juntamente, con los dichos cardenal y embajador le habeis de suplicar de nuestra parte tenga por bien que alli sea, y que se resuelva luego. Bien quisiéramos, por ser tan necesaria la brevedad de nuestra pasada, y el tiempo tan corto, que su Santidad viniera á Génova, y pudiéralo muy bien hacer en las galeras, y con menos trabajo que caminar por tierra: mas por estar el tiempo tan adelante, dejamos de hablar en esto, vos (comunicándolo primero con los dichos cardenal y embajador, y juntamente con ellos) podreis hablar en ello, por la manera que á ellos y á vos mejor pareciere, para que visto todo se resuelva en lo que mejor sea. No tenemos duda, que su Santidad nos haya de haber esta merced, ó viniendo á Génova, ó á Plasencia: pe-

ro si pusiese alguna dificultad (lo cual no creemos) en tal caso, aunque no seria muy dañoso, por la dilacion que habria en nuestra ida á España, la cual es cosa que por muchos respectos y fines conviene, por lo mucho que deseamos besarle los pies, y verle, y comunicarle para los dichos efectos, no podremos dejar de tomar el trabajo de ir á Roma, y por esto conviene que con toda instancia se suplique á su Santidad, y se trabaje, que en alguna manera se escuse de hacernos esta merced: mas que se resuelva luego, y darnos heis aviso de lo que se hiciere con diligencia.

»Parécenos que seria bien que su Santidad provea lo que viere converna, y se ránecesario para que los pontentados de Italia envien á donde su Santidad hubiere de verse con Nos, embajadores, ó poderes bastantes á los que tienen, para tratar y asentar lo que convengan para la defension y quietud de Italia. Decirlo heis á su beatitud de nuestra parte, juntamente con los dichos cardenal y embajador, y hareis la diligencia que sea menester, para que se provea lo que convenga, y entonces se podrá concluir lo que de allá nos escribiesen, que habia parecido bien á su Santidad, que los suizos se entretuviesen, y para ello contribuyesen los dichos potentados: lo cual asi mismo ha parecido bien.

»Si las bulas de la cruzada y otras cosas, asi para España como para Flandes, no estuvieren ya despachadas cuando vos llegáredes, y fuere menester que vos hableis en ello de nuestra parte, y asi mismo sobre la causa de Inglaterra, ú otros negocios, hacerlo heis conforme á lo que á los dichos cardenal y embajador pareciere.

»La nesecidad del serenísimo rey mi hermano es mayor que podria decir, por lo mucho que ha gastado, y por el gran daño que sus tierras han recibido, asi de los enemigos, como de las gentes que se han juntado: y lo que ha menester es mucho, porque ahora enviará ejército para descercar á Strigonia, y hacer lo que mas pudiere: y aunque yo le ayudo con dejarle buena cantidad de gente pagada, para lo que mas es menester basta él solo. Y pues el beneficio de esto es universal de toda la cristiandad, suplíquese de nuestra parte á su beatitud con mucha instancia, tenga por bien de continuar la paga de los cuatro mil escudos al mes por algunos meses, porque de otra manera él solo seria el que recibe el daño de esta jornada: y en esto se ha de insistir todo lo que fuere menester, para que se consiga el buen efecto. La gente con que nos ayudó el imperio de esta empresa, habemos acordado de hacerla tornar desde aquí, porque recibieran pena de pasar mas adelante, y es menester no descontentarlos, porque cuando se ofreciere otra necesidad, ayuden, y sirvan el tiempo que agora dejan de servir.

»Direis á su Santidad de nuestra parte, que queriendo cumplir como es razon, lo que tenemos asentado en lo del matrimonio del ilustre duque Alejandro con la duquesa nuestra hija, proveeremos que la traigan luego á Italia, para que llegue alli antes de nuestra pasada. Dada en Viena á 4 de octubre de 1532 años.=Yo el rey.=Covos comendador mayor.»

XIII.

Dirígese á Italia el César.

Despues de esto á 12 de noviembre de este año despachó el emperador un correo, avisando como ya caminaba bajando para Italia, á Micer May su embajador, al cardenal de Osma, y á don Pedro de la Cueva comendador mayor de Alcántara: para que le avisasen de la voluntad del Pontífice, sobre las vistas que le habia pedido, si se servia salir del camino, ó queria esperarle en Roma.

Descuidáronse los tres en avisar al emperador la determinacion del Papa; y estando ya el emperador en Mantua, á 12 de noviembre les escribe, quejándose de este descuido, y hablando del Pontífice con sumision y humildad, y encareciendo lo que le habia de servir, y cuanto habia de conservar su amistad, que un caballero particular no podia hacer mas. En lo cual se convencen los que con mala intencion han querido decir que este príncipe no tuvo el respeto debido á la Iglesia, y su vicario.

Dice, pues, el embajador, que habia recibido cartas en el camino, en que el Pontífice le decia que le queria hacer merced de verle en Bolonia, y saldria de Roma á 10 ú 11 de noviembre. Que fuera bien que le hubieran avisado de la determinacion del Pontífice, luego que con Portillo desde Espelimberg les habia escrito lo que el Pontífice le decia de su partida. Que habian hecho bien en avisarle de todo lo que se hablaba y

decia sobre esta venida de su Santidad, ó de su ida á Roma (que se debia murmurar, y juzgar largamente por el vulgo, segun suele en semejantes ocasiones), y los inconvenientes y provechos que habia de lo uno y de lo otro, y sus pareceres, que todo era muy bien dicho. Que estaba muy claro, que habiéndose de detener todo aquel invierno en Italia, seria muy mejor quitar á su Santidad el trabajo de venir hasta Bolonia, é ir él á visitarle, y besarle los pies en Roma, y de alli pasar á Nápoles, desde donde se podria mas cómodamente hacer el viaje para España. Pero que (como tenia escrito) estaba determinado, á, si ser pudiese, embarcarse para pasar antes del verano: lo cual esperaba en Dios que se podria hacer bien: porque segun lo que el príncipe Andrea Doria escribia, no esperaba para venir, sino lo que él le envia á mandar. Y ya habia dias que por via de Venecia, de Nápoles y Sicilia era avisado de su voluntad, y luego, como hubiese recibido sus cartas, sin duda pondria en obra su partida, y seria alli á lo mas largo en todo el mes de diciembre: porque para venir no tenia necesidad de esperar a las naos de la armada, que aquellos vendrian, si tuviesen tiempo, y sino con las galeras, y los navios que en Italia se hallasen, podria haber buen recado para su pasada: la cual se podia hacer en el mes de enero, que como le convenia mucho por muchos y grandes respetos, asi por todas vias, y maneras habia de trabajar de efectuarla, á cuya causa estaba todavia en esta determinacion, y aceptar como habia aceptado la merced que su Santidad le hacia en venir á Bolonia, que como habia dicho, por escribírselo su Santidad tan de-

terminado y de su mano, le parecia que no era menester mas suplicárselo. Pero que si por causa de no venir el príncipe Andrea Doria no hubiese tiempo para poder pasar como ha dicho, y que por esta sola causa se hubiese de detener todo el invierno en Italia (de que le pesaria mucho) que seria mejor gastar el tiempo en pasar para Roma, é ir á Nápoles, y en este caso no habia mas del inconveniente del trabajo que su Santidad habia tomado en venir á Bolonia: pero que aprovecharia para que alli, placiendo á Dios, tuviese despachadas todas las cosas que conviniesen al bien de la cristiandad, y quietud de Italia; y á él no le quedaria que hacer sino acompañar, y servir á su Santidad hasta Roma, y de alli con su bendicion pasar á Nápoles, para partir. Que nunca habia dudado de que su Santidad y el sacro colegio de los cardenales dejasen de holgar mucho con su ida a Roma, pues estaban ciertos de que no podia ser sino para aumento de la autoridad, y bien de la Sede Apostólica, y para servir á su Santidad como hijo tan obediente, y á los reverendísimos cardenales, mirándolos y tratandolos con el amor, y buena voluntad que se los debe, y era razon; pero que todavia estimaba mucho su demostracion.

Manda que le hagan saber las jornadas que el Papa habia de hacer y cuando llegaria á Bolonia, para que conforme á ellas asi ordenase las suyas para llegar al mismo tiempo y que particularmente le hiciese saber de la salud de su Santidad que se la deseaba como su beatitud la querria. Que en lo que pasó con el reverendísimo cardenal de Médicis por haber sido tan contra la voluntad del

4

César y claro yerro, no habia querido escribir allá mas la relacion que se envió al comendador mayor de Alcántara, que se le habia hecho toda la satisfaccion conveniente al legado, y él estaba del César bien satisfecho y contento y asi creia que lo debia estar el Pontífice porque de verdad nunca le pasó por pensamiento ofenderle su voluntad en lo que se hizo; y lo mejor era no hablar, ni pensar mas en ello, pues mirando lo que realmente pasó no habia en que reparar, que pues sabia los términos en que estaban las cosas de Hungria, y la santa y liberal obra que su Santidad haria en ayuda al rey de romanos, su hermano trabajase en ello, para que su beatitud le enviase el socorro que se le pedia, suplicándoselo de su parte, que pues por sus cartas sabian lo que pasaba en Inglaterra trayendo el rey aquella mujer asi con tanto desacato de su Santidad, y de la Sede Apostólica, y ser cosa de tan mal ejemplo para toda la cristiandad, procurasen el remedio posible con su beatitud. Que era acertado lo que su Santidad hacia escribiendo á los potentados de Italia para que enviasen sus poderes á Bolonia, y que él escribiria á los venecianos, para la concordia que alli se habia de hacer entre todos. Que le avisase de las cosas de Francia y con cuidado las procurase saber que con estos cuidados vivian siempre los reyes por la emulacion que entre sí tienen.

Pedia el emperador cruzada, y la mitad de los frutos eclesiásticos por ser inmensos los gastos de la guerra. Sobre esto manda á su embajador que trabaje cuanto pudiere de enviar el despacho que la emperatriz y el cardenal, presidente del consejo, habian escrito que se negociase con el Papa,

y que no fuese cometido al su colector juntamente con el obispo, porque es cosa que nunca se ha hecho y en ello se pusiese diligencia.

Escribió asimismo al cardenal de Osma remitiéndose á la referida del embajador. Vuelve á repetir lo que dijo del cardenal de Médicis legado, y dice, que ninguna cosa habia de bastar para que él dejase de tener del Pontífice la confianza que de verdadero padre y señor, y como estaba determinado en servirle, asi lo estaba en que en todo le habia de hacer merced. Y aunque por muchas causas convenia y deseaba ver á su Santidad no era la menor para que entendiese bien de él esta determinacion y que quedasen tan saneados y satisfechos que no pueda ofrecerse cosa que impida su voluntad y amor, sino que siempre se una.

«En lo de la venida (dice) del ilustrísimo duque Alejandro, mi hijo, cuando él quisiere y pudiere sin hacer falta en lo que le conviene, yo holgaré mucho de verle, y será bien venido.»

En la misma conformidad escribe al comendador mayor de Alcántara, y vuelve á repetir lo de la causa de Inglaterra, y le manda que le solicite, pues por sus cartas habia visto como el rey habia traido aquella dama en menosprecio de su Santidad, y de la Sede Apostólica, y el mal ejemplo que era para toda la cristiandad.

Tal era la sustancia de las cartas del César, y tal humildad muestra en ellas cuando volvia victorioso, habiendo hecho retirar al enemigo mas poderoso del mundo; pues valia mas con el César el respeto debido á la Iglesia, que los triunfos de

la tierra que no le desvanecian. Véese cuanto le dolió el desacato del rey Enrico en el repudio de la reina doña Catalina, tia del César,

XIV.

Concordia entre el emperador y el Papa:--Retirada de Italia de las tropas imperiales.

Partido, pues, el emperador de Viena la vuelta de Italia, quiso llevar el ejército entero, y en esta órden. Que don Hernando de Gonzaga con la caballeria ligera llevase la vanguardia, y que luego partiese tras él el marqués del Vasto con la infanteria y con su guarda de caballos: que dos dias despues saliese el cardenal con toda la gente de paz, obispos y clérigos, luego la persona del emperador, y en la retaguardia don Hernando de Toledo, duque de Alba, con la caballeria española y con la infanteria tudesca.

Llegó el emperador en pocos dias á Italía, y sin entrar en pueblo de venecianos, si bien el senado se lo suplicó encarecidamente, pasó hasta Mantua á 7 de noviembre, con intencion de esperar allí al Papa con quien estaba concertado, que se habian de ver en Bolonia como lo hizo.

Fue el emperador á 20 de diciembre, y el Papa le estaba esperando: porque como supo que el emperador habia llegado á Mantua, partió su Santidad de Roma con toda su corte. En Italia habia mucho contento por esta junta, pareciéndoles que se trataria otra vez de la paz y quietud universal de toda la cristiandad. Los que mas deseaban esta junta eran los genoveses, porque como en la paz

que tres años antes habia capitulado en Bolonia, no habian tenido tanta cuenta con ponerlos en la gracia del rey Francisco, no los dejaba parar en toda Francia, ni podian negociar en las ferias de ella.

Estaban en Bolonia los cardenales Tornon y Agramonte, franceses, no á otra cosa, sino á tratar con el Papa de parte de su rey, que acabase con el emperador para que quisiese sacar los españoles de Lombardia, pues no teniendo guerra alguna, no habia necesidad de tener gente en tierra que no era suya. Pedian esto con tanta instancia, que decian, que si no se sacaban luego los españoles, el rey no podia conservar la paz, ni dejaria de dar favor á muchos amigos que tenia en Italia. En lo cual se ven los pensamientos tan agenos de paz que tenia el rey, que pues ya él no tenia en Lombardia ni Italia un palmo de tierra, ¿qué le importaba que el emperador tuviese ó no en ella gente de guerra? Queria desarmar al emperador por entrar él armado y cobrar lo que habia perdido.

Tampoco se concertaban el emperador y el Papa: porque el emperador queria que luego se tratase de la tranquilidad y sosiego de Alemania, y que se señalase tiempo y lugar para el futuro concilio; y el Papa quisiera dilatarlo. Ademas de esto, pedia el emperador que de ninguna manera hiciese amistad ni liga con el francés ni inglés; y el Pontífice decia no podia dejar de tener amistad con los reyes cristianos. Deseaba el emperador que Catalina de Médicis, hija del duque de Urbino, casase con Francisco Esforcia; el Pontífice decia que la tenia prometida al duque de Orleans, hijo

segundo del rey Francisco, en lo cual se descubrieron grandes tratos entre el Papa y rey de Francia.

Tambien los venecianos decian por su parte, que holgaban guardar la paz y liga pasada: pero que si Francisco Esforcia los hubiese menester en alguna ocasion, no podian dejar de favorecerle. Decian esto los venecianos mansamente por entretener al rey Francisco, dándole esperanzas de que algun dia se habian de confederar con él: á fin de no darle ocasion de buscar nuevos amigos. Junto con esto querian poner en el emperador algunas sospechas ó recelos, porque no viniese en confianza de ellos á tener en poco la amistad del rey Francisco. De esta manera pensaban los venecianos conseguir el fin ordinario que los italianos tienen por razon de estado, de que no haya en Italia un príncipe mas poderoso que otro, sino que esté el mando en un peso: de manera que uno no pueda hacerse señor de otros; de donde nacen todas las guerras, mudanzas y variedad de amistades que siempre ha habido en Italia.

Hubo quien dijo que el rey Francisco y venecianos habian avisado (como dije) á Soliman que no pelease con el emperador, porque si acaso quedaba el turco vencido, no se pudieran averiguar con el emperador, y tambien si el emperador fuera vencido, el turco se quisiera hacer señor de la cristiandad. A esto miró poco el rey Francisco, porque si bien el Papa le pidió que ayudase en esta santa jornada, contra aquel comun y poderoso enemigo, no lo quiso hacer, si bien veia la reputacion que entre los buenos perdia: aunque él tomó por achaque, que porque no le harian

capitan general. Pero descubrió muy presto el tiempo que se estuvo quedo, por ser amigo del turco.

No acababa el Pontífice de querer de corazon al emperador, y la causa decian que era, porque no le habia favorecido, como quisiera, en el pleito que trajo con el duque Alfonso de Ferrara sobre las ciudades de Rezo y Módena. Al fin se vino á concluir otra nueva liga y paz por año y medio, en la cual, aunque no entraron los venecianos, no se salieron de la antigua.

Confederáronse el Papa y el emperador con los duques de Milan y Ferrara, con condicion que S. M. sacase de Lombardia todas sus gentes y que por rata contribuyese cada una de las partes con veinte y cinco mil ducados, para que con ellos se pagase á Antonio de Leiba, y quedase con bastante número de españoles en Milan por árbitro de la paz. De esta manera salieron de Lombardia los ejércitos imperiales.

Parte de la gente se envió á Corron para Nápoles, y los demas á Sicilia: algunos se volvieron á sus casas.

Fueron muy alabados el Pontífice y emperador por este hecho, que dignamente se debió estimar la prudencia y sagacidad del Pontífice y el pecho grande del César y rectitud de su justicia. Los franceses llevaban mal esta paz: quejábanse al Pontífice los cardenales Tornon y Agramonte. El Pontífice los entretenia con buenas esperanzas (y no vanas segun su mala intencion); y el rey Francisco quedó contento y satisfecho y mas cuando vió que el emperador se habia desarmado.

Aqui trató el emperador que el Papa procediese contra Henrico rey de Inglaterra por haber repudiado á la reina doña Catalina hija de los reyes Católicos, su legítima mujer. El Papa lo hizo, y el inglés con gran soberbia, ya como hombre dañado, hablando malísimamente del Pontífice á quien mas adelante le quitó la obediencia, de donde comenzaron los males y daños de Inglaterra, y la total destruccion de la fe católica, como largamente se dice en las historias particulares que hay de esto.

Hay autor grave y religioso que dice que un grande de Inglaterra, corrompido con dineros de Francia, persuadió por todas vias al rey que repudiase á la reina, con intento de que el emperador injuriado por la afrenta que se hacia á su tia se encontrase con el inglés. Todas estas diligencias, y otras tales fue muy público que eran el rey de Francia en odio del emperador. Yo no las creo porque el rey si bien estaba apasionado, fue siempre cristianísimo y tuvo gran respeto á la Iglesia. El inglés estaba tal que no hubo menester espuelas para despeñarse en los infiernos por un breve gusto carnal.

XV.

Coalicion de los reyes de Francia é Inglaterra.

Antes de salir el emperador de Bolonia, escribió á los príncipes y ciudades de Alemania mandándoles que guardasen la paz de Ratisbona, y que tuviesen á su hermano el rey don Fernando por rey de romanos y vicario del imperio: que

él partia de Italia para España por convenir asi, y pedirlo negocio de importancia, y que deseaba verse con hijos, pues no tenia mas que uno varon porque el segundo que la emperatriz habia parido que fue el infante don Fernando, lo habia Dios llevado de esta vida.

Murió en este tiempo el cardenal Pompeyo Colona, que era virey de Nápoles: que murió comiendo brevas en nieve. Puso el emperador en su lugar por virey de Nápoles á don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, persona de gran valor, y fuerte, aunque de recísima condicion, que si conviene al buen gobernador ser algo mal acondicionado, no tanto como lo era don Pedro, y asi no dió mucho gusto á los napolitanos, pero sirvió á sus príncipes como convenia á un caballero castellano de tanta antigüedad y nobleza.

El rey Francisco y Henrico de Inglaterra, enojados con el emperador, y poco contentos del Papa, hiciéronse amigos (que es ordinario donde se cierra una puerta abrirse otra). Hicieron sus juntas estos dos príncipes, primero en Bolonia de Francia y despues en Cales. Luego comenzaron los juicios humanos á imaginar nuevos movimientos en el mundo, y no se engañaban, porque estos reyes no hicieron estas juntas y se ligaron para otra cosa. En Dinamarca con favor de ellos prendieron, sobre seguro y juramento, á su propio rey Cristierno (como dije) yendo con ejército y flota, que le habia dado el emperador su cuñado.

XVI.

Andrea Doria toma á Corron.

Cuando el emperador hizo este año la jornada contra el turco, mandó que Andrea Doria fuese á correr las costas de Grecia con su armada y que pelease con la del turco, si se topase con ella.

Aunque el Papa pidió al rey de Francia prestadas sus galeras, él no las quiso dar por las razones que dije, y otras que el rey decia, asi que Andrea Doria se hubo de partir con las galeras y armada que se le pudieron dar, segun cierto autor, que fueron treinta y nueve galeras, y cuarenta naos y no cuarenta y ocho galeras y treinta y cinco naves y hurcas, como dice Jobio lib. 31

Salió en busca de los turcos, que decian venir sobre Italia, y llevó órden, que cuando no se topase con ellos procurase tomar alguna fuerza del turco, que fuese lugar dispuesto para la guerra que pensaban echarle en casa. Asi que con esto partió Andrea Doria en busca de la flota enemiga, y con saber como Zaide Galipoli, é Hymeral, capitanes de la flota turca, traian sus galeras, aunque pasaban, de setenta mal ordenadas, asi de marineros, como de remesos, juntó cuarenta y cuatro galeras, suyas diez y siete, trece del Papa, y cinco de Malta, cuatro de Sicilia tres de Nápoles y dos de Monaco, y treinta y cinco naves grandes, sin otras pequeñas, en que habia quince galeones, y dos carracas, las mayores de aquel tiempo: la una de Malta y otra de

Génova que se decia la Grimalda. Metió en ellas hasta diez mil soldados españoles, italianos y tudescos.

Entró pues con toda esta flota por el Faro de Mecina, á 4 de agosto, y salió á 18 del mismo y doblando la punta de Esparte viento en popa, fue al cabo de columnas: de alli enviando las naves á la Morrea navegó con las galeras de Carfu, á la Cefalonia, y al Zante, donde halló á Vicente Cepelo con sesenta galeras á punto, á lo menos con semblante de pelear y asi él hizo tres alas, cada una de quince galeras, que tres iban delante por corredores; mas todo era floreo por mostrar cada cual de estos capitanes su destreza, y saber su oficio. Y cierto quien se halló presente los loaba.

Envió Capelo un capitan á saludar á Andrea Doria, y á ofrecerle puerto y bastimentos, escusándose de no poderle ayudar contra turcos, aunque estaban alli cerca, por la amistad que tenia Venecia con Soliman y avisó por otra parte á Imeral y al Zaide de la ida, voluntad, y aparato de Andrea Doria, para que saliesen luego del golfo del Arta, sino querian ser tomados alli dentro á manos, cosa vergonzosa para un cristiano que nos quitó aquella presa. Dicen que lo hizo tanto por envidia de que Andrea Doria no ganase aquella honra, cuanto por complacer al gran turco, teniendo todos por cierto, que Andrea Doria venciera los turcos. El cual como entendió que los turcos huian, envió tras ellos con siete galeras á Antonio Doria: mas no pasó de Cerigo, y entre tanto se asomaban las naos con la infanteria, fuese á la Sapiencia, y de alli á Corron, dejando

á Mondon por haberse fortalecido despues que una vez que los caballeros de Malta el año antes la habian acometido.

Está Corron en una lengua de tierra, bañada toda casi de agua partida con cerca de dos barrios. En el uno que llaman Isla viven griegos; en el otro que es mas fuerte, turcos. Tiene pequeño puerto: una gentil hoz y segura.

Cercó pues á Corron Andrea Doria por mar y tierra: por tierra puso dos baterias como se lo aconsejaban ciertos griegos que se le pasaron. La una encomendó á Gerónimo Tutabilla conde de Sarno, con siete piezas de artilleria, y las banderas italianas; la otra á don Gerónimo de Mendoza, con los españoles, y con otras tantas piezas de batir: segun otro autor las baterias fueron tres, la una de italianos, y las dos de españoles, siendo capitanes de la una don Gerónimo de Mendoza y de la otra Francisco de Alarcon, que fue el que arremetió, aunque con mal efecto por la ruin bateria: diólas muchas escalas para subir en lo batido.

Por mar puso en medio á Salviati con un tercio de las galeras, á un lado á Antonio Doria con las galeras del Papa, y el tomó el otro con los demas. Hácia el conde estaban las naos detrás, pero amarradas en tierra, y con tablados iguales á las almenas, cosa harto ingeniosa: en las gavias de las dos carracas habia sacres, y alconetes, que al combate hicieron daño á los turcos.

Batian á Corron catorce cañones por tierra, y ciento cincuenta por mar, sin otra infinidad de tiros menores, que ni se veian unos á otros por el humo, ni se entendian por el ruido.

Arremetieron los italianos por su bateria con gran corage, mas no entraron, porque las escalas eran cortas, y porque les tiraban de través, con mosquetes, los de dentro, y escopetas, y les echaban cantos, cal, arena, todo caliente, pez derretida, y fuego artificial, con lo cual mataron hasta trescientos.

Los españoles reconocieron mejor sus baterias, que fueron las del cuartel de Alarcon, aunque tambien con mal efecto por la ruin bateria.

Los de la mar ganaron la Isla del lugar que dije. El primero que subió y puso la bandera sobre la cerca, fue un mancebo genoves de la carraca Grimalda.

Gastaron los nuestros aquella noche haciendo bestiones para los cañones y soldados que les tiraban de dentro al descubierto.

Otro dia vino á socorrer á Corron Zadar de Micitra, que fue Lacedemonia, á quien llamaban tudescos, con obra de setecientos de á caballo. Vino por dos caminos estrechos, y púsoseles en uno de ellos una emboscada hasta dejar pasar sesenta. Derrocaron luego olivo cortado por este efecto con que quedó atajado el paso deteniendo los demas. Dieron sobre ellos y derribaron los sesenta, y asi Corron no fue socorrido, sí bien estuvo cerca de entrar por una puerta que guardaba Teodoro Spinola, si Pedro Tolfo no acudiera con trescientos arcabuceros italianos.

Cayó Zadar con otros en las trincheras deslizando su caballo. Cortáronle la cabeza, y mostráronla con las de otros muchos turcos á los cercados para ponerlos miedo: ellos entonces, ó por no tener ánimo, por faltarles que comer, se dieron

á partido. Que sacasen sus armas y ropa los turcos, y los griegos que seguirlos quisiesen.

De esta manera se tomó Corron a los turcos treinta y dos años despues que la ganaron ellosá venecianos. Entróse este lugar á veinte y uno de setiembre, dia de San Mateo en el dia mismo que el emperador y su campo llegaron á Viena para presentar la batalla turca.

XVII.

Gana Andrea Doria á Patras.

Entendiendo Andrea Doria, que toda la Morea temblaba de su armada, dejó de hacer en un castillo en un puerto de Corron como algunos le aconsejaban, y aun de tentar á Navarrino por ir á Patras, punto que desamparaban los turcos: asi que dejando dos mil quinientos españoles en nueve compañias, y por general don Gerónimo en guarda de Corron, con los griegos que alli moraban, no quiso quedar italiano alguno: que es mala la guerra con turcos y fuera de Italia.

Hecho esto partió la armada de Corron sábado á 5 de octubre, y fue al Zante y de allí á Patras con la flota. Sacó de las naves ocho tiros de batir, y casi todos los soldados, porque aunque el lugar estaba vacio, estaban los naturales con sus hijos, y mujeres, y ropa en un fuerte que habian hecho detras del castillo, que tambien era recio, y bien artillada. Derrocarron los artilleros la pared á pocos golpes, por ser flaca. Mil arcabuceros con el conde de Sarno ojeaban los defensores, para que no lanzasen piedras ni fue-

go como en Corron: los demas combatieron el fuerte, habiendo primero llenado la caba de haces y rama.

Entraron por escalas, y el primero fue Juan de Cabanillas, napolitano. luego el conde, y despues todos: y como se metieron todos en él castillo, robaron á placer todo el fuerte, y robado, batieron tambien la fortaleza, que fue templo de Diana, famoso en los siglos pasados.

Pero los turcos, ó por no poder sustentar el castillo con fuerzas, ó porque no habia con que mantener la mucha gente que dentro habia, de la cual tenian misericordia, se rindieron, con que saliesen vestidas, y no se tocase con deshonesta fuerza en las mujeres. Andrea Doria lo cumplió como capitan cristiano, y aun ahorcó á unos, y degolló á otros, porque quitaban vestidos á las mujeres, y porque las tocaban en mal, en lo cual se mostró no solo justiciero, pero grave, como él lo parecia, porque por la reputacion del emperador su señor le cumplia guardar justicia, particularmente entre turcos, hombres de razon y guerra.

Dicen que salian en Patras á hacer hogeras víspera de san Juan, y echar en ellas de todas suertes de yerbas, cantando las mozas, y rogando que se quemasen alli como aquellas yerbas los males que aquel año habian de venir sobre la ciudad. Entre los nuestros vemos que salen tal noche como esta á coger las yerbas, hacen guirnaldas de ellas, cuelgan manojos y ramos, y dicen que son de gran efecto, quemándolas, y ahumando las casas con ellas.

XVIII.

Toma Andrea Doria los Dardanelos y la Morea:--Amotínanse los soldados de Doria:--Este se retira á invernar en Génova.

Fue Andrea Doria con las galeras de Patras, á los Dardanelos, enviando el ejército por tierra con el conde de Sarno. Son los Dardanelos, dos castillos viejos á la entrada de golfo de Patras, el uno que dicen, rio en la misma Morea, y el otro que nombran Moliera en Etolia, que llaman ahora el Despotato. Estan el uno del otro á distancia de seiscientos pies, porque no es mas ancho aquel estrecho de mar que entre ellos hay.

Andrea Doria luego que puso en tierra la artilleria mandó decir al alcaide de Rio, que si le dejaba el castillo, dejaria él ir los turcos libremente: pero que si esperaba al combate, que no usaria, ni habria lugar á misericordia. Los turcos con aquel buen partido se fueron, y los de Andrea Doria saquearon el castillo. pero los soldados de galera marineros, metieron en la mar muchas ballestas corazas, cotas de maya, y tablachinas, por lo cual se amotinaron seis compañias italianas, y una española, siguiendo un alférez napolitano, que dijo mucho mal de Andrea Doria, por no haberles consentido saquear á Corron, ni á Patras, ni lo bueno de Rio, y por los que castigó en Patras, y porque procuraba mas provecho para los de sus galeras, que para los otros soldados con cuya sangre ganaba las victorias. Diéronse á robar aquellos amotinados por las aldeas hasta que hubo pan.

Fue por ellos el conde, con perdon de Andrea Doria, que los habia querido diezmar. Húbolos menester para cercar de Moliera.

Luego que los soldados fueron venidos, Andrea Doria pasó el estrecho Oria: pasado echó la gente en tierra, la cual Cristoval Doria llevó á fuerza de soldados rodeando camino, porque tiraban mucho de Moliera al real, que con diligencia tenia hecho Juan de Cabanillas.

Entre tanto que se ponia el cerco á Moliera asestando la artilleria á la puerta, sobrevinieron muchos turcos á pie y á caballo, que se armaron en Lepanto, de toda la comarca, á descercarlo. Salió á escaramuzar con ellos el conde de Sarno, y escaramuzó tan bien, que los hizo volver por donde habian venido.

Sacó cuatro mil soldados dejando buen recado en el real. Ordenólos en escuadron cuadrado, por mas fuerte y por hallarse á todas manos cuando menester fuese. Puso buen golpe de arcabuceros sobresalientes que detuvieron los turcos que no entrasen.

Vueltos que fueron aquellos á Lepanto, levantaron los de Andrea Doria dos baluartes. Cavaron toda la noche y venido que fue el dia, comenzaron á batir las torres mas altas. Derribaron parte de los muros por entrar por alli los turcos y entre ellos algunos genízaros pelearon tan gentilmente, que matando muchos cristianos, murieron trescientos sin quedar alguno preso y algunos que vivos quedaban se cerraron en el cubo donde estaba la pólvora y por no ser esclavos la pusieron fuego y en él se abrasaron saltando el cubo en tantos pedazos como piedras tenia, con un espan-

toso tronido. Fuera del espanto hizo algun daño en el real y en las galeras.

Nunca pensaron los turcos perder aquel Dardanelo, porque era muy fuerte y con dos cercas y con tan gruesos tiros, que lanzaban la pelota de dos pies de ancho. Tenian los tiros unos sobreescritos en arábigo. Tuvo alli Andrea Doria sesenta mil ducados de artilleria, segun todos la apreciaron. Dejó algunas piezas de ellas en Corron y los españoles con don Gerónimo de Mendoza, haciéndoles juramento de tornar luego el año siguiente á proveerlos ó á llevarlos, si bien fuese á su costa, porque quedaban pobres y de mala gana, y á mucho peligro y con tanto se volvió á Génova entrando el invierno de este año de 1532.

XIX.

Vuelve á España el emperador:—Toma de One.

La jornada que el emperador hizo desde España á Italia, Alemania y Flandes y entrada contra el turco hasta Viena de Austria, fue una de las mas gloriosas y honradas que hizo príncipe en el mundo y á la vuelta en Italia dejó á todos contentos y pacíficos por haberse deshecho de los mejores soldados que jamás tuvo, que fue una de las mayores grandezas de este príncipe, pues hizo, concediendo por ruegos, lo que no quiso por fieros: tan alto y generoso era su corazon que del tal se dice *qui potius ducitur quám trahitur*. Los que sin pasion miraban estas cosas, encarecian la virtud del César sobre las nubes. Sola Florencia quedaba agraviada y se quejaba porque la dejaba en servidum-

bre, privada de la dulce libertad tan amable á todos.

Partió el emperador de Bolonia, quiso ver á Pavia y el parque donde fue preso el rey Francisco en su ventura y nombre. Holgóse de ver por menudo aquellos pasos y de la relacion que de todo le hizo su muy privado don Alonso de Avalos, marqués del Vasto, si bien quejoso, porque él quisiera ser general del ejército de la liga que se dió á Antonio de Leyba: mas estas quejas el emperador las satisfizo adelante, premiando á este valeroso caballero, como sus grandes servicios merecian y los del marqués de Pescara su tio.

Pasó el emperador á Génova: aposentóse en las casas de Andrea Doria, el cual le presentó todas las colgaduras de su casa, que eran de mucho valor, en que habia riquísimos paños de oro y seda, camas de brocado y otras sedas, imágenes, y pinturas maravillosas: mas el emperador no quiso tomarlo sino dijo por cumplir con él, que se lo guardase asi como estaba para cuando volviese y con tanto se metió en su galera y caminó para España.

En Islas de Eras, le trajo mucho refresco el conde de Tenda capitan de las galeras francesas.

Por abril llegó á Barcelona donde le esperaba la serenísima emperatriz su mujer (que asi se lo habia escrito desde Génova, y que la acompañase el cardenal Tabera) y mucha nobleza de España con grandísimo deseo de ver á su príncipe, por tantas victorias glorioso.

Quiso el emperador que se conquistase la ciudad de Tremecen en Berberia y encargó á don Alvaro Bazan, general de las galeras de España y pa-

dre del marqués de Santacruz (que tan famoso fue en nuestros tiempos por sus hechos y señaladas fortunas y merecerlo en los venideros) que hiciese la diligencia posible por ganar á One, ciudad vecina á la de Tremecen y muy importante para la conquista de Berberia; y don Alvaro fue sobre ella con diez galeras, y en ellas dos mil infantes españoles, muy bien armados. Púsose sobre One: y si bien los moros hicieron su deber por defenderse, al segundo asalto que los españoles dieron, la entraron, y los moros que estaban en el Alcazaba salieron huyendo por un postigo falso. Prendiéronse con todo mil y murieron mas de seiscientos.

XX.

Amistad y parentesco anudado entre el Papa y rey de Francia.—Cuidados y preparativos del emperador.

Porque de las vistas del Papa con el rey de Francia en Marsella y del casamiento de don Enrique duque de Orleans, hijo segundo de Francisco, infante de diez y seis años, con Catalina de Médicis, sobrina del Papa, hija del duque de Urbino, hubo tantos juicios y pensamientos (que no se engañaban mucho) de que todo era en perjuicio del emperador, diré ahora aqui esta historia.

Pocos dias despues que el papa Clemente, despedido del emperador, volvió de Bolonia á Roma se comenzó á tratar de veras el sobredicho casamiento, el cual nunca pareció bien al emperador, ni se pudo persuadir que el rey de Francia quisiese semejantes bodas, sino que era algun en-

tretenimiento y que las trataba con cautela para grangear al Papa, por ser tan desiguales las cualidades de los novios. Por esto muchas veces el emperador aconsejó prudentemente al Pontífice que se guardase de algun engaño del rey de Francia: mas ya que se hubo sentado el negocio á satisfaccion de Papa quiso el rey que las bodas fuesen en Marsella y pidió con encarecimiento al Pontífice, quisiese hallarse en ellas, todo á fin de tratar mas de cerca y largamente sus pensamientos con él.

Holgó el Papa con este casamiento, por aquella sed demasiada que siempre tuvo de engrandecer su casa, y con esto á su parecer lo tenia todo, pues tenia como por nuera una hija natural del emperador y por yerno al hijo del rey de Francia. El Pontífice con el sobrado gozo que de progresos tan venturosos tenia, dijo á sus criados, acabadas estas bodas, que veia sublimada su casa por la mano de Dios: porque su sobrino Alejandro era duque de Florencia y desposado con la hija del emperador y su sobrina Catalina, casada con hijo del rey de Francia y que esperaba que á Hipólito de Médicis, que tenia la silla del cardenal Pompeyo Colona y era muy rico, habia de hacer otra lumbrera de la Iglesia: que con esto ya no se acordaba de los trabajos pasados: que él sabia que habia de morir muy presto, lo cual seria con mucho gusto, para gozar de aquel que en la tierra tantas mercedes le habia hecho.

Levantados asi los pensamientos, no dificultó Clemente ponerse en camino, ni reparó en lo que sabia que de él se murmuraba, aunque era demasiado. Partió para Marsella en fin del verano de este año de 1533. Vino por él desde Francia con

veinte galeras, Juan Estuardo conde de Alba, el cual llevó primero á Niza la novia, que era sobrina de su mujer. Volvió por el Papa á Pisa y acompañarle Andrea Doria con sus galeras y don Alvaro de Bazan y Salviati, que todos venian de Mecina.

Entró en Marsella á seis de octubre. Hízosele solemne recibimiento y otro dia llegraron allí el rey y la reina con sus tres hijos y se aposentaron muy cerca unos de otros. Regaláronse mucho: el Papa dió al rey un unicornio de dos codos de largo, puesto en una rica basa de oro, que para quitar el veneno de la comida y bebida es precioso, porque dicen que suda, si en la mesa donde está se pone veneno. El rey dió otras joyas, y á Hipólito de Médicis un gran leon manso, que le habia enviado Barbaroja.

Hubo entre ellos ordinarias y largas juntas á solas, en particular el Papa con el rey, y con grandísimo secreto todo lo que trataban. Y asi los juicios é imaginaciones del vulgo eran sin número, y todos de mal, guerras peores que las pasadas entre el emperador y rey Francisco, porque les parecia que todo esto se enderezaba á este fin. El rey queria á Milan: el Papa á Módena, y á Rezo: el emperador no se lo habia de dar, ni desfavorecer al de Ferrara, pues por justicia se le habian adjudicado las dos ciudades, y segun esto la guerra era cierta.

Escribian al emperador muy á menudo sus aficionados que no se descuidase, porque no era posible, sino que el Papa y el rey habian tramado algun negocio contra él, para tomarle desapercibido. Avisáronle, que sobre todo se guardase de

Filipo, Lantzgrave de Hesia, cabeza y principal caudillo de los luteranos: porque se barruntaba que con color de favorecer al duque de Witemberg, y á Cristophoro su hijo, á quien la habia despojado el rey de romanos, se concertaba ocultamente con el francés, para hacerle algun daño por la parte de Flandes, y de entrar en Italia por Lombardia, para despojar á Francisco Esforcia, y dar aquel estado al rey de Francia. Todas estas cosas ponian en cuidado al emperador, y así no trataba sino de prevenirlas, de manera que sus enemigos no le hallasen tan solo como pensaban.

Casó, como dije, á Francisco Esforcia con Cristina su sobrina, hija del rey de Dinamarca, dió al duque de Urbino la ciudad de Sora en el reino de Napoles, quitándola á los herederos de Mr. de Jeures, dándoles otra recompensa. Hizo otros favores y mercedes á los coloneses: al capitan general Andrea Doria dióle la ciudad de Melfi, con título de principe de ella. Acrecentó los salarios á todos sus capitanes, con que confirmó en su servicio los corazones de muchos. Los venecianos quedaban tambien amigos seguros con tener á Francisco Esforcia: el de Ferrara estaba bien prendado con lo de Módena y Rezo. El duque de Mantua esperaba haber del emperador el marquesado de Montferrat, que estaba vacante por muerte de Bonifacio su cuñado, que murió corriendo un caballo.

Donde mas se temia el golpe de la guerra, era en Milan, por ser llano que estas bodas tan desiguales, no las habia querido el francés, sino por este estado: y que todo era fraguar la guerra, que ni paces, ni treguas, ni capitulaciones habian de

bastar para olvidar el odio antiguo, y apagar aquel fuego de la envidia, ó emulacion que á las cosas del emperador siempre tuvo, y que de todas maneras solicitaba los ánimos, levantaba las voluntades, y movia pensamientos para revolver á Europa, sembrando en ella discordias y guerras mortales, en daño y perjuicio de la persona y casa imperial: y que el Pontífice se habia de poner en que á Henrico su nuevo pariente se le diese lo de Milan, ó el reino de Nápoles.

Estos eran los cuidados del emperador estando en la quietud de Castilla con la emperatriz su mujer, los cuales, y otros tales, le acabaron antes de tiempo la vida. Que tales sobresaltos traen las coronas que da el mundo, y no se coge fruto mas sabroso de ellas, porque no llevan otro las varas, ó cetros reales. Con tanta desconfianza de los reyes ¿qué paz firme con tanta emulacion rabiosa de potencia y honra, que concordia segura puede haber? Dicen que el rey Francisco dijo en Marsella al Pontífice, que ni queria concilio, ni queria paz, si no le daban el ducado de Milan: y que no solo nó seria contra los hereges, mas que traeria el turco. Estaba tan puesto en tratar de las armas el rey Francisco, que este año ordenó, que en siete provincias de su reino, en cada una hubiese una legion de soldados, que conforme á la cuenta de los romanos hacian cuarenta mil, y que cada provincia cuando hubiese guerra diese y sustentase la una, y los tuviese á punto siempre que fuesen llamados. No pudo sustentar el reino esta carga, y asi duró poco.

Contradecia el rey Francisco al concilio, que el César grandemente deseaba, y en estas vistas

el Papa le persuadió que no le consintiese, y como vi por una carta que este año de 1533 á 6 de noviembre, el emperador escribió al conde de Cifuentes su embajador en Roma. La razon mas fuerte que el rey daba era, que no habiendo entera conformidad entre él y el César, no se podia hacer cosa buena, y la paz estaba en quedarse el francés con Borgoña, y que le diesen á Milan para su hijo el duque de Orleans. Dado esto, pidiera luego á Nápoles, y despues á Navarra; y quizá no quedará contento: porque en esta vida no hay bienes que harten, ni hinchan lo vacio de los corazones, si bien sean de reyes.

XXI.

Viene el turco sobre Corron y alza el sitio.

Como Soliman volvió á Constantinopla mandó que su armada fuese sobre Corron, pareciéndole caso de menos valor, que los españoles la tuviesen, y aun porque no tuviese entrada en Grecia la flota del emperador, cuyas fuerzas conoció en Viena de Austria. Cercaron pues á Corron el Zay,Oluprtbey de Galipoli, por agua, con sesenta galeras, sin otras fustas y naves, y el Basa Zizin por tierra con buen ejército, los cuales estrecharon mucho á los españoles que dentro estaban, que ni abrir las puertas osaban para coger yerbas, que ya no comian otra cosa. Los turcos procedian con tanto furor que asaron diez griegos (desollándolos) en parrillas, que por comer se pasaron á ellos; mandando Zizin Basa, que asi se hiciese por poner miedo á los de la Morea, para que ninguno se pa-

sase de alli adelante á los cristianos, aunque fuesen otra vez con armada.

El Basa requirió con partido á don Gerónimo de Mendoza, sabiendo el hambre que padecian los españoles; pero ellos, si bien ya comian caballos, asnos, y suelas de zapatos cocidas, no le quisieron oir. Enviaron á pedir socorro al principio del cerco á don Pedro de Toledo virey de Nápoles, avisándole de su peligro, de la importancia de aquel lugar para la conquista de Grecia, y de la voluntad que tenian los naturales á rebelarse por el emperador contra los turcos. Escribió tambien don Gerónimo á Andrea Doria, pidiéndole la palabra que le diera con juramento de socorrerle á tiempo. Disminuyó la flota del Zay, porque fuese.

Teniendo el emperador esta relacion, mandó ir allá su armada, enviando dineros á Andrea Doria, y á decir que luego enviaria á don Alvaro de Bazan con doce galeras.

Fue pues Andrea Doria á Nápoles; donde proveyó de lo necesario su armada, que seria de hasta treinta naos, y veinte y siete galeras. Despachó entre tanto á Cristóval Palavicini Doria en una galera que se decia Marquesota. Iban en esta galera los capitanes Vargas, y Pedro de Silva, por cuya buena diligencia se salvó este negocio, para que fuese á Corron con la nueva del socorro, y les diese ánimo, y que no se rindiesen; el cual navegó con diligencia; y el primero de junio, dia del Espíritu Santo entró en el puerto con osadia, por medio de la flota turquesa.

Alegró los españoles, y volviendo á deshora por medio de los enemigos, trajo entera relacion de lo que pasaba.

Andrea Doria metió en las naos, el tercio de los españoles que tenia Machicao (por nombre Rodrigo, maestre de campo, un valiente soldado natural de Castromucho en Campos) amotinados en Abersa; y en las galeras á don Fadrique de Toledo, que fue marqués de Villafranca, con muchos caballeros, y soldados que llamaban Guzmanes. Fue á Mecin por aguardar á don Alvaro Bazan, y como supo de Cristóval Palavicini el peligro de Corron, alzó velas sin querer esperar mas hácia la Morea.

Supo en el Zante como era mayor que pensaba la armada del turco, por habérsele juntado el moro de Alejandria con trece galeras, y estar alli mil genizaros con Inzuf Aga. Envió á Cristoval Doria, con una galera á reconocer cuantas galeras eran, y cómo estaban y donde. El llegó con brevedad á Cabo-gallo y vió las galeras en hilera, las popas á tierra como para pelear, que ya habian descubierto la flota imperial. Andrea Doria contra el parecer de algunos pasó de Cabo-gallo con viento fresco del Este, aunque eran los dias caniculares. Iba él en medio de las galeras llevando á la derecha las del Papa y de Malta con Salviati, y á la izquierda las de Nápoles y Sicilia con Antonio Doria. Las naves caminaban delante, y eran las guías los galeones del mismo Andrea Doria, y de Balhomo Siciliano, entrambos muy artillados.

Los turcos comenzaron á bombardear la armada cristiana sin mencarse. Remaron á poco para pelear, enderezando sus galeras el moro hácia las de Antonio Doria. Las naves caminaron adelante como dije, y asi llegaron. El moro fue á envestir con las de Antonio Doria, con la mayor

fuerza que pudo y con gentil órden y concierto, porque iba mas á tierra, que alguno de los otros. Pensó el moro que huian como continuaban su camino para Corro sin parar ni torcer, si bien algunas se metieron entre las naos; y las de Salviati se desviaron mucho por los tiros que las fatigaban. Los galeones no se pararon ni pusieron á descargar su artilleria con tiempo en los enemigos como lo llevaban mandado, asi que se desordenó, y turbó la armada cristiana: pero entró en el puerto sin daño; y sino fuera por Luprtbey que no quiso pelear, ni osó, se perdia; por lo cual dicen que riñeron despues con los otros capitanes cosarios.

Embarazáronse con las entenas la nao del capitan Hermosilla, y la de Pedro Sarmiento y no entraron. Cargaron sobre ellas las galeras turcas, y tomáronlas, si bien se defendieron gran rato, señaladamente Hermosilla, en la popa de su nao, un valiente soldado llamado Juan de Herrera; habiendo despedazado treinta turcos un tiro Acorbardáronse los españoles, fuera de costumbre, por no estar hechos á la mar y por verse solos entre tantas galeras de enemigos, por lo cual muchos se arrojaron al agua, no sabiendo nadar, por escaparse de servidumbre: otros, y con ellos el arférez de Pedro Sarmiento, se metieron en los bateles, y Hermosilla metió su dinero y una mujer; pero toto se perdió.

Tornó Andrea Doria á socorrerlos, teniendo por afrenta, que delante de sus ojos se llevasen los enemigos aquellas dos naos. No pudo remediar los bateles, mas las naves sí: porque los turcos las dejaron á causa del Este que los llevaba á Corron, y por el daño que les hacia una culebrina desde

tierra que alcanzaba una legua. Siguió el alcance bombardeándolos, y Antonio Doria combatió y cobró las naos, y los españoles que ya peleaban con ánimo desde popa, si bien desalentados, en especial Hermosilla y los suyos. Mataron y prendieron trescientos genízaros, y otros dijeron que quinientos, que como valientes habian entrado en las naos combatiendo, uno de los cuales fue Inzuf, á quien Andrea Doria vistió de seda, y poniéndole una cadena de oro lo envió á Modon.

Entre tanto acordaron don Gerónimo de Mendoza y Machicao salir á Zicin barruntando, que levantaria el real por haberse socorrido Corron, y huido las galeras. Cuando ellos salieron ya los turcos caminaban á toda furia dejando mucha ropa y comida. Siguiéronlos un tanto; tomáronles algunos caballos, y piezas de artilleria, en especial tres tiros de bronce.

Hubo en Corron gra regocijo por ambas victorias. Andrea Doria consoló á los vecinos por el trabajo que habian padecido en el cerco, diciendo que iria otro año el emperador á conquistar la Morea, y los pondria en libertad echando los turcos, que no deseaban cosa mas. Dejó alli á Rodrigo Machicao con los españoles que llevó, embargó los de don Gerónimo, y partiose para su casa; todavia perdió tres galeras que se rezagaron por echar cierta gente y mercaderia en Calabria, las cuales tomó Zinan judio.

XXII.

Salida heróica de los sitiados de Corron:—Abandónase este punto.

Habiéndose gastado tanto en ganar este lugar y poco menos en sustentarlo, lo hubieron de desamparar siendo importante, asi para las cosas de mar como para la conquista de la Morea y Grecia que el emperador pretendia hacer, y el Papa deseaba. Hubo muchas causas para ello: el papa Clemente queria de veras que Corron se sustentase para torcer al turco, á que por él hiciese una larga y cierta paz con todos los reyes cristianos, como la deseaba Ibrain Basa gran amigo de cristianos, que gobernaba la persona y Estado de Soliman, á causa de las guerras del Sofi. El emperador pretendia lo mismo, y aun tambien sostenerlo, como sostenia á Oran y Bugia, mas érale muy costoso, y por eso queria que se lo ayudasen á sustentar, el Papa, el rey de Francia, venecianos, y el gran maestre de San Juan; y aun se lo dejaba á todos, y á cada uno de ellos: pero ninguno lo quiso. Asi no queriendo contribuir para sustentar y defenderlo se hubo de desamparar, y el emperador no hizo caso de ello, conociendo que no le faltarian lugares importantes, y puertos, cuando á Grecia quisiese pasar.

Aconteció tambien ademas de lo sobredicho, que sitiaron los turcos á Corron muy de propósito, si bien de lejos, y como tenian muchos caballos no dejaban entrar ni salir á nadie. Habia dentro muchos griegos sin los españoles, y por ser tantos

faltóles carne y vino, y tambien les iba faltando agua por haberse resquebrado las cisternas con la artilleria. Molian el trigo en tahonas á brazos que les costaba gran trabajo y aun con todo comian tanto salvado como harina, si bien á la verdad se remediaron mucho con unas naos sicilianas de bastimentos y municiones.

Comenzaron, pues, los españoles á sentir la hambre y el cerco: viendo que la hambre los habia de matar, rogaron á Machicao su maestre de campo, que los sacase á los enemigos y que veria el estado de los turcos, y la presa que hacian. Machicao que no era nada liviano, si bien valiente, lo contradecia. Ellos, que ya se habian puesto en aquello, á lo cual los incitaba don Diego de Tovar caballero valiente y esforzado, replicaron que lo debia hacer, pues la armada no iria tan presto siendo invierno, y por falta que ya tenian de comer y vestir, y por temor de alguna enfermedad ó pestilencia que podia venir del encerramiento, y de los ruines manjares no acostumbrados: porque mas valia morir peleando como fuertes españoles, que como flacas mujeres entregarse sollozando: que no temiese de su ánimo y osadia, pues los conocia de mucho tiempo, y los habia probado en Viena contra los mismos turcos ni por estar apartada Andrusa, ni por ser invierno, que ellos caminarian hasta hallar los enemigos, y que lo harian tan sin ruido y tan presto, que tomasen durmiendo los turcos. Machicao quiso templar el hervor y furia de los soldados, acordándose de su cargo y honra, y asi mismo mostrarles cuanto error seria ir tan pocos contra tantos y sin caballeria y dejar la fuerza que se obligaron á

guardar por apetito de algunos: que la hambre y sed y otros trabajos con paciencia y con templanza los tenian de pasar como habian hecho muchas veces, hasta la primavera, que sin duda iria la armada del emperador á socorrerles: y que aquella gana de salir á pelear se podia decir no de fuertes, sino de flacos, pues la fortaleza consistia en sufrir, y no en blandear por combatir: por tanto, que su determinacion era guardar la ciudad conforme á buenos guerreros, y no fiarla de griegos, gente liviana, si bien aquellos fuesen fieles y esforzados, como lo mostraban en querer tambien salir á pelear.

Quedó con esto el negocio en disputa por tres ó cuatro dias: al cabo tornaron á rogarle que saliese á pelear don Diego de Tovar y Hermosilla, y algunos griegos como Lázaro y Barbacio, valiente hombre y práctico en la tierra, y que sabia hablar turco. Entonces Machicao templando el rigor de la guerra con el ánimo de los soldados, otorgó la salida. De allí comenzó á proveer á la nueva y peligrosa determinacion: cercó las puertas porque ninguno fuese á los turcos con el aviso de su ida; encomendó el lugar a los capitanes Lezcano y Mendez: y asi salió á la segunda queda con los demás españoles y muchos griegos.

Anduvo aquella noche guiando Barbacio el medio camino, reposó el dia, porque como salieron á la segunda guarda, tenian necesidad de algun reposo, que muy corto era en un monte: y el siguiente, antes del alba, dió sobre Andrusa, que está de Corron nueve ó diez leguas, sin ser descubiertos ni sentidos. Entró en consejo y fue acordado que con los arcabuceros quedase Hermosi-

lla contra mil de á caballo que tenia Acomar en el arrabal, y que él con el resto entrase el Andrusa por la cerca (que baja y flaca era de presto) si bien habia dentro con Caran tres mil soldados de los cuales los mil y quinientos eran genízaros arcabuceros, y los otros con picas y arcos.

No se pudo hacer tan callado, que no despertasen por mal de todos, en especial de los capitanes, algunos mozos de turcos, los cuales como viesen lumbres y mechas encendidas, dieron voces é hicieron tocar á alarma. Levantáronse todos y armáronse con la presteza que el negocio pedia: hicieron ensillar los caballos. Hermosilla que lo sintió, arremetió á las casas, acorralólos á puros arcabuzazos. Mandó poner fuego al heno y paja de los caballos y caballerizas. Mataban á cuantos hallaban.

Comenzóse un terrible llanto y ruido con el furor de los golpes y resplandor de las armas: pero lo mas espantoso eran los relinchos, los ronquidos y coces de los caballos por soltarse, que se quemaban vivos. No tuvo Machicao tal ventura, porque al ruido y gran estruendo recordaron los del lugar, y pelearon con los suyos conociendo ser pocos, mejor de lo que al principio pensaron. Mataron á Machicao de un escopetazo que le dieron por la frente, desquiciando unas puertas y lo mismo hicieron á don Diego de Tovar y á otros muchos por no llegar á tiempo Hermosilla con los arcabuceros, y no llegó por acabar los de á caballo.. Los españoles entonces que ya era dia claro, se retiraron juntos á lo llano, deteniendo los enemigos a tiro de arcabuz, si bien habia muchos á caballo: porque no se quemaren todos los caballos

Los turcos tenian como por victoria no haberse perdido todos; segun el daño que recibieron en los caballos, y caballeros, y en el alcance: por lo cual los dejaban volver. Pero Acomar que andaba tan galan con grandes plumages como el sobrenombre tenia, los persiguió buen trecho con mas de cuatrocientos caballos y doscientos arcabuceros en ancas. Adelántose un poco por señalarse, y enclavóle un español á quien casi iba á picar con la lanza, echándole la bala del arcabuz por la tabla china, y matóle. Cargaron luego sobre él muchos de ambas partes, y a cuchilladas tomaron los españoles el turbante con los penachos y armas de Acomar.

Asi se tornaron á Corron en el mismo dia que fue de la Purificacion. Los turcos tomaron el cuerpo de su capitan, se volvieron á Andrusa, y de alli á Londeri, enviando las orejas y narices de los españoles muertos á Constantinopla para muestra de su victoria.

Como los turcos salieron de Andrusa fueron allá los de Corron, á enterrar á sus compañeros que los comian aves y perros, y enterráronlos honradamente con ayuda de los vecinos de Callamate, y cristianos griegos. Hallaron la cabeza de Machicao hincada en la punta de una lanza, que la dejaron por afrenta, y trageronla á Corron con mucho luto, con la de don Diego de Tovar, que fue mejor conocida por una muela, y en las barbas, por no estar desollada ni cortadas las narices, como las otras.

Ya dije como era el maestre de campo Rodrigo de Machicao, natural de la villa de Castromocho, que está ocho leguas de Valladolid, dentro en

campos, de gente muy honrada de este lugar, y por haber sido un valiente soldado, llegó a tener muy honrados cargos en la guerra, y fuera mucho mas si esta desventura no le quitára la vida.

Sobrevino á los de Corron una gran pestilencia, por lo cual y por el trabajo y necesidad en que estaban, y por lo que al principio dije, esperaron que pasasen algunos navios cristianos, y un martes á 24 de febrero, dia de San Matias, llegó una fragata, en la cual venia Juan Cola de Lipar, italiano, con cartas de los vireyes de Sicilia y Nápoles, en que les mandaban desamparar este lugar, y que se volviesen á Italia. Fueron cinco navios, y lunes á 9 de marzo se embarcaron y salieron del puerto, miércoles primero de abril año de 1534.

Embarcaron la artilleria, las armas, la ropa, y los naturales de Corron, y viniéronse dejando el lugar solo y yermo. Es Corron aquella antigua ciudad Cherroneo, patria del filósofo Plutarco. De esto sirvieron tantos gastos y muertes: para despues dejarla, pudiendo ganar algo que diera el turco por ella.

Si bien no toque á esta historia, diré como en este año de 1533, nació Isabel, princesa de Gales, hija del rey Henrico VIII de Inglaterra, y de Ana Bolena, que hoy dia, y año de 1602, reina y ha reinado con tanto valor y prudencia, aunque contraria y enemiga de la Iglesia Romana.

Murió en este año en Bolonia aquel famoso soldado Garcia de Paredes.

Estuvo muy mala la emperatriz este año, y el emperador con harto cuidado de su salud, como parece por las cartas que escribió al condestable

desde Monzon á 20 de julio: el 22, 30 y 14 de agosto, estaba con mejoria; y á 6 de agosto le acudió una terciana sobre mucha flaqueza: y á 10 estaba mejor, y á 17 estaba para ponerse en camino, que todo parece asi por las cartas que se escribian al emperador, y él escribia al condestable de Castilla.

Contradecia el rey Francisco al concilio que el César grandemente deseaba.

AÑO 1534.

XXIII.

Muere Clemente VII—Sustitúyele Alejandro Farnesio: —Proposiciones de paz hechas por este al emperador y rey, y mal éxito que tuvieron: — Enrique VIII se declara gefe de la Iglesia Anglicana.

Dejando al emperador en Alcalá de Henares donde vino con la emperatriz desde Barcelona, comenzaré este año de 1534 por el fin ordinario de esta vida, muriendo en ella, estando en Roma á 26 de setiembre, el papa Clemente VII. En esto paran las monarquias y grandezas humanas, teniendo el mismo fin que tiene el mendigo y retirado ermitaño.

Sucedióle en la silla apostólica de Roma el cardenal Alejandro Farnesio, varon de tanta virtud, y conocidas ventajas, que sin dificultad fue adorado y coronado, á 4 dias del mes de octubre, dia de San Francisco, con mucho contento de todo el pueblo romano, por ser su natural, de la nobleza de los Farnesios, por mostrarse este Pontífi-

ce de veras celoso del bien de la paz, y de ver concordadas las cuestiones que tan alterada tenian la religion cristiana. Despachó luego sus legados, uno al emperador, y otro al rey Francisco, pidiéndoles encarecidamente se conformasen en una concordia y caridad cristiana, juntando sus fuerzas en uno contra el comun enemigo, pues veian cuan adelantados andaban los turcos, y la gran pujanza con que Barbaroja inquietaba todo el mar Mediterráneo, fatigando las costas de la cristiandad y las islas de Sicilia y Mallorca; y las demas provincias de cristianos.

El rey Francisco que tenia siempre frescas las injurias pasadas, si bien deseaba ganar la voluntad del Pontífice, no quiso con todo eso venir en alguna concordia: porque no acababa de tragar la felicidad y potencia del emperador. Y asi la respuesta que dió, fue, que si el emperador le queria hacer gracia del título de Milan, él holgaria ayudarle con todas sus fuerzas por mar y tierra contra el turco, y aun de ir en persona bajo su bandera, reconociéndole superioridad en cualquiera jornada que quisiese hacer: tal fue siempre el tema y porfia del rey.

Todos los de aquel tiempo dicen, que aunque el emperador le diera lo que pedia, el rey no hiciera lo que prometia, ni se contentára con Milan, sino que puesto alli, quisiera luego á Nápoles, y aun á toda Italia. Sabíase que en este mismo tiempo, cuando hacia estas promesas traia tratos con el rey Henrico de Inglaterra, para que los dos se juntasen con el duque de Gueldres, que andaba en desgracia del emperador, para que le hiciese la guerra por la parte de Flandes

y que por otra parte queria enviar á Navarra al rey don Enrique, el despojado, para restituirle, si pudiese en aquel reino.

Sabíase tambien muy de cierto que el rey habia repartido secretamente muchos dineros entre los suizos por tenerlos ganados, y que en Marsella y en todos los puertos de Francia se labraban galeras y navios á gran prisa, y que por toda la tierra se hacian grandes municiones.

Ademas de esto era cosa muy sabida lo que habia instituido, segun dije, de las siete legiones en las siete provincias de su reino, á imitacion de lo que antiguamente hacian los emperadores romanos. De todos estos aparatos que el rey de Francia hacia, entendia bien el emperador y todos lo veian, que él tramaba alguna mala guerra: asi todos lo que eran de la parte imperial vivian sobre aviso, como Andrea Doria, Francisco Esforcia duque de Milan, el duque de Florencia y otros: con esto pudo hacer poco efecto la santa intencion del Pontífice.

Este año tuvo el emperador córtes en Madrid, y para el buen gobierno del reino mandó entre otras cosas, que no se usasen mulas de silla, porque hubiese mas caballos, y los labradores las tuviesen para su labranza; guardóse esto tanto algunos años, que ciertas mulas pagaron la pena por justicia, en Valladolid, y en otras ciudades. Tambien las vedaron los reyes Católicos cuarenta años antes de este, y se guardó todo el tiempo que vivió la reina conforme á una ley de la Partida, que manda andar á caballo los caballeros por honra y uso.

Ahora en estos miserables tiempos, ni guardan

uno ni otro, usando como flacas mujeres, tanto los coches, carrozas, sillas y otros regalos y galas que cierto debemos temer no sea el tiempo con que Dios amenaza, que castigará á su pueblo, dándoles príncipes como mujeres. Asi dicen que estaban los robustísimos godos, cuando se perdió España: de los cuales decia un poeta gentil: *Sint procul á nobis iuvenes ut fœmina comti*: no se consientan mancebos compuestos como mujeres.

A 23 de marzo de este año comenzó al descubierto la heregia en Inglaterra y desobediencia á la Sede Apostólica, y fue la causa el bestial apetito del rey Henrico, malo y desordenado, que habiendo él escrito católicamente contra los desvarios de Lutero y sus secuaces, el amor de una mujer le hizo perder el juicio, el temor á Dios y vergüenza al mundo. Fraternal y caritativamente le amonestó el Papa, que mirase el mal estado en que estaba, por haber dejado su mujer lejítima, y que no estaba casado con Ana Bolena, sino amancebado. No hizo caso de ello. Y viendo el Pontífice su dureza, dió sentencia y pronuncióse en público, en que condenó y dió por malo y adúltero el ayuntamiento con Ana Bolena.

Fue tan grande el odio que Enrique concibió contra el Pontífice é Iglesia romana, que no hallando otra forma para vengarse, alzó la obediencia debida á la Iglesia, y mandó publicar por todo el reino, que so pena de la vida reconozcan al rey de Inglaterra, por suprema cabeza de toda la Iglesia anglicana; y que caiga en la misma pena y perdimiento de bienes el que en cualquiera cosa, tocante á la obediencia de la Iglesia romana, fuere, ni la admitiere como en tiempos pasados se

habia hecho. Desde este dia comenzó la ruina y acabamiento de la fe católica que tanto se habia observado y tantos santos habia criado en aquel reino. Hay de ello historia particular, y con lo dicho cumplo en esto.

XXIV.

Concordia entre el rey de romanos y el Lantzgrave de Hecia

En Alemania, Filipo Lantzgrave de Hecia, enemigo grande de la casa de Austria y émulo maligno de su aumento, movido y animado del rey de Francia, solicitado para que perturbase la paz en aquellas partes, moviendo guerra al emperador, vino disimuladamente á Francia, y el rey le dió dineros para ponerse en armas, y que conquistase el ducado Wictemberg, que era del duque de Ulrico.

Juntó con su dinero y del francés y otros amigos, la gente que pudo de pie y de á caballo. Entró por tres partes en el ducado de Wictemberg, apoderándose de la mayor parte. Venció las gentes del rey don Fernando, cuyo capitan era Filipo, conde Palatino, y huyeron los que pudieron, dejando á Lantzgrave ufano con la victoria.

Pareciendo, pues, al rey don Fernando que por el presente le estaba bien concordarse con este enemigo, estando para entrar con el ejército victorioso por Austria, poniéndose de por medio algunos, se concordaron en que el duque Ulrico pagase al rey cierto tributo en razon de feudo. De lo cual el rey de Francia quedó sentido, que-

joso de Lantzgrave, porque habiendo él gastado mucho dinero en favorecerle contra Ulrico, al mejor tiempo se le habia hecho amigo de sus enemigos. Pero aprovecháronle por ahora poco sus quejas, porque el emperador, confirmó las condiciones de la concordia que se efectuó por el mes de julio de este año, con que Ulrico y sus herederos tengan el ducado de Wictemberg á los archiduques de Austria.

Enviaron luego cierto número de gentes de á pie y de á caballo contra la ciudad de Monasterio que por engaño habian tomado los anabautistas, echando de ellos al obispo y á todos los católicos, y se apoderaron de ella los hereges de la manera siguiente.

XXV.

Hechos de los anabautistas.

Tenia Lutero con sus falsas opiniones inficionado sobremanera todo lo que es Alemania la alta, y aun cundia la mala mancha en la baja. Cada dia se levantaban nuevas opiniones heréticas, con que engañaban á muchos ignorantes, para que en diversos pueblos lo recibiesen.

Entre estos herejes los anabautistas engañaron algunos pueblos de las tierras bajas de Flandes y á los holandeses y frisios, y como las justicias procediesen contra ellos castigándolos como a inventores de nuevas doctrinas, huyeron derramándose por diversas partes de aquellas provincias; sembraban sus errores cuanto podian, hasta tanto que de Holanda y Frisia, donde habian hecho mucho

daño, salió un gran número de ellos, y fueron á Wesfalia, y la ciudad de Monasterio en el año de 1532 y entraron al mismo tiempo que los luteranos, que habian procurado echar de alli á los católicos, saliendo ya con su intencion: porque movidos y engañados los ciudadanos con los sermones de los luteranos, se habian puesto contra el obispo que era muy católico, lo habian echado del pueblo, y con él habian tenido sangrientos encuentros, y pendencias muy reñidas, porque los hereges querian introducir su secta y el obispo les resistia católica y valerosamente.

Estaban dentro en la ciudad católicos y hereges muy desavenidos, y á pique de tomar las armas unos contra otros. Favorecian á los hereges muchos príncipes de Alemania, y el emperador, de quien los católicos se habian de favorecer, estaba en España.

Finalmente, en el mes de febrero de este año, viendo los anabautistas que sus cosas iban prósperamente en Monasterio, para que siendo mas pudiesen tener y hacer mas fuerzas, escribieron á Osembruggo. Coesueldia, Westfalia, Tranchemana, Warendorpio, en los cuales lugares habia muchos de su secta, diciéndoles, que habia Dios puesto en Monasterio un profeta santo, venido del cielo, que les predicase y declarase su divina voluntad; por tanto, que dejando todas las cosas, acudiesen luego á Monasterio, que alli hallarian cuanto hubiesen menester y vivirian en suma quietud y descanso, abundantes de todo lo necesario para la vida humana.

Leidas las cartas, se juntaron con toda diligencia y sin decir nada á otros vecinos, muchos na-

turales de estos lugares y se fueron á Monasterio, y con su ayuda juntos los hereges se levantaron con la ciudad. Echaron fuera los católicos, eligieron y nombraron jueces que los gobernasen, quitando los que habia. Nombraron capitanes, pusiéronse en armas, fortificaron la ciudad, derribaron las casas de los nobles, templos y monasterios, profanando los vasos sagrados, ornamentos y cosas del culto divino, hicieron otras crueldades, y como gente sin juicio decian, que el furor y espíritu divino les hacia hacer aquellas cosas. Andaban por la ciudad dando voces, diciendo al pueblo, que hiciesen penitencia de la vida pasada, y quitarian de sobre sí el riguroso azote de Dios que tenia en la mano para descargar ya sobre ellos, con el cual sentirian gravísimos castigos y males. Luego con este furor bestial tomaron las armas contra algunos católicos que habian quedado en la ciudad, que no quisieron consentir con ellos, ni se dejaron rebautizar. Decianles palabras afrentosas, sacábanlos arrastrando de sus casas, diciendo que la ira y azote de Dios venia ya sobre ellos. Saquearonles las haciendas y porque entendian que el obispo y todos los católicos que habian echado, volverian sobre la ciudad, escribieron á Harlemo Amstelrodamo y á otros principales capitanes de su secta, pidiéndoles que con mucho secreto y con todas veras, persuadiesen á sus pueblos, que, si querian vivir se juntasen con ellos, porque presto destruiria Dios las moradas de los impios. Llamaban impios y pecadores á los que no se querian rebautizar, ni seguir su mala doctrina y que asi era necesario que todos los que quisiesen ser salvos y alcanzar la divina misericordia y gracia de Dios

acudiesen á Monasterio, que este era el lugar que tenia Dios señalado en este mundo para sus escogidos, en el cual, sin temor de nadie, gozando abundantemente de todos los bienes, sin zozobra ni trabajo, servirán á Dios.

Mandaron que todos los que no quisiesen seguir este camino, aunque fuesen sus propias mujeres é hijos, los echasen de sí sin hacer caso de ellos y que vendiesen sus bienes ; quedándose con lo que para ir á Monasterio hubiesen menester. Que trajesen el dinero, ropa, y armas que pudiesen, y que pasado el seno meridional de Holanda, entrasen en el rio Isala, de donde vendrian seguramente á Monasterio.

La carta que cerca de esto escribieron, dice tales disparates, que para que los católicos vean quien son los hereges será bien referirla aqui.

Carta de los hereges de Monasterio.

»A los fieles confederados en Cristo, gracia y paz de Dios padre por su hijo Jesucristo, Amen. Carísimos hermanos y hermanas, la paz y el gozo para los hijos de Dios que tenemos entre manos; porque la redencion está a nuestras puertas. Amigos muy amados, os hacemos saber, que nos ha Dios descubierto y dado a cargo su Iglesia y que conviene que cada uno de vosotros se ponga luego en órden para venir á la nueva y escojida Jerusalen, ciudad santa que ha bajado del cielo para conservacion y morada de los santos y bienaventurados sus escojidos: porque es cierto que Dios quiere castigar al mundo, mire cada uno por sí, no caiga por su negligencia y desobediencia en el severo juicio

de Dios. Porque nos escribió Juan Beukolario profeta santo de Monasterio y todos los que en Cristo le siguen cortísimos profetas del altísimo Dios, que ninguno de los que sirvieron al dragon de este mundo, podrá escapar que no le trague y le quite la vida espiritual ó corporal. Por tanto, todos se aparejen para el camino, sino quieren sentir el azote de la ira divina. Amenaza al mundo un tumulto horrible, una turbacion espantable, de la cual habló diciendo en el capítulo 51. Huia de Babilonia el que quisiere salvar la vida. No se espanten vuestros corazones con el clamor que por toda la tierra se ha de levantar. No digo otras muchas cosas, sino en nombre de Dios, os mando que obedezcais y no dejeis pasar el tiempo oportuno: mirad por vosotros y acordaos de la mujer de Loth y no volvais á mirar atras por cosa alguna de cuantas el mundo tiene: ni por el marido, ni por la mujer, ni por los hijos os dejeis engañar. El marido no haga caso de la mujer incrédula, ni la mujer del marido, ni traigais con vosotros a los tales, ni á los hijos que no quisieren admitir esta doctrina, que no quisieren seguiros y ser participantes los bienes de la celestial Jerusalen, lo cual tiene bastantemente que dar con abundancia á sus santos. Y asi no os cargueis de cosa alguna salvo de oro, plata lienzos y un buen vestido y para comer lo que bastare para el camino que brevemente andareis: el que tuviere armas espada, lanza ó arcabuz, traigalo y el que no cómprelo. Libraros a Dios sin duda poniendo su mano poderosa en favor de sus escogidos con la guia de Moises y Aaron (*llamaban estos bárbaros electos, escogidos á los que se rebautizaban y seguian su secta*.

Vivid advertidamente y con prudencia debeis ordenar vuestras cosas entre esos impios enemigos con quien vivis. Y procurad que á 24 de marzo cerca de mediodia, os halleis media milla de monte Monasterio fuera de Hassellio. Estad con ánimo alli todos, y cautos y advertidos en todo, y no esteis alli antes de este dia ni despues. sino en el mismo dia y hora puntualmente estareis alli y pondreis en ello todo cuidado, porque pasado aquel punto no se hará mas cuenta de alguno, ni lo esperarán. Por tanto no hay sino velar, no os haga daño la tardanza ó la demasiada diligencia. Y si algunos no hicieren caso de venir ó menospreciaren lo que aqui decimos, quiero ser sin culpa de su sangre y protesto de ello.=Emanuel.»

XXVI.

Descalabro de los anabautistas.

Notable cosa es que en estos tiempos hubiese en aquellas tierras gentes tan simples que semejantes desatinos obrasen en ellos y los admitiesen. Veese claramente que los habia Dios dejado y como ciegos obraban.

Enviáronse estas cartas á muchas ciudades y lugares y á 21 de marzo se juntaron cerca de un lugar de Holanda que se dice Monichedamo, mas de treinta navios de carga, sin que unos supiesen de otros, sino que en cada una de estas naves habia uno que sabia el secreto. Disimulando echaban fama de que todos se habian aqui juntado traidos del Espíritu Santo, y que este espíritu divino ha-

bia aqui traido aquellas naves, lo cual creian los ignorantes.

Comunicándose todos partieron aquel dia y navegaron para Suvarte Wateram, y porque no podian estar en el lugar señalado por sus profetas antes ni despues de los 24 de marzo, se tuvieron un dia echadas las áncoras en el puerto. Súpose en este tiempo por todos los Transisleños que estaban alli aquellas gentes y no sabiendo donde iba una armada tan grande ni lo que trataba siendo capitanes y caudillos Diosardo Bollenhovio, y Gulmudano se juntó mucha gente de las ciudades y lugares vecinos con sus armas, y vinieron muy en órden al puerto de Suvarte Wateram, para prenderlos si saltasen en tierra sino daban razon de su venida. Ellos con el engaño en que venian fiados en los falsos seguros que de parte de Dios les habia dado su mal profeta, no temian á nadie, y asi habian salido á tierra sin armas por lo cual facilmente fueron presos y puestos en tormentos.

Algunos de ellos confesaron quienes eran y donde iban y comprobado por las armas que llevaban justiciaron algunos de los principales y prendieron la canalla que iba en los navios en que estaban, hasta tanto que la reina Maria, gobernadora de Flandes que estaba en Bruselas mandase lo que de ellos se habia de hacer. Mandó la reina que justiciasen á todos los que no quisiesen abjurar la secta y á los que lo hiciesen prometiendo ser católicos amenazándolos que procederian contra ellos con rigurosos castigos; que los hiciesen volver á sus tierras quitándoles lo que alli traian y que si volviesen á reincidir que serian quemados como hereges pertinaces.

Soltaron los marineros libres con sus naves, porque probaron que ellos no sabian cosa mas de que los habian alquilado para que los llevasen á Monasterio sin saber á qué. Hallose en los navios gran suma de oro y plata, telas de lienzo y armas y barriles de pólvora, atambores y banderas en cada una de las cuales habia pintadas cinco cruces. De vestidos y comida traian poco, porque segun su profeta, el cielo y la nueva Jerusalen los habia de proveer abundantemente.

XXVII.

Prosperidades y desgracias de dichos hereges.

Perdido este socorro los anabautistas de Monasterio juntaron de los lugares vecinos, número de gente y al comun de la ciudad parte con amenazas, parte con promesas, hicieron tomar las armas y salieron contra el obispo que los tenia cercados. Las cabezas de estos hereges eran Juan de Leides un vil sastre, Juan Mateo, Harlemiano pastelero, y otros tales como estos que se decian y llamaban profetas del altísimo Dios y todo cuanto intentaban y hacian con gestos y semblante muy grave, afirmaban que lo hacian por mandado de Dios.

Ordenaron de entre sí un consejo de jueces que los gobernasen nombrando veinte y cuatro personas sobre los cuales era el juicio de los que llamaban profetas, cuyos mandamientos se obedecian como si Dios los mandara. Todo lo que era gobierno, guerra, policia y religion, los del consejo ó senadores lo mandaban. Los ciudadanos se

hallaban ya tambien con la núeva Babilonia mas que Jerusalen que cerradas las tiendas y dejando los oficios no trataban sino de las armas y de defender la ciudad. Dábanles la comida con mucho órden, porque no les faltase. El primer dia de la semana carne fresca, el segundo cecina, el tercero cosas de leche y manteca, y de esta manera siendo todo cuanto habia en la ciudad comun á todos. En la guarda de cada puerta de la ciudad se ponia un profeta que estaba predicando la nueva doctrina á la gente de guerra que alli estaba, animándolos para que se defendiesen y defendiesen la nueva ciudad de Jerusalen y monte de Sion.

El obispo de esta ciudad con los ciudadanos nobles y católicos que los hereges habian echado fuera viendo la fuerza que se les hacia y que ya el mal era sin remedio, juntaron á sueldo la mas gente que pudieron ayudándose de amigos y parientes y cercaron la ciudad. Salieron á escaramuzar hasta trescientos hereges cuyo capitan era Juan Mateo, y acometieron el real del obispo y mataron y robaron lo que pudieron y volvieron á la ciudad cargados de despojos. Soberbios con estos buenos sucesos de atrevidos se hicieron temerarios y se prometian á Dios tan favorable, que todo les sucedia como querian.

Acometió un dia con solos treinta el real del obispo y habiendo muerto algunos descuidose y cogiéronle de manera que él y los que con él habian salido fueron muertos, cosa que causó en la ciudad un gran dolor y sentimiento; y junto con este temor, porque estaban persuadidos que su gran profeta y caudillo no podia ser vencido ni muerto

por el favor especial que tenia de Dios como profeta suyo.

Sucedió en su lugar por capitan de esta gente Juan de Leides, el cual una noche se levantó desnudo de la cama, y anduvo asi por toda la ciudad diciendo á voces. «El rey de Sion está aqui» y volviendo á su casa se fingió tres dias mudo, escribia y no hablaba diciendo, que Dios tenia ligada su lengua y al tercer dia habló mil disparates que decia que Dios le habia revelado tocantes al buen gobierno de la ciudad y de la guerra.

Luego salió en público y mandó que todos sacasen alli sus bienes sin que dejasen nada, que asi se lo habia Dios mandado, que ninguno tuviese cosa en particular, que él daria á cada uno largamente lo que hubiese menester.

Poco despues salió á la plaza otro profeta diciendo que mandaba Dios que todos los libros se trajesen alli á la plaza, salvo la Biblia y traidos los quemaron sin dejar alguno. A un herrero que se llamaba Huberto, haciendo burla de tales profetas le mataron pasándole uno de ellos con un arcabuz, diciendo á voces que Dios le habia mandado hacer aquello. Usaban de palabras llenas de autoridad divina como Moisés, diciendo: «Esto dice el Señor.» Ademas de esto con amenazas, promesas, blanduras, autoridad y humanidad, procuraban que el pueblo, ignorante lo creyese y obedeciese. Leian edictos sobre ello en que ponian pena de la vida á quien no guardase lo que mandaban. Y porque entendieron que algunos no sentian bien de esto justiciaron cincuenta de ellos haciéndolos pedazos y degollando algunos haciendo los profetas el oficio de verdugos, fingiendo en sí un fu-

ror divino que les hacia hacer aquellas muertes.

En fin del mes de julio de este año, otro de estos profetas que se llamaba Juan Dusentheuir, platero natural de Warendorpio, salió de nuevo. Fue muy de prisa á Juan de Leides, siguiéndole gran gente del pueblo; iba lleno de furor como arrebatado del espíritu y dijo que mandaba Dios que Juan Leides sucediese en el reino de David y que sujetase á los príncipes de la tierra, que no querian creer y matase los pecadores y que á los fieles justos diese el reino de los Cielos.

Luego arrebataron de Juan Leides y del banquillo en que cosia como sastre le colocaron en la silla real de la ciudad de Monasterio con aplauso general y contento de todos ,y el nuevo rey por pagar á Bernardo Rosmat. le dió el oficio de su predicador, y intérprete de su voluntad: á Tiebekio hizo consul y su mayordomo á Gerardo y de esta manera fue componiendo aquella nueva monarquia mas de vino que de gente de razon.

Convidó á todos los de la ciudad para una cena muy solemne, que á lo divino, quiso celebrar con ellos en el atrio de la iglesia mayor, donde se juntaron hombres. y mujeres hasta cinco mil. El primer plato que se sirvió fue de cecina , y luego otras viandas: la bebida fue cerveza. Acabada la cena salió el nuevo rey vestido con una ropa larga hasta los pies. de seda negra . y un collar de oro ó cadena, que por debajo del brazo daba vuelta á las espaldas. prendiéndola de la cinta al lado izquierdo: de esta cadena colgaba un globo, como figura del mundo. atravesado con dos espadas. En la cabeza traia una corona de oro; y en la mano derecha un cetro de oro. Como hubiese cenado,

compuesto de esta manera se sentó en un rico estrado, y cada uno de los convidados levantándose de su asiento, venia: y el rey le ponia en la boca un bocado de pan, diciendo el impio bárbaro las palabras que Cristo dijo en la última cena.

Hecha esta comunion se levantó, y acompañado de todos aquellos, tales como él, fueron á otra parte del cementerio, donde estaban esperando otros de los consejeros, el uno arrimado á una tinaja de vino puro, y todos los que de mano del rey habian comido el pan, bebian diciendo él mismo las palabras de la consagracion del vino. Eran los ministros de esta comunion del pan, y del vino, la reina y concubinas que el sastre Leydes tenia, y los consejos á algunas de aquellas mujeres que no sentian bien de estos disparates, achacándolas que habian cometido adulterio, las mataron degollando á unas, y empalando á otras.

Tenia este buen rey trece mujeres, entre las cuales tenia corona de reina en la viuda de Juan Mateo, el que murió en la escaramuza, que era muy hermosa y moza.

Acabadas estas cosas, pareciéndole á Juan de Leides que habia hecho lo que bastaba para ostentacion de su real autoridad y estimacion, mandó luego, como tirano, que todos le obedeciesen; y como era hablador, en todos los sermones que hacia, persuadia cuanto queria, y mas diciendo que Dios se lo mandaba asi.

Escogió luego veinte y seis hombres que la mayor parte de ellos eran fugitivos frailes herejes; y les mandó que con algunos de los profetas fuesen á predicar por otros lugares aquella doctrina de gente sin juicio, que llamaban del nuevo

reino de Sion, y ciudad de Jerusalen, y que hiciesen gente para descercar á Monasterio. Cojió el obispo algunos de estos evangelistas y los quemó.

El trage de los profetas y ministros principales de estos herejes, era de color verde oscuro tejido de lana y seda, en las cabezas unas tocas blancas en el dedo índice un anillo grande de oro. Interpretaba esto Roman el predicador real, que el color verde significaba un nuevo hombre sin pecado, y el color oscuro ceniziento la sujecion de la carne y vicios; el anillo de oro un amor recipróco y sincero.

Seria nunca acabar decir los desatinos de estos; basta lo dicho para que se entienda cuales fueron las primeras cabezas de los hereges de Alemania, y que serán tales los que ahora los siguen. Duró el cerco de esta ciudad diez y ocho meses, siendo mas largo y costoso de lo que el obispo pensó. Socorrieron al obispo muchos príncipes. Dióle muchas baterias y asaltos, en que fueron muchos los que murieron: finalmente, al cabo de tantas dificultades, el obispo la entró á veinte y cinco de setiembre, y el falso, y mal sastre de Juan Leides fue preso, vivo, con cinco de sus mujeres, y otros algunos de los principales herejes, de los cuales se hizo la justicia que sus delitos merecian, y fueron muertos con rigurosos y esquisitos tormentos.

Saqueóse la ciudad, y pasaron á cuchillo todos los que dentro estaban, sin perdonar á alguno grandes ni pequeños.

Entonces escribió Cocleo un libro docto contra los errores de los anabautistas, y probó mani-

fiestamente como todos nacian de la falsa doctrina de Lutero, puesto que lo negaba él muy de veras, mostrando tener el mayor aborrecimiento á los anabautistas, que á los papistas, pues asi llamaba á los católicos.

HISTORIA
DEL
EMPERADOR CARLOS V,
REY DE ESPAÑA.

LIBRO VEINTE Y UNO.

AÑO 1534.

I.

Hechos de Barbaroja.

El bravo Barbaroja me obliga á comenzar con particular libro su historia, si bien los hechos del año de 1534 quedan en el precedente comenzados: me fuerzan las malas obras que este cosario hizo á la cristiandad, á decir de él mas de lo que quisiera.

En la primera parte de esta obra, libro primero, año 1515, referí su estado y reputacion. Para esto envió al turco un rico presente y las nuevas de la victoria que habia habido de Rodrigo de Portundo y tambien á Ibrain Basa, gran privado del turco. Cumpliéronse sus deseos en una ocasion, que fue, que habiendo ganado Andrea Doria, por el empe-

rador, á Corron, Pratas, y Dardanelos, haciendo huir la armada turquesca (como queda dicho) tuvo Soliman necesidad de él para combatir la armada imperial, haciéndole almirante del mar, porque sabia no haber mejor cosario ni tan poderoso en todo el mar, ni hallaba otro capitan para poner delante de Andrea Doria. De manera, que con acuerdo de sus bajaes, en especial de Ibrahin, que lo mandaba todo, despachó á Zinam, uno de la guarda de su cámara, en una galera de Mangali, capitan de Rodas, á rogar y llamar á Barbarroja, que fuese á Constantinopla para ser su almirante mayor.

Alegróse grandemente Barbaroja con tal mensaje, tanto, que aun no lo podia creer. Hizo grande honra al mensajero y dióle ricos dones: pensaba por aquella via enseñorearse de toda la ribera de Berberia, como despues casi la tuvo. Y para ir á Constantinopla sin cuidado y dejar en Argel seguro á su hijo Azan, hizo paces con Benalcadi, señor del Cuco y aun con el rey de Francia, enviándole recados y presentes, y ofreciéndole su ayuda. Hubo en el presente leones y tigres. Es verdad que las nombraba treguas el mismo rey, hablando y escribiendo de los tratos y negociaciones que tenia con Barbaroja. Encomendó la guarda de Argel y de Azan su hijo, que no tenia sino veinte años, á Celebi Rabadan, pariente suyo, y á otro capitan llamado Agi.

Aderezó sus navios y los agenos que pudo haber para su jornada. Procuró tomar tigres, leones y otras fieras para presentar al turco. Atavió muchos muchachos y doncellas hermosas, y algunos capados para dar, y por grandeza quiso llevar los

cautivos de rescate, sin los de galera. Llevó tambien á Muley Racit, hermano del rey de Tunez, que los años pasados se le habia encomendado, diciéndole que él haria con el gran turco, que le hiciese rey de Tunez, á fuerza de armada.

II.

Barbaroja va á Constantinopla.

Como Barbaroja tuviese aderezada su flota y lo que mas le importaba, partió de Argel mediado agosto año 1533 con siete galeras y once fustas y galeotas suyas bien en órden, armadas, y ricas. Pasando por Cerdeña, sintió navios en Genara, y creyendo ser Andrea Doria, de quien llevaba miedo, porque sabia que andaba con armada, apercibió su gente para pelear, si algo se le ofreciese: mas quitole aquel temor saber luego que era Delizuf cosario de los Gelves, que salteaba aquellas islas y mar con quince fustas, y una galera que tomara de venecianos.

Reconociéronse unos cosarios á otros; alegráronse con gran placer y regocijo. Rogó Barbaroja á Delizuf, que lo acompañase hasta pasar de Sicilia, por temor de Andrea Doria. El lo hizo, y asi se fueron luego á las bocas de Bonifacio, y de alli á Monte Cristo, pequeña isla, donde un esclavo de Delizuf dijo á Barbaroja, que si le alcanzaba libertad, y se lo pagaba, le llevaria á Riealden del Elva, de donde él era natural, en la cual podria hacer buena presa de gente y hacienda. Barbaroja se lo prometió, y llevándolo por guia navegó al Elva. Salió á tierra de noche con buena copia

de soldados, y robó todo aquel lugar, que no dejó mas que al traidor con sus hijos, mujer, y parientes. Pasó con esta presa por la canal de Pomblin, dando caza á una barca; mas la ciudad se la defendió á cañonazos.

Descubrió luego trece navios gruesos que iban á Sicilia por trigo: combatiólos pensando que iban cargados; y diéronle bien quehacer, tantose defendieron: al fin tomó y quemó los ocho metiendo la gente y ropa en sus navios. Murió Delizuf peleando con una de aquellas naves, aunque por mandado de Barbaroja, segun alli se dijo luego, por haber como hasta cuatrocientos cristianos que tenia cautivos, mucho dinero, y la galera veneciana. Matáronle enviando una fusta como á socorrerle, desde la cual le tiró un turco con una escopeta, y le mató. Muchos de los compañeros huyeron de Barbaroja, porque no usase con ellos otra tal crueldad y tirania. De lo cual le pesó mucho, porque no entraria en Constantinopla tan pujante, como habia creido; ni seria igual con Andrea Doria para pelear si se topasen: por librarse de él, rodeó por la Pantalera donde se le abrió una galera habiendo corrido temporal.

De alli fue á Lampadosa, y tomó agua. Desvióse de Malta, y navegó con tormenta hasta junto á Santa Maura. Alli tuvo nueva de que Andrea Doria entrára por medio de la armada turquesca á socorrer á Corron, segun queda dicho, y que era vuelto á Sicilia; de lo cual él holgó mucho por poder ir seguro y sin miedo. Pasó por el Zante, y llegando á Barma, donde estaba la flota del turco, reprendió á Zay y á Himeral, porque no pelearon con Andrea Doria, dándoles á entender que lo

vencieran. Estuvo en Mondon ocho dias, y llevóse una galera de venecianos. Allegóse lo que pudo á reconocer á Corron, que por él, principalmente, le llamaba el turco. Entró en Salonic, ciudad rica de trato, toda casi de judios echados de España, donde dicen, que se habla tan bien la lengua castellana como en Valladolid.

Detúvose algo en Monte Santo por su devocion. Monte Santo es Athos, tan nombrado, altisima sierra, y mala de subir. Dicen que no hay en ella animal hembra, habiendo liebres, cosa no creedera. Hay muchos monasterios de monjes cartujos, y de monjas; por lo cual le llaman Monte Santo. Paseó á Troya por su fama, que aun tiene rastro de los edificios antiguos. Entró por el estrecho de Galipoli, que llaman los turcos Bagazafort, por los dos castillos dichos tambien Dardanelos, uno en Europa y otro en Asia, cercanos, y fuertes y con genízaros. Estuvo alli dos dias aderezándose para entrar en Constantinopla, y entró con cerca de cuarenta velas, segun cuentan algunos, por gentil órden, todas llenas de banderas y de música, que con la mucha artilleria pareció muy bien.

III.

Pretensiones de Barbaroja en la corte del turco.

Luego que Barbaroja llegó á Constantinopla, fue muy bien recibido y visitado de los Basas, criados del gran turco, caballeros de la ciudad, y hombres con cargo de guerra, por el nombre que tenia de tan famoso capitan de mar. Soliman le

acogió con alegria, cuando le hizo presente de muchos esclavos mozos y muchachos, que dicen fueron doscientas mujeres y doncellas, que cada una llevaba en la mano un rico vaso de plata y oro. Metió en la ciudad cien camellos cargados de sedas, paños de oro y otras curiosidades ricas, con otras mil cosas de que hizo ostentacion: la ciudad de Constantinopla tuvo bien que ver y de que admirarse.

Dióle leones y otros animales, sedas y ropas ricas, y le oyó de buena gana tratar las cosas de guerra, especialmente de Berberia, Italia, España, y tambien las de mar, que era su deseo, y lo llevaba muy bien estudiado.

Mas luego se le resfrió el calor que llevó en su ida y negocio, por estar Ibrain Basa ausente, que era el que le favorecia. No faltó quien hablase mal de él al turco por favorecer á Himeral, al Zay y á otros capitanes de mar. Decíanle, que nunca los señores otomanos, sus antepasados, habian tenido por generales de sus armadas, cosarios, si bien tuvieron grandes flotas, guerras y enemigos poderosos en mar; y que menos le debia él hacer, siendo mayor príncipe que ellos todos, especialmente teniendo tan singulares Basas, Sansacos, y otros esclavos criados en su real palacio, que lealmente le servirian.

Dijéronle tambien que Haradin Barbaroja era hombre sin ley, como nacido de madre cristiana, cruel por haber sido cosario toda su vida, infame por hacer siempre á toda ropa, bien de mahometanos como de cristianos; y pues era tal, que no se le debian confiar las galeras, pues se alzaria con ellas como acostumbraban los Barbarojas.

Por esto, y porque le aconsejaban al contrario, y por haberle llamado, envió Soliman á decirle con los Basaes, Atas y Cassin, que su despacho estaba remitido á Ibrain Basa, por cuyo consejo principalmente fuera llamado: por tanto que fuese á él. Barbaroja entonces quisiera mas estar en su Argel que no en Constantinopla. Perdió la esperanza de los reinos que imaginaba: conoció cuan poco valia el valor en casa de los grandes señores que acogen lisonjas; mas lo pasó todo con gentil disimulacion, respondiendo que se le hacia gran merced en ello.

Era por el mes de diciembre del año de 1533, cuando Barbaroja tuvo esta respuesta. Fue á buscar á Ibrain Basa, pero no quiso ir en sus galeras, sino desarmólas, echando en prisiones mil quinientos esclavos que tenia cristianos, de los cuales se murieron muchos aquel invierno: asi se fue a Alepo por tierra, que hay doscientas cincuenta leguas desde Constantinopla, estando los puertos nevados. Mas él aunque viejo, estaba tan ganoso de mandar y reinar, y de hacer guerra contra España, Italia, y aun en Tunez, que tuvo el trabajo por deleite.

Ibrain lo recibió alegre y honradamente acatando su gentil vejez, y célebre nombre, y se maravilló de oirle decir la manera que se debia tener para la guerra por mar con el emperador, ora en España, ora en Italia: y mas en Tunez, conociendo ser él quien decian, y cual cumplia para almirante. Escribió con él á Soliman loándole de gran hombre de guerra, por tanto que le hiciese de su Consejo, y capitan general de mar. Asi mismo escribió á los otros basaes, y envióle cargado de ricos dones

IV.

Hace Soliman almirante á Barbaroja.

Aprovecharon las cartas de Ibrain Basa á Barbaroja mucho, porque vuelto, le tuvo Soliman mas respeto, y lo mismo hicieron los basaes y capitanes, los cuales quisieron juntamente con el turco oirle de nuevo disputar de la guerra con el emperador, y con el rey de Tunez.

El, pues, les habló gran rato en ella, y tan bien que les contentó. Entre otras muchas cosas que dijo, fue que le podian creer, pues toda su vida se habia ocupado en guerras, tanto de tierra, como de mar. Aprendiendo al principio de su hermano Horruc, que fue escogido capitan, y porque sabia mucho de la costa de España y fuerzas, de las discordias de Italia, del poco recaudo y gente de las islas, y de la flojedad del rey de Tunez, pedia que le diesen otras tantas galeras como dieron el año antes á Himeral, con las cuales él desbarataria la flota del emperador, ó que la arrinconaria con vergüenza de Andrea Doria, y que asi saldria con cuanto emprendiese en España, en Italia, ó en Tunez, que cierto era que los españoles aunque fuertes, ni tenian fuerzas, ni armas, y que si una vez los echaba de Berberia, no solo se ganaria Oran, Bugia, y Tripol, empero Tunez, y todas aquellas riberas hasta el estrecho, y se comenzaria á conquistar España con tanta facilidad como los moros de Marruecos comenzaron. Que á tan poderosa flota como seria la suya, no habria resistencia en Córcega, ni en Cerdeñia, ni en

Mallorca, ni en Sicilia, sabiendo acometerlas. Que ganada Sicilia moririan de hambre en Génova, y en casi toda la costa de Italia, con la cual y estar cerca la Belona, y otros muchos puertos de Alvania, se tomaria Otranto, como en vida de Mahamet, ó algun otro lugar de Calabria, por donde se apoderase Soliman de veras en Italia sin temor de los cristianos, que tan diferentes estaban, mayormente no teniendo por enemigo al rey Francisco: al cabo aconsejó que la guerra se comenzase por Tunez. Mostróles á Muley Racit, diciendo como era rey de Tunez, y que los naturales lo deseaban, desamando al rey Muley Hacen por avariento, por lujurioso, sucio y cruel, que matára por reinar diez y ocho, ó veinte hermanos, ó los cegara quemándolos los ojos, como hizo á Zay, Belhey, y Barca; y por favorecedor de los cristianos de Tripol contra Moises y Agi, capitanes turcos de Tajora.

Soliman despues de este razonamiento consultó con los de su consejo, si convenia hombre tan viejo por almirante, pues lo demas, le satisfacia. Y visto que si bien viejo tenia correa y viveza, que lo queria Ibrain, y que quien fuese señor de la mar, tendria mas parte de la tierra, declaró por Basa (que no habia sino tres) asi como á Barbaroja por almirante, dándole de su propia mano una espada, ó alfange, un pendon real con media luna y una vara como de justicia, en señal de poder absoluto, en todos los puertos de sus tierras é islas para juzgar y mandar, y para recibir y despedir galeotes, marineros y soldados de galeras.

Tras esta solemnidad le metieron en posesion

de las galeras con mucha pompa y ceremonias los Basas, Ayas y Casin, y con ellos el capitan de la guarda.

V.

Barbaroja se hace señor de Muley Racit.

Por ser á propósito de la historia, para las guerras de Tunez que hicieren Haradin Barbaroja contra el rey Hacen y el emperador al mismo Haradin, contaré por donde Barbaroja hubo á Muley Racit, que pretendia ser rey de Tunez.

Mahomet rey de Tunez tuvo treinta hijos varones en doscientas mujeres y mancebas, segun una relacion que hizo en Bruselas al embajador de Muley Hamidy que vino allí, al emperador, año 1555; el mayor de estos hijos se llamó Maimon, el segundo Racit de quien hablamos. Pero como Hazan ó Hacen, muriendo el padre mató y cegó todos los hermanos que pudo coger, Racit huyó á Bizcar lugar muy dentro en tierra donde se casó (sin embargo tenia otras mujeres) con hija de Jeque Abdalla, el cual lo trataba como á rey, pensando que algun tiempo lo seria, y no le consentia comer nada la mujer, sin que ella primero hiciese la salva por medio de yerbas.

Acaeció, estando allí, que Muley Hacen hizo guerra á Mezquin, enemigo de Dorac su capitan general, y hermano de Lentigesia, su madre; para la cual procuró Mezquin favor y gente de muchos alarbes y trajo el ejército á Racit vestido y honrado como rey de Tunez, para mover la ciudad y reino contra Muley Hacen. De manera que Racit, fue como rey sobre Tunez, con gran ejército

de infanteria y caballos, y por ganar la voluntad de todos se casó con una hija de Ulat, Jeque; el mas principal era Bejar donde asentó el real. Peleó con Dorac en los huertos, mas aunque venció no pudo entrar en la ciudad. Aguardó cerca de veinte dias creyendo todavia que se rebelarian por ellos de Tunez, contra su hermano Hacen, y como no se rebelaron quemó el campo de Marza, que todo era olivares y jardines, cosa la mas rica y deleitosa de aquellas tierras, y asi decian que no se acordaban haber Tunez recibido tanto daño. Comenzaron á irse los alarbes, y temiendo ser preso ó muerto acogióse á Barbaroja, el cual lo entretuvo hasta que, como dije, lo llevó á Constantinopla.

VI.

Daño que hizo Barbaroja en Italia.

Dió Soliman á Barbaroja ochenta galeras, veinte fustas, ochocientos genízaros, ocho mil soldados turcos y ochocientos mil ducados para venir contra Italia, y principalmente contra Génova, por haberla para el rey de Francia que tanto la deseaba, y de alli ir contra Tunez que la tenia como por ganada conforme al discurso del mismo Barbaroja.

Partieron en un dia el turco para Persia contra Sofi, y Barbaroja contra cristianos á Italia. Pasó gente y artilleria á Corron, que como dije, la desampararon los españoles. Desarmó en Casafiguera del Cefalonia, algunas galeras que no podian bien servir. En Mondon tuvo cartas del rey Francisco, con un gentil-hombre de su casa, que

decian era su camarero, sobre la empresa de Génova, por las cuales apresuró la navegacion.

El dia primero de agosto llegó á Faro de Mecina, y quemó ciertas naos, y su retaguardia escaramuzó con siete galeras que tenia en la ciudad Antonio Doria. Llegó á Santo Noehito de Calabria, y echando gente en tierra lo combatió, y ganó aquel lugar (si bien fuerte) sin escapar ánima viva: por haber escondido las llaves de las puertas el gobernador, púsole fuego. Dió, por aviso de los cautivos, sobre Citaro. Alli quemó siete galeras del emperador medio hechas, que estaban en astillero, y para echar al agua; guardábalas una escuadra de españoles del capitan Rodrigo de Ripalda, que pelearon un rato, y por ser tan pocos las desampararon y el lugar, que de miedo estaba ya sin persona desierto: abrasó á Piciota y otros lugarejos por alli. Pasó á vista de Nápoles, poniendo mas miedo que haciendo daño.

A 7 de agosto saltó en Próchita, isla del marqués del Vasto, y robó todo el pueblo perdonando á los del castillo que se le rindieron. Salteó á deshora á Asprelongo, y cautivó mil doscientas y mas personas. Envió luego aquella noche sobre Fundi, casi dos mil turcos, tres leguas de alli, con un renegado de la ciudad por guia, que sabia el camino, pensando coger á la señora Julia Gonzaga, mujer hermosa y discreta, para presentarla al turco; mas por mucha priesa que se dieron á caminar y abrir las puertas, por fuerza, medio desnuda se les escapó. Saquearon la ciudad matando muchos hombres, y prendiendo casi todas las mujeres y niños.

Fue preso un médico por tornar del camino

por la bolsa, que dió que contar y que reir á Barbaroja. Otros turcos entre tanto fueron á Tarracina con parte de las galeras y como viendo la flota, habia huido la gente, mataron los viejos y enfermos en las camas, que fue mas que crueldad.

Combatió Haradin á Itri, mas era en balde. Puso gran miedo con esto en Roma, y el papa Clemente, que estaba en lo último de su vida, se acordó de lo que le dijo el rey Francisco en Marsella.

Caminó por la costa el cosario hácia Génova, y llegó á Saona: de alli envió á Marsella el embajador del turco, el cual estuvo con el rey Francisco en Calsteheravo y en Paris; mas dicen los franceses que á pedir ayuda contra el Sofi. Tambien cuentan otros, que, como el reino acudia á lo de Génova, y se pasaba setiembre del año 1534, dejó la tibera Barbaroja, y se fue á la goleta con tanta ropa y cautivos, que no cabian en las gaeras.

VII.

Barbaroja se hace rey de Tunez.

A 15 de agosto pareció Barbaroja sobre Bizerta (pueblo de ochocientos vecinos y del rey de Tunez) con toda su armada, cuando menos se cataban y pensaban. Echó en tierra, con señal de paz, ciertos moros criados de Racit (que para eso llevaba) diciendo que iba en las galeras, pero que no salia por tener calenturas; por tanto, que se le aderezasen posada y comida.

Los del pueblo que lo conocian lo creyeron, y como livianos y aborrecedores de Muley Hazan ó Hacen lanzaron fuera al gobernador, aunque se puso en armas y amero y luego Barbaroja; el cual sin detenerse porque su negocio requeria toda diligencia, se fue á la goleta, hizo salva segun usanza de amigos con toda la artilleria tendiendo muchas banderas. Envióles á decir que harian lo que Tunez cabeza del reino, de lo cual le pesó por ser la goleta alcázar de Tunez.

Estaban los de Tunez entonces mal con su rey por los vicios que tenia, por no haberles pagado ni recompensado, como prometiera, el daño de las huertas y olivares que hizo Racit. Regaló Barbaroja á algunos principales de Tunez, que era sagaz y cumplido grandemente en esto, cosa que tanto vale en la tierra y gana las voluntades hasta cegar el entendimiento. Alteráronse con él, oyendo que venia Muley Racit en aquella poderosa flota del turco. Hacen, que muy descuidado estaba de la ida de Barbaroja, y aun de la buena gobernacion de sus vasallos, bajó de la Alcazaba corriendo por remediar el alboroto. Decia lo que remediaba poco á aquella presente necesidad, y peligro, y lo que mandaba no se hacia. Decíales ser falsedad y engaño de aquel maldito cosario, para robarlos y tiranizar, fingir que llevaba á R c t, porque sabia él de sus espias que quedaba en Constantinopla con cadenas, y que les reharia los daños que pedian si se armasen por él como leales, que siempre fueron, contra Barbaroja, ladron cosario, y público y enemigo comun de todos los hombres. Mas como los vió tivios y duros, inclinados á Racit, puesto que él no estaba alli, se salió de la ciudad sin sacar su re-

cámara ni dinero, por lo cual, se halló despues en grandes trabajos y necesidades.

Dicen que los primeros que se mostraron por Barbaroja eran dos renegados españoles, el uno aragonés, dicho Ferubc, que era alcaide, y el otro granadino, que se llamaba Abez, sacando de prision á la mujer é hijos de Racit; y llamándolos reyes, y Abez enviaba caballos á Barbaroja y á los otros cosarios en que fuesen presto que los esperaba abiertas las puertas.

Entró, pues, Barbaroja en Tunez á 22 de agosto con cinco mil turcos, y los genizaros que llegaban á diez mil, y seis cientos cristianos, renegados unos, y otros forzados pacíficamente: apellidando los vecinos: Soliman, Soliman. Barbaroja. Pero luego enmudecieron, no sin manifiesta tristeza, como no vieron á Muley Racit, que tanto deseaban, cuyos criados descubrieron tambien el engaño arrepentidos de la mentira, y pesándoles que Tunez, nobilísima ciudad, fuese de Barbaroja, cosario mas que cruel y tirano, y que se perdiese la sangre clarísima de sus antiquísimos reyes y muy esclarecidos. Asi, que conociendo su maldad, comenzaron á amotinarse, y en fin, se remolinaron en la plaza, donde Abdahar, que á la sazon era mezuar, ó capitan general, les habló agriamente contra los turcos en favor del rey, aunque al principio le ayudó de mala manera. Decia en grita la bellaqueria de Barbaroja; que asi los habia engañado, y que llamando á su buen rey Azan matasen los turcos, si no querian ser esclavos de ladrones, ó vendidos como viles. Arrebataron ellos entonces las armas con mayor razon que concierto, y enviando por el rey que aun es-

taba cerca, comenzaron á matar turcos, y á combatir un torreon donde pusieran su estandarte, y ganáranle, sino por Baeza, español renegado, que llamaban el Rabadan, el cual con un falconete que puso, y subió en él á lo mas alto á pura fuerza de brazos y con presteza los detuvo y los acobardó.

Llegaron el rey y Dorac con los que huian, y refrescando la pelea y combate turbaron bravamente á Barbaroja que se veia cercado y con poco pan. Desmayábale asimismo ver que los turcos ya se cansaban de pelear, y faltaban muchos de ellos: pero todo lo remedió por consejo de Halí de Málaga, otro renegado, soldado viejo de Italia, de los del conde Pedro Navarro, y del buen marqués de Pescara. Dijo, pues, á Barbaroja, que se perderian todos en el castillo si no salian con ánimo á pelear y que saliendo los vencerian sin duda, ó á lo menos harian lugar para irse á las galeras. Aprobaron su consejo todos, especialmente Cachidiablo, Haidin, Caraiden, Moisen, y Agi, cosarios tambien turcos.

Con esta determinacion salieron por dos puertas para tomar los moros en medio. Pelearon tan bien, que mataron tres mil moros, y al mezuar con pelota de arcabuz; por lo cual comenzaron á desmayar, y á meterse cada uno en su casa, porque pasaban de cinco mil los heridos, como no tenian jacos ni corazas, ni cosoletes en que recibir los golpes de las flechas y cimitarras.

Muley Azan viendo que ya su esperanza iba perdida, procuró salvarse corriendo juntamente con Dorac y su caballeria: poco faltó que los turcos le prendiesen en el alcance antes de pasar las

huertas. Halí de Málaga hizo recoger los turcos al castillo, porque no muriesen saqueando. Fue de todos muy alabado por ambas cosas, y mas de Barbaroja, que ganara por él la victoria y la ciudad.

Otro dia en amaneciendo, pidieron treguas para enterrar los muertos, y tras ellas paz y concierto. Hicieron esto los ciudadanos, porque vieron muertos tantos parientes y amigos, y al mezuar que los amparaba, y el rey huido á los Alavares; Barbaroja las quiso, porque carecia de bastimentos y municiones. Asi que, dando y tomando razones, dijo Barbaroja que lo que habia hecho habia sido por darles mejor rey, quitándoles aquel monstruo; y que les cumplia mucho para su descargo y seguridad ser de Soliman, príncipe del mundo y cabeza de los mahometanos: por tanto, que se diesen á él como á su basa y capitan general, pues les juraba sus privilegios y libertades, y prometia hacerles otras mercedes y buenas obras; y que cuando no se contentasen de Soliman, les daria por rey á Racit.

Habido su consejo con Abelquir, hombre principal, se dieron á Barbaroja, jurando serian leales al gran señor Soliman. De esta manera quedó Barbaroja por rey de Tunez. Asentó las cosas de la ciudad, creó oficios de justicia, y asimismo de guerra, como era costumbre. Hizo mezuar á Abelquir, que fue parte para acabar tambien sus cosas. Trabajó para traer á su amistad muchos jeques y caballeros moros, con dádivas, que era en esto muy cumplido y largo. Envió con gente y artilleria, especial por la marina de toda aquella comarca, á Cachidiablo, Hali de Málaga, y á Azan Aga su privado, los cuales lo pusieron todo bajo del

nombre de Barbaroja por el gran turco, á escepcion de Cartaoan que estaba de Tunez cerca de treinta leguas.

Comenzó á reparar y fortalecer la Alhambra, y á echar la mar en el estaño ó estero que hay de Tunez á la Goleta, que rodea tres leguas ó mas, para tener buen puerto y grande, abriendo una gran zanja de nuevo: porque los ojos viejos de junto á la Goleta, por donde entra y sale el agua, eran bajos para las galeras, cuanto mas para naos. Juntó cuantos cosarios pudo, para ir sobre Sicilia, muy bravo, amenazando tambien á Nápoles. A todos puso en cuidado la potencia de este enemigo; y al emperador en hacer las diligencias que luego diré para deshacerle.

VIII.

Entra el emperador en la ciudad de Avila.

En 13 de mayo de este año de 1534, estaba el emperador en la ciudad de Toledo, y de camino para la villa de Valladolid. Quiso visitar de paso la ciudad de Avila, y avisándoles del favor y merced que en esto les queria hacer, escribió al regimiento, encargando y mandando que en el recibimiento no hiciesen gastos ni esceso alguno, que seria su llaneza el mayor servicio que le podian hacer.

Salió de Toledo viernes á 15 de mayo. Entró aqui S. M., saliéndole á recibir el marqués de las Navas (á quien el año antes se le habia dado el título) con el regimiento, y con el trage y forma acostumbrada, hasta el lugar que llaman de las Fe-

ruencias: el emperador entró con vestido llano en un caballo morcillo, acompañándole el arzobispo de Toledo, el conde de Benavente, y el duque de Alva, con otros muchos caballeros españoles y estrangeros. Aposentóse el emperador en las casas de Gomez de Avila.

Es singular esta ciudad en los recibimientos que hace á sus príncipes por la mucha caballeria que hay en ella de nobleza y grande antigüedad, de la cual se precian, con mucha razon, y de haber sido sus pasados fronteros valerosos de Castilla contra la morisma de la Andalucia, y lo que ahora llamamos Estremadura, cuya conquistadora fue Avila, alcázar y amparadora de los reyes de Castilla. Detúvose aqui el emperador solos siete dias, y prosiguió su camino para Valladolid.

Por el mes de setiembre de este año hubo en España gran estruendo de las armas, que el turco hacia contra cristianos, y el emperador escribió á las ciudades del reino avisando de lo que se habia hecho contra el turco, y como se envió socorro á Corron, y que el turco ponia en el agua una gruesa armada. Que para resistir á un enemigo tan poderoso habia mandado prevenir los puertos, y costas de sus reinos, principalmente en el reino de Granada: que habia encomendado al marqués de Mondéjar, y al conde de Alcaudete, lo de Oran; y á los vireyes de Nápoles, Sicilia, y Valencia, Cataluña Mallorca, y Menorca. Que tenia aviso de que la armada del turco habia surgido en Modon, costa del reino de Nápoles, y de ello habia dado aviso á Andrea Doria, almirante y general de su armada, y á don Alvaro Bazan general de las galeras de España, para que se jun-

tase con Andrea Doria: que habia pedido á su Santidad, y al gran maestre de Malta sus galeras, y habia mandado levantar seis mil infantes con navios de seis mil toneladas en Andalucia, Granada y sus costas, y comarca. Finalmente, mandó á todas las ciudades que luego se ayunten en sus consistorios, y nombren procuradores para las cortes que queria tener en Madrid á 20 de octubre de este año.

IX.

Enviase un espia para la conquista de Tunez.

Trataba el emperador en Madrid con grandísimo secreto, la jornada que pensaba hacer contra el cosario Barbaroja, apoderado de Tunez: y para saber sus fuerzas, y disposicion en la tierra, gente, y voluntades de ella, envió á Luis de Presendes, criado suyo, de quien hacía confianza, pues la merecia por su buena cabeza, y conocimiento de la guerra. Era de nacion genoves: sabia bien arábigo, y tenia noticia de Africa, por haber vivido en Fez algun tiempo. Dióle la instruccion que aqui pondré, que le costó la vida, como adelante veremos.

Instruccion que se diò á Presendes, espia para la conquista de Tunez.

»Lo que vos Luis Presendes habeis de hacer en el viaje que con vos se ha practicado de pasar á Tunez para procurar divertir los fines de Barbaroja, y desviar y estorbar con los medios que

con industria y buenas negociaciones se podrian hallar, los daños que podrian hacer en la cristiandad, ó á lo menos, para entender, y tener aviso de lo que el dicho Barbaroja hace y de sus fuerzas, preparaciones, y designios, para que se pueda mejor enderezar, y proveer lo que para resistirle, dañarle, y ofenderle conviniere que se haga, es lo siguiente:

»Primeramente se ha practicado que para venir á poder hacer algun fruto en lo susodicho convernia, que de aqui fuésedes derecho á Sicilia, y de alli enviar del puerto de Trapana un bergantin con mercadurias á Tunez, mostrando y dando á entender que iba á mercadear y negociar, y con esta color y simulacion tener manera de haber seguro de Barbaroja y del rey que estuviese en Tunez para pasar allá con una nao cargada de mercadurias, y que teniendo el dicho seguro, y nuevas de como estuviere la tierra y cosas de ella, podriades pasar con la dicha nao cargada de mercadurias á la dicha Tunez, llevando aquellas que en aquella tierra se acostumbran á llevar de Sicilia, y otras partes, y viésedes ser mas á propósito de los negocios á que habeis de ir, simulando ser mercader é ir á tratar como tal, y contratar, y vender las dichas mercadurias, segun se acostumbra ha hacer alli, y que por este medio y manera podriades ser conocido, y tener práctica y conversacion, y aun familiaridad con el dicho Barbaroja, y con el rey de Tunez, y con las personas que a ellos son mas aceptas y allegadas, lo cual vos con vuestra cordura, ingenio y sagacidad, podreis muy bien hacer, mayormente con la noticia, y práctica que teneis de sus costumbres y

manera de vivir, y usando juntamente con esto de dar asi á los turcos como á los moros, algunos presentes y dádivas, y convidándolos á comer, holgar, y otras fiestas que á ellos segun sus costumbres son aceptas, y que haciéndoos por estos medios, y los otros que viéredes ser provechosos y segun el tiempo conocereis convenir amigo y familiar de los dichos Barbaroja, y el rey de Tunez, y de los que á ellos son mas allegados y aceptos podreis entender y alcanzar sus intenciones y designios y fines, y pensar y considerar por qué medios, vias, y formas se les podria divertir desviar, y estorbar la ejecucion de ellos. y hacerles el daño que se pudiese, y el que entre losotros seria á propósito: si en Tunez hubiese rey, el cual estuviese conforme con el dicho Barbaroja, procurar, y tener manera de moverlo á enemistad con él, usando para ello de las persuasiones y maneras que fuesen provechosas para venir por este medio á echar de Tunez al dicho Barbaroja, que habiendo efecto seria cosa muy provechosa. Porque demas de quitarle la reputacion que ha ganado y cobrado en apoderarse de ella, con echarle fuera se le quitaria el uso de los puertos de aquel reino, y la comodidad de valerse de ellos, y de gente y bastimentos, y otras cosas necesarias para su armada, con que las fuerzas de ellas venian á quedar cada dia mas disminuidas, y seria forzado con daño y reputacion suya á dejar aquel reino, que no seria pequeño alivio para nuestros reinos de Sicilia y Nápoles y las costas de Italia y las otras islas, y ayuda, para deshacerlo mas presto y con mayor ventaja nuestra. Tambien se considera otro medio que seria

provechoso, que es, si Barbaroja se hubiese hecho rey de Tunez, como se entiende y que el rey estuviese fuera con los alarbes y tambien con los principales de la ciudad, segun la inclinacion y voluntad de ellos y la oportunidad de las cosas de meterlo en la dicha ciudad por fuerza, negociacion ó por medio de otras esperiencias como mejor se pudiese hacer, y echar de ella al dicho Barbaroja, lo cual seria del mismo efecto y provecho, que el medio primero que está dicho.

»Otros se han tambien practicado, asi como procurar de poner disension, sospechas y otras maneras de descontentamientos y malas voluntades entre Barbaroja y las personas que le son mas aceptas y con él mas valen y pueden, para dividirlos en opiniones y parcialidades, y ponerlo en discordia con los suyos, para que por este medio viniesen en discordia y se desconcertase y se deshiciese su armada y fuerzas: no es este medio el que menos parece que podria enderezarse, mas antes guiarse mejor por la poca fe, amor y constancia que entre los infieles se guardan unos á otros. Otros podrá haber de que segun el suceso de las cosas y la oportunidad de ellas y del tiempo os podreis aprovechar y usar con vuestro ingenio y sagacidad, los cuales se remiten á vuestra prudencia, para que por los que estan dichos y por todos los demas que se pudiere, procureis con toda vigilancia é industria de dar órden y encaminar como el dicho Barbaroja, sea echado de la dicha Tunez con el mayor daño y diminucion de su persona, gentes, armada y fuerzas que ser pueda, para que despues pueda ser mas facilmente deshecho, y quitado de la comunidad de los puer-

tos, y de las demas de aquel reino. Y Nos habemos tenido, y tenemos por bien, aceptando el ofrecimiento que nos habeis hecho, encargaros de este camino de encomendároslo, confiando de la aficion que teneis á nuestro servicio, y de vuestro ingenio y sagacidad, para que con comunicacion y parecer del nuestro visorey de Sicilia, por ser la persona que es, y pòr la prudencia que tiene, con la cual juntamente con vos mirará, y considerára lo que importa el negocio, y lo que para venir al buen efecto de él, será necesario ayudando, y favoreciendo de aquel reino como Nos se lo enviamos á mandar, todo lo que para guiarlo y encaminarlo convenga, entendais en lo susochicho. Y que yendo de aqui derechos á Sicilia con nuestras cartas que llevais para el dicho visorey en vuestra creencia, y comunicándole esta nuestra instruccion, y todo lo que mas os ocurriere cerca de esta negociacion con su parecer y consejo pongais en ejecucion, y hagais todo lo que para conseguir alguno de los dichos efectos, ó hacer daño al dicho Barbaroja en cualquiera manera que sea pudiéredes y viéredes que se pueda guiar, y encaminar. Avisadnos continuamente segun la disposicion, comodidad que para ello tuviéredes, y pudiéredes haber de lo que habeis hecho y hiciéredes, y asi mismo de los aparejos, armada de gente, y otras cosas del dicho enemigo, y de lo que sus fines é intenciones alcanzar y entender por via del dicho visorey de Sicilia, para que nos envie los avisos, y le escribamos, y á vos tambien; y él os envie las cartas y provea lo que convenga para lo que á la negociacion cumpliere. Y porque ademas de lo susodicho para encaminar el buen efecto de esto se han

practicado, particularmente algunas cosas, que para ello parece que son necesarias, y se deben proveer adelante en esta nuestra instruccion, declaramos aquellas, y lo que en cada una es nuestra intencion y voluntad, que se haga, para que vos y el dicho nuestro visorey, la tengais entendida, y conforme á ella procedais en la negociacion, trabajando de hacer todo el fruto y buen efecto que pudiéredes con el secreto, disimulacion y desteridad, que se requiere: porque esto parece ser sobre todo necesario para guiar y encaminar aquel como es menester.

»Primeramente parece que por hacer el dicho viaje, y encaminar lo susodicho son menester alguna cantidad de dineros para emplearlos en las mercadurias que se han de comprar para llevar á Tunez, como está dicho, y el sueldo de los marineros y oficiales de ella, y para vuestros gastos, y asi mismo para bergantines que habeis de enviar luego para procurar de haber seguro para ir despues con la dicha nao, y mercadurias, segun arriba está dicho: para lo cual, aunque sea practicado, que seria menester mayor cantidad, ha parecido que bastaran hasta cinco mil ducados, porque de las mercadurias que se han de comprar de ellos para el dicho efecto, y del dinero que contratándolas, y vendiéndolas se sacare y procediere de ellas, se han de hacer las presentes dádivas y promesas, y convites, que para encaminar alguno de los dichos efectos, segun arriba está dicho, para ello os pareciere convenir, y los otros gastos que fueren necesarios, y aun cumplidos estos todos, parece que se podrá sacar de ello la dicha cantidad, ó la mayor parte de ello. Los cuales dichos cinco mil duca-

dos, por la presente decimos, y encargamos, y mandamos al dicho nuestro visorey de Sicilia, que los provea de cualesquier dineros de nuestra régia córte, para que se empleen en las mercadurias que se han de comprar para el dicho viaje, y se pueda hacer lo susodicho, conforme á lo que vos con su parecer acordáredes, que mas conveniente y provechoso sea para el bien de la negociacion, y vos terneis cuenta de lo que de los dichos cinco mil ducados procediere y se gastare para darla despues á quien Nos mandaremos.

»Háse practicado, que por haber de ir el dicho bergantin sin seguro a procurar de traer el que será menester para ir vos con la dicha nao, los marineros y oficiales que han de ir en él para gobernarlo por la aventura, y riesgo que se le ofrecerá en ir sin seguro, querran ser asegurados que los rescatarán si fueren cautivos, y serán satisfechos del daño y detrimento que podrian recibir, y que no querrian ir de otra manera, ó en caso que fuesen, será menester darles buen sueldo, para que por respecto de la ganancia é interés, se muevan á ir, y vayan á su riesgo y aventura sin otro seguro: y parece que por no quedar obligado a cosa incierta, y no sabida, lo mejor seria darles buen sueldo, concertandolo con la menos costa que ser pudiese, para que vayan á su riesgo y aventura, y asi se ha de trabajar, y cuando no quisieren ir de esta manera, y todavia fuese necesario asegurarlos, vos con parecer del visorey lo concertareis lo mejor, y con el menos gasto que ser pueda en el un caso, ó en el otro.

»Asimsmo se ha practicado, que para mejor encaminar y guiar los negocios converná prome-

ter á algunos cristianos renegados para tratar con ellos que se alcen contra el dicho Barbaroja, y se pasen y vengan con algunas galeras, ó fustas suyas, á tierras de cristianos, que serán perdonados de la pena que merecen por haber renegado nuestra santa fé católica, y bien tratados sin tener respeto á aquello. Y como quiera que la culpa sea tan grave, que todos los que de esta manera se hallasen y pudiesen haber, seria justo que fuesen muy rigurosamente castigados, considerando el beneficio que de esto se siguirá á la cristiandad, habiendo efecto, y el daño que traerá á los enemigos de la fé, tenemos por bien que practicando esto con el dicho visorey, conforme á lo que con él acordaredes, podais prometer á los dichos cristianos renegados que andan en las galeras, ó navios, en nuestros reinos, ó en tierras de cristianos, que los mandaremos perdonar y hacer buen tratamiento, habiendo efecto realmente el pasarse con las dichas galeras, fustas, ú otros navios de la armada del dicho Barbaroja, á nuestros reinos, ú otras tierras de cristianos, como dicho es, y por la presente decimos que mandaremos guardar y cumplir lo que vos conforme á esto prometiéredes.

»Tambien parece que para poder guiar y encaminar alguno de los susodichos asientos será provechoso prometer de dar alguna cantidad de dineros á moros, judios, y otras personas que fuesen parte y pudiesen ser provechosos para venir á alguno de los dichos efectos, y tenemos por bien, porque mejor lo podais enderezar y encaminar, que practicándolo con el dicho nuestro visorey primero, y guardando la orden y forma que á ambos os pareciere, podais prometer, y prometais á

cualesquier moros, judios, ú otras personas que viéredes ser provechosas, los dineros que os pareciere, porque le serán pagados viniendo en efecto alguna de las cosas susodichas, mirando que lo que asi prometiéredes sea lo menos que ser pueda, y á personas que conozcais que podrán ser provechosas, para que se haga con fundamento, y haya buena esperanza, y apariencia que serán fructuosas, que viniendo lo susodicho en efecto, como dicho es, Nos mandaremos cumplir, y por la presente mandamos al dicho nuestro visorey de Sicilia que provea y cumpla lo que conforme á lo sobredicho prometiéredes y se debiere pagar.

»Considerádose asi despues que seais ido á Tunez en la forma susodicha, entendido y conocido la manera del gobierno de Barbaroja, y del rey ó reyes de Tunez, y el estado de las cosas, y todo lo demas de alli, seria bien, segun lo que hubiéredes tratado, y tratásedes con los dichos reyes, y viésedes que podrian aprovechar para venir á los dichos fines, seria bien hacerles alguna ayuda de dineros, ora fuese para echar á Barbaroja fuera de Tunez, si los reyes estuviesen tambien dentro con él, y quedar señores de ella, ó para entrar forzando salir a Barbaroja, si se hallase fuera. Y ha parecido que esto practiqueis con el dicho nuestro vsorey de Sicilia, asi para que vea lo que se podria hacer en caso que fuese necesario, pues se ha de proveer de aquel reino, como para que ambos veais, y acordeis la seguridad que se podria tomar de los dichos rey, ó reyes, para la restitucion y paga de lo que se les diese, y con que fuesen ayudados y socoridos, pues esto habria de ser prestado: y que conforme á lo que con el dicho visorey acordáre-

des, y resolviéredes os goberneis cerca de este artículo, al cual Nos por la presente encargamos que lo mire con su prudencia como la calidad del caso requiere, y provea lo que praticándolo, y acordándolo con vos viere que convenga, y que se deba hacer para mejor guiarlo, y encaminarlo; dando ambos órden en caso que se haya de hacer en la seguridad, y en lo demas como de su persona y de vos la fiamos. Y para este efecto es de tener advertencia, y consideracion que el armada que mandamos hacer para la resistencia y ofension de la de Barbaroja, será muy á propósito y de mucho favor á los reyes para lo que hubieren de hacer, y por consiguiente dañosa al dicho Barbaroja, lo cual se podrá dar á entender como para el bien de los negocios pueda ser mas provechoso; y de vos confiamos que lo sabreis bien hacer.

»Asi mismo se ha considerado, si viniendo los negocios en términos que los dichos rey, ó reyes, para alguno de los dichos efectos se ayudasen y socorriesen y favorecicsen, ahora sea de dineros nuestros en la forma antes dicha, ó de otra alguna ó de nuestra armada, ó de alguna gente como tratando los negocios, se podria concertar y ofrecer que se hiciese, se deberian pedir á los dichos reyes que por esta tal ayuda y socorro quedasen nuestros tributarios, ú otra alguna condicion, y obligacion en reconocimiento del beneficio. Y nos ha parecido remitirlo á la prudencia del dicho visorey, y vuestro buen juicio, para que practicado cerca de esto con su parecer y acuerdo, segun lo que en los negocios sucediere, hagais lo que mas convenga á nuestro servicio y autoridad.

»Hase practicado si procediendo con estos tra-

tos y negocios conociésedes y hubiésedes, que las cosas viniesen en disposicion que los reyes ó rey de Tunez se pudiesen declarar contra el dicho Barbaroja, y hacer esperiencia de sus fuerzas con nuestro favor, ó de otra manera, y de otra parte viésedes tambien que Barbaroja movido de ver las fuerzas de los dichos reyes, y no teniendo por seguro la esperiencia de ellas, y dudando de poderse conservar en Tunez vernian á hacer paz con ellos, de manera que quedasen amigos, porque de otra manera él se podria valer de los dichos reyes, y de su reino despues, y esto seria en perjuicio y daño de la cristiandad para estorbarlo. Estando las cosas en estos términos, con cual de las partes os deberiades concertar y capitular, y parece que con lo que viésedes y conociésedes que habia medio de poder efectuar. y concluir lo que conviniese, y mejor os pudiéredes asegurar. Y esto no tiene apariencia que en algun caso se podria hacer con el dicho Barbaroja, asi por la enemistad que tiene á nuestros reinos y cosas, particularmente mas que los otros infieles, como por ser súbdito del turco, y enviado por él con armada que trae como su capitan general, por la inteligencia que tiene con el rey de Francia, sin espresa sabiduria y consulta de ellos, que seria cosa muy larga, y de que no se podria tener alguna esperanza de concluirse, ni de seguridad cuando lo hiciese, de que guardaria lo que asentase. Asi que, no parece que con el dicho Barbaroja se podria concertar ni asegurar cosa que bien estuviese, y que en cualquier caso lo que se hubiere de traer, concertar y asentar, debe ser con los dichos reyes, ó rey de Tunez, asegurandoos lo mejor que ser pueda, para que el dicho Barbaroja

sea echado de allí, y se le haga todo el daño que ser pueda, asi en su armada y gente, como en todo lo demas que se pueda hacer: y que en alguna manera se ayude, ni se pueda ayudar de los puertos, ni otra cosa de aquel reino. Pero porque en esto no se pueda hablar ciertamente, y segun el estado de las cosas, asi se ha de ver y hacer lo que mas conviniere, remitimos á vuestra cordura, y buen juicio, que llevándolo muy bien practicado con el dicho nuestro visorey, y con las consideraciones que tenemos dichas, hagais, segun lo que sucediere, y la oportunidad de los tiempos, y negocios, aquello que viéredes que mas convenga á nuestro servicio y al bien de la cristiandad.

»Practicadose asi mismo, si vos, segun la disposicion de los negocios y oportunidad del tiempo conociésedes poder traer á Barbaroja á no ser enemigo nuestro y hacer daño en nuestras cosas, porque para tentar y traer esto parece que seria necesario ofrecelle y certificalle que le ayudariamos y favoreceriamos para que se hiciese señor de África, y especialmente en las partes del Poniente ó en otra manera; ó podria ser, que él lo demandase que se deberia hacer en este caso, y parece que por las consideraciones que estan dichas se debe mirar mucho, y estar con muy grande aviso y vigilancia en lo que con el dicho Barbaroja hubiéredes de tratar, y mirar bien las condiciones y seguridad que se podria tomar de él, y sobre todo, que no os engañe en las prácticas que con él tuviéredes: porque, como arriba está dicho, no hay apariencia para creer que él querrá ni haya de hacer con Nos apuntamiento ni capitulacion para guardarla, aunque viniese en ello, sino para mejor venir por este

medio á lo que desea. Asi que en esto conviene proceder con gran desteridad y cautela para no recibir engaño de él, y no perder descubriendoos y tratando con él la oportunidad de los otros medios por los cuales se podria, y á esperanza de conseguir alguno de los efectos susodichos. y asi lo haced practicando con el dicho visorey para entender su parecer sobre todo.

»Tambien se ha praticado, si seria provechoso que pareciendoos entrar en Tunez para tratar los negocios, agora sea con Barbaroja, ó con el rey, si se hallase dentro ó de otra manera, debereis tomar título de nuestro embajador, y hablar y negociar de nuestra parte como tal, para que se os dé mas autoridad y crédito, y podais mejor guiar y encaminar lo que convenga. Y ha parecido que en alguna manera se debe hacer, y que no solamente no aprovecharia, mas dañaria al buen efecto de los negocios, quitaria, descubriéndose, y sabiéndose que ibades de nuestra parte. Los otros medios que podrá haber para tratar, y que lo que para enderezar aquellos conviene, es disimular, y encubrir todo cuanto sea posible, que no se sepa que vais á tratar cosa que nos toque, ni en nuestro nombre, ni lo deis á entender á alguno hasta que por lo que hubiéredes tratado, y conocido de ellos, podais, segun aquello, confiar que guardará el secreto necesario.

»Comunicado con el dicho nuestro visorey, y con su parecer al cual escribimos en vuestra creencia, y tambien á los reyes de Tunez, procedereis en el negocio con la cordura y desteridad y buena manera que de vos confiamos, entendiendoos con el dicho visorey en todo el proceso de la negocia-

cion y avisándonos todas las veces que hubiere disposicion y oportunidad de las cosas de ella y del estado de ellas, y de lo que haceis; y especialmente de las fuerzas de la armada de Barbaroja, y de todo lo demas que conviniere. Y porque para escribir y avisar de esto decis que converna proveer que tengais un bergantin en Trapana, á vuestra disposicion y órden para que como vos le ordenáredes vaya á donde convenga para despacharlo al dicho nuestro visorey y escribirle y avisarle de lo que conviniere, y á Nos asi mismo, y tener respuesta nuestra y suya, en esto el dicho nuestro visorey practicado con vos, verá y proveerá y dará la órden que convenga, para que se pueda tener la inteligencia que converna: y asi se lo encargamos por la presente, y que de todo lo que toca á esta negociacion, pues con su prudencia puede bien considerar el fruto que podria resultar de ella, tenga el cuidado que siempre tiene de lo que cumple á nuestro servicio, y que especialmente los dichos cinco mil ducados provee luego, como vos allá llegáredes, con toda diligencia, atento la calidad é importancia del negocio, sin que en ello haya alguna dilacion ni falta, porque no se pierda tiempo, y podais poner luego en ejecucion lo que conforme á lo susodicho se ha de hacer.

»Pasando por Génova, hablareis de nuestra parte al príncipe de Melfi, Andrea Doria, dándole la carta que para él llevais nuestra en vuestra creencia, diciéndole generalmente que habemos acordado de enviaros a Sicilia, para que de alli paseis á Tunez, y trabajeis de entender con discrecion y sagacidad la intencion de Barbaroja, y

quiseis de ella y de su armada, y de las otras particularidades y cosas de ella que conviniere para tener noticia de los enemigos, y que habremos placer que os diga y avise de lo que ocurriere, que en el viaje debeis hacer: y de lo que le pareciere y os avisare, os podreis aprovechar practicándolo con el dicho visorey, segun la oportunidad de las cosas, y de los tiempos, conforme á lo contenido en esta nuestra instruccion viéredes convenir.

»A nuestro visorey de Nápoles escribimos con vos la carta que habeis visto, diciéndole que os enviamos á algunas cosas de nuestro servicio, y mandándole que para las cosas que habeis de hacer, os haga dar mil ducados en aquel reino: si os los hiciere dar tanto menos ha de proveer el dicho nuestro visorey de Sicilia de los dichos cinco mil ducados que arriba está dicho. Y si os pareciere decir al dicho visorey de Nápoles alguna particularidad de lo que vais ha hacer, podrá ser generalmente que os enviamos á Sicilia, para que practicado con el visorey se busque manera como podais pasar á Tunez para entender lo que hará Barbaroja, y avisarnos de ello, y de las otras cosas de allá.

»De Madrid á 14 de noviembre de 1534.»

Fue en compañía de Luis Presendes en esta jornada un morisco español, de quien el emperador confiaba. Este perro hizo como aleve traidor, si bien adelante lo pagó, porque estando en Tunez descubrió á Barbaroja, que el emperador enviaba á todos por espias. Agradecióselo Barbaroja é hízole honra y merced. Prendió luego á Luis de Presen-

des, sabiendo ademas de esto que Presendes encarecia la potencia del emperador, dia de San Juan. Viéndose Barbaroja apretado de ella, segun digo, le cortó la cabeza: despues le arrastraron por la ciudad, y fuera de los muros le quemaron, de lo cual el emperador recibió pena, porque estimaba los buenos servicios que Presendes le hacia.

X.

Encargo del emperador á Tello de Guzman.

Despachado, como digo, Luis Presendes por espia de Tunez, envió á Italia, á Tello de Guzman gentil-hombre de la casa real, dandole órden que fuese por Génova, y que allí diese su carta al embajador, para que ambos juntos fuesen á verse con el príncipe de Melsi Andrea Doria, y dándole otra carta le dijesen, que iba por allí para que con el escribiese al conde de Cifuentes lo que habia de procurar y solicitar con su Santidad para el bueno y breve efecto de la asistencia y ayuda que habia de hacer, y tambien la Sede Apostólica, para la armada que se hacia, para deshacer la de Barbaroja, y que le informase de las particularidades y razones que al príncipe pareciesen mas convenientes para enderezar la buena resolucion y ejecucion de esto, conforme á lo que al príncipe habia escrito con don Luis de Avila gentil-hombre de su cámara, que particularmente había enviado para las cosas tocantes á esta armada. Que se informase cumplidamente, y Andrea Doria escribiese al conde, para que él procurase y solicitase lo que convenia. Que asi mismo el príncipe Doria escri-

biese al virey de Napoles, y diese á Tello de Guzman instruccion muy en particular de todas las provisiones, bastimentos, artilleria, municiones, y otras cualesquier cosas que en aquel reino se hubiesen de hacer y proveer para la armada, que el César escribia al virey que lo proveyese asi todo, y por tanto convenia que fuese bien informado de lo que al príncipe Andrea Doria pareciese, para darlo á entender al virey, y el tiempo, y los lugares y partes en que cada cosa debia estar aderezada, y puesta en órden. Que hecho esto pasase con toda priesa á Roma, y dados los despachos al conde le informase muy bien, para que procurase y solicitase lo que convenia, encargandole mucho que hiciese con toda prudencia la instancia posible para que la ayuda que el Pontífice y sede apostólica habian de hacer fuese la mayor que pudiesen, y con la brevedad posible, y con la misma se enviase el despacho para que se diese lo que en España se habia pedido á los eclesiásticos y órdenes, por ser muy necesaria la brevedad en todo. Que de su parte besase el pie á su Santidad, y digese lo que habia hablado sobre la paz de la cristiandad, sobre lo del duque de Urbino, y sobre los cardenales que allá se practicaba de hacer. Y muy encargadamente sobre lo que tenia suplicado de la ayuda de la Iglesia de estos reinos y de las órdenes militares de ellos: porque no haciéndolo, mal podria él cumplir lo que era menester para esta empresa.

Que en habiendo hecho esto en Roma, con la misma diligencia pasase á Nápoles, y asi hiciese con el virey conforme á las instrucciones que llevaba: que de su parte rogase al virey enca-

reciéndole esto cuanto fuese posible, que pues conocia la calidad é impcrtancia de este negocio, para servicio y autoridad del César, y bien y seguridad de aquellos reinos, tomase de esto particular cuidado, anteponiéndolo á todas las cosas que se ofreciesen; en esta, como mas necesaria, pusiese mayor cuidado y vigilancia, y proveyese todo lo que el príncipe ordenase. Que en ninguna cosa hubiese falta ni dilacion por alguna manera, porque cualquiera que hubiese seria muy dañosa, y especialmente que las seis galeras que en aquel reino se hacian, se pusiesen luego en órden, y por lo menos que no faltasen las cuatro, y de todo avisase, no por dudar de la buena diligencia y prudencia del virey, sino por salir de cuidado.

Que hecho esto, se podria volver á Roma para estar allí en compañía del conde de Cifuentes como solia estar.

Hízose este despacho en Madrid á 6 de diciembre año 1534.

XI.

Escribe el emperador á su embajador en Roma

Escribió asimismo al conde de Cifuentes, que hacia el oficio de embajador en Roma, que se holgaba mucho en entender la continuacion de la buena voluntad que su Santidad mostraba, asi para la convocacion del concilio, como para ayudar para la armada que se hacia contra Barbaroja y para todo lo demas que conviniese al bien de la cristiandad, y asi esperaba que serian las obras. Que en lo que decia, que en el último consistorio se

habia tratado, que para convocarse el concilio era menester mas union, confederacion y paz entre los príncipes cristianos, y hacer un convento general en que se hallasen los procuradores de los que en semejantes autos suelen intervenir y algunos de los electores del imperio para dar órden en el negocio y saber como, donde, y cuando se habia de convocar, para decir á su Santidad y á los reverendísimos cardenales, que cuando S. M. partió de Flandes el año 1532 para Alemania, envió á él, como su Santidad sabia, el papa Clemente al obispo Gambeno con esta misma resolucion, y el César escribió al rey de Francia sobre ello, el cual no quiso por sus fines é intereses particulares venir en ello, ni vernia ahora: antes por lo mismo procuraria de estorbarlo cuanto pudiese y que pues entonces se conoció, que este medio no se movia sino por traer el negocio en dilaciones y tener causa, que pareciese tener alguna justificacion para ello, no era menester gastar tiempo en esto. Porque era claro que no aprovecharia nada, y seria mas dificultoso concertar este convento, que el mismo concilio general. Y no tocando particularmente al rey de Francia, ni á sus reinos, sino á los alemanes, los cuales con tanta instancia lo pedian y los otros príncipes cristianos no lo contradecian, mas todos venian bien en ello, escepto el de Inglaterra, que se apartaba cada dia mas de la Iglesia y sede apostólica, no se debia impedir por su respeto, ni habia necesidad de hacer esta diligencia. Y asi dando bien a entender esto á su Santidad con lo que mas seria provechoso, conforme se le habia escrito muchas veces, y últimamente con Mr. de Buauji, le suplicase quisiese re-

solverse en convocar el dicho concilio general poniéndole delante los inconvenientes, que no haciéndose con brevedad, evidentemente se conocian, que no se podian dejar de seguir en perjuicio de la fé, gran deservicio de nuestro Señor, y daño de la república cristiana, como largamente lo tenia dicho. á que se referia. Que en lo de la ayuda que su Santidad, y la sede apostólica habian de hacer para la armada contra Barbaroja, tenia por cierto que ya se habria resuelto antes que este despacho llegase. Pero que sino lo estuviese, y aunque ya lo estuviese, hiciese la mayor instancia que pudiese, para que a leal mayor que ser pueda, conforme á lo que Andrea Doria escribiria, dándole á entender la importancia de la empresa para el bien de la cristiandad, y la obligacion que a ello tenia, y lo mucho que por parte del César se hacia. y era menester para hacer y sostener la dicha armada, y que se resolviese luego en lo que habia de hacer, y proveyese lo que para ejecutallo fuese menester, porque no podia haber cosa tan dañosa en este negocio como la dilacion. Que con el prior de Alambra de la órden de San Juan, habia escrito al maestre de ella, rogándole que asistiese en esta empresa, asi con sus galeras, como con otros navios, y los tuviese aparejados, donde Andrea Doria le escribiese, y procurase que el Papa se lo escribiese. Que fue acertado haber hecho que el Papa escribiese al rey de Francia, pidiéndole seis galeras para esta jornada, y que sino estuviese hecho hiciese espresamente instancia para que se las pidiese: porque si lo rehusase con cualquier escusa que fuese, pues no podia haber alguna justa en tal causa, como era verosímil que

lo haria, tanto mas se manifestase á su Santidad, y á la cristiandad la mala voluntad é intencion que tenia. Y ademas de esto para que mas clara y evidentemente se conociese aquella y se descubriese la inteligencia que tiene con Barbaroja, que suplicase á su Santidad haciendo toda instancia, que en cualquier caso hiciese requerir al rey de Francia, que tuviese y declarase al dicho Barbaroja por su enemigo, pues lo era comun de la cristiandad toda, y no le diese favor ni asistencia directa, ni indirectamente, ni que los navios del dicho Barbaroja, ni sus gentes fuesen recibidos, ni acogidos en los puertos de Francia, ni socorridos de vituallas, ni de otras cosas algunas, y le mandó que en estas dos cosas tuviese la mano con su Santidad, para que le enviase á pedir y requerir la una y la otra, porque cuando no sirviesen para que las hiciese, servirian para que conociesen mas claramente la mala intencion del rey y siniestras obras. Que sabia por cartas del nuncio Juan Paggio, y otros, cuan reciamente su Santidad habia tomado el matrimonio del hijo del duque de Urbino con la hija de la duquesa de Camarino, que verdaderamente le habia desplacido de que el duque hubiese hecho cosa que á su Santidad hubiese dado desgrado, y mas siendo hecho, y que no se puede deshacer, porque él tenia buena voluntad al hijodel duque, y asi mismo estaba comprendido en las capitulaciones hechas con Venecia, y siempre habia tenido buena voluntad de favorecerle en lo justo y honesto, como quiera que él nunca supo tal casamiento, ni le parece que convenia para la quietud de Italia, por hacerse tan poderosa la ca-

sa de Urbino juntándose con la de Camarino. Pero que pues su Santidad queria proceder contra él por justicia, él no la queria impedir ni estorbar, y asi lo dijese á su beatitud, con que no intentare cosa de hecho ni de fuerza, no dando oidos á dichos, ni persuasiones que los franceses le podian hacer para indignarlo con el duque, para con este color y ocasion de asistir á su Santidad venir á cobrar el dicho ducado de Urbino para la sobrina del papa Clemente que estaba casada con el duque de Orleans, hijo del rey de Francia, y hallar con esto ocasion de poner y tornar la guerra en Italia. Que declarase á su Santidad el estado en que estaban los negocios públicos de la cristiandad, y la turbacion, daños, é inconvenientes que podrian suceder, de proceder por la dicha via de fuerza, porque en tal caso por el bien comun, y reposo y seguridad de ella, no podria dejar de poner la mano en ello. Que considerase, turbándose asi las cosas por esta causa el estorbo é impedimento que traerian á lo que convenia hacerse en la resistencia y ofension de la armada de Barbaroja, y tambien el peligro de dañar mas las cosas que tocan á la fé en Alemania, y la autoridad y crédito de su Santidad perderia mucho con los alemanes, y con todos los cristianos, viéndose que luego en el principio de su pontificado, estando la cristiandad tan molestada y trabajada por todas partes, y teniendo necesidad mayor que en algun tiempo ha tenido de defenderla de los enemigos, y entender en confirmar y establecer la paz universal de ella y de Italia, y asentar las cosas de la fé, siendo su beatitud el que principalmente por su dignidad y oficio tiene mayor obligacion á procurar esto, que

todos los otros, fuese el que la turbaba y ponia la guerra en ella. Que le diese esto á entender con la prudencia y desteridad que pudiese, para no dar sospecha á su Santidad, de que queria favorecer al duque de Urbino: mas antes que le advertia y acordaba esto por lo que á su reputacion convenia y buena estimacion, y al bien de la Iglesia y de la cristiandad.

Que tuviese la mano con su Santidad para que en ninguna manera oyese á los franceses, ni les admitiese algun ofrecimiento que le hiciesen: ni su beatitud se inclinase por alguna manera á querer intentar cosa de hecho, ni por fuerza, mas antes se redujese á pacificacion con el duque siguiendo la justicia, si todavia estuviese en esta determinacion, sin pasion, ni indignacion, remitiéndolo a personas no sospechosas. y cuando no se pudiese mas acabar con su Santidad. procurando de interponer algun tiempo, ó a lo menos por el tiempo que durase esta empresa contra Barbaroja, ó de otra manera, hasta que adelante se viese lo que se podria hacer para componer este negocio, de forma que no engendrase mayores inconvenientes. y haciendo para los dichos efectos, asi con su Santidad como con el duque respectivamente para no engendrar sospecha ni descontento a su beatitud, ni desconfianza al duque de la voluntad del César, en todo, el buen oficio que pudiese: de manera que el negocio se redujese con ambos en términos de justicia y concierto, y se evitase la fuerza, y toda manera de pasion por los inconvenientes que de ello se podrian seguir.

Que en lo que tocaba á Florencia, no convenia alterar por el presente cosa alguna, porque

cualquier mudanza que se hiciese en el gobierno de la república podria causar mayores inconvenientes. Que pues el duque Alejandro estaba en él por su mano, si bien la forma de el no procedió de su voluntad, antes de la del papa Clemente, sin autoridad ni ratificacion del César, y que seria gran desreputacion de su memoria, y disminucion de su casa hacer mudanza en ello, como ahora el cardenal de Médicis lo proponia, mayormente que á la honestidad y reputacion suya, convenia no hacer mudanza en ello, habiendo tan poco que falleció Clemente, y considerada la poca edad del cardenal, y que debian de andar en esto franceses. Por estas y otras causas llenas de inconvenientes, asi para el bien comun y reposo de Florencia, como de toda Italia, y para la memoria de Clemente y conservacion de su casa, teniendo tambien respeto al matrimonio asentado entre el duque y su hija, se habia resuelto en no aceptar ni admitir el ofrecimiento del cardenal, ni se le diese lugar á que por otra via lo intente, sino que el duque sea conservado en el gobierno como estaba. Y á los foragidos, y á los que en la ciudad estaban, los entretuviese, para que estuviesen quietos, y no hiciesen ni procurasen novedad alguna, dándoles esperanzas de que el César pondria la mano y daria órden en moderar la forma del gobierno de la república, y á la buena union, justicia y policia de ella, que la forma que al presente habia, no procedió de su voluntad, sino de la de Clemente, y él la tenia por inmoderada, y conocia que para la conservacion del duque Alejandro, y para la quietud, reposo y estado de aquella república, era necesario mudalla.

:

Que habia recibido cartas de Andrea Doria, en que le decia las quejas de muchos que habian acudido á él, y se ofrecia á poner á Florencia en forma que nunca faltase de la devocion y obediencia del César, que habia reprendido en ella la aficion que mostraban á franceses. Que ellos respondieron que la habian dejado por el poco favor que hallaban en ellos: pero que daban á entender que no sacándolos de sujecion, se habian de valer de quien pudiesen, y asi el César habia escrito á Andrea Doria y Antonio de Leyba, para que lo remediase proveyendo lo mas conveniente, asi en lo que tocaba al duque Alejandro y á la república de Florencia y al cardenal Médicis, avisándolos de lo que por su parte le habia sido propuesto, considerando el crédito que el duque puede tener, y la apariencia de poderse sustentar como ahora estaba, y la voluntad é intencion de los foragidos, y del pueblo de la ciudad de Florencia, y lo que querian y podrian hacer, ora fuese en favor del duque ó contra él. Y que para entender esto, y lo que mas le ocurriese, enviase al César su parecer de lo que conviniese hacerse: para que de una manera ú otra se proveyese al inconveniente que podria suceder de algun movimiento y novedad si se hiciese, no solo al bien comun de Florencia, mas á toda Italia, habiendo respeto á lo que tenia asentado cerca del matrimonio del duque Alejandro, y á lo que tocaba á la reputacion imperial por esta razon, y por los tratados hechos con el papa Clemente, considerando tambien el estado en que se hallaban los negocios públicos de la cristiandad. Que lo que él queria es que el duque se conservase, si pudiese

ser, como ahora estaba en el gobierno de Florencia, entreteniendo á los unos y á los otros hasta que se tomase la resolucion, dándoles esperanzas; que él pondria la mano proveyendo lo que mas conviniese á la buena gobernacion y bien público, reposo, y quieto estado de ella.

Que agradeciese al cardenal Médicis la voluntad que habia mostrado á su servicio, y la confianza que de él tenia. Que debia hacerlo asi por el cuidado que habia de tener de su honra y acrecentamiento, y declararle de su parte que por las razones dichas no queria que en alguna manera entienda en cosa que sea para innovar el gobierno de Florencia. Y aparte de sí todos los que tales novedades intentaren, y les aconseje que atiendan á vivir quietos, que además de que el cardenal haria lo que debia al bien de su patria, y á la honra y acrecentamiento de su casa, y á lo que debia al papa Clemente y al deudo que con el duque Alejandro tenia, haria en esto al César singular placer. Que procurase tener mano en conformar á este cardenal con el duque, y que se hubiesen y procurasen los dos ganar voluntades, asi de los foragidos como de los de dentro para poderse mejor conservar.

Que procurase asimismo con su Santidad que tomase la mano en esto con el cardenal y con los demas que conviniese, asi por la quietud de Italia como por lo que tocaba á la casa y memoria del papa Clemente: que procurase informarse de los tratos del cardenal, si tenia algunos con franceses, si hacia mucha cuenta de Stroci, que era todo francés, comunicándose siempre con Antonio de Leiba y Andrea Doria.

Que no faltase en solicitar con su Santidad la causa de la serenísima reina su tia, acordándole la calidad é importancia del negocio, y la injuria y sinrazon que á la reina y á la princesa su hija se les hacia por el rey de Inglaterra, y que le besase los pies á su beatitud de su parte, por la voluntad que muestra hacer justicia en esta causa. Que esté con cuidado si los franceses traian algunas pláticas para inquietar á su Santidad. Que procurase luego enviar los despachos para el ayuda que los prelados é iglesias, clérigos y órdenes militares de estos reinos habian de hacer para contra Barbaroja, porque sin ella él no podia hacer la jornada.

Ademas de esto, advertia el emperador de otras cosas menudas, y todas para ganar la voluntad del Papa y otros príncipes de Italia, por tenerlos seguros para mejor hacer la jornada de Africa contra Barbaroja, que muy poderoso estaba en Tunez; y el emperador en Madrid con grandes ganas de echarle de allí, como lo hizo, segun veremos en el año siguiente.

HISTORIA

DEL

EMPERADOR CARLOS V,

REY DE ESPAÑA.

LIBRO VEINTE Y DOS.

AÑO 1535.

I.

Preparativos para la conquista del reino de Tunez.

Causó en toda Italia pavor y espanto, y puso en los cuidados que vimos al emperador y á España, la venida de Barbaroja con la flota del gran turco, y no tanto por los robos de Santolicito, Asprelongo, Fundi y otros lugares, cuanto por haber ganado á Túnez y héchose en el mar tan poderoso, que por ello corrian peligro Cerdeña, Sicilia, Calabria y toda Italia.

A los venecianos sabiendo que se aderezaban para salir del estrecho de Galipoli, se armaron con recelo de tan grande enemigo, y tan poderosa armada que tenia que pasar por sus islas y tierras; y tomaron la quincena parte de las rentas de los beneficios de aquel año para pagar las galeotas, sin autoridad del Papa, antes contra su voluntad, entendiendo que no venia a socorrerlos.

Tambien se proveyeron los genoveses fortaleciéndose como hombres, porque era pública fama que venia contra ellos.

Tomó el emperador esta guerra tan á su cuenta, no tanto por lo que dice Jobio en el libro 34, como por los daños que sus reinos recibieran, porque apenas fuera rey de Sicilia y Napoles, si este enemigo hiciera su nido en Tunez, como queria: las costas de España corrian el mismo peligro con un Argel antiguo y otro nuevo que la ceñian por ambas partes, por Poniente y por Levante, con no mucho mar en medio: porque desde el estrecho de Mecina, hasta el de Gibraltar, ninguno de la parte de Europa, sino eran franceses que llevaban en esto otro camino y amparo, pudiera tener comida ni sueño seguro de los que vivian en las riberas del mar. Y considerando que si dejaba reposar algun tiempo á Barbaroja en Tunez, fortificaria de tal manera la Goleta y los otros puertos de aquellas marinas estableciéndose en Tunez, hallándose con nuevas amistades con los reyes moros comarcanos, trayendo á su sueldo y á su devocion los alarbes y creciendo siempre su armada y poder con el favor del turco, que no solamente se podia perder la esperanza de jamas sujetar Africa, mas podria ser que en breve tiempo, el Barbaroja sa-

case las tierras y puertos, que los españoles tienen en aquellas partes; y que aun estas donde vivimos no quedarian muy seguras: por lo cual, convenia oponerse con tiempo y deshacer este cosario, antes que Soliman (que estaba muy ocupado en Levante) le pudiese dar su ayuda.

Hizo, pues, el emperador abastecer y fortificar los lugares mas importantes de Nápoles y Sicilia, que costaron hartos dineros, conociendo que las galeras son como rayos, que si bien se ven y oyen no se sabe donde van á dar, hasta que han herido. Mas despues que vió como el enemigo se habia apoderado de todo punto del reino de Tunez, echando de él á Muley Hacem, puso todo su pensamiento en echarle de allí. Para lo cual envió sus correos al Papa; escribió mandando guardar secreto á Andrea Doria y á los vireyes de Nápoles, Sicilia y Cerdeña al marqués del Vasto, á Antonio de Leyba, y otros, para que juntasen cuanta gente y navios pudiesen, aprestándolos con todas las armas, municiones y vituallas necesarias para tal empresa. Recojió gran suma de dineros: mandó que don Luis Hurtado de Mendoza, marqués de Mondejar, capitan general del reino de Granada, recogiese gente y bastimentos y los aprestase en la Andalucia y puertos de ella, y finalmente, todo lo que era necesario para una determinacion de tanta importancia. Mandó levantar ocho mil alemanes.

Juntáronse los soldados viejos de Corron y de Nápoles, que serian hasta cuatro mil. En España se levantaron de ocho á diez mil españoles con gran parte de la nobleza de estos reinos. En Italia se hicieron otros ocho mil italianos. Todo este apa-

rato de guerra hizo el emperador con el secreto posible.

Tuvo sus enemigos suspensos y cuidadosos con el ruido de tantas armas, aunque si bien se habian concertado los reyes de Francia é Inglaterra en las vistas de Cales y el rey Francisco habia traido á su amistad al duque de Cleves y armado á su reino con las siete legiones que repartió en las siete provincias de él, con mas cuatro mil caballos de hombres de armas con cada tres caballos, no se movió porque el emperador le dió cuenta como sus intentos eran contra Barbaroja, para echarle de Tunez, pidiéndole amigablemente las galeras que tenia en Marsella, bien armadas y las naos bretonas, que las debiera él dar para tan santa empresa, que tocaba á todos. Asi mismo se las pidió el Papa á quien el emperador habia dado cuenta de esta jornada, ó que guardase las costas cristianas. Respondió el francés á Juan Hienart, vizconde de Lombegna, embajador de S. M., que no las podia dar por las treguas que tenia con el turco y Barbaroja, ni era de rey cuerdo armar á otro con sus propias armas, estando las voluntades no conformes.

En esto estuvo siempre el rey de Francia, si bien el Papa se lo rogó y le concedió la décima ó la cuarta de todos los beneficios de Francia, por que las diese ó guardase las costas. El tomó lo que el Papa le daba, mas no quiso dar las galeras, por que pedia claramente á Milan y Génova con lo cual ofrecia que él las daria y un ejército en el cual iria él en persona: promesas que habia de cumplir.

Prometió el Papa, loando y encareciendo el buen

celo del emperador, doce galeras y la cuarta de los beneficios para esta santa guerra. Envióle un bonete de terciopelo negro bordado de aljófar y una espada con muy ricas guarniciones, todo bendito con las ceremonias que acostumbra la Iglesia para los reyes que van contra enemigos de la religion cristiana.

Despues que el emperador tuvo aviso de todas estas cosas y de las demas que fuera de España habia ordenado para la jornada, ordenó tambien las de España, cerrando su testamento y dejando por gobernador de estos reinos y de las Indias á la emperatriz, y partió S. M. de Madrid para Barcelona último de febrero, por ver recojer la armada y dar calor á todo. Mandó hacer alarde de los caballos que habia en su corte para embarcarlos (que de los demas y de los soldados ya tenia nómina). Hubo hasta mil y quinientos con ricos aderezos de jaezes y otras buenas guarniciones: cada caballero procuraba ir galan tan bien como armado.

II.

Prosigue la misma materia.

Ya que el rey de Francia se quiso estar á la mira ó él ó los suyos que lo entendieron, no guardaron el secreto que debieran, porque fue cierto que Barbaroja tuvo algunos avisos de Francia de que se armaba el emperador contra él. No lo creia el bárbaro y hacia mil discursos, hasta que un clérigo frances, que se llamaba Mr. de la Floreta, que iba con despachos de su rey á Constantinopla se vio con Barbaroja y le certificó de que sin duda

se hacian las armas contra él; y aun que el emperador pasaria en persona. Esto le puso en grandísimo cuidado y congoja, y envió con Mr. de la Floreta, quien le acompañase en el camino, para que en Constantinopla diese cuenta del peligro en que quedaba, y pidiese al gran señor le mandase enviar socorro, porque de otra manera seria imposible defenderse, si el emperador de los cristianos iba, como decian, contra él, y que se perderia Africa y creceria la potencia de este enemigo, que ademas de ser muy poderoso, era guerrero.

Persuadido ya Barbaroja de que los apercibimientos que se hacian en España, Italia y Alemania eran contra él, temió de veras. Habia comenzado á fortalecer á Tunez y ahora puso mayor diligencia haciendo trabajar nueve mil cautivos cristianos y la tercera parte de los vecinos cada dia. Estuvo en duda á lo que algunos contaban, si esperaria en tierra ó en la mar al emperador, pareciéndole que si perdia el reino, no perderia las galeras y que con su flota, pues era grande y buena, ó venceria ó escaparia; mas conociendo el aborrecimiento que le tenian en Tunez, como á estrangero y tirano y cuan mudables son los moros, mayormente con la nueva de que iba contra el emperador, determinó probar la ventura en tierra por que no se hubiera él bien metido en mar, cuando se levantaran todos, y tambien por amor del turco y aun por codicia de tal reino. Otros dicen que nunca creyó la ida del emperador y asi no tuvo lugar para armar las galeras que dentro del estaño estaban, porque requerian mucho tiempo y trabajo porque alli no hay hondo para sacarlas á la mar.

Fortaleció la Goleta ampliándola de manera que quedase capaz de cualquier gran número de gente. Proveyóse de armas, y de tantas vituallas, bastantes para gran número de gente. Llamó los cosarios, y la gente de guerra que estaba en Argel asi como en los Gelves, y por toda aquella comarca: y pidió ayuda al rey de Tremecen poniendo á todos grandes temores, si el emperador se hacia señor de Tunez, ofreciendo que si ayudaban para entretener la guerra solos dos meses, echaria de Africa á todos los cristianos. Dió sueldo ademas de esto á muchos capitanes alarbes; hizo todas las diligencias y reparos que un buen capitan debe hacer en semejantes ocasiones. Hizo meter dentro de los reparos de la Goleta, y en el estaño de agua toda la armada, salvo quince galeras muy bien armadas que dejó fuera.

Continuaba con tanta diligencia, y perpetuo trabajo, la fortificacion de la Goleta, que en breve la puso con la seguridad que veremos. Puso en ella y en las torres de sal y agua mucha artilleria, que sacó de la flota, y asi mismo en Tunez, y en el Alcazaba recogió las velas ó jarcias, de lo cual adelante diremos.

III.

Continuan los mismos preparativos.

La verdad de la historia y cumplimiento en ella son las partes mas esenciales que pide, que el estilo, las flores, el lenguage ya que adornan

y recrean, no son tan importantes que no pueda pasar sin ellas. Escribiré aqui la jornada de Tunez, conformándome con las relaciones de mano, y libros que la tratan, que con curiosidad he podido haber. Y si bien se ha de repetir dos veces una cosa, pondré unas cartas originales que el emperador escribió al marqués de Cañete, siendo virrey de Navarra, dándole con puntualidad y por menudo cuenta de esta empresa, desde el dia en que partió de Barcelona, hasta la toma y conquista del reino de Tunez, y de los pensamientos que tuvo de pasar sobre Argel, que fuera bien acertado, y cierto el conquistar aquella ciudad, que tanto cuesta á estos reinos, y se escusara la rota y pérdida que despues en el año 1541 se padeció, que sin duda sola la reputacion presente bastára, para que ni Barbaroja ni la ciudad de Argel, ni moros, ni alarbes de la tierra hicieran resistencia al César, ni los elementos fueran tan contrarios como despues lo fueron, y los que totalmente hicieron el daño y guerra, por no estar el tiempo tan adelante ahora, como lo estuvo, cuando el emperador fue, y se perdió sobre ella como se dirá.

A 9 de mayo estando el emperador aprestando su jornada escribió al marqués la carta siguiente:

«EL REY.

»Marqués de Cañete, pariente nuestro, virey, y capitan general del nuestro reino de Navarra. Habiendo venido á esta ciudad como de mi entendistes, para dar priesa á la espedicion de nuestra armada, y proveer mejor lo que conviniese á la

defension y seguridad de nuestros reinos, y de la cristiandad, hallándome aqui, y estando ya las provisiones y aparejos de la dicha armada en términos que con ayuda de nuestro Señor se juntaran muy presto, y siendo tan poderoso de muchas galeras y otros generos de navios, gentes y otras provisiones como para tal empresa se requiere, ha importado aquella tanto, como importa al servicio de Dios nuestro Señor, y á la defension y beneficio comun de la república cristiana, y particularmente de nuestros reinos, y á nuestra reputacion ha parecido conveniente, y he determinado embarcarme para proveer mejor con mi presencia lo que para todos los dichos efectos fuere necesario, y visitar de camino, si la oportunidad se ofreciere, los nuestros reinos de Nápoles, Sicilia, y Cerdeña: y fecho esto, en lo cual me deterné el menos tiempo que me sea posible, entiendo, placiendo á nuestro Señor volver á esos reinos lo mas presto que se podrá hacer, para estar en ellos con mas reposo, y entender en lo que convenga al bien público de ellos. De lo cual, durante mi ausencia no me faltara el cuidado que su gran lealtad merece. Y entre tanto la serenísima emperatriz, y reina, mi muy cara é muy amada mujer, á quien dejo por mi lugar-teniente general, que no menos que yo los ama, lo terna de lo que conviniere, á la cual os encargo y mando obedezcais, sirvais y cumplais sus mandamientos como los de mi misma persona: y que durante mi ausencia tengais muy gran cuidado de la buena gobernacion de ese reino, de la administracion de la justicia, quietud y sosiego de nuestros súbditos y de él como de vos confio: y muy especial vigilancia en todo lo que

fuere necesario para la conservacion, y seguridad de él, y el aprovechamiento que conviene á las fronteras, y aviseis continuamente á la dicha emperatriz de todo lo que se ofreciere y conviniere, para que provea lo que sea necesario. De Barcelona á 9 de mayo, de 1535 años.=YO EL REY.=Covos, comendador mayor.»

IV.

Sigue igual materia.

Quiso el rey de Portugal, como príncipe católico y guerrero, ayudar en esta jornada al emperador, y que se hallase en ella el Infante don Luis hermano de la emperatriz, con otros caballeros y señores de título, y valientes soldados, cuales entre aquella belicosa gente siempre se criaron, que como tales se hicieron en esta jornada hechos de memoria. A 28 de abril de este año de 1535 llegaron á la playa de Barcelona veinte carabelas armadas y pagadas del rey don Juan de Portugal. Entraron en arco con cendales ricos, gallardetes y banderas, tendidos los estandartes con las quinas reales de aquel reino. Entró con las carabelas un galeon armado, grueso, famoso en aquellos tiempos por su grandeza. Venian otras cuatro carabelas, y dos naos cargadas de bastimentos, armas y municiones, con mucha caballeria de la juventud y nobleza de Portugal, cuyo general era Antonio de Saldaña, natural de Santaren.

Llegó esta armada de noche, y esperó á entrar de dia: el emperador por verla fue á la posada del embajador de Portugal, cuyas ventanas salian al

mar. Entraron con tanto concierto, que unas á otras no se encubrian, haciendo una gran salva con la artilleria y arcabuces que descargaron. Pasada la salva comenzó la música, que todo fue muy de ver; especialmente cuando salieron los capitanes con su general á besar la mano al emperador, á los cuales salieron á recibir á la lengua del agua el duque de Alba, y el duque de Cardona con otros caballeros, y los acompañaron llevando en medio al general hasta la huerta del obispo, donde el emperador se habia retirado.

Venian los portugueses lucidamente vestidos, cada capitan de su color, y los soldados y criados con varias y ricas libreas; el general traia de guarda treinta arcabuceros, vestidos de verde y blanco.

Los caballeros de la nobleza de Portugal, que en esta jornada se señalaron fueron don Juan de Castro, que despues fue virey de la India de Portugal, en cuyo gobierno se señaló, y sobremanera en la famosa batalla de Dio, donde hizo mas que los romanos; don Alonso de Portugal hijo heredero del conde de Viñoso; don Alonso de Vasconcelos hijo del conde de Penela; Luis Alvarez de Tavora señor de Magadouro, y Ruiz Lorenzo de Tavora su hermano, que despues fue virey de la India de Portugal; un hijo del conde de Abrantes; don Pedro Mascarenas, que tambien fue virey de la India; don Diego de Castro alcaide mayor de la ciudad de Evora; don Fernando de Noroña; don Francisco de Faro; don Francisco Pereira embajador que fue del rey don Sebastian en Castilla: don Alonso de Castelbranco merino mayor de Portugal; y Pero Lopez de Soza famoso capitan de mar,

los cuales todos sirvieron á su costa en esta jornada, y otros muchos.

En primero de mayo, entró en Barcelona el príncipe Juan Andrea Doria, con sus galeras, y el emperador por verlas entrar, vino á comer al Carrer Ample. Entró con veinte y dos galeras bien estibadas, y artilladas con gran concierto, llenas de banderas y gallardetes de tafetan colorado y negro. La Capitana traia veinte y cuatro banderas grandes de tela de oro, con las armas del emperador, y tres estandartes grandes de raso carmesí, y en la mas principal un crucifijo grande bordado, con San Juan y Maria á los lados, y uno de los otros dos estandartes traian a Maria con su hijo en los brazos, y el otro á San Telmo.

Venian las galeras enramadas: cada una parecia un jardin, con mucha música de trompetas, clarines, chirimias, y atambores.

Luego que llegaron donde estaba la armada de Portugal hizo salva la arcabuceria y artilleria; y asi dió vuelta y la armada de Portugal, en pasando el príncipe con sus galeras, comenzó á responderle con toda la artilleria y arcabuceria.

Las galeras tornaron á cargar, y llegando donde el emperador estaba, abatieron tres veces las banderas con gran grita, diciendo: Imperio, Imperio. Luego dispararon la artilleria y arcabuces, y hecha la salva, salieron todos los grandes y caballeros cortesanos á la lengua del agua, para recibir al príncipe Juan Andrea Doria, siendo tanta la gente, que por mas que la guarda trabajaba haciendo camino. apenas lo habia. Andrea Doria, venia en cuerpo con su baston en la mano, y el emperador lo recibió haciéndole mucha honra, y

con grandes muestras de amor. Era Andrea Doria general de la armada, y solo él podia tener el estandarte tendido. El emperador le pidió que tubiese por bien, que el estandarte de su hermano, el rey de Portugal, estuviese tambien asi, lo cual se hizo.

A 12 de mayo, entró en la Barra don Alvaro Bazan general de las galeras de España, con doce galeras. Echáronse otras cinco al agua con los escorchapines, galeoncetes carabelas, y barcos grandes en que fueron los caballos. En las Atarazanas habia treinta galeras sacadas de astillero. Pregonóse que ninguno de los que se embarcaron en Málaga, so pena de la vida, saltase en tierra, aunque esto no se guardó con rigor. De esta manera se juntó en Barcelona la armada que el emperador llevó, faltando la que traia el marqués del Vasto.

V.

Continua la comenzada materia.

Los capitanes españoles que el emperador nombró, fueron, don Juan de Mendoza, don Diego de Castilla, don Felipe Manrique de Lara, don Rodrigo de Mendoza, don Alonso de Villareel, don Alonso de Quesada, Martin Alonso de los Rios, Pedro Narvaez, Andres de Avalos, Luis Perez de Vargas, Cáceres, Juan de Avellano, Varaez, Vozmediano, Mosquera, Juan de Alamos, Maldonado, Cristóbal de Belmar, Pedro de Videa, Rodrigo Maldonado, Villegas de Figueroa, Martin Alonso de Zambrana, Francisco de la Chica, Hayajosa, Lope de Jejas, Negrillo, y Alonso Maldonado. El ca-

pitan Bocanegra, tenia su compañia alojada en Mallorca, Juan Perez en Ibiza, y Jaen en Menorca, las cuales tres compañias se juntaron con estotras, como despues diré.

Ademas de las lanzas que el emperador tenia para guardar la costa sirvieron los grandes y caballeros del reino con las lanzas que les fueron repartidas, y algunos con mas, con ricas y vistosas libreas de varios colores, y el marqués de Mondéjar recogió en Málaga toda esta gente con la infanteria que alli se embarcó, dejando y despidiendo los que le parecieron inútiles, aunque hubo poca cuenta con las mujeres, que se embarcaron muchas mas de las que convenia, que no sirvieron mas que de comer los bastimentos y embarazar los soldados. Ví un libro que escribió de esta jornada el obispo Sarabia fraile Francisco: dice que se embarcaron nueve mil y quinientos españoles de paga, todos escogidos. Otra gente sin paga aventureros caballeros y gente de bien, fueron mas de cuatro mil y quinientos, y mas setecientos ginetes andaluces: iban oficiales de diversos oficios, mercaderes, religiosos y clérigos: y todos con tanta voluntad y deseo de hallarse en esta jornada, que sin comparacion fueran muchos mas si los admitieran, teniendo por santa esta empresa, y que se ganaba en ella el cielo.

Cuatro dias tardaron sin cesar en embarcar la gente, bastimentos, municiones y caballos: y sábado á 8 de mayo, se entró el marqués á dormir en su navio, y otro dia se hicieron á la vela, y á 25 de mayo tomaron la playa de Barcelona, y el emperador muy alegre salió á verla poniéndose á caballo en Monjuích, ó Montejouis.

VI.

Continuacion de estos preparativos:

Con gran cuidado acudia el emperador, el tiempo que estuvo en Barcelona, á todas las provisiones que para la armada se habia de hacer, como si fuera un particular capitan, ó no los tuviera tantos y tales que de cualquera pudiera fiar toda la armada. Mandó labrar moneda de oro y plata, bajando los quilates y valores, para hacer paga á todos. Hiciéronse mil y doscientos arcabuceros sin otros piqueros para las galeras, dándoles sus capitanes.

Era tanta la gente noble y comun, que no cabian en la ciudad, ni se podia andar por las calles: unos que venian á ver aquella hermosa armada, otros que querian ir en ella. Los principales de que se hizo memoria fueron. El infante don Luis hermano de la emperatriz; don Fernando de Aragon duque de Calabria; don Fernando Alvarez de Toledo duque de Alba; don Antonio Pimentel conde de Benavente; el príncipe de Salmona hijo de Carlos de Lanoy; Andrea Doria príncipe de Melfi; el príncipe de Macedonia; don Fernando de Folch duque de Cardona; don Juan Manrique marqués de Aguilar, con su cuñado don José de Guevara señor de Triceño y Escalante; don Luis de la Cerda primer marqués de Cogolludo: don Luis Hurtado de Mendoza marqués de Mondéjar; don Bernardino de Cárdenas marqués de Elche; don Pedro Osorio marqués de Astorga; don Francisco de la Cueva marqués de Cuellar; don Ro-

drigo de Mendoza, primer marqués de Montesclaros; don Francisco de Borja marqués de Lombay; don Luis Fajardo primer marqués de Molina, hijo primogénito del marqués de los Velez, adelantado de Murcia; el marqués de Enciso, don Francisco de los Covos, comendador mayor de Leon; don Manrique de Lara conde de Valencia; don Diego Lopez de Velasco Zúñiga conde de Nieva, don Andrés de Bobadilla conde de Chinchon; don Alvaro Perez de Guzman conde de Orgaz: don Pedro de Acuña conde de Buendia, don Iñigo de Guevara conde de Oñate; don Alonso de Mendoza conde de Coruña; don Alonso de Aragon, y Urrea conde de Ribagorza; don Miguel de Urrea conde de Aranda; el conde Juan Tomas Mirandula; el conde César: don Juan de Heredia conde de Fuentes; el conde de Belchite, el comendador Rosa conde de la Torela; el vizconde Parelladas; don Pedro de la Cueva comendador mayor de Alcántara; el castellan de Amposta; el conde de Salinas; don Pedro Ramirez de Arellano conde de Aguilar; don Claudio de Quiñones conde de Luna; don Pedro de Guzman hermano del duque de Medina-Sidonia, á quien en esta jornada se le dió título de conde de Olivares; don Andrés Hurtado de Mendoza hijo mayor del marqués de Cañete; don Alvaro de Mendoza primogénito del conde de Castro; don Lorenzo, y don Gomez Manrique; don Pedro Laso de la Vega señor de Batres; Juan de Vega señor de Grajal; Pero Gonzalez de Mendoza marqués de Cenete, mayordomo del emperador; Luis Mendez Quijada; don Luis de Avila y Zúñiga; don Rodrigo Manrique hijo del conde de Paredes, y don Beltran de Guevara.

Ademas de los nombrados hubo otros muchos caballeros sin títulos é hijos segundos de señores de título.

Mandó el emperador pregonar muestra general para el 14 de mayo, y este dia á las cinco de la mañana salió S. M. al lugar que estaba señalado, armado de todas armas, salvo la cabeza que llevó descubierta, con una maza de hierro dorada en la mano. Esperó hasta las diez para que todos aderezados y puestos en órden viniesen: juntáronse á la puerta que llaman de Perpiñan en el campo de la laguna. El emperador puso en órden los caballeros; uno de ellos desconcertaba el órden, y el emperador enojado puso las piernas al caballo rompiendo por medio del escuadron, y llegando á él le hirió con la maza en la cabeza, y volviéndose hácia donde el duque de Alba y otros caballeros estaban dijo: «No hay cosa más dificultosa que regir bien y gobernar un escuadron.»

Tomada la muestra de todo se volvió á palacio, yendo delante de él doscientos hombres de guarda con libreas, los ciento españoles y los otros ciento alemanes. Seguian á estos, cien archeros de á caballo con libreas amarillas, y fajas de terciopelo morado, armados con coseletes y celadas, y lanzas de armas con sus banderetas coloradas: luego iban veinte y dos pages cada uno en su cacaballo de la caballeriza del emperador y vestidos de una librea: traian algunos caballos cubiertas y testeras, otros con paramentos a la turquesca, y otros á la gineta con ricos jaeces. Cada page llevaba en la mano las armas que podia jugar y usar el emperador en la guerra. Un lle-

vaba el almete, ó celada, otro la lanza de armas, otro la gineta, otro la rodela, otro un arco con flechas, otro ballesta, otro un arcabuz, y asi todos los señores y caballeros cortesanos iban de tres en tres: y detras de cada tres caballeros; tres pages que les llevaban las armas, lanza y celada; los caballos encubertados; las armas, y vestidos de tanta riqueza, cuanta á cada uno fue posible.

Señaláronse este dia en la muestra, ademas de algunos de los grandes y caballeros nombrados, don Pedro Henriquez de Ribera que fue despues marqués de Tarifa, y duque de Alcalá, virey de Nápoles; don Pedro de Guzman primer conde de Olivares ya nombrado, que desde su juventud se mostró un valiente caballero, y muy servidor del emperador; don Juan de Fonseca señor de Coca y Alaejos; dos hermanos del conde de Benavente, de los cuales el uno fue despues marqués de Viana: don Alonso Pacheco señor de la Puebla de Montalvan; don Juan de la Cerda marqués de Cogoyudo; don Juan de la Cerda duque de Medinaceli; don Francisco de la Cerda su hermano; don Luis de la Cerda y de Mendoza hijo del conde de Castro; don Luis de la Cueva hermano del duque de Alburquerque, y don Diego su hermano; don Alonso Manrique hijo del conde de Osorno; don Andres Hurtado de Mendoza hijo del marqués de Cañete; don Hernando Sandoval y Rojas hijo del marqués de Denia; don Enrique de Toledo hijo del duque de Alba: don Juan Manrique hijo del duque de Nájera; don Bernardino de Toledo hermano del duque de Alba; Juan de Vega hijo del comendador mayor de Leon; don Juan

de Figueroa; don Garcia Ponce de Leon tio del duque de Arcos; don Alvaro de Mendoza heredero del conde de Castro y su hermano; don Gomez Manrique; don Pedro de Zúniga yerno del conde de Miranda; Pero Nuñez de Herrera hermano del marques de Pliego; don Luis de Avila camarero del emperador y hermano de don Pedro de Avila primer marqués de las Navas; don Enrique de Guzman hijo del conde de Alba; don Luis de Sotomayor, hermano del duque de Bejar, don Prudencio; don Avendaño señor de las casas de Urquizo y Olaso: don Francisco de Benavides hermano del conde de Santisteban; don Diego y don Pedro de Rojas hijos del marqués de Poza; don Gutierre de Cárdenas hermano del marqués de Elche; y su hermano don Alonso de Cardenas; dos hijos de Luis Mendez de Montemayor señor del Carpio; don Juan Tabera sobrino del cardenal de Toledo: don Sancho de Velasco hermano del conde de Nieva; don Fadrique de Acuña hermano del conde de Buendia; don Juan Pacheco tio del duque de Escalona; don Pero Velez de Guevara con tres hijos suyos; don Antonio de Avalos sobrino del arzobispo de Granada; don Juan de Luna caballero aragonés; don Diego de Guzman hermano del conde de Teba; don Juan de Figueroa y don Francisco de Toledo hijos del conde de Oropesa; don Gutierre de Cárdenas hijo del conde de Miranda, y otros que por ser tantos no hubo memoria de ellos.

Llevaban estos caballeros sus criados á caballo, tales, que podian pelear y entrar en batalla.

Luego el emperador mandó echar bando, que todos se embarcasen, y puso pena que el que

para el dia del Corpus (que fue este año á 27 de mayo) no lo estuviese, se quedase sin ser admitido despues en la armada.

Domingo 16 de mayo entró el emperador en la galera Capitana de Andrea Doria acompañado de muchos grandes y caballeros de la corte, y dió la vuelta por la armada, siguiéndole todas las galeras, levantándose del lugar donde estaban amarradas, haciendo una brava salva la armada de Portugal y respondiéndola todos los bajeles que habia en la playa.

Tratóse en consejo de guerra que no se consintiesen en la armada mujeres, ni muchachos, ni otra gente inútil, mas de aquellos solos que eran para pelear: pero no bastó este rigor, que si las sacaban de un navio, las recogian en otro: y asi se hallaron en Tunez mas de cuatro mil mujeres enamoradas que habian pasado, que no hay rigor que venza y pueda mas que la malicia.

Para embarcar los caballos sin trabajo hicieron unas balsas grandes de madera. Despidieron cien lanzas de las que los caballeros andaluces enviaron, porque los muchos caballeros y caballos que habia, faltaba pasage para embarcarse. Por esto murmuraron del marqués de Mondéjar, diciendo que habia dejado veinte hurcas grandes en Cádiz, y en el puerto de Santa Maria para enviarlas cargadas de sal á Flandes: mas fue falsedad que se levantó contra el marqués, porque él era tal y sirvió con tantas veras en esta jornada, que muchos que mejor mirabanlas cosas, le hacian autor de ella: y el que principalmente habia movido y puesto al emperado en ella. Para remediar

esta falta quitaron á cuatro galeras la palazon que metieron en ella los caballos, de los cuales por ir muy apretados en las galeras y naos murieron algunos.

VII.

Embarco del emperador y su ejército:--Marcha de la flota.

Estando ya casi todo aprestado para darse á la vela, el emperador quiso quese hiciese una solemne procesion sacando el Santísimo Sacramento, la cual salió de la iglesia Mayor; y el emperador llevó una bara del palio, sin querer cubrir la cabeza: el infante don Luis de Portugal, que por la posta habia llegado á la ciudad, llevó la otra; el duque de Calabria la tercera, y la cuarta el duque de Alba.

Viernes á 28 de mayo antes de amanecer partió por la posta al monasterio de nuestra Señora de Monserrat á visitar la santa imágen, cuyo devoto siempre fue. Aqui confesó y comulgó, y el mismo dia en la tarde volvió á Barcelona, que son siete leguas catalanas de camino.

Domingo 30 de mayo dia de San Felices papa y mártir, al abrir del dia sonó la trompeta por la ciudad, habiéndose antes echado bando que en este dia habian de partir. Era tanta la prisa de los barcos á recoger la gente, y de la gente á entrar en ellos, que casi no se entendian. El emperador oyó misa en nuestra Señora de la Mar, yluego se vino a embarcar en la galera Bastarda de veinte y seis bancos y cuatro remos por banco,

que Andrea Doria hizo, y doró y adornó para que fuese S. M. Tenia esta galera veinte y cuatro banderas de damasco amarillo con armas imperiales por toda ella, y un pendon á media popa de tafetan carmesí que llevaba ocho pierras y treinta palmos en largo, con un crucifijo de oro, y otros dos casi de su tamaño, con sendos escudos de las armas del emperador, y allí junto una gran bandera blanca de damasco sembrada de llaves, cálices, y aspas de San Andrés coloradas con un letrero en latin al medio, que decia *Psal. 4. Arcum conteret, et confringet arma: et scuta comburet ignit.* Gastará y quebrará el arco, quemará con fuego los escudos de armas. Y otros dos de damasco colorado del mismo grandor con *Plus ultra*, escrito alrededor de las columnas, que es divisa de España. Tenia tambien otra bandera de dos ramales en la entena con una espada y una celada, y con un escudo y letra latina que decia. *Aprehende arma et scutum; et exurge in adjutorium mihi.* Toma las armas y escudo, y ven en mi ayuda. Y otra en la gavia que llegaba al agua, con un grande ángel, y un mote que decia: *Misit Dominus Angelum suum qui custodiat te in omnibus vis tuis.* Envió Dios su ángel que te guarde en todos tus caminos. Y tres gallardetes, que llaman, en los tres mástiles de damasco colorado: y de mas de cinco varas de largo, el medio con una estrella de oro y muchas llamas de fuego, y un mote tal: *Notas fac mihi Domine vias tuas* Señor, muéstrame tus caminos. Y los otros dos que llevaban eslabones y pedernal con muchas centellas de fuego decian: *Ignis ante ipsum præecedet.* El fuego irá delante de él. Asimismo estaba la sala y cámara de

popa cubierta de tela de plata, oro y brocado de tres altos, sin otras colgaduras de raso y damasco de diversas labores, que todo era rico y costoso. Salió toda la ciudad á verlo embarcar rogando á Dios le diese victoria.

Dispararon y soltaron la artilleria de la ciudad, y de las naos y galeras que fue cosa de ver. Partió con tanta música que dió grandísimo gusto á todos. Embarcados buen tiempo trajeron vela, de allí á poco se volvió el viento que habian llevado favorable, y dió con ellos en Mallorca, donde entró el emperador suplicándoselo los isleños á comer en Alendia, y el sábado á 5 de junio, dos horas despues de mediodia se redujo toda la armada que se habia esparcido a puerto Maon en la isla de Menorca, donde oyó misa el emperador y esperó que todos se juntasen: y en la isla de San Pedro oyó misa, y fue á caza con el infante su cuñado en dos caballos que mandó desembarcar: volvió sin cazar nada, pero ya que se apeaba vió un puerco y matóle dentro de una laguna.

Llegó en fin á Callar, ciudad de cuatro mil vecinos, cabeza de Cerdeña á 11 de junio dia de San Bernabé de este año de 1535, y otro dia escribió á la emperatriz y á los grandes y cabezas de gobiernos en España, diciendo en sustancia lo que al marqués de Cañete que era virey de Navarra, dijo en esta carta.

«EL REY.

»Marqués de Cañete, pariente nuestro, virey y capitan general del nuestro reino de Navarra. Al tiempo de nuestra partida de Barcelona, os hice

saber nuestra embarcacion: despues seguí mi viaje y por que el martes que fue otro dia que de alli partí, faltó el viento por calmas y tiempos contrarios, pareció ser lo mejor tocar miércoles en la isla de Mallorca con las galeras, dejando las naos, y en esta y en la de Menorca anduve con ellas hasta el sábado esperando las dichas naos, las cuales este mismo dia llegaron al puerto de Mahon que es en la dicha isla de Menorca, de donde sali con toda la armada junta el domingo á la tarde con viento tan escaso que hasta otro dia lunes no se pudo alejar de vista de tierra. A la tarde refrescó de manera que el martes y el miércoles pasamos el golfo y con las galeras: porque por ser el temporal algo recio no se pudieron esperar las naos para esperallas. Surgí esta noche en la isla de San Pedro, que está á vísta de la de Cerdeña, y el jueves siguiente 10 del presente, siendo ya pasados todos los navios del armada con algunas de las galeras, que tambien habian quedado con ellas, vine á surgir en el golfo de Callar, á donde hallé sueltas las naos de la dicha nuestra armada, y asimismo las galeras y galeones, cartracas, naos y otras fustas que el marqués del Vasto llevó de Génova con la infanteria alemana é italiana, y las que estaban armadas y aderezadas en Nápoles y Sicilia, con la infanteria española que en ellas habia, y las provisiones que se habian hecho, que habia cinco ó seis dias que eran llegadas, con las cuales vinieron las tres galeras de su Santidad con otras tres que armó en Génova, y las cuatro de la religion: de manera que son por todas las galeras que asi se hallan setenta y cuatro y habra hasta otras treinta galeotas, bergantines,

y fustas de remos, y los navios serán cerca de trescientos con las carabelas, galeon y naos del serenísimo rey de Portugal, nuestro hermano, entre los cuales hay diez ó doce galeones muy bien armados, y artillados, y otras carracas y naos gruesas tambien en órden. Aqui se ha dado órden en lo que toca á las naos, y gente que viene en ellas y en los bastimentos, y he visitado á Caliar que es la cabeza de este reino, y parto luego con ayuda de nuestro Señor para seguir mi vaje á Tunez, y con su favor ejecutar y hacer lo que viere mas convenir contra el enemigo. Del cual por cautivos cristianos que ha algunos dias que se soltaron de Tunez, se entiende que sus galeras tiene repartidas en la Goleta de Tunez, y en otras partes de la comarca, y hace fortificacion y reparos para esperar en la tierra, y defenderse en ella. Confio en nuestro Señor que la empresa terná el fin que á su servicio, á la seguridad y reposo de nuestros reinos, y al bien de la cristiandad conviene, y yo os mandaré avisar de lo que sucediere.

»De Callar en galera á 12 de junio de 1535.=YO EL REY.=Covos, comendador mayor.»

En este mismo dia, que fue sábado en la tarde que salio de Collar volviendo donde habia dejado las naves, halló un bergantin que venia de la costa de Tunez, y dió aviso de lo que alla pasaba, y luego S. M. mandó dar priesa en la partida, y echó bando con pregon público, que entre todos los del ejército de todas las naciones hubiese treguas, suspendiendo sus enemistades y particulares pasiones, tomando debajo de su proteccion y amparo real á los unos y á los otros, poniendo

por término el tiempo que durase la guerra de Africa, y que ninguno, so pena de la vida, se pasase de un navio á otro, sino que todos fuesen en los que habian embarcado con sus capitanes. Que ninguno disparase arcabuz en salva, ni otro regocijo, sino que se guardase la pólvora para gastarla contra los enemigos.

Avisaron los sargentos mayores que enviasen los capitanes de infanteria al galeon del príncipe Doria, por pólvora y plomo. Mandaron á los maestres de las naos que se proveyesen de leña y agua, y de lo que mas hubiesen menester.

VIII.

Resúmen de gente y bajeles aprestados.

El marqués del Vasto, como general de la infantería, vino por mandado del emperador de Iscla á Génova y á Milan, recogiendo los soldados italianos y tudescos, con otras municiones y armas necesarias para esta jornada. Nombró por coroneles ó maestres de campo, con parecer de Andrea Doria, á Fadrique de Carreto, marqués del Final, á Gerónimo Tutavilla, conde de Sarno, y á Agustin Espínola, los cuales levantaron cinco mil hombres con veinticuatro capitanes escogidos. Trató con el duque de Milan y Antonio de Leyba lo que convenia hacerse para esta jornada de Tunez y para la seguridad de Lombardia, por la cual no dejaron salir de ella algun español de los que estaban en sus presidios, que muchos eran los que deseaban embarcarse y hallarse en ella.

Llevo, pues, el marqués cinco mil italianos

con ocho mil tudescos alemanes, sin otros muchos valientes y ejercitados caballeros, que trajo Maximiliano Ebestayn; por manera, que los capitanes y gente que el marqués del Vasto sacó de Italia, fueron, don Antonio de Aragon, hijo del duque de Monreal, nieto del rey don Fernando de Nápoles, un hermano del marqués de Polincino, don Luis de Tovar, capitan de gente de armas, el príncipe de Salerno, con diez y ocho gentileshombres napolitanos, con los criados y caballeros de su casa, el marqués de Cayn, Mr. de Bauri, marqués de Lerata, el marqués de Fina, el conde de Sarno, con otros caballeros italianos que en otra ocasion se nombrarán.

Los soldados españoles que se embarcaron en Castelamar, fueron dos mil y los capitanes Rodrigo de Ripalda, maestre de campo, el conde de la Novelara, Ruy Sanchez de Vargas, Cisneros, Francisco Ruiz, Domingo de Riaran. Con estas seis compañias vinieron cuatrocientos españoles de Lombardia, y entre ellos habia algunos que habian tenido cargos en otros ejércitos. Sintió Antonio de Leyba, general de Lombardia, que se le viniese esta gente, y los persiguió hasta Nápoles. No llevaban estos paga del emperador, ni se les podia hacer otro cargo, mas de que dejaron sus alojamientos sin órden del general. De estos cuatrocientos escogidos españoles hicieron capitan á Alcocer, un valiente español, que arboló bandera en Cerdeña.

De Sicilia vinieron doce compañias que se embarcaron en Mecina, Lerzano Hermosilla, Carles de Esparz, Hernando de Vargas, Alonso Carrillo, en Palermo, Alvaro de Gradoy, de Sotomayor,

Saavedra, Luis Pizaño, escogidos capitanes. Serian los de Sicilia dos mil seiscientos, y por todos cinco mil soldados, gente valerosa y de honra. De tres mil novecientos italianos que se embarcaron en Puerto Especie, eran coroneles, el marqués del Final de mil quinientos, Micer Agustin de Espindola de mil doscientos: en cada una de estas coronelias habia seis capitanes. En Nápoles se embarcaron otros setecientos soldados italianos y coroneles de ellos, y de tudescos fueron casi ocho mil. Venian por sargentos mayores de las compañias de españoles viejos, Lope Frexno y Cristóbal Arias.

Cuatro soldados quisieran amotinar los demas, hablando libremente lo que no les convenia. El marqués los prendió, y acompañado de Rodrigo de Ripalda, maestre de campo, los condenaron los dos á la horca y los otros dos á galeras, y que jugasen entre sí al dado, cuales habian de morir. Hízose asi, y los que ganaron fueron luego al remo, y los que perdieron á la horca: y porque el uno era hidalgo lo degollaron primero, y despues lo colgaron con su compañero.

Embarcó el marqués la gente de Italia en veinte y ocho naos gruesas, que para esto estaban aprestadas en Porto Venere, alli cerca, y fue á Nápoles y tomó los españoles que habian estado en Corron con los demas que se habian juntado. Hízose luego á la vela, camino de Callar, y de paso tomó la flota de Sicilia, que estaba á cuenta de don Berenguel de Requesenes.

Dió á los napolitanos tanta gana de hallarse esta guerra contra el cosario Barbaroja, que muchos se fueron con el marqués y otros á sus aven-

turas; y algunos señores armaron galeras á su costa, como lo hicieron el príncipe de Salerno y el de Visignano, y el famoso capitan Hernando de Alarcon, que con sus hazañas asentadas como esmalte sobre la nobleza de su sangre de la antigua casa de Escalante, mereció el renombre de Señor, con otros títulos ilustres.

El papa Paulo III envió las galeras como prometiera, con Virginio Ursino, conde de Anguilara; y aun fue hasta la Mariña á bendecir el perdon para el conde, rogando á Dios por la victoria. De manera, que tuvo el emperador por lista en Cal'ar veinticinco mil infantes, sin los cortesanos y sin los aventureros: ocho mil eran alemanes, cinco mil italianos y los demas españoles. Habia tambien dos mil caballos, aunque algunos cuentan mas y otros menos. Los ochocientos llevaban todas armas, los otros coraza y casquetes con lanza y adarga, como ginetes, ó petos y morriones con malla, que por eso se llaman ligeros. Eran los navios mas de doscientos y cincuenta, entre grandes y chicos, aunque dicen llegaban á trescientos. Habia sobre sesenta urcas y naos flamencas, cuarenta galeones, cien naves, veinte y cinco carabelas portuguesas, y otras andaluzas: y aun el obispo Sarabia que largamente escribió esta historia dice, que todas las velas grandes y pequeñas pasaban de 420, en que habia 145 de remo, sin contar los navios de aventureros. Deben comprenderse en este gran número las tafurcas, escorchapines, azabras y otros bageles.

Habia tambien muchos bergantines, fragatas, fustas y algunas galeotas, doce galeras del Papa, cuatro de Malta con Aurelio Botigela, prior de Pi-

sa, quince españoles con don Alvaro de Bazan, diez y nueve de Andrea Doria, diez de Sicilia, cuyo capitan era don Berenguel de Requesenes, nueve de Génova, seis de Nápoles con don García de Toledo, cinco de Antonio Doria y dos del señor de Monaco; así que todas serian las que el obispo dice, muy bien armadas y ricamente guarnecidas, porque cada capitan queria que sus galeras fuesen las mejores de remo y armas. Era ciertamente grande y hermosa flota, en la cual mostró el emperador su gran poder.

Llegó allí el marqués del Vasto con toda la armada y aparejos hechos en Italia, para aquesta empresa, y con gran copia de bastimentos.

IX.

Marcha de la flota.

Andando, pues, el emperador visitando su armada, llegó á él una pequeña barca con algunos cristianos que habian huido de Tunez, los cuales le dijeron que Barbaroja con estremada diligencia fortificaba la Goleta, en la cual andaban infinitos cautivos, y otros muchos reparándola y fortificándola, y asimismo á la ciudad de Tunez en todo cuanto podia. Oido esto el emperador, y visto que el tiempo era bueno, no se quiso mas detener, antes partió de allí el dia siguiente.

El domingo á trece de junio se embarcaron todos, seria dos horas antes de la noche: el tiempo era bueno, y temianse que Barbaroja no huyese. Gran parte de esta noche estuvo el emperador en consejo, hallándose en él los principales capitanes

de toda la armada, y salieron de él con el órden que todos habian de guardar.

Sobrevino un viento bueno y próspero, tanto, que martes de mañana estaban a vista de Viserta que es en Africa, dejando la Numidia á mano derecha. Las carabelas de Portugal, con las galeras de don Alvaro Bazan, llevaban la vanguardia, y el emperador la retaguardia: aunque despues se adelantó de todos, y llegó tres horas antes á puerto Farina, que es un puerto de los principales de aquella costa, y muy importante para los tratos de Tunez, cerca del promontorio de Apolo, y junto á la ciudad de Utica, municipio, ó morada fuerte de los romanos que es camino de doscientas millas.

Dió priesa el emperador por llegar á la Goleta primero que Barbaroja entendiese que Andrea Doria estaba alli con él. Y si bien conocia ser necesario aquello, quisiera enviar delante un tercio de las galeras á coger las que huyesen de Barbaroja, porque era fama que en Tunez se temian mucho. Quisiera el emperador hacerlo tan callando, que haciendo el son por otra parte, estuviese la armada en la Goleta, antes que Barbaroja entendiese que estaba alli. No consintió por esto que Andrea Doria enviase el tercio que decia de las galeras, diciendo que no debia de ser verdad lo del miedo de Tunez, y ya que fuese, que se queria él hallar en ello. Díjose tambien que preguntaron al emperador quien habia de ser capitan general en esta guerra, porque como habia tantos señores, reinaba entre ellos presuncion, y que su magestad estando armado, y descubierta la cabeza les mostró un crucifijo levantado en alto diciendo: «Aquel cuyo alférez yo soy». Palabras por cierto en que el Cé-

sar mostró el amor, reverencia, y fé viva, que siempre tuvo á Cristo crucificado.

Con estas palabras, y con tener los ojos arrasados, hizo derramar muchas lágrimas de devocion á los que alli estaban, suplicando á Dios diese victoria al príncipe.

Llevaban como dije los portugueses la vanguardia de toda la armada; en la retaguardia se puso don Alvaro Bazan, y el César quiso ir en medio, y avisando al Papa, y á la emperatriz, y otros muchos, partió de Callar á la Goleta, hasta cuyo punto se calculan setenta leguas de distancia, poco mas ó menos. Con Gallego que los marineros llaman Noé, llegó á Biserta con toda la flota.

Entraron, pues, los portugueses que iban delante, en Puerto Farina. Este lugar fué llamado antiguamente Utica, y es la ciudad famosa en Africa por Caton, aquel noble romano que murió en ella. Ahora está toda deshecha. A 15 de junio era aqui llegada toda la armada. Tocó en la arena por un lado al entrar la galera Capitana, que hizo bambanear, y titubear á cuantos en ella iban, y aun á los demas puso en cuidado Pero Andrea Doria mandó de presto dar á la banda, chifiando como buen marino, y asi la sacó de peligro.

Alteróse tambien algo el emperador diciendo que su padre, de gloriosa memoria, el rey don Felipe pensó perderse con semejante caso en los bancos de Flandes. Traia esta armada ademas de los hombres necesarios para la mar y defensa de ella, veinte y tres mil infantes para saltar en tierra, si bien era la fama de mas gente. Eran soldados viejos, y que se habian visto en grandes afrentas, y aun de los bisoños que salieron de España, habia

muchos de la misma manera. Habia mil y quinientos caballos, los mil de los caballeros, y grandes españoles, italianos, alemanes, y flamencos armados todos de hombres de armas, ó á la ligera; los otros quinientos eran ginetes españoles. Ademas de estos vinieron de Vizcaya cuarenta y dos navios: y porque llegaron á tiempo, mandó el emperador que una parte de ellos fuese á socorrer á Melilla, pues lo molestaba el rey de Fez á instancia de Barbaroja.

Llegada, pues, la armada á Puerto Farina, lugar puesto entre la ciudad de Biserta, y las ruinas de Cartago, treinta millas igualmente distante del uno y del otro, sin detenerse mas, el mismo dia fue á surgir, y tomar tierra en el cabo de Cartago, aunque no es muy seguro, las banderas tendidas, con que abultaba doblado la flota. Tomáronse alli luego dos naos francesas, cuyos hombres confesaron al emperador que habian llevado el embajador que dije el rey de Francia, que se decia Forestio, ó Mr. de la Floresta, y otros dos de Barbaroja para el gran turco, con otros dos turcos suyos que habian estado con el rey Francisco, por lo cual se publicó mas por entero la trama del rey de Francia, con los turcos, y todos los del emperador entendieron habian avisado aquellos á Barbaroja de esta ida y armada.

X.

Campamento en las ruinas de Cartago, del campo imperial.

Sabiendo el emperador lo que importa en la guerra la presteza, mandó aquel mismo dia al marqués del Vasto, que con veinte y dos galeras fuese á descubrir á Cabo Verde, y reconocer la Goleta. Hay de Cartago á la Goleta cinco millas italianas de las que comunmente tres hacen una legua española, y cada milla mil pasos, y cada paso cinco pies, y cada pié dos palmos de hombre. Llegó el marqués tan adelante, que descubrió, y vió todos los reparos de la Goleta, y de una torre que llamaban del agua (por unos pozos de agua dulce que tiene cerca de sí) que estaba en el camino á la marina cuatro millas de Cartago, y una de la Goleta.

Fue asi mismo don Juan Manrique marqués de Aguilar, con la galera en que iba á reconocer y tentar la fuerza de los turcos, los cuales comenzaron á bombardear la galera, y mataron algunos forzados: dió la vuelta, y contó el sitio, y armada que tenian los enemigos. Echaron las galeras del César una nao á fondo que habia sido de cristianos, y la habian ganado turcos. Entraron á pesar de la Goleta, y sacaron dos navios redondos sin recibir daño. Cautiváronse unos moros pescadores que dijeron que Barbaroja estaba en Tunez, y que fortalecian sin cesar noche y dia la Goleta. Informado el emperador de lo que el marqués, y don Juan Manrique habian reconocido, habido su

consejo, otro dia de mañana miércoles á diez y seis de junio con muy buen órden mandó salir á tierra toda la infanteria con algunas piezas de artilleria de campaña, y con algunos caballos ligeros y su persona imperial con la mayor parte de la nobleza: serian hasta quince mil soldados los que de golpe se desembarcaron de todas tres naciones.

Hízose de ellos un escuadron en un lugar llamado antes de ahora Campo Santo (entiéndese que porque el rey Luis de Francia se alojó y murió allí, y sepultaron los que murieron, cuando vino sobre Tunez). Aqui se hizo fuerte el emperador con los suyos, sin que tuviesen contraste ni resistencia de consideracion por parte de los turcos ni de los moros, que si ellos fueran gente de ánimo y de guerra, pudieran hacer daño al desembarcar, por las ventajas que tienen los que defienden lugares marítimos, pasos de rios, alturas de montes, ó puertos estrechos. Asi como iban desembarcando, se iban apartando y alargando de la marina con buena ordenanza, escaramuzando con algunos moros de á pié, y de á caballo que se habian puesto entre los edificios derribados de la antigua Cartago, y hácia la torre del agua. El emperador iba á pié delante del escuadron con su coselete, y pica en la mano.

El primer capitan que saltó en tierra, fué Jaen y la primer compañia la de Cisneros. Venian estos moros para reconocer la armada. Pero temiéndose el emperador alguna engañosa celada, mandó recoger su gente á las banderas, y allí se detuvieron aquella noche en las villetas y aldeas que hay de las memorias y ruinas de Cartago, no lejos de la marina.

El dia siguiente desembarcaron los ocho mil españoles bisoños, que venian de España con los caballos y artilleria, y las otras cosas necesarias de la guerra. Hízose esto en tanto que las galeras de Andrea Doria combatieron, y ganaron la torre del agua, la cual como dije, está á la marina puesta en lugar bajo. Tiene dentro de sí ocho pozos con abundancia de agua, aunque solo fueron tres importantes para el ejército. Ganaron asimismo aquel dia los soldados algunos lugarejos abiertos y castillejos pequeños alrededor de Cartago, que los habia de doscientos á trescientos fuegos: pero los unos y los otros estaban robados y desamparados, salvo algun tanto de trigo y aceite que se halló entre estos.

A 17 de junio se acabaron de desembarcar todos.

Estaba una torre al cabo del monte hácia la parte del estaño sobre la mar, que decian haber sido fortaleza de Cartago; ahora se llamaba Roca de Masticanes, en la cual puso el emperador trescientos soldados españoles para la guarda de ella, por ser lugar fuerte naturalmente: y porque era superior á toda aquella playa. Aquella misma noche pidió el emperador armar sus tiendas, y ponerlas sobre un montecillo pequeño que se dice Cartase, entre Cartago, y la torre del agua sobre la mar, con toda la caballeria cerca de sí, y parte de la infanteria.

Antes de pasar de aqui, diré por notable una mudanza de las que suele hacer fortuna.

Vino á ser alojamiento del ejército imperial la gran Cartago, señora de Africa, y de la mayor parte de España, émula de Roma por 120 años,

donde tantos y tan famosos capitanes nacieron; la que entró en Libia con doscientas galeras, y mil naos, señora finalmente de trescientas ciudades, y ella en sí tan grande, que es fama que tenia en circuito trescientos estadios, toda con muralla, con fuertes torres y muros de anchura de cuatro brazos, y de altura ciento sobre el muro: regida su gran poblacion de cien senadores.

Dejando lo que todos celebran de esta famosa ciudad, antes que los Scipiones la destruyesen, lo que en ella se reparó, fue bastante para que san Agustin enseñase en ella retórica. Aqui fue obispo San Cipriano, y fue martir en ella, y con él Crescencia, Victoria, Rósula, siendo emperadores Valeriano, y Galieno. Fueron aqui trescientos mártires echados en un horno de cal ardiendo, de los cuales fueron los principales Januario, Nagor, Felix, Marin, Geasto, Emilio, y Jocundiano. Llamáronlos Masa blanca, por el lugar donde padecieron.

Tambien fueron aqui martirizados, Catubino Diacono, Januario, Florencio, Julia, y Justa. Celebráronse en este lugar siete concilios universales, uno de ellos general de toda Africa año 336 siendo Grato obispo cartagines: tres se celebraron siendo obispo Aurelio, donde hubo setenta obispos, y se cantó el símbolo Niceno, en el año 404 en el tiempo de Arcadio y de Honorio, se celebró otro por mandado de Inocencio I contra Pelagio, y se juntaron doscientos diez y ocho obispos siendo obispo de esta ciudad Aurelio, y Augustino de Hippo, ó Bona, y Donaciano Alipio, prelados famosos.

Fue obispo de Cartago San Victor que escribió muchos libros contra Arrianos. De aqui fue San-

ta Julia vírgen y mártir. San Eugenio obispo y mártir varon doctísimo en la sacra Escritura. Fueron de aqui Pánfilo. Eustaquio Macobrio, Máximo, Cecilio presbítero, y Poncio que escribió la vida de Cipriano, y su compañero en el desierto. Fue natural Tertuliano presbítero, hijo de un centurion proconsular, doctor de gran ingenio como parece por sus obras. Finalmente, hay memorias de mas de otros mártires que padecieron, y regaron con su sangre, y sembraron con sus sagrados huesos aquel suelo desierto, y paredes arruinadas y viejas, donde el campo imperial hoy se aloja, que es la vicisitud é inconstancia de las cosas de esta vida, que á ninguna, por grande que sea, perdona.

XI.

Palabras de Barbaroja, y sus aprestos para rechazar al César.

Jamás pensó Barbaroja, si bien fue de diversos avisado, que el emperador en persona hiciera esta jornada, donde aventuraba la reputacion toda, y ponia en peligro la salud y vida, porque era el tiempo recio, y en África insufrible el verano, sin regalos, y con escesivos calores.

Quedó atónito cuando le vió sobre sí con tanta pujanza.

Pasando el emperador cerca de Cartase, le trajo una fragata cautivo un griego, que por huir de la Goleta se echó á nado. Este dicen que dijo, que Acanaga, ó Acambey gran privado de Barbaroja, estando en el jardin del rey, vio venir la

armada, y luego fue á avisar á Barbaroja, y le dijo con admiracion y espanto, la grandeza, órden y aparato de ella, y que Barbaroja oyó con tanta entereza esta nueva, que no mostró flaqueza, ni alteracion en el rostro, antes dijo: «¿Qué te parece de esa armada, Acambey?» Respondió: «Que aparejemos las manos que seran bien menester.» Díjole Barbaroja: «Pues piensas que no seré hombre para desbaratarla por poderosa que venga?» Respondió Acambey: «Muley, creo que no: salvo sino nos defendemos mejor que ellos pelearen, y podamos mas, y ellos menos.» Barbaroja con risa, y mofa dijo: «Oh cornudo!... todavia eres cristiano? Yo te prometo que la armada que tan poderosa dices que viste venir, tú no la veras volver, y cuanto mayor me la haces, tanto mas rico despojo espero de ella.»

Tales bravatas hacia el cosario, discretamente, por poner ánimo en los suyos, y no acabando de creer que el emperador venia allí. Mas cuando ya por su mal lo supo, medio espantado, sacando fuerzas de flaqueza, hizo muestra de su gente, en la cual halló siete mil turcos, sin otros mil que tenia en la Goleta, y muchos de ellos con escopetas ochocientos genízaros particulares hombres de guerra, siete mil flecheros moros vestidos de camisas blancas y descalzos, otros siete mil con lanzas y azagayas gente poco mas lucida, ocho mil alarbes á caballo, aunque muchos sin sillas, costumbre antiquísima de los númidas africanos, como se escribe de su rey Masinisa, que siendo viejo de cien años, andaba en su caballo en pelo. Traian estos todas sus lanzas, ginetas, ó ballestas de las antiguas. Algunos dan mas gente á Barbaroja: pero

eso fue despues, y por ahora no se contaron los de la ciudad que tenian caballos.

Daba Barbaroja á los alarbes antes que el emperador viniese, por apartarlos del servicio de Hacen rey de Tunez, y traerlos al suyo, cien mil ducados, y el dia que llegó el emperador les añadió otros cien mil. Crecia cada hora la multitud de estos bárbaros con la codicia de robar; y dia hubo en que se contaron pasados de catorce mil, algunos con sacos de maya, lanzas de treinta y cinco palmos con dos hierros, que hieren huyendo, y aun mejor que cuando acometen, en sus caballos muy ligeros, si bien flacos y de mal parecer.

Envió Barbaroja catorce galeras á Bona, y doce á Argel cargadas de grande riqueza, cuando por las ahumadas supo como llegaba la armada, y poco despues que el emperador venia en ella por ciertos esclavos moros, que huyeron de una galera, por lo cual temió de veras.

Cerró en la Alcazaba, ó fortaleza de Tunez, todos los esclavos cristianos, echándoles prisiones; y aun dicen que los quiso quemar vivos, porque no se alzasen tomando las armas. Mandó que dentro de tres dias saliesen de la ciudad los que no tuviesen ánimo de esperar. Fuéronse algunos; otros echó él, porque no comiesen los bastimentos si hubiese de haber cerco largo. Juntó los capitanes de mar y tierra, y habiendo estado en consulta con mucho secreto con Jafer, aga de los genízaros, y con Tabac, y Salac, Hardin Cachidablo, y Sinan Judio, les hizo un razonamiento casi de esta manera.

»Los hombres que por su esfuerzo y valor han llegado al estado que vosotros, amigos mios, ni tie-

nen menester consejo para lo que á sus honras toca, ni los espantará la nueva del vano emperador de los cristianos, que viene á puerto y tierra que no sabe, donde ni tiene amigos ni tendrá que comer (si un poco nos defendemos como de vosotros espero) para tantos como dicen que trae. Antes os digo que cuantos ellos mas fueren, tanto mas presto perecerán de hambre, pues en los navios (yo lo sé que lo he probado muchas veces), traen poca comida y en la tierra no la podrán haber siendo nuestra caballeria señora del campo. Los alemanes, no sufrirán el calor, ni la falta del vino, ni los españoles la del agua, ni los unos ni los otros sabrán andar, cuanto mas pelear en estos polvorosos arenales, porque asi los arcabuceros como los coseletes pondrian las manos y aun estoy por decir los ojos donde los pies: por donde la victoria, mis buenos amigos, es nuestra. Cuanto mas que tengo ventura, loado sea Mahoma, con españoles, segun sabeis.»

Respondieron todos con juramento no faltarle. Fue luego á mirar la Goleta, acrecentó los turcos, reforzóla con mas soldados, encomendóla á Sinan judio capon valeroso, díjole estar en ella la flota, el reino, la honra y la vida: con esto se volvió á Tunez, porque no se le rebelasen.

XII.

Preparativos para la toma y resistencia de la Galera.

Salieron á dar vista al campo imperial de la parte de Tunez infinitos alarbes, que no se pudieron contar con sus atabales tan grandes, que se

oian bien en el campo. al tiempo que hacian algunas arremetidas para querer escaramuzar. Era tan grande su grita, que al principio ponian espanto, pero despues los estimaron en poco. porque vieron ser viles sus gritos y sus armas. Cuando ya andaban en la pelea, no sonaban los atambores, sino unos instrumentos de viento como chirimias ó dulzainas pequeñas, con apacible son.

A 18 de junio, hubo una escaramuza bien trabada en los olivares. Vinieron muchos moros de á caballo y acometieron con sus ordinarios alaridos y grita. Fue tan grande la polvareda, que unos á otros no se veian. Salió el emperador con los gentiles-hombres y criados de su casa y con las lanzas de los caballeros castellanos y luego los moros volvieron las espaldas. Al retirarse cayeron cinco cristianos y de los moros muchos.

A este punto vieron las galeras venir un batallon de turcos para meterse en la Goleta. Dispararon contra ellos la artilleria gruesa y conocióse haberles hecho daño, porque los vieron remolinar á un cabo y á otro y salir de entre ellos algunos caballos sin caballero. Murieron muy pocos cristianos en estas escaramuzas, porque el emperador no los dejaba salir á ellas, ni sus capitanes, á causa que los moros jamas se apartaban de entre los edificios caidos que por alli habia y por los olivares y huertas donde combatian con ventaja, y por esto no se hizo en estos dias escaramuza de importancia, si bien cada hora los alarbes venian con otros moros y cogian algunos marineros y soldados desmandados entre las huertas y olivares, que por coger fruta, ó hurtar algo, salian por alli.

Mandó el emperador pregonar, que ninguno fue-

se osado so pena de la vida de quemar casa, ni pajar, ni talar árboles; ni panes, porque muchos se habian ya desmandado sin respeto de S. M. á hacerlo y robaban las aldeas vecinas. Pregonaron así mismo que se matriculasen todos los que voluntariamente seguian la guerra, porque no turbasen el órden de la soldadesca y cada uno acudiese á su bandera.

Venia una nao de un judio, cargada de mercaderias (que despues se apreciaron en treinta mil ducados) á Tunez y tomóla la galera Aguila en que iba el secretario Nicolás Perrenin de Granvela.

Pasáronse algunos renegados al real con lo que pudieron, y estos dieron aviso de lo que hacia Barbaroja y de como estaban Tunez y la Goleta. El emperador los mandó llevar á la mar, perdonándolos, porque no le fuesen traidores, como lo habian sido á Dios y á sus amos. Y mandó al licenciado Mercado y al alguacil Salinas quemar uno de ellos, el cual era de Sevilla y fraile, y venia con turbante como turco, la barba rapada, los mostachos largos y una guedeja crecida en la coronilla.

En las escaramuzas que habia cada dia, que no se podian escusar, andaba el emperador muy solícito castigando á unos, animando á otros y poniendo á todos en concierto sin temor de flechas, ni pelotas y contra parecer y voluntad de todos por el manifiesto peligro, porque cierto eran muchos los tiros y habian muerto junto al marqués del Vasto (que hacia el oficio de general) á Fadrique Carreto entenado de Andrea Doria, que era coronel: las saetas tenian yerba y las flechas turquescas unas puntas de hierro que se quedaban dentro de la herida.

Tambien hubo parecer de muchos que sin tentar la Goleta fuesen sobre Tunez, donde estaba Barbaroja, diciendo que ganada la cabeza, eran ganados los miembros: mas el emperador con su prudencia acordó tomar primero la Goleta, asi por no dejar atrás aquella fuerza con tantos buenos capitanes y soldados, como por no apartarse del bastimento, mandó á fray Antonio de Guevara su coronista, obispo que entonces era de Guadix, que con diligencia curase los heridos y enfermos, lo cual él hizo muy de gana con mucha caridad.

La Goleta en arábigo se dice Alcalvel. que quiere decir goleta ó cuello, porque su asiento era en una pequeña angostura. Era esta fortaleza en este tiempo, una torre cuadrada de ladrillos, con muy gruesa pared y foso hondo, y en medio una gentil cisterna. Estaba en la garganta (que por eso la llamaban Goleta de Gola) que hace una ensenada ó canal, que de la mar va al estaño, que está cinco millas de Cartago y llega á Tunez. Tenia esta torre sesenta pasos en ancho y sesenta y cinco en largo: la puerta miraba á Tunez y al estanque, y la parte contraria á la puerta caia á la mar donde estaban las galeras y navios: los otros dos lados algo al mediodia y setentrion. Es su sitio arenoso, sin árboles ni aun yerba. Está apartada siete millas de Cartago hácia la parte del mar. El estaño ó laguna que de la laguna se hace, es tan estrecha, que no puede andar en ella una galera bogando. Tiene poco fondo y muchos bajios, tanto, que solo pueden andar por él barcas pequeñas y estas andan por el canal mirando los maderos hincados de trecho á trecho. A la mano derecha de este lago caminando hácia Tunez la ribera es llana y arenosa, y tan

ancha cuanto un tiro de piedra: despues toda la tierra, es de olivos, higueras naranjos y otros árboles: á la mano izquierda está el camino todo montuoso y áspero, si bien junto á la laguna hay un camino ancho y llano.

Tunez está asentada sobre esta laguna á la parte del Sur ó Mediodia, la sierra de hácia Poniente donde son las torres de sal y agua. Carece de agua y tiene abundancia de fruta: por hácia Levante se comunican la mar y la laguna por el canal que dije y asi tenia una puente para entrar y salir á tierra. Por el otro cuarto del Norte es mar de Sudeste, que la Goleta tenia sitio fuerte de su natural, aun que en este tiempo no estaba hecha para mas de aduana: pero despues de haber Barbaroja ocupado aquel reino, sabiendo el aparato de guerra que el emperador hacia para aquella empresa, viendo que Tunez por diversos motivos no se podia fortificar á causa de estar sujeto y ser inferior á algunos montes á la banda del Poniente, y que por lo menos queriéndola fortificar habia de asolar los arrabales, cosa que quizás los de Tunez no consintieran, ni era tiempo de enojarlos; y sobre todos los inconvenientes que habia, el mayor era la brevedad del tiempo que no lo sufria y que fortificándolo solamente la Goleta hacia estar sus enemigos lejos de Tunez, defendia la armada, mantenia su reputacion con los moros y alarbes y forzaba los cristianos, para que se embarcasen ante todas cosas en aquella empresa, con grandísimo daño, trabajo y peligro, por la falta del agua, por la calor del tiempo, por el ardor de la arena, sin sombra ni reparo alguno, el sitio muy estrecho entre la laguna y la marina y con solas las vituallas

que trajesen consigo; por lo cual habian de padecer en estremo, manteniéndose de bizcochos podridos, vinos calientes y dañados, cosas saladas, aguas pocas, hediondas ó saladas.

Por todas estas consideraciones dejando la fortificacion de Tunez puso todo su cuidado en la Goleta, con ánimo, si el tiempo se lo concedia, de ponerla de manera que se pudiese defender, poniendo en ella muy buena gente, y con el socorro que cada dia y hora muy á su salvo le podia dar por la parte de tierra, y por la laguna; pues bien consideraba que el emperador no dividiria su ejército, si bien fuese dos tantos de él, que era para tomar en medio la Goleta, y asi se quedaba siempre él un paso libre: porque los de una parte no podian socorrer ni ayudar á los de la otra. Y menos creia que el emperador dejaria la Goleta atras por conquistar, habiendo en ella tanta armada, y tanta gente, por ir á la conquista de Tunez, quedándole los enemigos á las espaldas que le podian impedir los bastimentos, y romper sus pensamientos; y que si el emperador lo hacia era cierta su victoria, y pérdida del emperador: asi que Barbaroja se determinó en fortificar la parte de la Goleta que mira hácia Cartago. Ademas de esto esperaba que la hambre, la sed, el calor, las enfermedades y alguna discordia entre las naciones los desbarataria, de manera que él alcanzase una victoria del mayor príncipe y gente mas valiente de la cristiandad.

Con estos tales pensamientos fortificó la Goleta tirando una tela de muro muy fuerte desde la torre al largo de la marina, hasta la torre de la agua, y volviendo despues hácia el estaño, sobre

el ángulo que esta muralla hacia. Levantó un bestion, ó caballero con sus traveses, tan alto, que á las necesidades hizo poco daño en los cristianos, y no teniendo tiempo para acabar esta tela de muralla hasta el estaño, la acabó con maderos, sacos de lana, serones llenos de tierra, y otras cosas trabadas y encadenadas; de manera que era harto mas fuerte y de mayor resistencia contra la artilleria, que el muro nuevo de piedra y ladrillo. Hizo en ella sus troneras en los lugares necesarios, cubiertas con tablas de donde pudiese jugar la artilleria: hizo á la redonda y al pie de esta muralla un foso tan hondo desde la marina, que siempre se cebaba con agua de la mar y de la laguna. De la parte de Levante hizo la misma fortificacion de maderos, tierra y fajina que era mas flaca, porque de esta parte casi no habia que temer. Hizo una puente muy ancha sobre el canal dentro en la Goleta para el uso de los que la defendian, y para pasar la artilleria de una parte á otra hácia la parte de la mar.

Habia en la Goleta cuatro torreones hechos en la muralla á manera de cubos. De uno que estaba en una esquina, que de la parte de Mediodia se juntaba con el muro que iba del Oriente, salia un rebellin de argamasa con almenas y andamio y muelle, doce pasos en ancho, y en largo ciento y cincuenta, que llegaba hasta unas peñas donde era el desembarcadero. En el torreon que miraba al campo del César, y se juntaba con la muralla á la parte de Levante, salia la muralla nueva, ó rebellin con sus troneras contra la mar, cuatro pasos de alto, y ciento sesenta, y veinte y dos de largo, en el cual habia portañuelas, y en

cada una una lombarda, ó cañon ó culebrina: en cada caballero estaban puestos tres cañones reforzados.

XIII.

Continúa la misma materia.

Hicieron mas un bestion de fagina y tierra, de diez pasos de ancho y quinientos pies de largo. En este pusieron treinta piezas gruesas asestadas contra el campo de España hácia la torre del agua. De alli comenzaba el otro bestion hecho de remos: de manera que sus reparos desde la mar hasta casi el estaño, llegaban á la parte del Mediodia. Hízose una canal á manos, de anchura de quince ó diez y seis pasos con la puente de madera fácil de quitar y ligera de poner. Hay en toda la canal de una parte y otra gruesas paredes: tenia hasta trescientos pasos y mas en largo. Aqui estaban las galeras de Barbaroja, ó la mayor parte, levantada la puente y acurullados los remos con la creciente del mar.

Crece y mengua aquel agua un codo, la cual creciente hace aquel gran largo que llega hasta Tunez: tiene en largo este estaño doce millas, y de ancho nueve. Puédele todo vadear un hombre de buena estatura, y llegarle lo mas hondo á los pechos. En este se recogen todas las inmundicias de Tunez, y el agua que sale de la ciudad cuando llueve mucho. Meten en este canal á fuerza de brazos las galeras, y no solo estan seguras; mas por aquella parte hacen mas fuerte la Goleta. Comienza el canal desde la Vaya y dura hasta tocar en el estaño.

Habiase de batir por la parte del Norte, y no quedaba bastante anchura del lago á la Vaya. Habia entre la mar y la Goleta, tanto espacio de tierra, que pudo hacer en él un reparo, el cual descubria y batia toda aquella marina, y defendia las doce galeras que tenia armadas fuera del canal, con fin que si algun desastre sucediese en la armada del emperador, se hallasen á punto para seguir la victoria. Alli las tuvo hasta que la armada y ejército del emperador se acertaron á la Goleta; pues entonces metió las seis de ellas dentro del canal quitando los remos, y las otras seis tuvo siempre fuera, vuelta la proa á la mar, y á la armada, para que batiesen á las galeras, y naves de la flota imperial. Hizo tirar en tierra la mayor parte de los otros navios dentro de los reparos de la parte que mira á Levante, y entre uno y otro puso artilleria para hacer estar lejos de sí la armada cristiana.

Ademas de esto las galeras que estaban en el estaño jugaban la artilleria, al largo de sus reparos por través, y las aseguraban de los cristianos. Tenia un gran número de barquetas pequeñas que contínuamente traian bastimentos, y las provisiones necesarias de Tunez á la Goleta, en la cual puso la guarnicion de turcos y renegados que dije, siendo en su mano poderlos crecer y disminuir, socorrer y visitar cada hora por el estaño, y asi puso para en ocasiones aprestadas seis mil turcos, y dos mil moros, entre los cuales habia ochocientos genízaros muy prácticos y valientes, con capitanes y cosarios famosos. Puso ademas tanta artilleria, municiones y aparatos de guerra, que no habia mas que desear.

XIV.

Movimiento de los imperiales sobre la Galera.

Queriendo, pues, el emperador dar principio á su empresa despues de muchos acuerdos, resuelto á conquistar primero la Goleta por no dejar atras tan grande estorbo, si bien le parecia dificultoso por la calidad de la tierra, donde se habia de alojar el campo entre el estaño y la marina, lugar muy estrecho y arenoso, y porque sin la artilleria á batalla de manos no se podia ganar sin derramar mucha sangre, quiso antes detenerse algunos dias sobre ella, que aventurar su gente y la pérdida de algunos que fuese de mas importancia que la Goleta. Y asi ordenó que con reparos y con trincheras se fuesen acercando á la Goleta. Finalmente se concluyó que primero que á Tunez se combatiese la Goleta.

Adelantóse el galeon de Portugal, y llevado de dos galeras, al remo, comenzó á bombardear la Goleta. traia ochenta bocas de fuego entre grandes y medianas, y sesenta tiros pequeños. Con esta determinacion partió del primer alojamiento con un escuadron, los italianos en la vanguardia, los tudescos en la batalla y los españoles bisoños en la retaguardia. Llegaron con este órden matando los arcabuceros algunos moros y alarbes, hasta ponerse debajo de la torre del agua á la marina, con la caballeria cerca de sí: y en la frente contra los enemigos, los españoles viejos que vinieron de Italia, y los alemanes á las espaldas hacia el estaño: alli estuvo hasta que se ganó la Goleta,

Los españoles que fueron de España, puso con doce piezas de artilleria de campaña sobre el collado de donde él partió, y en los primeros alojamientos dejó las coronelias de infanteria italiana; otra coronelia tambien de italianos, que era del marqués del Final hizo pasar adelante entre el estaño, y los españoles viejos á mano derecha, y ponerse sobre un foso largo, casi media milla, que partia de la marina, y se acababa en este estaño, el cual habia comenzado á hacer Barbaroja para hacer entrar la mar en el estaño, y darle mas agua y para que por alli fuesen las barquetas, y viniesen de Tunez á la Goleta, sin que entrasen en ella ni pudiesen ver de que manera estaba reparada. Pero no teniendo tiempo de acabarla la dejó.

El viernes á 19 de junio antes que amaneciese llegó un galeoncete cargado de especeria, y otras mercaderias: traia tambien escopetas, pólvora, balas y municion, para la guerra, y venian tan ciegos, que si bien vieron la armada, se entraron en ella sin temor, ni recelo, creyendo que eran navios de Barbaroja, que fue una gran falta de juicio y ceguera de los que en el navio venian, no mirar que armada tan poderosa no podia ser de un cosario, ni aun de toda Africa. Reconocido por las guardas el navio, que eran trece galeras, que puestas en una punta habian hecho centinela aquella noche, salieron con la furia de los remos contra el navio: los que en él venian conociendo su yerro quedaron pasmados, y por salvarse quisieron envestir en tierra: tiráronle al pasar algunas naos, y cercáronle otras, de los cuales fue preso.

Echáronse al agua algunos por salvarse: salió á ellos el capitan Juan Perez, vizcaino, con su com-

pañia que estaba en guarda de una torre, y prendió la mayor parte de ellos. A los turcos echaron al remo: y á los moros, que eran mercaderes de Tunez, rescató el emperador, y los envió con seguro á la ciudad.

Hizo esto el emperador rescatando los moros que los soldados prendian, y dándoles libertad para obligar á los de Tunez y que entendiesen el favor y merced que se les haria de su parte, y que aquella armada no era contra ellos, sino para darles libertad, y librarlos de la prision de un tirano.

XV.

Encuentros entre alarbes é imperiales:—Varios hechos de armas de algunos esforzados españoles.

Procuraban mostrarse los caballeros y valientes soldados amigos de honra, y los moros y alarbes viendo el trabajo que los cristianos padecian en los fosos, fuertes y reparos, que no se les caia el azadon de las manos, los inquietaban con rebatos y armas que les daban noche y dia, á todas, y no pensadas horas, por no dejarlos comer ni dormir con sosiego.

Estando haciendo guardia las compañias de á caballo del marqués de Pliego, y del conde de Ureña, y duque de Medina-Sidonia, vinieron tres caballeros á caballo con propósito de pasar á dar vista á la Goleta, y hollar aquella llanura. Tenia el emperador mandado que los que hiciesen la guardia, no dejasen pasar á alguno, y asi les dijeron que no habia lugar. Estando hablando sobre la resistencia que á los tres caballeros se hacia; el uno,

que se llamaba don Pedro de Acuña se apartó un tiro de piedra, y por un valladar pasó el reparo, y al galope del caballo atrevidamente se metió hácia la parte de los enemigos. Hizo mas: por asegurar los capitanes cristianos, que no le estorbasen la entrada, soltó la lanza al pasar del valladar. Entró dentro hasta tal punto, que le perdieron de vista. De allí á rato viéronle volver escaramuzando con tres alarbes, ó moros de á caballo.

Determinaron entonces Alonso de la Cueva, Alvar Gomez Zagal, y Hernando de Padilla Avila, entrar á socorrerle. Húbose tan bien don Pedro de Acuña, que con ser solo, y sin lanza, diestra y animosàmente, cuando era menester les hacia rostro. y cuando no, con gentil denuedo se retiraba, recogiéndose, y ganándoles tierra hasta que tornó por donde habia entrado. Dijóse que llegó este caballero muy cerca de la Goleta, y que el dia antes habia prometido hacerlo, lo cual cumplió, como quien era: en el campo fue tenida en mucho su osadia, porque como animoso se puso en tan gran peligro, y como diestro supo salir bien de él.

Este dia se trabó una apretada escaramuza entre los soldados que se embarcaron en Málaga, y los alarbes, y moros que eran tantos que los españoles bisoños se vieron apretados, y sabiéndolo el emperador salió en persona á socorrerlos con todos los ginetes. Luego acudió el capitan Hermosilla con doscientos arcabuceros, que dieron tal carga en los bárbaros que se retiraron al correr de sus caballos. Quedaron muertos en el campo cuatro cristianos, y nueve moros.

Este mismo dia en el campo del emperador se repartieron las banderas viejas en tres tercios lla-

mados Santiago, San Martin y San Jorge, porque cada uno supiese donde habia de acudir.

Las escaramuzas continuas les daban en que entender de dia, y el tocarles al arma los fatigaba por no darles hora de sosiego: el sábado 19 de junio dieron los enemigos una arma al salir del sol la mayor y mas larga que hasta alli se habia tocado. El emperador se puso á caballo, y mandó salir á los soldados viejos españoles de los que vinieron de Italia. La carga de los coseletes y armas con el recio sol de aquella tierra y arenales los fatigaban: pero el emperador les ponia tal ánimo, que con pies muy puestos, y ánimo, marchaban contra el enemigo. Salieron algunos señores y ginetes de la Andalucia. Eran tantos los alarbes de á pie y á baballo que cubrian los campos, tantos, que jamas se habian visto asi juntos. Comenzaron poco á poco á escaramuzar, y cuanto mas se iba encendiendo el furor y pelea, tanto mas acudian de ellos. Traian consigo gran número de camellos y dromedarios, de los cuales los caballos españoles se espantaban: los alarbes no, porque se crian entre ellos. Venian las mujeres de los alarbes que peleaban, con agua y otros refrescos para dar á sus maridos, cuando anduviesen cansados en la pelea, y con tanta osadia atravesaban estas mujeres entre los suyos y los cristianos, como si no hubiera peligro. De estas mujeres se tomaron tres, una de ellas con escopeta al hombro, frasco ceñido, y mecha encendida. Cautívose un turco criado del sultan Zulman. Cautiváronse moros y alarbes, de los cuales se tomó lengua, y supo lo que entre los enemigos habia, que importó para ordenar lo que convenia. Fueron pocos los

heridos, y menos los muertos de los cristianos. Los arcabuceros hicieron daño en los bárbaros, que como eran muchos tiraban á monton sin perder tiros.

Un tal Juan Acero de la compañia de Cristobal de Velmar, salió del escuadron, y cargó su arcabuz, y cebado el fogon lo tapó, y encima de la caja echó un poco de pólvora, y encaró á un turco: el turco se reparó en su caballo. Juan Acero pegó fuego, y ardió la pólvora, y no disparó. Creyó el turco que era defecto del arcabuz, ó de la pólvora, y arremetió contra el soldado con la lanza terciada, el cual ya habia destapado el fogon de su arcabuz, y arrimándole la mecha disparó, atravesando la bala por los pechos del turco; dió con él muerto del caballo abajo á vista de todo el campo. A este español preguntaron despues otros, qué mercedes le habia hecho el emperador por este hecho, y él dijo que bastaba para él haber peleado delante de su príncipe: pura lealtad de españoles.

El capitan de los turcos en esta escaramuza fue Hazan Haga, sardo renegado, que siendo muchacho, guardando puercos, le cautivaron en un lugar de Cerdeña, y castrado sirvió de bardaje á Barbaroja. Prendieron un pajecillo del capitan Juan de Ibarra, y puesto ante este renegado le preguntó que gente tenia el emperador, y que armada, y en todo dijo el muchacho doblado de lo que habia; cosa que les causó espanto.

Salió este dia en lugar del marqués de Mondéjar, su hermano don Bernardino de Mendoza, que era general de la caballeria de la Andalucia. Recojiólos á todos, é hizo alto en un cerrillo, y luego

se mostró á los enemigos: mas el emperador le envió á mandar que no se desmandase él ni otro de los suyos.

La infanteria peleaba con los moros y alarbes; y viendo Ruy Perez de Vargas, caballero de Trujillo, que los ginetes estaban cerca, y los enemigos tan juntos, que andaban trabados con los soldados, y que no hacian mas que mirar y no pelear, cuando mas era menester, desarmado de brazos y piernas, con solo un coselete sobre un cuartago, con una pica, arremetió á un turco y lo derribó hiriéndole en los pechos. Cargaron sobre él los moros, pero revolvióse tambien que salió de entre ellos, aunque herido en una pierna. Encendióse tanto la pelea, que rompieron caballos contra caballos, y se revolvieron peor con los gritos y voces que los moros (segun su costumbre) ponian en los cielos. El polvo y arena que se levantaba era de manera que andaban como ciegos, y no se conocian unos á otros. El capitan Bocanegra, yendo en un cuartago pequeño, animando los suyos, y acogiendo los desmandados, se topó con un alarbe tan cerca de sí, y tan apartado de los otros, que le acometió y mató de una lanzada.

Muchas cosas hubo notables en esta peligrosa escaramuza, que el emperador estuvo mirando algo apartado, con cuidado de acudir donde fuese menester.

Estando ya cansados los unos y los otros, y casi apartados sin pelear, volvieron á trabarse con mayor porfia que antes. Los turcos dieron una carga sobre los soldados españoles, con tal furor, que los hicieron retirar un poco; pero revol-

vieron sobre ellos con tanto esfuerzo, que los hicieron huir desordenados.

Quiso un turco entrar en la Goleta yendo en un caballo rucio grande y hermoso, en su mano una hazcona y una lanza de cincuenta palmos (que de este largo las hay, y de ordinario de cuarenta y cinco). Este turco era el alcaide Mustafá, cordovés, capitan de los renegados, el cual con veinte y nueve capitanes que habian sido cristianos, hacian la guerra y ardides que usaban en ella. Pasó Mustafá cerca de donde los ginetes estaban, y Hernando de Padilla de Avila, capitan del duque de Medina-Sidonia, pídió al general licencia para irle á estorbar el paso, y salióle con ella al encuentro, y mandó á los de su compañia que le dejasen ir solo. Salió asi blandeando su lanza contra Mustafá desafiándole.

Juntóse con Mustafá otro turco en un caballo alazan con ricos vestidos y jaeces: pero no por eso dejó Hernando de Padilla de ir contra ellos. El turco que se juntó con Mustafá hizo señal para que otros que estaban en celada saliesen. Viendo los caballeros cristianos acometido de tantos á Padilla, salieron á socorrerlo El primero que llegó fue don Alonso de la Cueva, valeroso caballero: Juan Moreno de Jérez acudió tambien á socorrer á su capitan: asi fueron acudiendo tantos, que los turcos, sin pelear, se retiraron en salvo.

XVI.

Prosigue la misma materia.

Era grande el trabajo que en el campo se padecia, con los continuos rebatos y malos reparos, que como habia falta de gastadores, los soldados, y aun los caballeros, habian de tomar la azada, y la pala y espuerta, y de dia no podian por la artilleria que siempre jugaban de la Goleta. De noche era lo mas que se podia trabajar. Andaban en el campo muchos espias renegados, que no podian ser conocidos, que daban aviso de todo lo que en él habia. Tambien se pasaban otros de los enemigos, que avisaban de ellos, que no hay seguridad en los hombres.

Vinieron dos cautivos cristianos, quienes dijeron al emperador como Cachidiablo, capitan cosario de Barbaroja, quedaba en la Goleta con otros capitanes turcos y genízaros, y alguna gente de á caballo, y que en Almarza y Cartago se hacian fuertes para salir de allí á correr el campo. Proveyó el marqués del Vasto que la compañia de don Juan de Mendoza, la de don Diego de Castilla, y la de Juan Perez Zambrana, fuesen á reconocer, y echarlos si allí estuviesen. Hiciéronlo asi con tanto trabajo y peligro, que en todo el camino no cesaron de escaramuzar con los alarbes caballos, cuya ligereza es muy mayor que la de los caballos españoles, y para sufrir mas trabajo.

Quisieron señalarse Morales, y el alferez Rueda, de la compañia de Francisco de la Chica, soldados animosos y amigos de honra. Morales con

sola su pica salió de entre los escuadrones y metióse en los olivares, donde andaban los enemigos espesos. Siguióle Rueda con morrion, gola, brazales, y gineton en la mano, que ambos eran especiales amigos: y si bien fueron reprendidos, y se les mandó que volviesen á la órden, no lo hicieron. Acometió Morales á un moro de á caballo que para él se venia, saliendo de entre unas paredes otros ocho de á caballo; y viendo Rueda los muchos que cercaban á su amigo Morales, arremetió á socorrerlo, y cerrando con un alarbe de á caballo, le hirió con el gineton tan mal, que dió con él en tierra.

Andando los dos españoles solos contra tantos de á caballo, cargaron otros muchos de á pie y de á caballo con los alaridos en el cielo, con tanta polvareda, que no se pudo ver lo que mas hicieron, ni como murieron, aunque se supo cierto que allí los mataron, peleando como valientes, y en parte temerarios. No los socorrieron las tres compañías por no salir de su órden, y porque no fuera acertado meterse entre paredes y olivares, y los muchos valladares que por allí habia.

Fueron mas de diez mil de á caballo los enemigos que este dia se mostraron, haciendo los ademanes y algazaras que suelen, y arremetiendo cuando veian la suya, que jamas pelean sino al seguro. Cortaron las cabezas á los dos soldados Morales y Rueda, y las llevaron por trofeo, que asi lo hacian de todos los que mataban; y con la sangre untaban las moras al cabo de la toca, y se alcoholaban los ojos, teniéndolo por acto religioso y santo que les limpiaba de sus pecados.

Duróles poco esta devocion, porque como la

guerra se alargó con tanto peligro y tan á su costa, tuvieron tanto que hacer en guardar sus cabezas, que ya no curaban de las agenas. El sitio de la Goleta estaba en estos dias muy adelante de gente italiana y soldados viejos españoles, cada nacion en su cuartel, y con porfia de querer cada uno el puesto mas peligroso: y sobre ello hubo palabras entre italianos y españoles, y desmandándose en hablar un italiano, el capitan Luis Quijada le dijo:

«El lugar ni pone esfuerzo ni quita virtud: la parte de los bestiones que el general nos señaló esa tomamos, y trabajaremos de defenderla, porque por nosotros no ha de perder España el nombre que por sus victorias tiene. No venimos á trabar pendencias con los amigos, sino á ayudarlos hasta morir contra los enemigos: si los temeis y codiciais este lugar, tomadle y dadnos el vuestro, que en todas partes entiendo que habrá ocasion de mostrar cada uno que manos tiene.»

Con esta prudente respuesta quedaron los italianos contentos.

XVII.

Socorro de albaneses al campo imperial:—Reseña general de las fuerzas del emperador:—Peligro en que este se halló.

El 21 de junio llegó al campo una compañia de albaneses, que llamaban capeletes por unos sombreros altos que traian. Era su capitan Lázaro Seriaco. No pasaban estas lanzas de cuarenta; mas tales, que pocas mostraron tanto valor, que hicieron por muchos, y hubo que ver y que loar en

ellos. Es gente acostumbrada á pelear denodadamente. Son albaneses de su naturaleza, y la lengua que hablan es griega: traen lanza y ristre de armas con maza de hierro: arman el cuerpo con coselete de enristre y brazales: la cabeza descubierta. Algunos traen cotas de malla.

Era cosa notable ver un ejército de tantas y tan diferentes gentes, y tan conformes, que no hubo desman, ni pendencia de consideracion entre ellos. Hallabanse en campo imperial veinte y seis mil soldados de paga, segun la lista de los capitanes: dos mil hombres de armas, y caballos ligeros españoles, italianos, y muchos hidalgos caballeros portugueses que compraron caballos, y sirvieron á su costa en esta guerra. No se supo el número de los aventureros de a pié. Los que mas sabian de guerra decian, que sin los que llevaban paga se podian sacar diez y seis mil hombres bastantes para tomar armas. De los mercaderes y tratantes era grande el número. Habia ademas de estos muchos hombres de mar, que á necesidad se podian armar, mas de diez mil buenos para tierra, y diestros en el agua. Por manera, que eran mas de cincuenta y cuatro mil hombres los que el emperador tuvo sobre Tunez, contando los que usaron las armas, y los que podian á necesidad pelear, y todos tan conformes como digo. Solos los tudescos por ser de suyo gente brava, y poco sujeta, y mas cuando no hay falta de vino, se atrevieron mal algunas veces. Dieron saco á unas vacas y carneros, que para el emperador se guardaban en unas bóvedas y ruinas de la antigua Cartago: hirieron las guardas y maltrataron algunos criados del César, con tanta demasia, que casi alborotaron el

campo. Fueron presos los principales, y condenados á perder las cabezas. Ejecutóse la sentencia en solo dos, los mas culpados.

Con esta misma gente se vió un dia el emperador en peligro, porque mandándolos recoger á su escuadron no queriendo obedecer uno, tocole el emperador con el cuento de la lanza. El tudesco furioso hincó la rodilla, y encaró contra él su arcabuz El emperador reparó su caballo: cerró con él el marqués del Vasto, y prendiólo; y luego le justiciaron: se entendió que el tudesco estaba tomado del vino, ó que no conoció al emperador.

En este mismo dia 21 de junio, tuvieron las galeras aviso que venian navios de remo. Descubriéronlas de lejos las atalayas de mar: sabiase asi mismo que los esperaba Barbaroja, que habian de venir de Alejandria. Las quince galeras que eran de guardia se pusieron en una punta encubiertas. Estando alli llegó una galeota en que venia el conde de Brelo de Sicilia, baron de la Figuera. y con el muchos gentiles hombres en nueve fustas y bergantines de quince bancos bien artillados. Eran estos navios de personas particulares, y entró con ellos la Carraca grande de la religion de San Juan con mucha artilleria, y con quinientos hombres de guerra, sin los marineros y oficiales. Vinieron mas otras naos vizcainas.

Este dia se pasaron al campo dos renegados de la Goleta, á los cuales se preguntó, porque jugaban los turcos la artilleria cada mañana, y en entrando el dia cesaban de tirar. El uno dijo. que acabada la oracion, que conforme su Alcoran era a aquella hora, pareciéndoles que hacian gran servicio á Dios. procuraban la muerte de sus ene-

migos: el otro dijo que tiraban con la fria de la mañana, y no despues, porque con el calor del sol, y del fuego, no se calentasen los cañones y reventasen.

En la tarde de este dia asomó por el campo un escuadron de alarbes y moros de á caballo: pensaron que era el rey de Tunez, ó sus embajadores. El marqués de Astorga dijo, que para embajadores eran muchos, y para pelear pocos. Dos horas antes que el sol se pusiese los moros pusieron sus celadas, y echaron corredores para escaramuzar, y mandaron que las compañias de ginetes que estaban de guardia saliesen á descubrir el campo. Cargaron sobre ellos los moros, y salieron dos escuadrones de soldados á socorrerlos, en tiempo que no recibieron daño, y los enemigos se retiraron.

Andaba don Juan de la Cueva, por mandado del emperador á recoger los que se desmandaban, sobre el cual cargaron gran parte de los moros, y alarbes, que estaban emboscados en los olivares. Acercóseles uno atrevidamente, y don Juan le alcanzó con un golpe de la lanza, que dió con él en tierra, y le acabó de matar un soldado de los que fuera del escuadron andaban. Quedó herido don Juan pero sin peligro. Uno de los que salieron á caballo de entre los olivares era renegado, natural de Guadalajara. Este en lengua castellana decia mil desmesuras contra los soldados, que iban en ordenanza, haciendo escarnio de ellos. No lo pudo sufrir un soldado de la compañia de Cisneros, natural asi mismo de Guadalajara, y de un mismo barrio, en que se habian conocido, y alzada la pica se fue contra el renegado, y el renegado á

él, llegando le hirió en el rostro con que el soldado cristiano tomó mas coraje, y dióle un golpe de pica en el encuentro de la espalda, que lo derribó y mató: es fácil con cualquier golpe echar á estos del caballo, porque cabalgan corto, y usan sillas muy pequeñas.

XVIII.

Hazañas de Pedro Juarez.

Eran continuas las escaramuzas: unos salian de la Goleta, otros de las ruinas de Cartago, dando la tierra por su disposicion ocasion para ellas, por haber muchos olivares, montes y valles, aunque no ásperos, ni grandes. Acometian por alli porque venian mas encubiertos, y seguros á la punta del olivar, que tocaba al estaño, y era mas cerca de la Goleta. Tenian reparos para guarecerse de la artilleria, y lugar para recogerse, y acometer. Habia en todas partes guardia de noche, y de dia. Acabaron este dia de sacar de las naos toda la artilleria con que se habia de batir la Goleta.

Habia en el campo bastante provision de vino, pero de todo lo demas falta, y asi se encarecieron grandemente los bastimentos. Llegó á valer una gallina dos ducados, y de ordinario uno; una vaca pequeña diez, un carnero flaco y malo cuatro. pan fresco ninguno habia; se valian del bizcocho de los navios, y daban tocino y cecina. Hubo dia que dos huevos se vendieron por un real. De aqui resultaron diversas enfermedades entre los soldados y gente pobre por las malas comidas, y peores aguas que bebian, y del continuo trabajo

que sufrian. Cocian las ollas los caballeros, y señores de caudal en unos hornillos de cobre, que hicieron en Barcelona, y con el mismo fuego les cocian el pan. El emperador acudia á visitar los enfermos y heridos, y mandaba se tuviese gran cuenta con ello.

Como las escaramuzas eran unas veces con italianos, otras con españoles, y de los españoles unos eran castellanos, y otros andaluces, y segun les iba asi se juzgaba de ellos, comenzó la emulacion ó competencia, sobre si los castellanos ó andaluces eran mas animosos, y mejores soldados. Don Pedro de Guzman, (en esta historia nombrado) por ser tan discreto, como valiente, dijo, que el nacer en Castilla ó en el Andalucia, no hacia al hombre valiente, sino la vergüenza y estimacion de la honra y fama perpétua, que valen y pueden mas que la vida: y son tres cosas, que han hecho los hombres mas valientes del mundo.

En 22 de junio se trabó una reñida escaramuza. Serian entre moros y alarbes de á pié, y á caballo, cinco mil, y otros muchos emboscados en los valladares y olivares, como siempre lo hicieron. Era capitan de los que se habian descubierto Bali, y otro renegado de Málaga llamado Mami; se mostró en todas estas escaramuzas muy atrevido, y defendia un paso de la otra banda de Rada con ocho piezas de artilleria y gente bien armada, para estorbar el paso, y quitar el agua á los cristianos, de un rio que se dice Algecira, que corre entre Jaloque y Mediodia, que importaba al ejército, porque cavando se hallaba brevemente; era mala, y corrompíase luego, y mataba poco la sed, y aun relajaba los vientres: de manera,

que los que las bebian padecieron flujos de ellos Los que mas bravos se mostraban eran los turcos peleando como valientes, y sin perdonar la vida á alguno que tomaban.

Sucedió en este dia, que habiendo el capitan Pedro Juarez blasonado en la tienda del comendador mayor de Leon y hablado mas de lo justo de sus valentias y que haria otro dia (que fue este) despues de esta platica, encontró con don Alonso de la Cueva, que fue uno de los que se hallaron presentes, cuando Pedro Juarez hizo aquellas bravatas y díjole: «Capitan, ahora es tiempo que hagais lo que ayer deciades» Estaban moros á caballo á tiro de ballesta y respondió Juarez: «Quiero que veais que si hablé ayer, obro hoy, y que digais á su tiempo, que si dije, hice.» Luego dió de espuelas al caballo y al galope fue contra los enemigos. Don Alonso de la Cueva viéndole ir tan determinado, le dijo á voces que se tornase, que él estaba muy satisfecho de su buen ánimo y valentia. No curó Juarez de volver, sino como digo, fue á envestir los enemigos. Viendo don Alonso ir á Pedro Juarez con determinacion tan peligrosa y aun desesperada, dijo á Andres Ponce de Leon, caballero de Córdova y á otro que con ellos estaba «Afrenta nuestra seria, si dejásemos que en nuestra presencia matasen á este hombre.» Serian sesenta los de á caballo y de ellos se adelantaron cuatro contra Pedro Juarez: comenzaron á escaramuzar defendiéndose y ofendiendo. Pedro Juarez hirió malamente al uno: pero queriendo revolver sobre otro, errando el golpe tomó la lanza sobre el brazo y cargando mucho sobre un lado, la cincha del caballo iba floja y con la fuerza que hizo, él

y la silla vinieron al suelo. Los tres caballeros que fueron á socorrerlo, llegaron á tiempo, que con su ayuda pudo levantarse y aun salvarse. Tres veces le sacaron de la escaramuza y él porfió de volver á ella: habiendo perdido el caballo, cargaron los moros sobre él y le hirieron tan mal, que ya que los soldados lo sacaron de sus manos, espiró allí en el campo: don Alonso por socorrerlo, se vió en peligro y perdió el caballo, que le mataron los enemigos, y le valió mucho el socorro que le hizo Garcilaso de la Vega y de Guzman, caballero de Toledo, escelente poeta. Salió herido en el rostro y brazo; pero sin peligro. Otros soldados y caballeros se señalaron.

No era por esta parte bien acabada la escaramuza, cuando se tocó al arma en los acueductos de Cartago, y se revolvieron tanto, que murieron cinco cristianos y otros fueron heridos. De los moros murieron mas, y calentóse tanto la cólera, que llegaron á poner mano á las espadas y los moros y turcos á sus alfanges y cimitarras, que por solo los vestidos, los que estaban apartados, los conocian.

El marqués del Vasto subió en un caballo, y corrió á recojer la gente. Apretáronle tanto los alarbes, que dejando el sombrero con una medalla en su poder, escapó por los buenos pies del caballo. Díjole un italiano, que mirase por sí y se guardase. Respondió el marqués: «Eso podrá hacer uno solo y podeislo vos hacer, mas al general pertenece el guardar á todos mas que á sí.»

XIX.

Derrota del conde de Sarno.

A 23 de junio, mártes, trabajaron toda aquella noche los soldados en la obra y fortificacion de los reparos y bestiones. Uno tocaba á los españoles, y otro á seis compañias de italianos: siendo, pues, acabado el uno, donde estaba el conde de Sarno, las banderas viejas é italianos hicieron toda la noche guardia, hasta que del todo fue hecho y los españoles se recojieron á su cuartel, que tenian mas atrás. Los turcos de la Goleta (donde habia pasado de seis mil escogidos) salieron á reconocer lo que la obra se habia adelantado y á las ocho de la mañana, estando los italianos descansando y durmiendo, que lo habian bien menester por el trabajo de la noche pasada, mil turcos y ochenta de á caballo, y por capitan Salac, un valiente cosario los acometieron con tanto ímpetu y furor, que sin poder los italianos tomar las armas, ni juntarse, volvió las espaldas una compañia de Jacome Corzo, que en Roma se habia hecho, y tan ciegos de temor, que ni el capitan ni los suyos tuvieron órden en retirarse ni los demas que con ellos estaban, sino que ciegamente huyeron.

Fueron luego muertos cuarenta soldados, que se hallaron dentro de un bestion. Ademas de los cuarenta muertos fueron heridos peligrosamente mas de sesenta. El conde de Sarno, coronel de mil y doscientos soldados italianos, con que guardaba este puesto valerosamente, recogió los que pudo y volvió sobre los turcos, y cobró el bestion que ha-

bian perdido y enojado salió fuera de sus reparos tras los turcos, siguiendo los que huian (aunque fingidamente por sacarlos de sus reparos) hasta que los turcos, viendo que eran pocos los italianos y que estaban bien apartados, revolvieron sobre ellos, hasta hacerlos tornar dentro de sus trincheras.

En esta retirada fue muerto el conde de Sarno y á su lado un sobrino suyo y otros gentiles-hombres napolitanos y buenos soldados. Culparon algunos al conde, por haber sacado su gente del bestion y no héchose fuerte en él, cuando vió venir los enemigos. Otros dijeron, que los soldados deseosos de pelear pasaron contra su voluntad el bestion. Murieron el capitan César y otros capitanes de esta coronelia y dos alféreces antiguos en la guerra. De los turcos murieron hasta treinta, entre ellos el alcaide Amica de Cuza renegado, que primero se llamó Francisco de Espinar, natural de tierra de Segovia, que en diversos tiempos se volvió dos veces turco. Habia entrado el dia antes en la Goleta con muchos de á caballo y dicho con gran soberbia y loca arrogancia, que antes de tres dias, echados los cristianos de alli, habia de poner sus pies donde el emperador tenia su tienda.

Hallóse con este alcaide, Jafet, que habia venido de Argel á Tunez en una galeota, con oro, plata, dineros, sedas y brocados, para pagar la gente de Barbaroja. Fue herido de un picazo Muza Arizo, arraez de la Goleta, y de la herida murió de alli á poco. Traian los turcos dos banderas y ganaron una de un alférez italiano, que murió por defenderla; y sucedió que por quitarla un soldado al genízaro que la llevaba, le partió la cabeza: mas

si bien el turco fue herido de muerte pasó, con todo, los bestiones con ella, y la entregó á los suyos muriendo luego allí. Esta colgaron en la Goleta hacia bajo, disparando la artillería por mofa.

En este rebato salió Andrea Doria y fue á pedir á los soldados viejos españoles, que saliesen á socorrer á los italianos. El emperador estaba en su tienda, cuando sintió dar al arma y por no esperar que le trajesen un caballo de los suyos tomó el de Alvar Gomez Zagal y con una adarga y lanza vino solo al galope del caballo en socorro de los suyos; pero si bien se dió priesa, no pudo llegar á tiempo para remediar el daño. Los españoles de Italia acudieron, cuando los turcos se retiraban ya y pelearon con ellos, aunque no los esperaron, por que vieron todo el campo puesto en armas. Salieron heridos de flechazos algunos españoles y el capitan Domingo de Riarán. De la Goleta disparaban la artilleria y una bala de mas de sesenta libras de hierro colado dió en un cenegal de agua: salpicó la persona y caballo del emperador el cieno y agua que con el golpe saltó.

Antes que el César de allí partiese mandó que de los soldados viejos españoles entrasen donde los italianos habian salido y otro dia, que fue á 24 de junio entraron siete compañías de ellos. La compañía del conde muerto se dió á Bautista de Sango el mayor y la gente se repartió entre los dos hermanos.

Quedaron con gran lozanía los de la Goleta despues de este salto, tanto, que á menudo daban arma y acometian mas de lo que solian. Molestaban el campo imperial con un tiro grueso, aunque nunca mató hombre. Acaecia dar la bala en medio del

escuadron, y no hacer mal á persona: solo mató un caballo de don Rodrigo Mendoza, que estaba atado á una estaca. Con todo, entendieron que habia peligro, y súpose ser la causa, que un francés artillero de Andrea Doria habia huido de la galera por enojo que hubo con el comitre, y se tornó turco en la Goleta, el cual puso la artilleria, y la asestó de manera que podia hacer mucho daño en el campo. El francés renegado pagó su pecado, que cuando se tornó la Goleta fue preso en ella, y los soldados le dieron la muerte que merecia.

Vino un escuadron de moros acabado el rebato de la Goleta, por la parte de los olivares, contra el cual salieron los ginetes bisoños españoles, que estaban en guardia junto al estaño. El emperador acudió armado cuerpo y brazos, miró como andaban trabados, no escaramuzó porque no fue menester, y volviéndose para su tienda dió otra bala junto á él, que aunque no hizo daño, dió cuidado á los que lo vieron, conociendo el peligro en que este dia estuvo el César, por querer acudir á todo como un ordinario capitan. Tornaron la noche siguiente á salir turcos de la Goleta, los soldados arcabuceros escaramuzaron con ellos en el foso del bestion, y les tiraban con una culebrina, y dos sacres que con los enemigos recibieron mayor daño que hicieron. Levantaron al costado del bestion otro reparo para dar socorro los unos á los otros, sin que les pudiesen tirar en descubierto de la Goleta, y pusieronse alli cuatro compañias de españoles.

Fue esta noche vigilia de San Juan Bautista, la cual solemnizaron los turcos con grandisima músi-

ca de trompetas, y otras flautas, y dispararon la artilleria en las galeras que tenian en el agua y en la Goleta. El emperador hizo muestra general de todo su campo con tanta ostentacion, y grandeza, que los turcos y moros cautivos, que lo vieron, quedaron pasmados: y preguntándole á uno que le habia parecido dijo: «Este ejército es como el dinero del avariento.» Y declarándose dijo: «Si con esta gente y armas quisiese el emperador aventurándolo y guardándolo tanto, se haria señor del mundo.»

Salió el César de su tienda, y á su lado el infante don Luis de Portugal (que nunca del lado del César se apartó). Hízosele una gran salva, disparando tres veces los arcabuces, ordenándose el escuadron del emperador, que solo habia de ser de señores de título; y por no tenerle don Pedro de Guzman hermano del duque de Medina Sidonia, caballero nombrado en esta historia por los hechos que con lealtad hizo desde su juventud en servicio del emperador, porque caballero tan señalado de todas maneras no quedase fuera del escuadron, S. M. le dió título de conde de Olivares, como hoy dia lo tiene su hijo don Enrique. Quiso el César hacer esta muestra por saber la gente y armas que tenia, y porque las espias que habia en el campo pudiesen decir á Barbaroja el poder que para deshacerle habia tambien; y en fin, porque Muley Hazen, rey de Tunez despojado, que decian estaba cerca, supiese el favor que tenia de su parte.

No estaba solo Barbaroja, que como se supo por relaciones de un escribano cautivo que le servia de secretario, ademas de los seis mil escogi-

dos que estaban en la Goleta, tenia en el Alcazaba de Tunez tres mil; en otros pueblos tambien muchos turcos como en presidios, para asegurarse mas de la tierra. De alarbes, moros, y bárbaros se mostró en campo con cien mil infantes, y treinta mil caballos. Tenia buen número de genízaros y renegados valerosos: por manera que su poder era grande.

Pasada esta rota del conde de Sarno, el emperador dió la vuelta por el campo, dos horas antes que anocheciese apercibiendo á los soldados que cenasen luego, y que estuviesen á punto para cuando los llamasen. En anocheciendo entraron dos mil soldados y gastadores para cavar y hacer el asiento de la artilleria con que se habia de vatir la Goleta. Asistian en la obra de los bestiones y reparos los ingenieros Juan Maria, y Ferramoli, y este dicen que sabia mas que Juan Maria, aunque no fue tan favorecido como el otro, del marqués del Vasto, hasta que vino al campo Hernando de Alarcon, de quien era bien conocido Ferramoli. Luego Andrea Doria entró con sus galeras y galeon, y con el de Portugal, la vuelta de la Goleta haciendo el daño que pudieron en los turcos que alli estaban.

XX.

Acometen los turcos al cuartel de los españoles.:— Llegada al campo imperial de Hernando de Alarcon.

Quedaron lozanos los turcos de la Goleta con la victoria que á su parecer hubieron de los italianos. Enviaron la cabeza y mano derecha del conde de

Sarno á Barbaroja, para que se alegrase con ella. Hallándose soberbios por el buen suceso pasado otro dia que fue á 24 de junio, fiesta del glorioso San Juan, quisieron tentar á los españoles, que el emperador habia puesto en el bestion de los italianos, y en los demas reparos contra la Goleta, los cuales eran los capitanes Alvaro de Grado, Luis Mendez de Sotomayor, Francisco Sarmiento Lezcano, el conde de Novelera, y Luis Pizaño, con sus compañias, para que cavasen en los reparos y fortificaciones. que la falta grande que en el campo habia de gastadores obligaba que los soldados y aun los capitanes y caballeros hiciesen esto. Antes que amaneciese, mas temprano que acometieron al conde de Sarno, salieron de la Goleta en dos escuadrones, uno de mil hombres que venia de vanguardia, y otro de dos mil. Las centinelas del campo imperial los sintieron, y dieron al arma, y como los turcos vieron que eran sentidos, retiráronse.

No viendo gente cesó el arma, y en el campo y bestiones entendieron que habia sido engaño de las centinelas: con esto fue mayor el descuido, y el sueño profundo. Acometieron quinientos turcos escogidos de á pie y de retaguardia, treinta caballos, y otros cien infantes que entraron por el agua del estaño, que les daba á los pechos. Dieron sobre el cuartel de Francisco Sarmiento cuando cansados de trabajar toda la noche dormian sin tal cuidado á su sueño suelto, y sin armas. Los españoles acometieron luego á las armas revolviendo sobre los turcos con buen denuedo. El capitan Luis Mendez, si bien cargado de carnes, con espada y rodela se metió entre los turcos: fueron

tantos contra él, que le hicieron pedazos, y lo que se notó, que las muchas heridas que le dieron fueron en la cara, pechos y piernas, y ninguna en las espaldas. Cayó junto á él Sebastian de Lara alférez de Alvaro de Grado, y muy valiente. Murieron Juan Zambrano y Villena, naturales de Guadalajara, y Alfonso Liñan, caballero aragones, hijo del señor de Zetina. Perdióse una bandera de Francisco Sarmiento, que, hecha pedazos, llevaron los turcos. Salieron heridos Alvaro de Grado, y Luis Pizaño, escogidos capitanes. Donde fue la resistencia murieron cuarenta y nueve soldados, sin los que cayeron en el alcance. Mataron una mujer que hallaron con su amigo. Fueron los heridos mas de ciento y cincuenta. Socorrieron con sus compañias el capitan Jaen, y otros capitanes y gentiles hombres españoles: el capitan Lázaro con sus capeletes albaneses entró á caballo, y peleó bien, y matáronle un capelete.

Los turcos se retiraron, como vieron el socorro que cargaba, y los españoles los fueron siguiendo hasta la Goleta con tanta furia, y ciegamente, que algunos entraron á vueltas con los turcos por la puerta del estaño entre el agua y los reparos dentro en la plaza, y dicen que si los hubieran seguido otros, y llevaran escalas, se ganára la Goleta.

Murieron los que entraron en la plaza y en los que se retiraron hizo gran daño la artilleria de la Goleta, que de los balazos de ella salieron heridos mas de trescientos. De los turcos se hallaron muertos en aquellos arenales hasta ochenta.

Los capitanes turcos considerando el peligro de aquel dia hicieron la noche siguiente un reparo de remos de galeras hincados en tierra desde

el cabo de sus reparos hasta entrar en el estaño, con sus traveses y defensas, de manera que quedaban asegurados de aquella parte por donde los españoles habian entrado el dia antes.

El emperador para mayor defensa del bestion y baluartes, proveyó que las compañias de Rodrigo de Ripalda y de Luis Alcocer, y la de Polos Borgoñon fuesen al bestion donde habia sido el encuentro, y alli estuvieron este dia todo, sin que sucediese otra cosa notable, mas de unas asomadas de los alarbes, y escaramuzas de pocas personas, como las hubo cada dia entre los valientes que se quisieron mostrar y señalar.

Asimismo salió del consejo de guerra, que en los reparos estuviesen dos mil alemanes en compañia de los españoles, porque como el campo estaba muy derramado no podian ser tan presto socorridos en los acontecimientos y asaltos que atrevidamente hacian los turcos de la Goleta. Dieron la compañia de Luiz Mendez al capitan Morales: y al capitan Maldonado alférez, que fue del capitan Alarcon, le dieron otra bandera, para que recogiese la gente que andaba fuera de ella echándose bando, so pena de la vida, que ninguno anduviese sin seguir cierta bandera.

El viernes 25 de junio, ya que amanecia tocaron al arma en el campo cuando los turcos llegaban á la trinchera, pelearon con ellos muriendo de todos, pero mucho mas de los enemigos. Un varon santo llamado fray Buenaventura legado apostólico con otros diez frailes menores animaban á los cristianos yendo con una cruz delante de los escuadrones exortando y animando y absolviendo á los que morian, y si bien los tiros de balas y

saetas eran esposos, ninguno hirió a los religiosos. Veíanse enviar de la Goleta barcadas de turcos heridos á curar á Tunez. Tambien de parte de los cristianos eran tantos que no bastaban los cirujanos, ni habia donde ponerlos. De suerte que de ambas partes se derramaba harta sangre. En este dia llegó al campo Hernando de Alarcon, que por sus grandes méritos se llamó el señor Alarcon, y tuvo otras escelencias de singular capitan, cuerdo y alentado. Trajo cuatro galeras, tres de Sicilia, y una de Nápoles, una galeota y un bergantin. Vinieron con él don Pedro Gonzalez de Mendoza su yerno, y sobrino del duque del Infantado, y don Fadrique de Toledo hijo primogénito del marqués de Villafranca, don Francisco de Toledo caballero de Alcántara, don Gerónimo Jarque, el obispo de Bitonto, y otros muchos gentiles-hombres sicilianos y napolitanos, señaladamente don Hernando de Gonzaga. Trajeron muy buen refresco, y municiones, y alguna gente de guerra.

Vinieron asimismo otras naves de España con gente y provisiones que eran bien menester. El emperador holgó mucho con la venida del marqués Hernando de Alarcon, y le echó los brazos, diciéndole con rostro alegre y amoroso: «Seais bien venido padre mio.» Y en besando sus manos, Alarcon, salió luego á ver el órden del campo: y porque le pareció que estaba derramado, hízole recoger y juntar, reduciendo el ejército á disciplina militar. Estorbó las escaramuzas. Hizo salir de un navio al ingeniero Ferramoli, para guiarse por su parecer. Mandóle que entendiese en el bestion de los españoles. Encargó á Juan Maria el de los italianos. Sacaron de diez en diez de las naos y galeras

ochocientos hombres, con lo cual alargaron los bestiones doscientos pasos mas adelante, y los reforzaron con traveses y defensas, segun era necesario contra tan belicosos enemigos. Metieron mas número de soldados y gastadores á cavar, y asi cada dia iban cavando y acercándose á la Goleta, poniendo espantó y temor en los cercados: de suerte que decian que el bestion de los cristianos caminaba como culebra. Pusieron otras diez compañias de españoles para guardia.

Luego que Ferramoli acabó este bestion, comenzó á obrar otro tan adelante, que la punta de él llegó á la parte de la marina á juntarse con sus galeras: este hacia con caballeros y traveses para batir á un cabo y otro.

Quitóse en el campo salir á escaramuzar, y el emperador se enojaba mucho si alguno salia. Este fue un prudente consejo que dió Hernando de Alarcon, porque las escaramuzas hacen diestro al enemigo y le quitan el temor. Si bien los italianos, por la emulacion que ordinariamente hay entre las naciones, reian y mofaban de los ginetes españoles, cuando veian que los alarbes y moros llegaban cerca á pelear, y los desafiaban, y ellos se estaban quedos, no por temor de los enemigos, sino por guardar lo que se les habia mandado, y no enojar al emperador.

Este dia llegaron á la armada dos navios, que se habian dado por perdidos. Venian en ellos la compañia de don Felipe Zerbellon, y la de Bocanegra y la de Jaen. A don Felipe hicieron maese del campo de doce banderas de bisoños. Llegó asi mismo el duque de Terranova, que entonces era marqués, en una galera, suya acompañado de muchos nobles.

XXI.

Muéstrase el heroico esfuerzo del emperador.—Terrible temporal.

Sábado 26 de junio fue un dia terrible, en que se derramó harta sangre. Consideraba Barbaroja el peligro que como capitan esperimentado conocia de esta guerra, viendo cada dia apretar mas la Goleta, donde él tenia toda su confianza; y por intentarlo todo concertó con los suyos acometer á los cristianos por todas partes, y todo á un mismo tiempo, pensando poderlos asi desordenar y romper.

Envió todos los alarbes con la caballeria de Tunez, y con algunos turcos y mucha infanteria, por la via de los olivares, que por descuido de no cortarlos y arrasar el campo los cristianos, costaron mucha sangre. Llevaron los enemigos algunas piezas de campaña ligeras, y otras pequeñas que en barcas fueron por la laguna. Mandó que los de la Goleta saliesen y acometiesen por aquella parte dando todos á una sobre los imperiales.

Tuvo aviso el emperador de la determinacion del enemigo, y puso en arma su campo la noche antes, acercólos mas á la Goleta, que era la parte por donde se podia temer mayor daño por ser muchos y bravos los que alli estaban. Lo cual visto por los de dentro estuvieron quedos, jugando sin cesar su artilleria.

Venido el dia, y pasados algunas horas de él, visto por el emperador que los enemigos estaban quedos, comenzó poco á poco á retirar sus escua-

drones para que la gente reposase. Apenas comenzaba la caballeria á descansar, cuando los alarbes y moros con su artilleria se descubrieron, pues habian estado muy callando emboscados en los olivares. Comenzaron á tirar los escuadrones de la infanteria, que se volvian á las tiendas y lo mismo hacian las barcas del estaño: principalmente tiraban á la tienda del emperador, que por ser grande y armada en lugar eminente y porque debian saber cuya era, la asestaban. Mataron cerca de ella á su armero mayor.

Salió el alcaide de Hali con mucha gente, infantes y caballos á escaramuzar, porque el no haberles mostrado hasta entonces el rostro valerosamente, los hacia no solo atrevidos, mas temerarios; por lo cual pareció al emperador que ya no se sufria disimularles tanta insolencia. y tocando al arma reciamente, y puesto en un punto el ejército en órden, doblando la guardia hácia la Goleta mandó al marqués de Mondéjar, que con doscientos y cincuenta ginetes españoles, y otros tantos arcabuceros á las ancas, fuesen á ganar la artilleria que los moros tenian en los olivares. Era la empresa árdua, porque los enemigos eran sin comparacion en mayor número: habia entre ellos turcos y genízaros, que son valientes y gente que siente honra. Ademas de esto era el lugar áspero con vallados, tapias, y muchas viñas, que ni se podia correr ni reconocer al enemigo, sino que detras de las tapias y calzadas estaban los arcabuceros que tiraban á punteria, y sobre todo, habia nueva que eran mas los enemigos encubiertos, que los descubiertos.

Ninguno de estos peligros espantó al marqués.

Considerándolo el emperador mandó que en retaguardia del marqués fuesen seis mil infantes en dos escuadrones, dos mil de cada nacion, y todos mezclados. Hizo ademas de esto que marchase poco á poco el resto del campo, y que se acercasen á los enemigos, para que viesen el órden y manera que tenian moros y alarbes, y perdiesen el miedo de tan malas cataduras, hábito, gritos, é ímpetu.

El marqués de Mondéjar caminó con su gente á dar en la artilleria. Apeáronse antes de tiempo los arcabuceros; y los ginetes arremetieron sin órden, y fue el primero don Juan de Villaruel. Mucha de la gente de á caballo se apartó del marqués, le dejaron casi solo, porque como cargaban tantos enemigos, gran parte de los ginetes echaron la vuelta del lago, y el marqués porfió en ir á los olivares, donde era mayor el peligro. Seguíanle Pedro de Godoy sin su estandarte, el capitan Hernando de Padilla, y Gaspar Muñoz su alférez, con el estandarte: y hasta nueve lanzas de la compañia. Asi mismo Sancho Bravo de Laguna, caballero del hábito de Alcántara, en esta historia nombrado, Luis de Zayas de Ecija, Juan de Rivadeneira natural de Málaga, y otros caballeros de honra y ánimo. El marqués con estos caballeros y con los arcabuceros desbarató la gente de á pie que estaba en los olivares, los cuales escapando de aqui daban en los que andaban peleando, y matando á la parte del estaño.

El alférez Gaspar Muñoz metió tan adentro el pendon del duque de Medina-Sidonia, que obligó á algunos á mas de lo que bastaban sus fuerzas. Serian hasta treinta de á caballo los que iban con el marqués, los demas siguieron el otro camino.

Los moros de los olivares se pusieron en huida. todos gente de pie. Los ginetes andaban junto al estaño, y si echaban huyendo á aquella parte íbales mal, asi se escondian tras las paredes, y valladares de las viñas, metíanse debajo de los árboles, y entre las cepas y sarmientos por salvar las vidas. No hubo soldado ni ginete que no matase los que quisiese, muriendo los bárbaros vil y cobardemente.

Un turco se mostró por estremo valiente, porque peleando á pie contra un ginete de Hernando de Padilla daba con solo su alfange tanto en que entender al ginete, que viéndolo Padilla hubo de ir á socorrerlo Cuando el turco lo vió venir dejó á su contrario; y volvióse contra el capitan, y baraustóle la lanza, y entrósele tanto, que pudo con el alfange herirle en la mano, y hendírsela hasta la canilla.

El capitan era valeroso, y vió el enemigo que tenia encendido en rabia le apretaba si bien herido: el turco volvió á entrársele con tanta ligereza que le alcanzó á dar una gran cuchillada con el alfange en el muslo, que por ser con los tercios primeros dió gran golpe en medio, y cuchillada. Acometiéronle otros ginetes y defendíase de ellos valerosamente.

Quiso el alférez Muñoz vengar la herida de su capitan, y tomando la bandera en la mano izquierda arrancó la espada, y apretando las piernas al caballo cerró con el turco. El turco diestramente le hurtó el cuerpo, y al pasar hirió un poco al caballo en la cadera. Revolvió sobre el alférez, y el turco le alcanzó otro golpe en la asta de la bandera. El alférez se afirmó sobre los estri-

bos, y dió tan gran cuchillada al turco en la cabeza que se la partió, y dió con él muerto en tierra.

Hiciéronse cosas señaladas este dia entre moros y cristianos. El marqués de Mondéjar valiente y animoso, se metia en los mayores peligros, y como llevaba un sayo vaquero de terciopelo verde, y tela de oro, siendo conocido por persona principal cargaban muchos enemigos sobre él. Habia renegados españoles, y moros ladinos que le conocieron, oyendo principalmente á Gaspar Muñoz, que á grandes voces le decia: «No dé lugar V S. á retirarse, que será ocasion de que en los suyos haya flaqueza, y los enemigos tomen ánimo.» Esto dijo Gaspar Muñoz en ocasion que los alarbes y moros eran infinitos, y no era posible sin evidente peligro resistirlos; y asi el marqués comenzó á retirarse y que ya no era posible otra cosa.

Queriendo pasar adelante dió en un vallado, donde cargaron sobre él, dándole de un cabo y de otro con lanzas y cimitarras, y alfanges. El marqués se defendia solo de tantos enemigos. Hecharon de ver los ginetes el peligro en que su general estaba, y determinaron morir, ó sacarlo de él. Llamábanse á voces unos á otros, diciendo. «Ea señores, que matan al marqués, corramos que matan á nuestro general.»

El alcaide de Zesan capitan de genízaros, cerrando con el marqués, le sacó la espada de las correas, (peleaba el marqués con lanza y adarga) sin darle lugar de poder echar mano á su espada. Valiéronle al marqués sus ginetes, y uno de ellos, llamado Torres, cobró la espada, matando al turco que la llevaba. Mataron al marqués el caballo, y diéronle una lanzada que le pasó las

corazas, é hirió muy mal, aunque con muy buena gana de pelear y vengarse; pero desangrábase tanto, que lo hubo de dejar y retirarse.

Cuentan de otra manera este peligro y herida del marqués: dicen que mató por su mano á Ceci renegado, secretario y general de la caballeria de Barbaroja, y que embarazado con la muerte de este enemigo, le dieron una lanzada de través que le pasó los lomos, aunque sin peligro. Murió Luis de Zayas, por ayudar y librar al marqués. Llevaron las narices á Francisco Gaitan que peleó varonilmente. Murieron otros, y fueron heridos muchos.

Estando en este aprieto llegó á socorrerlos don Juan de Mendoza capitan de infanteria: entró por los olivares matando á muchos enemigos.

A la parte del estaño se atacó fuertemente la escaramuza y queriendo mostrarse Valdivia hidalgo natural de Andújar, yendo corriendo á rienda suelta, cayóel caballo con él. Dijéronle sus amigos (tomando por mal agüero caer el caballo) que se volviese. El no quiso: metióse entre los enemigos hiriendo y matando, mas como solo se tomó con muchos, pagó con la vida la pena de su temeridad.

Tambien murió Juan de Benavides nieto del conde de Santistéban delpuerto, que estando quitando la vida á un turco, otro se la quitó á él. Hirieron malamente á Andres Ponce de Leon caballero de Santiago, y natural de Córdova, varon esforzado. Pasaron con una escopeta á Mr. de Busu, gentil-hombre del emperador: no murió annque le hirieron mal.

Tocaban aprisa en el campo al arma: los caballeros y señores se armaron y pusieron á punto

con ánimo y esfuerzo Salió el emperador con ellos ordenando que dos escuadrones de soldados le siguiesen para socorrer á los suyos, como dicen de Mario en la guerra de los anubios. Encontró á Pedro de Castro que volvia de la escaramuza maltratado. Preguntóle con rostro alegre y amigable, cómo venia, y en qué estado estaba la escaramuza: Respondió Castro, que los enemigos iban de vencida, pero que los suyos, si bien vencedores, andaban tan desordenados como los vencidos.

Llegó Hernando de Padilla desangrándose de la herida de la mano, y queriendo tornar con el emperador, no lo consintió, mandándole que se fuese á curar. Dijo al emperador, que los de los olivares iban desbaratados, y que el socorro se diese á los que peleaban en el estaño. Y yendo el emperador para allá, Lázaro que con sus capeletes iba delante de los ginetes, apretados de los turcos volvieron las espaldas, y como los ginetes vieron que los capeletes huain, hicieron ellos lo mismo. Vió el emperador la huida, ó retirada de los suyos, la grita y polvareda que habia, y con dos mil alemanes, otros tantos italianos, y cuatro mil españoles de los de Málaga (entre los cuales todos habia seis mil arcabuceros) mandó caminar á prisa y él con la gente de su casa y señores, que eran cuatrocientos caballos, al galope se adelantaron calando celadas, y puestas las lanzas en ristre iban estos caballeros con tal gana de pelear, que dejaban muy atrás al estandarte imperial.

Aqui dicen que hizo el emperador lo que el cónsul Mario, y Paulo Emilio en la de Macedonia, y Epaminondas, capitan y príncipe Tebano, que por salvar los suyos no temieron la muerte. De-

tuvo Cárlos los que huian, concertólos, rehízolos, y peleó junto con ellos, de manera que ya no era escaramuza sino batalla: la artilleria y arcabuceria de los enemigos, disparaban muy espeso; con la confusion y polvareda no se veia el daño que hacian. El emperador peleaba con tanto peligro de su persona, que Hernando de Alarcon le suplicó que se retirase, porque en su persona no sucediese alguna desgracia que fuese perdicion de todos. No hizo caso el emperador de estos ruegos, sino diciendo con voz alta: Santiago, su lanza enristre, arremetió contra los turcos: viéndole sus caballeros y soldados, hicieron lo mismo. Que es poderosa la presencia del príncipe, para hacer en tales ocasiones, de los hombres leones.»

Como tales pelearon los cristianos, y apretaron á los enemigos, de suerte que desbaratados huyeron. Ganáronles la artilleria de los olivares: y otros que á la parte del estaño tenian, que llamavan zarzabanas, por no poderlos llevar, queriendo que los cristianos no se aprovechasen de ellos, los cargaron de pólvora, y pegaron fuego para que reventasen. Hízose pedazos el uno, y rompió cureña y ruedas: otros dos quedaron sanos y de provecho. La caballeria siguió el alcance mas de dos millas. No se pudo saber el número de los moros y alarbes que murieron. Súpose cierto que los vivos quedaron tan bien castigados que temieron, y de aqui adelante no se desmandaban tanto en las escaramuzas, y ya que siempre andaban derramados por los campos, no se acercaban como solian.

Muchos caballeros se mostraron este dia valientes y animosos, como fueron don Bernardino de Mendoza; don Alonso de la Cueva, y don Gon-

zalo de Ledesma del hábito de Santiago, y natural de Zamora: don Fadrique de Toledo primogénito del marqués de Villafranca, peleando con un turco cayó del caballo quedándole el pie en el estribo: llegó otro turco á cortarle la pierna, y cortó la accion. Levantóse animosamente don Fadrique, y con una pistola y espada se defendió de los turcos hasta que fue socorrido de unos ginetes de Alvar Gomez Zagal, y de Diego de Narvaez. Peleó tan bien valientemente don Pedro de la Cueva comendador mayor de Alcántara, y singularmente con un turco de á caballo, descalzo y mal vestido, pero muy valiente. Ninguno lo fue mas á dicho de todos, este dia que el emperador; y á S. M. se atribuyó la victoria.

Y no de menor grandeza de su ánimo hizo otra fineza, y fue, que un moro de Tunez vino secretamente este dia á él, y le ofreció de dar la victoria de esta jornada sin gastar mucho tiempo en ella, ni perder un soldado, ni sus tesoros. Preguntando cómo, dijo que matando á Barbaroja, porque muerto este cosario todo su campo se desharia, y en Tunez abririan las puertas á S. M. Preguntando, como matarian á Barbaroja, respondió; que él se ofrecia á ello, y lo podia fácil y seguramente hacer, porque era su panadero, y le hecharia en el pan algan, que es lo mismo que tósigo, ó ponzoña. El emperador no se sirvió de esto, diciendo, que no era su honra matar de esta manera á Barbaroja, antes seria honra del turco. Que sus armas no las habia de envolver con ponzoñas, ni traiciones para matar al enemigo, ni seria gloriosa su jornada, si de esta manera venciese. Que los príncipes no han de admitir traicio-

nes, ni hechos tan bajos, aunque fuesen contra un cosario como Barbaroja, á quien él pensaba vencer y castigar, no con ponzoñas, sino con el favor de Dios, y fortaleza de su gente. Respetos dignos de tan gran monarca.

Hay en los moros poca verdad, ni fé, son gente liviana, fáciles para creer cualquier desatino. Mil hubo en estos dias embusteros que se hacian santos, y anunciaban la victoria suya y acabamiento de los cristianos, particularmente uno que con sus sermones trajo á servir á Barbaroja mas de diez mil caballos, y grandísimo número de alarbes, numidas, y masilios. Hacíales creer que los tiros ni arcabuces de los cristianos no los matarian, mas él esperimentó en sí mismo su embuste y mentira. En las escaramuzas salian delante de los bárbaros moras viejas hechiceras que derramaban en el aire y en la tierra papelillos con sus conjuros, y bárbaras supersticiones. Salian á pie y á caballo las mujeres viudas de los que habian muerto en las peleas para vengar sus muertos, ó morir como ellos, é ir á gozar del premio en su compañia, que Mahoma y sus morabitas prometen á los que asi murieren en tal guerra. Tan brutos son estos bárbaros habiendo tratado tanta multitud de años con la gente mas política del mundo. Quiérelos el demonio asi: y son efectos del pecado, porque Dios los dejó caer en sentidos reprobados, y mas que ciegos.

En 28 de junio estando el cielo claro y limpio de nubes, se levantó súbitamente un viento áfrico que en aquellas partes nace; luego se cubrió el cielo de nubes, y el viento con su furia levantaba la arena que cegaba y lastimaba las caras.

Fue tan grande la tormenta y aguacero, que parecia que todo se queria asolar. Rompíanse los maderos gruesos, y de las tiendas las cuerdas de cáñamo que estaban atadas á las estacas, como si fueran de lana · caian las tiendas y pabellones. Finalmente, ni en la mar, ni en la tierra se podia vivir. Los hombres atónitos, y temerosos entendian que los demonios convocados por los hechizos de aquellas gentes los venian á ayudar. Otros dicen que Cachadiablo, un valiente renegado, habia muerto en una escaramuza, y que los demonios le hacian la fiesta á costa de los cristianos. La confusion y miedo era grande: oíanse truenos veianse relámpagos temerosos. Con el ruido del aguacero, ni los capitanes podian mandar, ni los soldados obedecer. Acudieron los mas valientes á los bestiones: pero no era posible llevar pica enhiesta, ni bandera, ni disparar arcabuz; dábales arena y viento en los ojos.

Entre muchos caballeros que acudieron fue don Sancho de Leyba con una espada y rodela, rogando y animando á los soldados. Los navios y galeras en la mar se vieron en gran peligro. Los de la tierra no veian á los de la mar, ni al contrario, sino que tan ciegos estaban unos como otros. Tocábase al arma reciamente: oíanse gritos de mujeres y de gente, que no era de guerra. Acudian á la marina con deseo de verse en la mar sin ver enemigos. Los mercaderes dejaban sus tiendas y mercadurias, que no curaban sino de salvar las vidas.

Púsose en un bestion don Alonso de la Cueva, por donde se temian que acometerian los enemigos. El príncipe Andrea Doria, pare remediar el

alboroto, y poner ánimo en los suyos comenzó á decir á grandes voces: «La Goleta es ganada.» Derramóse luego esta voz por todo el campo, que fue de harto efecto.

Salieron de la Goleta doscientos turcos con palas, y levantaban la arena para que el viento la llevase y diese con ella en los ojos de los imperiales; y como sintieron el trabajo en que estaba el campo imperial, salió un grueso escuadron de la Goleta, y con gran grita acometieron á los bestiones: pero hallaron tanta resistencia en los españoles, que los hicieron volver, y los siguieron matando hasta sus reparos. Hubo alférez que puso en ellos su bandera. En este alcance los mataron á Yaset capitan del gran turco. Hízose una gran salva en el campo con alegrias de la voz que por esta animosa arremetida se renovó, de que la Goleta era ganada. Con tal confusion y trabajo se pasó este dia cesando la tempestad; pero venida la noche volvió tan furiosa y repentina como la vez primera: no duró tanto, que como vino de golpe asi se acabó, y cesó todo el mal temporal en un punto. No se perdió en la mar navio ni bajel, mas de algunos bergantines, y barcos que dieron al través en una punta que salia de la tierra.

XXII.

Muley Hacen viene al campo.

Por medio de un renegado genovés que de Montebarcas pasaba á Sicilia, tenia el emperador sus inteligencias con Hacen Muley, rey despojado de Tunez, el cual pocos dias antes de este habia

enviado tres alcaides suyos, de los cuales uno con larga y elegante oracion en su arábigo, (siendo intérprete Valentin, fraile de San Francisco, de nacion valenciano), habia dado al emperador las gracias por el favor y merced que con su campo habia hecho á Muley Hacen, para restituirle en su reino, y echar de él un tirano, cosario y ladron; y pidieron licencia para que Hacen viniese al campo. Con dos de estos alcaides envió el emperador al capitan Alvar Gomez Zagal, y el tercero quedó en poder de don Francisco de los Cobos, comendador mayor.

Otro dia despues de la tempestad, á 29 de junio, fiesta de San Pedro y San Pablo, aparecieron sobre la ruina de Cartago hasta doscientos moros á caballo, de los cuales algunos se comenzaron á venir al campo, trayendo en señal de paz unas hazonas de coscoja, y en ellas unas tocas tendidas; en la mano izquierda levantaban y bajaban á menudo el brazo derecho, diciendo á voces: «Todos somos unos y de un señor.» Estos se adelantaron en lo alto de las ruinas, donde se mostraron Muley Hacen y el capitan cristiano Alvar Gomez Zagal. Alegráronse mucho en el campo imperial, pensando que con la venida del rey de Tunez y los suyos, tendrian gran ayuda para acabar antes la guerra, y que serian bien proveidos de bastimentos: pero engañáronse, porque los de Muley no pelearon ni sirvieron de mas que embarazar y ayudar á comer lo que habia en el campo.

Vió el rey moro desde aquella sierra el campo y armada imperial, de cuya hermosura y grandeza quedó admirado. Dicen que se vé de allí Tunez, y que mirándola se enterneció y derramó

algunas lágrimas. Allí esperó hasta que sus moros vinieron á dar aviso de su llegada, y volvieron con respuesta.

Sabida en el campo la venida de Hacen, salieron á recibirle el duque de Alba, el conde de Benavente y Hernando de Alarcon, con grandísima caballeria, y otros muchos, que casi no quedaron, sino los que eran de guardia en sus cuarteles. Tuvo bien que ver y de que admirarse el rey moro en el campo imperial, donde tantas armas y ricas galas habia, y un órden en las tiendas, calles y plazas del campo bien peregrino y nunca visto entre aquellas gentes, que naturalmente son bárbaras. No le salió á recibir el emperador fuera de su tienda por alguna causa que le movió, ó por estar tocado de la gota, que le hacia estar desabrido, no tanto por el dolor, cuanto por la falta que en el campo hacia su persona imperial.

Esperóle en su tienda sentado en estrado, acompañado del infante de Portugal y de muchos caballeros. El duque de Alba y conde de Benavente traian en medio al rey Hacen; el cual venia mirando con gravedad real á todas partes. Era Hacen de buena estatura, de cuerpo grueso, color moreno, rostro abultado, mal barbado, y el mirar avieso, que le ponia gravedad. Hablaba poco y compendioso; venia vestido de un capellar morado hasta los tobillos, y tocado á la morisca en una yegua blanca, con lanza de cuarenta y cinco palmos en la mano: en la muñeca izquierda traia atada una pistoresa ó daga: el dedo índice de la mano derecha tenia manco. Junto á él, como lacayos, venian ocho moros á pie, rotos, mal-

tratados y descalzos; los demas venian en yeguas muy mal enjaezados: pocos traian buenos caballos ni vestidos. Algunos albornoces habia entre ellos; otros traian zamarros de diversos colores, la lana adentro cuando el sol abrasaba. Tenian los principales alfanges moriscos anchos y cortos y pistoresas ó dagas: no traian todos lanzas, que no todos las alcanzan, porque como las traen de Alejandria y Constantinopla, son caras.

Era tanta la pobreza del rey de Tunez, porque habia siete meses que andaba huido por los montes y lugares secretos, temiéndose caer en manos de sus enemigos, y tenia muchos por complacer á Barbaroja. Asi dijo el Alvar Gomez Zagal, tratando de sus infortunios, que los trabajos eran buenos, y se habian de llevar con gusto, porque en ellos se descubrian los verdaderos amigos.

Cerca de donde el emperador esperó sentado al rey, pusieron un estrado, que fue un dosel sobre unos cojines de brocado. Antes de llegar á la tienda del emperador, envió delante uno de sus moros para que le viese y conociese, por no hacer su acatamiento á uno por otro. Cincuenta pasos antes de llegar á la tienda del emperador, soltó la lanza que traia, y luego todos los que con él venian dejaron caer las suyas y se apearon juntos; y cogiendo á su rey entre sí le llevaron hasta donde el emperador estaba. Llegados á la tienda abriéronse todos, y quedó el rey solo, no sé si descalzo, porque todas las veces que vino á hablar al emperador vino descalzo, los ojos puestos en tierra llegó al emperador, el cual viéndole venir se levantó en pie y quitó el sombrero. Hacen le besó en el hombro, y por intérprete le dijo:

«Seas en buen hora, gran rey de los cristianos, venido á los trabajos que has tomado; espero en Dios misericordioso tendran alguna recompensa, y sino de todos, seránlo en parte: y cuando fortuna de todo me privase, mientras Hacen, siervo tuyo, viviere, ni le faltará voluntad para servirte, ni conocimiento para agradecerte lo que por él hiciste y el cuidado que tomaste. Por la venida que has hecho te doy mil gracias, y por lo que aquí te detendrás te beso los pies, pues en tan gran obligacion me has puesto, y á mis descendientes en tanto cargo los dejas, dándome ayuda contra Haradin Barbaroja, que me ha hecho tantos males, cuantos bienes él y sus hermanos de mí recibieron, cuando mayor necesidad tenian y yo mayor prosperidad. No te maravilles, gran sultan. de esto que digo, ni de las quejas que con dolor te doy, porque en ley de bueno cabe hacer buenas obras á todos y á ninguno zaherirlas. La verdad es, que al ingrato es justo acordarle las buenas obras que le han hecho, y recontarle los beneficios que ha recibido, para que ó se enmiende ó sea castigado. No tanto codicio volver á Tunez por cobrar mi patrimonio ni entrar en mi reino perdido, cuanto por tener con que servirte.»

Dijo el rey moro estas razones con gravedad y ternura, puesto en cuclillas sobre los cojines á su usanza. Los jeques y alcaides, unos se tendian por el suelo, otros arrodillándose llegaban á besar la ropa y pies del emperador, diciendo en arábigo: «Gran rey, Dios te ensalce, Dios te mantenga y prospere con los tuyos y te dé victoria de tus enemigos.» El emperador con su benevolencia acostumbrada, los miraba con señales y muestras

de amor, diciéndoles, que su venida habia sido para tomar á su cuenta sus trabajos, y vengarlos de las ofensas y daños que les habian hecho.

Finalmente, dijo por intérprete al rey: «Queriendo Dios, yo te quitaré de las fatigas y trabajos que por mar y tierra Barbaroja te pueda dar.»

El emperador se levantó, y al rey donde estaba sentado con cuatro de los suyos dieron de comer: los demas moros se fueron á la tienda que les tenian aparejada, y entre los grandes y caballeros se repartieron todos, encargándoles el emperador su buen tratamiento.

Presentó el rey al emperador una hermosa y ligerisima yegua de color castaña. Dispararon de la Goleta la artilleria que pasaba por encima de la tienda del rey, y viendo el peligro le pasaron junto á la del emperador. Escaramuzaron este dia los moros de Hacen entre sí delante el emperador y con ellos algunos cristianos. Era notable su destreza en aprovecharse y usar de aquellas largas lanzas, y la ligereza de las yeguas.

Mandó el emperador que otro dia le mostrasen el campo puesto en órden y en arma, y parecióle cosa maravillosa. Notó en él muchas cosas con prudencia: admiróse de los muchos arcabuces que por honrarle se dispararon despues de la artilleria, y de la gran abundancia que en las plazas habia de cosas de comer, y del sosiego con que todos compraban y vendian, siendo tantos, y soldados, y no de una lengua.

Mostróse afable y cortés con todos el rey, y muy buen ginete, de lo que se preciaba, porque blandeaba una lanza de cuarenta palmos corriendo un caballo, á una y otra mano con gentil aire.

Este dia llegó al campo Beltran de Godoy caballero de Córdoba, capitan que habia sido de Sena. Vino á servir en esta guerra con cien soldados escogidos. Comenzóse otra trinchera adelantando mas las botas de arena, para lo cual las galeras y otros navios trajeron fajina, y rama de olivas, y en los dos bestiones se pusieron un cañon y una culebrina, dos falconetes, y dos cañones dobles, ademas de la artilleria que hasta alli habian tenido.

Pasáronse al campo dos renegados griegos que dijeron las crueldades y poca seguridad con que Barbaroja estaba en Tunez, matando á unos y éncarcelando á otros, que son obras propias del tirano.

XXIII.

Quien era el rey de Tunez.

Diré antes de pasar adelante quien era este rey de Tunez, y algunos de sus trabajos. Llamábase Hacen, ó Hazan; que Muley es como nuestro don, ó como sultan entre turcos. Era hijo del rey Mahamet, que tuvo treinta hijos varones en doscientas mujeres y amigas, ó concubinas, como ya referí, y de la reina Lentigesia alarbe, mujer varonil, y para mucho. Sabia ademas de lo que he dicho mucho de astrologia, y holgaba de hablar en esta materia. Era viciosísimo, sucio en las torpezas de la carne en todo género. Solia burlar de su padre, porque tenia tantas mujeres, aunque mas lo hacia por los muchachos hermanos á causa del reinar, que por las muchas madrastras. Fue cruel demasiadamente, no tanto de suyo, cuanto por su

madre que se lo aconsejaba por reinar. Ayudó á morir á su padre á lo que algunos contaban con cierta bebida. Mató á Maimen su hermano mayor, á quien venia el reino, y á Yaceli, é Ibrain con otros cuatro hermanos; y al mesuar de Manfil con otros sobrinos suyos. Quemó los ochos con varillas ardiendo á Zahi Belhay Barca, y otros hermanos, con el mismo intento de lastimarlos, y hacerlos impotentes para reinar, que asi lo tienen de costumbre aquellas gentes bárbaras y sin razon, y aun de ellos se pegó en España á los reyes antiguos de Leon que usaron esta crueldad impia y crudamente: tanto ciega la ambicion, y apetito de reinar.

Pagó Hacen estas crueldades, y la grandísima avaricia que tuvo en lo mismo, porque por causa de Raceth, su hermano mayor, el que, como dije. huyó á Argel, despues de algunos trances de guerra, fue dos veces echado del reino, que tenia tiranizado por Barbaroja, la una y otra por Hanudi su propio hijo, el cual tambien le quemó los ojos, y murió de esta manera lastimado y deshonrado; que aunque estas gentes son hijos de perdicion, ejecuta Dios entre ellos la justicia conforme á las obras morales que hacen, porque es juez de todo lo criado, como le llama Moises, escribiendo la creacion del mundo.

XXIV.

Escaramuzas.

Ultimo dia de junio continuando los de la Goleta el jugar de la artilleria sin cesar, mataron con ella tres soldados, y huyendo de ellos cuatro cau-

tivos para el campo á vista de los mismos turcos mataron al uno que corria solo, y los tres se escaparon, los cuales dieron aviso de lo que en la Goleta pasaba.

Llegó una gran bala á la tienda del emperador y la rompió sin que dañase. Muchas de estas balas estaban marcadas con flor de lis, por donde se entendia que Barbaroja habia sido proveido de Francia.

Llegó este dia al campo Fabricio Maramaldo en una nao de Génova, y con él cien gentiles hombres y soldados, tan lucidos y bien tratados, como en el campo uno á uno se podian escoger. Tomóse una fusta en la bahia en que habia doce forzados cristianos, que andaban al remo, y otros tantos moros y turcos. Era arraez el morisco traidor, al cual el emperador habia enviado con Luis de Presendes por espias para que en Tunez reconociesen la tierra, fuerzas, y armas de Barbaroja, cuando el emperador trataba de venir sobre él, y venido este enemigo como dejo dicho, y trajo Dios á manos del César á este traidor, para que pagase su pecado, prendiéndole como digo este dia en el bergantin. Entregóse al alcalde de corte, el cual le hizo arrastrar á la cola de un camello, y luego le hicieron cuartos. Dijo en su confesion que venia la vuelta de Barcelona, Mallorca, y Menorca de saber lo que en Africa se temia de la armada imperial, y lo mismo dijeron los cristianos que traia al remo; y preguntándole como entró en la bahia, dijo que tenia por cierto que el emperador habia ido sobre Argel, y no sobre Tunez.

Murieron tres soldados de la compañia de Mosquera, y dos de la de Juan de Alamos, todos de

las balas de la Goleta, que tiraban contra los bestiones, en los cuales con gran diligencia se trabajaba sin cesar, y sacaron para esta obra, otros ochenta forzados de las galeras, echando en ellas, y poniendo en su lugar cualquier soldado que en el campo (si bien ligeramente) se desmandaba, que este rigor era menester para tenerles en paz, y no desmandados.

Echóse bando, so pena de la vida, que los aventureros de á caballo acudiesen á la bandera de Sancho Bravo de Laguna, y los infantes á la de Juan de Maldonado de Salamanca, y mandósele á Mosquera, que levantase bandera. Hacíase esto por evitar el desórden que habia cuando se tocaba arma. Viéronse en trabajo este dia los sacomanos, sobre los cuales cargaron tantos alarbes y moros, que fue necesario que Hernando de Alarcon fuese á socorrerlos: con todo murieron, y fueron presos y heridos algunos.

Salieron á escaramuzar los moros del rey Hacen, y porque los cristianos los conociesen poníanse unos ramos de oliva: pelearon muy bien, y pensando los enemigos que eran de los suyos, no se guardaban de ellos, ni los herian, hasta que al fin vinieron á entenderlo. Contaban los de Hacen á los de Haradin maravillas de la grandeza y poder del emperador, y el órden fuerte de su campo, y gente belicosa que en él tenia. Cercaron en la escaramuza á Lázaro Albanes, tres turcos, y el Albanes tuvo tan buenas manos, que mató al uno, é hizo que los dos huyesen siguiéndolos él cuanto pudo. Huyeron siete genízaros de los soldados, y metiéronse en un silo, pensando defenderse allí hasta que les viniese socorro Los soldados les re-

quirieron que se rindiesen á buena guerra. No lo quisieron hacer, y los soldados fueron á los rastrojos, y trajeron mucha paja, y echándola en el silo la pegaron fuego, queriéndolos sacar como á raposos con humo y fuego: mas fueron tan duros de darse, que se dejaron quemar vivos.

El dia todo anduvieron las escaramuzas en diferentes lugares, unas veces vivas, otras no tanto. Concertóse un soldado con dos ginetes, de manera que él se puso en la muralla de Almarza por una tronera con su arcabuz, y los ginetes salian, y retirándose como que huian, los moros los seguian hasta donde el soldado asestaba de punteria en ellos y antes que entendiesen la treta mató ocho de á caballo. Asomáronse tres escuadrones de moros y alarbes peones y caballos, en que, segun la cuenta que los soldados hacen, habia mas de veinte y cuatro mil personas, y apretaron á Hernando de Alarcon, que se habia adelantado, de manera que no pudo retirarse sin pérdida de gente y reputacion. Recojióse lo mejor que pudo en las torres y casas de Almarza, que las habia buenas.

Cuando el emperador lo supo mandó tocar á al arma, y salieron lo fuerte del campo con algunas compañias de alemanes y españoles. Viendo los moros el socorro que venia, no osaron esperar. Enojado se mostró este dia el emperador con los desmandados, diciéndoles palabras de ira, y la espada desnuda arremetió contra algunos, y sucedió que yendo asi para herir á un soldado, el soldado huia, y como vió que el emperador le alcanzaba, volvióse á él de rodillas, suplicándole mostrase en él su clemencia, y como en el emperador era tan natural que jamás la negó, envai-

nó su espada sin decir palabra al soldado, mas de que volviese á su escuadron, y que no se desmandase mas.

Llegó el emperador donde estaba Hernando de Alarcon, y luego los moros huyeron, y el emperador recogió su gente, y con ella volvió á su campo, donde se trabajaba cavando los soldados y gastadores, de manera que la trinchera estaba ya muy adelante, y cerca de la Goleta.

XXV.

Escribe á España el emperador.

He contado bien por menudo todos los hechos y sucesos desde que el emperador salió de Barcelona. Con su armada entró en los puertos de Africa, y asentó su real y campo poderoso en los de la gran Cartago, y sitió la Goleta con la resistencia que los turcos, moros, y álarbes hicieron: y si bien las armas anduvieron vivas todo este mes de junio, no por eso olvidaba S. M. á España, escribiendo todo lo que hasta este dia le habia sucedido en la jornada.

En este mismo dia 30 de junio escribió á la emperatriz y á otros grandes y señores de España, diciéndoles en relacion y sumariamente lo que aqui he dicho á la larga y por menudo, y para entero cumplimiento y seguridad de la verdad de esta historia, digo que escribió al marqués de Cañete virey de Navarra, diciéndole.

Cartas del emperador al marqués de Cañete.

«EL REY.

»Marqués de Cañete, pariente nuestro, visorey y capitan general en el nuestro reino de Navarra. Desde Callar os di aviso de mi llegada allí con la armada, como habreis visto por la carta que os escribí el sábado 12 del presente, el duplicado de la cual irá con esta, para que sino la hubiéredes de él recibido, lo entendais por esta. Aquella noche salí de allí adonde habia ido con algunas galeras por visitar aquella ciudad, que es la cabeza del reino, y tomar la provision que allí estaba hecha para la armada al cabo de Polla, donde estaba surta aquella, proveyéndose de agua y leña, y las otras cosas necesarias: y el domingo adelante se puso todo en órden, y partí con toda mi armada lunes 14 del mismo por la mañana con buen tiempo, y otro dia martes, cuando amaneció; me hallé con la mayor parte de las galeras, con que me adelanté de las naos, dejando con ellas la otra parte cerca de tierra, y surgí en puerto Farina, que es el puerto de costa de él, viniendo de Cerdeña, á dos horas de dia, á donde tres ó cuatro horas despues llegaron las naos de la armada, con las galeras que con ellas habian quedado, y incontinenti pasé adelante con toda mi armada junta, y vine á surgir en el golfo de Tunez, tres millas de la Goleta, y algunas de las galeras por reconocer el sitio y disposicion, y fuerza de ella, y el desembarcadero para la gente; se allegaron tan cerca que se tiraron desde ellas á la torre de la

dicha Goleta, y á diez ó once galeras que estaban á la boca de ella, tiraron muchos tiros de artillería, y asi mismo desde ellas, y de la dicha torre tiraron á nuestras galeras, y porque ya cuando esto pasó era tarde para salir en tierra, esta noche no se hizo otra cosa Otro dia por la mañana se desembarcó con las galeras y esquifes de ellas, y bateles de las naos en un tiempo, juntamente la infanteria española que vino de Nápoles y Sicilia y la Alemania, con la cual yo salté en tierra acompañándome los grandes y gente que pudieron salir por entonces de los de mi corte, que fue la mayor parte de ella, y se tomó un monte con una torre cerca de la mar, donde fue la antigua ciudad de Cartago, en el cual y en dos lugares pequeños que estan á la una parte de él, hácia Tunez, se alojó la dicha infanteria y mi persona con ella. El jueves y viernes siguiente se embarcó la infanteria española que trajimos de España en nuestra armada, y los italianos, y los que habian quedado de la gente de nuestra corte y casa, y de los caballos de ellos, y de los ginetes que venian de la Andalucia, y se comenzó á desembarcar la artilleria y municion, y habiendo entendido de algunos moros que se han cautivado, y juzgando por lo que se ha podido conocer hasta aqui, está fortificada la torre de la Goleta, y proveida de gente de artilleria y las otras cosas necesarias para defenderla, de manera que la empresa no se podria hacer sin aventura de alguna gente, y de parte de la armada se practicó si para facilitar mas la empresa seria mas conveniente ir sobre Tunez y sitiarla, considerando que conquistando aquella ciudad en la Goleta no que-

daria resistencia: pero porque se entiende que los enemigos tienen tambien allí mucha y buena gente, artilleria y las otras provisiones, y que hallando alguna dificultad, ó dilatándose el ganarla, habiéndose de proveer nuestro ejercito de vituallas de las que se traen en el armada, y alejándose de la mar como seria menester, que para esto se hacia, porque desde donde está el armada hasta Tunez, hay nueve millas, dejando los enemigos en medio, no se podria proveer sin mucho trabajo, y que fuese necesario ocupar en asegurar el camino buena parte de la gente que traemos, ha parecido combatir la dicha Goleta ante todas cosas. Y asi para este efecto el sábado asentamos nuestro campo en el dicho monte en un llano que está en la falda de él hasta la mar, donde está nuestra armada acercándose á la dicha Goleta á tiro de cañon, adonde hay mucha agua, asi de fuentes como de muchos pozos que hay abiertos, y se halla en todas las partes del campo, y de la marina muy cerca de la haz de la tierra, y se ha dado órden en hacer las trincheras para llegar la artilleria á la torre, y aderezar las otras cosas que son menester para la bateria, y aunque una nao en que venian algunas piezas de artilleria gruesas, y municiones, y el comendador Rosa á quien proveimos por capitan de ella para esta empresa, con ciertos artilleros que no pudo salir de Barcelona, con nuestra armada, no es llegada, se suplirá esta falta sacando la que es necesaria de las galeras, y se entiende con gran diligencia en aderezar todo lo que es menester, y asi se usará en lo que se ha de hacer, y esperamos, que con ayuda de nuestro Señor se acabara brevemente

como conviene á su servicio y al bien de la empresa.

»La gente que se entiende que tiene Barbaroja, de que principalmente hace fundamento, aunque tiene otra de la tierra, son hasta seis, ó siete mil turcos, y genízaros que le han quedado de los que trajo en la armada del turco, y demas de esto tiene gente de á caballo; dicen que esta será hasta mil hombres. Algunas escaramuzas ha habido, y han sido muertos, y cautivos de los enemigos: muchos tambien han sido muertos por ellos de los de nuestro ejército, pero pocos, y la mayor parte soldados de las galeras, y gente inútil, y de servicio que de ellas ha salido, y se desmandaban á tomar fruta y buscar agua.

»El rey de Tunez no ha hasta ahora enviado á Nos, ni tenemos certinidad donde se halle, aunque dicen, que está cerca de aqui, por algunos moros de los que se cautivaron, que he mandado libertar: para esto le hecho entender mi venida con esta armada, y ejército, y aun no tengo respuesta suya, ni se entiende lo que querrá hacer.

»De Nápoles, Sicilia, y Cerdeña, han venido despues que estamos aqui, algunos navios con bastimentos, que será ayuda para que el campo esté mejor proveido, y viene tambien el marqués Alarcon á servirnos en esta empresa.

»El sol en esta tierra segun lo que hasta ahora se ha visto por esperiencia, tiene la fuerza que en el reino de Toledo, y continuamente hay embates y aires de la mar con que pueden bien pasar los calores.

»Despues de esta escrita habiéndose detenido el despacho se ha comenzado ha hacer la trinchera

tuvo Cárlos los que huian, concertólos, rehízolos, y peleó junto con ellos, de manera que ya no era escaramuza sino batalla: la artilleria y arcabuceria de los enemigos, disparaban muy espeso; con la confusion y polvareda no se veia el daño que hacian. El emperador peleaba con tanto peligro de su persona, que Hernando de Alarcon le suplicó que se retirase, porque en su persona no sucediese alguna desgracia que fuese perdicion de todos. No hizo caso el emperador de estos ruegos, sino diciendo con voz alta: Santiago, su lanza enristre, arremetió contra los turcos: viéndole sus caballeros y soldados, hicieron lo mismo. Que es poderosa la presencia del príncipe, para hacer en tales ocasiones, de los hombres leones.»

Como tales pelearon los cristianos, y apretaron á los enemigos, de suerte que desbaratados huyeron. Ganáronles la artilleria de los olivares: y otros que á la parte del estaño tenian, que llamavan zarzabanas, por no poderlos llevar, queriendo que los cristianos no se aprovechasen de ellos, los cargaron de pólvora, y pegaron fuego para que reventasen. Hízose pedazos el uno, y rompió cureña y ruedas; otros dos quedaron sanos y de provecho. La caballeria siguió el alcance mas de dos millas. No se pudo saber el número de los moros y alarbes que murieron. Súpose cierto que los vivos quedaron tan bien castigados que temieron, y de aqui adelante no se desmandaban tanto en las escaramuzas, y ya que siempre andaban derramados por los campos, no se acercaban como solian.

Muchos caballeros se mostraron este dia valientes y animosos, como fueron don Bernardino de Mendoza; don Alonso de la Cueva, y don Gon-

zalo de Ledesma del hábito de Santiago, y natural de Zamora: don Fadrique de Toledo primogénito del marqués de Villafranca, peleando con un turco cayó del caballo quedándole el pie en el estribo: llegó otro turco á cortarle la pierna, y cortó la accion. Levantóse animosamente don Fadrique, y con una pistola y espada se defendió de los turcos hasta que fue socorrido de unos ginetes de Alvar Gomez Zagal, y de Diego de Narvaez. Peleó tan bien valientemente don Pedro de la Cueva comendador mayor de Alcántara, y singularmente con un turco de á caballo, descalzo y mal vestido, pero muy valiente. Ninguno lo fue mas á dicho de todos, este dia que el emperador; y á S. M. se atribuyó la victoria.

Y no de menor grandeza de su ánimo hizo otra fineza, y fue, que un moro de Tunez vino secretamente este dia á él, y le ofreció de dar la victoria de esta jornada sin gastar mucho tiempo en ella, ni perder un soldado, ni sus tesoros. Preguntando cómo, dijo que matando á Barbaroja, porque muerto este cosario todo su campo se desharia, y en Tunez abririan las puertas á S. M. Preguntando, como matarian á Barbaroja, respondió; que él se ofrecia á ello, y lo podia fácil y seguramente hacer, porque era su panadero, y le hecharia en el pan algan, que es lo mismo que tósigo, ó ponzoña. El emperador no se sirvió de esto, diciendo, que no era su honra matar de esta manera á Barbaroja, antes seria honra del turco. Que sus armas no las habia de envolver con ponzoñas, ni traiciones para matar al enemigo, ni seria gloriosa su jornada, si de esta manera venciese. Que los príncipes no han de admitir traicio-

ros de artilleria, á la una parte del campo entre la Goleta y Tunez, desde donde tiraban y echaban en él algunas pelotas, en guarda de los cuales estaba toda la gente de á caballo que tiene Barbaroja, aunque como está dicho, no damos lugar á la gente de nuestro ejército, que peleen con los enemigos, ni salgan á escaramuzar, pareció no tanto por el daño que los dichos tiros hacian en nuestro campo, cuanto por la reputacion de él que convenia quitárselos y echarlos de allí, y mandé que caminasen hácia la parte donde los tenian los caballos ginetes delante, un escuadron de la infantería española, y otro de la alemana, y yo fui para hacerles espaldas con la gente de caballo de mi córte, los ginetes juntamente con algunos arcabuceros, que se adelantaron, hubieron dos ó tres encuentros con la gente de caballo de los enemigos que serian mas de mil caballos, y alguna de á pié, y haciéndoles yo espaldas con toda la otra gente de á pié, y de á caballo, como está dicho, fueron echados de donde tenian los dichos tiros, los cuales se les tomaron, y ellos huyeron hasta el estaño de la Goleta, y visto que no podian ser alcanzados, y que el efecto porque habiamos salido se habia hecho, habiendo llegado hasta una legua, ó poco mas de Tunez, á vista de ella me volví al campo con toda mi gente. En los reencuentros dichos fue herido de una lanza el marqués de Mondéjar que tiene cargo de los dichos caballos ginetes, y quedaron muertos seis ó siete de ellos, y de los enemigos mas de cuarenta ó cincuenta. El marqués ha sido, y es bien curado, y no se teme peligro de su vida. Las trincheras se continúan y están muy adelante, y serán acabadas, y puesta en órden la artilleria, y lo que

mas conviene para hacer la bateria dentro de tres ó cuatro dias. Ya es llegado el marqués de Alarcon, con quien viniéron mas de mil y doscientos hombres de Nápoles y Sicilia, entre los cuales hay muchos varones caballeros, y gentiles-hombres, y cada dia llegan muchos navios, y otras fustas con bastimentos y á servirnos, y tambien es llegada la nao, en que venia el comendador Rosa, con la artilleria, municiones y artilleros, lo que no hacia falta, porque en la armada habia sin esto muy grán cumplimiento.

»Tres moros han venido á Nos y con una carta que certificaron ser del rey de Tunez, y otras de otros jeques y deudos suyos, los cuales en sustancia nos dijeron de su parte, que sabida nuestra venida, los enviaba para saber donde y como queriamos que se juntasen con Nos, para restituirle en su reino, y ofreciendo para ello la ayuda que podrán hacer y de venir á verse con Nos, para dar asiento y orden, en lo que se ha de hacer, pidiéndonos que le enviásemos algunas galeras en que pudiese venir y luego despachamos los dos de ellos. Respondiéndole haber holgado de entender su voluntad y que habremos placer que venga con algunos de los dichos jeques y deudos y amigos suyos á verse y hablarnos y certificándole que luego con un criado nuestro y con uno de los dichos sus mensajeros, le enviariamos las galeras que nos pedia y le habemos ya enviado doce de ellas en que venga.

«De nuestro campo sobre la Goleta de Tunez, á 30 de junio del año de 1535.—YO EL REY.= Cobos, comendador mayor.»

«EL REY.

»Marqués de Cañete, pariente nuestro, visorey y capitan general del nuestro reino de Navarra. Despues de estar firmadas y cerradas las cartas que van con esta, vino á nos el rey de Tunez con trescientos de á caballo, moros, de los que le han seguido y estado con él y ha ofrecido que para venir luego para ayudar al buen efecto de la empresa otros novecientos, ó mil que dice que deja cerca de aqui de sus deudos, amigos y criados y asimismo que avisará á los que le son aficionados en Tunez, de la intencion con que habemos venido á esta empresa: porque Barbaroja ha hecho entender á todos ser para conquistar el reino y ponerlo debajo de nuestro señorio. Certificados de lo cual confia que se animarán, y otros se moveran para ayudarle y tambien que enviará á tratar con cierta gente de alarbes, que serán hasta seis mil de á caballo, que dos mil de ellos están juntos cerca de Tunez de la otra parte, los cuales Barbaroja procura de ganar y traer á sí para quitárselos y ayudarse de ellos contra él, y asi escribe luego a los unos y á los otros y Nos tambien á los que á él ha parecido y quedando su persona en nuestro campo con diez ó doce moros de los que trajo consigo envia todos los otros, que están con sus mujeres, hijos y casas, y vengan todos aqui, sin que los enemigos les puedan impedir el camino como siendo el número que es, parece que lo podrán hacer con seguridad. Esto es lo que hasta agora con este se ha tratado y en lo que se ha de hacer para

la batería y en todo lo demas se entiende con toda la diligencia que se puede como está dicho.

»De nuestro campo sobre la Goleta de Tunez, á 30 de junio año de 1535.=Yo EL REY.=Por mandado de S. M.=Cobos, comendador mayor.»

XXVI.

Trabajos de los españoles.

El primero, segundo, y tercer dia de julio mataron los turcos con su artilleria mas de veinte y ocho soldados y otros algunos del campo. No consentia con todo el emperador que se embarazasen tirando á la Goleta, ni á los olivares, ni en escaramuzas, sino solo en la obra de la trinchera y vallado con que se iban acercando á la Goleta, que no queria perder tiempo para batir y combatirle porque enfermaban muchos por la destemplanza del aire que de dia se derretian con el sol, y de noche casi se helaban con el rocío, de donde resultó en el campo un gran desconcierto de vientre. Comenzaba asimismo á faltar el agua, á lo menos era salobre y turbia del mucho jarrear: comian manzanas no maduras para matar con ellas la sed, que tambien los corrompia y aun la panática de la flota se calumbrecia. Hubo, pues, gran priesa y diligencia en acabar el valladar y baluartes para hacer la bateria y ademas de la falta que de gastadores habia, faltaban los materiales, porque allí no hay céspedes, ni terrones, que toda la tierra es arena y asi era fuerza hacerlos de madera, tablas, ramos y otros aparejos para tejerlo y tenerlo unido y fuerte y era menester traer esta madera del

cabo de Azefian, con las galeras lejos de alli mas de veinte millas á la parte de Levante y pasarlo poco á poco á los reparos por las trincheras para encubrirse de la artilleria enemiga.

Con estas trincheras y reparos se habian los españoles viejos acercado tanto á la Goleta, que podian batir razonablemente el lienzo de muralla que Barbaroja habia hecho

Queriendo los moros estorbar á los que en esto trabajaban, salian á escaramuzar, no los dejaban salir y los soldados murmuraban apasionadamente porque algunos que quisieran aventurar las vidas mas que padecer el trabajo que tenian, porque sino era cuando cavaban, no se les caian los coseletes de acuestas. Dormian poco y comian mal. El refresco que se traia consumian y gozaban los señores.

Enviaron navios por refreseo á Sicilia y Cerdeña; pero haciase tarde, por mandado del emperador y con mucha prudencia, buena guerra á los moros; que los que se prendian, el emperador los rescataba y hacia mercedes y daba libertad; por lo cual en Tunez se ganaron muchas voluntades y decian, que mas querian caer en manos de cristianos que de sus propios moros. Solos los turcos, genizaros y alarbes lo pagaban, que á ninguno que cogian daban vida. Hazan Agasardo renegado, dijo, que mas era de temer esta clemencia del emperador, que las armas poderosas que alli tenia. Porque un príncipe mas vence con mansedumbre y ánimo liberal, que con gruesos ejércitos.

El primer dia de julio unos renegados que andaban en el campo hechos espías, llegada la noche clavaron una culebrina que estaba junto á la tien-

da del emperador: cegáronle de tal manera el fogon que en tres dias apenas los artilleros pudieron barrenarla. Esta diligencia hicieron los enemigos, porque les hacia gran daño disparando contra los olivares.

Otra noche adelante, á 2 de julio clavaron otras dos piezas gruesas, que si bien habia cuidado y guardia en los bestiones y artilleria, no podian librarse de estos enemigos, por ser tantos los renegados, que á Barbaroja servian, y á los turcos de la Goleta. Estaban tan bien castigados de sus atrevimientos, que este dia un soldado natural de Valladolid se puso entre el bestion de los españoles y otro de la Goleta y desafió á voces á cualquier turco y genízaro, que quisiese salir á combatir con él; y si bien esperó tiempo, ninguno quiso salir, y el soldado se volvió á su puesto, donde se le riñó su atrevimiento y haber salido del órden que el emperador tenia dado.

Hubiera de matar este dia á Andrea Doria una gruesa bala de mas de sesenta libras que dió en su tienda bien cerca de él; matóle el caballo que tenia atado á una estaca. En el mismo peligro estaba la tienda del emperador, que asestaban á ella á menudo.

A 3 de julio vino un alarbe á visitar al rey Hacen, y en la plática le dijo: «Qué tienes, ó que sacastes Muley Hacen del reino de Tunez?» Hacen respondió: «Mucho, pues sé llevar las mudanzas de fortuna.»

Dió el emperador á Hacen veinte mil ducados para traer á sueldo cierta cantidad de alarbes al campo cristiano, los cuales despues de haber recibido el dinero, no quisieron venir, escusan-

dose que su ley les defendia el combatir contra los de su propia secta en favor de cristianos: tal fue el socorro y servicio que hubo el emperador del rey de Tunez. Pero conociendo el César que no era por su culpa, sino por mas no poder, guardó con él lo que habia prometido, y le hizo muy buen tratamiento mandándole servir y respetar como á rey; y ademas de estos escudos les dió otros veinte mil, y diez piezas de brocado, y sedas de colores, y á sus moros hizo otras semejantes mercedes, de suerte que presto mudaron el pelo malo, y quedaron hasta cincuenta con Hacen, y los demas por hallarse tan bien fueron por sus mujeres y haciendas.

XXVII.

Terribles encuentros.

Habiendo necesidad de provision para los caballos, y acordándose el emperador del desórden que hubo en otro sacomano, mandó al duque de Alba con la gente de armas que señaló de los de su casa, y con algunas compañias de alemanes y españoles y á Hernando de Alarcon que fuesen con los caballos ligeros, y ginetes á hacer la escolta. Dada esta órden domingo 4 de julio bien de mañana fueron á los lugares de cabo Cartase. Salieron á ellos infinitos moros y alarbes mas que otras veces de á pie y á caballo. Hubo algunas escaramuzas; mas no de sangre, sino de algunos que se quisieron señalar, moros y cristianos. Cargaron de provisiones como quisieron, y á las nueve del dia dieron la vuelta para el campo.

Tuvieron aviso los turcos de la Goleta, que la mayor parte del campo imperial habian salido fuera: y acordaron acometer reciamente y de golpe á los bestiones y trincheras. No eran bien apeados de los caballos los que venian de los lugarejos, ni los soldados se habian quitado los coseletes, cuando salieron de la Goleta con gran ímpetu los turcos que en ella estaban, con otros muchos que de Tunez habian venido: eran grandes los alaridos y grita con que acometieron (que asi lo tienen por costumbre) y su determinacion fue valerosa. Dejaron asestados cincuenta tiros gruesos con otros muchos mosquetes y tirillos de campaña, á fin que si los cristianos los rebatiesen, y les fuesen en el alcance, hubiese con que los ojear y matar.

Toda la noche habian trabajado las compañias de don Diego de Castilla y don Alonso de Villaroel, y la del capitan Negrillo: trabóse tan de veras la pelea de ambas partes, que parecia batalla formada. Era tanta la gana que los españoles tenian de acabar de una vez con los turcos, que tenian determinado en la primera ocasion que tuviesen semejante á esta, ó morir ó entrarse á vueltas con los enemigos en la Goleta. Esta determinacion los movió á que antes que los turcos llegasen, saliesen los españoles á ellos dejando atras los reparos y trincheras; y tal carga dieron en los turcos, que los hicieron retirar hasta meterlos por sus reparos, hiriendo y matando en ellos; y no pararon hasta ponerse en el rebellin y bestiones de los turcos: aqui se vió claro la ventaja que los españoles hacen á los turcos.

Dieron estos cuando acometieron una gran rociada de flechas y escopetas. Traian además de

esto talegas llenas de piedras, que arrojaban tan diestramente, y tan espesas, que parecia que las llovia el cielo.

Pusiéronse los españoles en los bestiones de la Goleta, y levantaron sus banderas en ellos. Una de ellas puso Diego de Avila, alférez de la compañía del conde de la Novelera, hombre animoso y de mucha verdad y buen trato, el cual un dia antes de este habia prometido que la primera vez que los turcos los acometiesen habia de poner su bandera sobre sus reparos, y cumplióse asi. Subió luego tras él el Marmolejo alférez de Hermosilla; en subiendo le pasaron el brazo de un arcabuzazo, y con el otro y los dientes sacó la bandera; y al volverse con ella le dieron un flechazo por la espalda; pero no por eso soltó la bandera. Muchos caballeros y soldados valerosos, deseosos de honra andaban encima de sus reparos y bestiones: tirábanle los turcos, y los españoles firmes: caian de ambas partes. Los que estaban en las galeras junto á la Goleta viendo tan cerca los cristianos huyeron de ellas.

Andaba Cachidiablo animando y deteniendo los suyos, y diciéndoles muy buenas razones para que peleasen: pero por mas que se cansaba, ya no peleaban con el esfuerzo que solian, ni los arcos disparaban sus saetas con tanta fuerza. Arrojaban de lo alto ceniza y otras cosas para cegar y ofender á sus contrarios, lanzaron una imágen pequeña de nuestra Señora, ó en vituperio de los cristianos, ó por faltarles que tirar. A Lope de Fresno, sargento mayor de los españoles de Italia (el cual en ella y en Corron se mostró animoso) queriendo entrar por una tronera, le tiraron de lo

alto una piedra con que le mataron. Peleó este dia estando en tierra valerosamente don Alvaro Bazan, y se vió en peligro de ser muerto de un balazo: alcanzóle poco, y asi fue ligera la herida. Ayudaron poco las galeras, porque estaban apartadas, y la mar andaba alta, y como arfaban con las ondas, no acertaban donde asestaban: aprovecharan mucho si dadas las proas en tierra se acercaran. El capitan Bocanegra se mostró, y animosamente saltó en una galera de los turcos, y la rindió.

Duró, finalmente, la pelea sobre los reparos de la Goleta dos horas largas, cayendo de unos y otros. Los españoles daban voces pidiendo escalas, y nunca las trajeron, sino cuando ya se retiraban, que si en el principio las trajeran, acabaran aquel dia con la Goleta. Tambien hubo falta en los italianos (quizá por vengarse de lo que ellos padecieron cuando murió el conde de Sarno) que oyendo arma, arma, unos estaban quedos, y otros se ponian en lo mas seguro.

El emperador oyendo el estruendo de el arma, en un caballo ligero al galope, solo con cuatro caballeros que acaso se hallaron con él, fue donde sonaban las armas, poniéndose en tanto peligro, como si fuera un soldado particular. Viendo, pues, el peligro y poco fruto del combate, y que morian en él los mas valerosos, mandó tocar á recoger, y al retirarse murieron mas que en el combate, porque la artilleria les daba en descubierto.

Los alemanes ayudaron como buenos á los españoles en este dia. Dijeron los que mas sabian de guerra, que no se tomó hoy la Goleta, porque

cuantos venian al socorro acudian donde los españoles peleaban: y si acometieran por otra parte los turcos se repartieran, y asi no fuera tan grande la resistencia que hicieron, que si bien sobró el esfuerzo en los soldados cristianos fue grande la confusion y desórden, que donde esta hay no hay fortaleza.

Murieron el alférez Diego de Avila de un balazo que le dió estando peleando con dos turcos: los turcos le tomaron la bandera, y cortaron la cabeza con mas de otras veinte, que segun la ropa y armas les parecieron de gente de cuenta, y las colgaron de los muros de la Goleta. De los italianos murieron pocos, porque como dije, no quisieron ayudar á los españoles. Fue herido el marques de Final de un escopetazo: llevaronle en diez galeras á Sicilia, y murió en llegando á la ciudad de Trapana. Derribaron de un mosquetazo a Francisco Gonzalez de Medina, caballero del hábito de Santiago, habiendo peleado animosamente. Fueron mas de doscientos los muertos y los mas tudescos; los otros españoles soldados escogidos, que quedaron entre los arenales de la Goleta y bestiones sin sepultura en compañia de otros cuerpos de turcos, porque ni los turcos se atrebian á salir por los suyos, ni tampoco los cristianos, temiendo todos la artilleria. El sol terrible que en aquellas partes hace, corrompió luego los cuerpos, y asi era intolerable el mal olor que los vivos sufrian.

Anduvo el marqués del Vasto en lo peligroso de esta escaramuza; pasáronle el pescuezo del caballo con una escopeta, y cuando el emperador llegó á los bestiones, debiéronle de decir el pe-

ligro en que el marqués habia estado, y preguntó: «El marqués es vivo?»

Peleó Fabricio Maramaldo valerosamente. Salieron heridos, el capitan Saavedra, el capitan Jaen, el capitan Bocanegra y su alférez Pedro Valenciano, y el capitan Charles de Esparza. A este entre los bestiones le vieron mano á mano matar cuatro turcos. Salió herido el capitan Morales, y el capitan Hermosilla, el capitan Maldonado, el capitan Luis Quijada, Vazquez hijo del alcalde de la Val Morquenda, de la cual herida despues murió. Dieron flechazo en una pierna á Luis Daza gentil-hombre de boca, y un mosquetazo en la cabeza á Rodrigo de Ripalda, de la cual cayó aturdido: mas volvió en sí, y escapó. Hubo otros muchos heridos y muertos, todos varones escelentes, y merecedores de esta memoria: la intencion de los españoles fue buena, su atrevimiento grande, y asi lo fue el daño que recibieron.

Sola una cosa se ganó este dia; que los turcos conocieron bien las manos de los españoles, y los españoles las suyas: los turcos para temerlos, y los cristianos para tenerlos en poco. Murieron y fueron heridos de los turcos muchos mas que de los cristianos.

Sonó la pendencia de este dia en Tunez, mas de lo que fue. De lo cual unos temieron, otros echaban juicios. Barbaroja hasta ahora no habia bien sentido los enemigos que sobre sí tenia. Hallaba imposible poder sacar sus galeras; y desamparar á Tunez, érale á par de muerte: hechó el pecho á la fortuna, esperando que quizá haria lo que muchas veces suele, trocando las suertes, deshaciendo ejércitos poderosos, y que pocos venzan

á muchos. Mandó á Sinan, judio, que derribase la puente por donde los suyos habian huido, por quitarles la ocasion para adelante. El judio le envió á decir que si queria que se derribase, viniese él en persona á derribarla: mas Barbaroja nunca se atrevió á salir de Tunez, por lo poco que de los naturales confiaba, que al fin era tirano, y como tal habia de tener sus temores, y de hoy en adelante se le aumentaron.

En lugar del alférez Diego de Avila, se dió la bandera á Juan Gomez, gentil, natural de Huesca de Aragon. Pusieron en el bestion postrero aquella tarde, otras cuatro compañías de soldados, porque si los enemigos volviesen, hallasen mayor resistencia. Otro dia, que fue 5 de julio, se vino al campo un mancebo valenciano de poco mas de quince años, querido de Barbaroja, y en su compañía un vizcaino. Trajeron suma de dinero, y muy bien tratados: pusiéronse á peligro confiando en sus buenos y ligeros caballos. El emperador les hizo merced: preguntáronles del número de los que de la Goleta habian muerto y sido heridos, y afirmaron ser muchos mas de los que en el campo pensaron.

Otro renegado que se decia Hazan Corzo, pagador de Barbaroja, se pasó tambien. Traia en moneda veneciana de oro cuatro mil ducados. Pidió misericordia con muchas lágrimas, lo cual el emperador le concedió: llamóse Juan Bautista. Dijo este que en veces se habian pasado del campo treinta cristianos que se habian vuelto moros. Dio aviso que Barbaroja concertaba salir una noche con veinte mil caballos, y ochenta mil peones á dar en el real de los cristianos, y desbara-

tar y vencer al emperador. Por esto de aqui adelante se dobló la guardia, y cuidado en el campo, y eran muy pocos los que de dia y de noche se quitaban las armas, ni las sillas á los caballos: en la armada se puso la misma vigilancia y cuidado.

Blasonaba Barbaroja por animar á los de Tunez, de las dos escaramuzas, y les decia que en la del conde de Sarno habia perdido el emperador ocho mil hombres, y en esta veinte mil. Que ademas de los muertos y heridos habia infinitos enfermos en el campo: que no eran de mejor complesion los tudescos, ni los italianos, que los franceses, y sabian lo que el año de 1270 en aquellos mismos campos habia sucedido al rey Luis de Francia con otro ejército tan poderoso como aquel, que con pestilencia, sin que moro africano pelease, habian alli acabado. Que mirasen la ley que tenian y la obligacion de pelear y morir con él por ella, contra los cristianos. Que si por ser el rey se desdeñaban, eligiesen un rey cual ellos quisiesen, que él seguiria y serviria como el menor soldado. Que mirasen que peleaban por su propia patria, hijos, mujeres y libertad, y no quisiesen verse en poder de españoles, que son cobardes en la pelea, y crueles con la victoria. Estas y otras tales razones les dijo, é hizo otras diligencias. Envió gente nueva para la Goleta, y por los heridos, que fueron muchos los que se vieron llevar en barcas. Envió por dos culebrinas gruesas, para si la Goleta se perdiese, tener artilleria en Tunez. Envió asi mismo cuarenta cargas de brocados y sedas á Argel, con otra gran riqueza que le daba el alma su desventura, y por no

mostrar flaqueza dijo, que era moneda para pagar la gente que tenia en Argel: finalmente, hizo las prevenciones que un capitan prudente debe hacer.

XXVIII.

Prepara el emperador la próxima pelea.

A 6 de julio no cesaron los turcos de tirar con su artilleria, y lo mismo á los siete con que mataron hasta trece soldados. Deteníase la bateria y los soldados impacientes murmuraban sobre el acometer la Goleta; habia tantos pareceres como soldados: unos decian que fuese el miércoles, otros que domingo, y otros que el viernes, que jamás España habia dado batalla en este dia que no ganase.

El emperador con su gran prudencia iba midiendo el tiempo, y componiendo las cosas: para hacer el acometimiento atentadamente quiso desocupar el campo de los muchos heridos que en él habia, y hablándolos con amor, prometiéndoles hacer merced dió órden que se llevasen á Sicilia, que de ella al cabo de Cartase ponian los antiguos mil y quinientos estadios Hubo este dia algunas escaramuzas con los moros que asomaban por los olivares. Murieron pocos. Llegada la noche los soldados que eran de guardia, hicieron en los reparos salva de arcabuceria, para que sintiesen los turcos, que estaban apercibidos, y les diesen lugar á trabajar en sus bestiones. Lo mismo hicieron en la Goleta tañendo gaitas, tamboriles, adufes y otros instrumentos á la usanza morisca. Ma-

taron al alférez Olea , con una pieza de artilleria, yendo á poner fagina donde trabajaban.

Pasada la primera guardia de la noche entraron unos soldados á reconocer las defensas de los enemigos , sin que fuesen sentidos á la ida ni á la vuelta , y ellos dieron la cuenta de lo que habian visto.

XXIX.

Aprestos para atacar por todas partes la Goleta.

Proveia Barbaroja la Goleta de municion y bastimentos con barcas que por el estaño enviaba desde Tunez muy al seguro. Determinóse en el consejo de guerra, que se les quitase este paso, armando algunos bajeles y echándolos en el estaño con gente armada la que bastase.

A 8 de julio llamaron los maestres y capitanes de las naos que saliesen á tierra sin decirles para qué , y por el secreto se encomendó á Micer Juan Reino, obispo de Alguer, y á un caballero de la casa imperial, que les mandasen lo que en consejo habian proveido, que esta noche pasasen algunos con mucho secreto y recato de la otra parte de la Goleta, apeando, y tentando todo el lago, y lo hondo de él, para ver si podrian nadar bajeles, y de que tamaño , y con que gente , y que hallando que podia ser, se apercibiesen, para pasar por el canal por donde tentó Barbaroja llevar sus galeras á Tunez, donde varasen treinta bateles hasta dar en la cava , y de la cava al estaño , y que en cada batel fuesen diez arcabuceros, sin los remeros, y mas, si el agua lo sufriese.

Para esto se dió órden á Hernando de Alarcon, que escogiese trescientos soldados, y que pusiese en cada barca tres, ó cuatro versos, ó mosquetes, ú otros tirillos de mayor efecto. Habia barcas levantiscas que podian sufrir medio cañon; asimismo de las naos se echaron de cada una un artillero en tierra, sacando la provision que para su comida fuese menester.

Encomendóse el reconocer lo alto del lago á Francisco de Arrieta capitan de naos, y regidor de Cádiz, y á un hijo de Martin de Renteri.

Francisco de Arrieta hizo lo que le mandaron, tomando seis compañeros diestros en el agua y esforzados, y repartiólos de dos en dos: unos siguieron la parte de la Goleta, otros la de los olivares: y él echó por medio. Hallaron finalmente la hondura que deseaban, y antes que amaneciese volvió el capitan Arrieta, y dió cuenta al emperador, que le estaba esperando, de lo que en el lago habia. De lo cual el emperador holgó mucho, por ser de gran importancia quitar aquel paso á los de la Goleta.

Llamáronse los maestros y capitanes de naos. Martin de Mongia vino luego, y con él Lúcas de Jáubregi almirante de la armada, y se les dió órden para que con las barcas anduviesen en el lago, ó estaño. Era el fin principal de esta diligencia querer acabar con la Goleta, combatiéndola por tierra, y la armada por la mar, y los de las barcas por el estaño, que de esta manera no les quedaba por donde poderse valer. Quitabanseles las provisiones y el socorro, y siendo vencidos, por donde poder huir. Era importantísima esta diligencia, y por estremo dañosa á la Goleta.

Al punto se aliñaron las barcas con sus empalizadas y defensas, asentando los versos y tiros. Dado este órden el emperador fue á ver la obra de la trinchera; y estando alli en su caballo, pasó un turco con su escopeta los lomos de un soldado. Condolióse de él el César, y le dijo que subiese á las ancas de su caballo para llevarlo S. M. á curar. El soldado no lo quiso hacer, y entonces el César le dijo, que se fuese á curar á su tienda.

Era el atrevimiento de los moros grande por haberse mandado en el campo, que ninguno saliese á escaramuzar. Este dia ya que el sol se queria poner, dos moros que dijeron eran alcaides de Barbaroja, venian en sus caballos con sus lanzas sobre los hombros, y aíroso semblante, por la costa de la mar, y entraron por donde el campo se alojó antes que á la Goleta se acercase. Llegaron al reparo con tanta osadia, que ninguno los juzgó por enemigos. Cuando juntaron con la caballeria de don Alvaro Bazan, fuéronse contra un cristiano, el primero que encontraron. El cristiano temió lo que podia ser, y lanzóse en la mar hasta la garganta. Entraron los moros tras él, y alli le mataron á lanzadas á vista de muchos soldados, que de ninguna manera le pudieron socorrer. Los moros se volvieron con el mismo semblante que habia venido hácia las ruinas de Cartago.

A 9 de julio estuvieron todos quedos sin pelear; solo se entendia en el campo en hacer reparos, y aparejos para combatir por todas partes la Goleta.

XXX.

Continua la misma materia:—Hechos de armas heroicos:—Alumbramiento de la emperatriz.

En diez de julio se pregonó en el campo, que los que no eran para tomar armas se entrasen en las naos so pena de perder la vida, y los que en las naves eran para pelear saliesen á tierra. Embarcaron luego en una galera los heridos, y enfermos que cupieron, y los enviaron á Palermo. Mandaron asimismo embarcar los tratantes y negociantes, y otra gente inútil, para desembarazar el campo. Pidió el marqués del Vasto, que los capitanes y sargentos mayores le diesen la lista de los soldados que cada compañía tenia, para saber el número de gente que habia, y repartirlos como convenia.

Entraron este dia en la bahia tres galeras de Sicilia, y una de Catania. Llegó asimismo el galeon grande de Ranteria, que venia de España con hasta trescientos gentiles-hombres, soldados, y caballeros. Vino otro galeon menor con este, dos naos, y dos patages de Vizcaya, y con ellos en conserva una carabela. Trageron estos navios alguna gente, y pocos caballos. Una de las naos venia cargada de harina y de bizcocho, y mucha artilleria. No se la tocó á cosas de estas, antes sirvió para provision de la gente que quedó en la Goleta, y en Bona.

El emperador envió una lengua, ó espia á Tunez, que venia con Diego Delgadillo, y le mandó que procurase entrar en la Goleta, y hablase con

los renegados, y los asegurase, que si se reducian se les haria buen tratamiento, lo mismo en Tunez con los moros; que su rey Hacen los perdonaria y haria mercedes. Fue descubierto este hombre, y preso le mandó Barbaroja hacer cuartos vivo. Todavia aprovechó lo que dijo á los renegados, pues se vinieron algunos, que dieron buenos avisos.

Hirieron los enemigos este dia á don Hernando de Velasco de un escopetazo, de cuya herida murió católicamente como quien era: dolió al emperador perder este caballero. La noche de este dia y la pasada hicieron los de la Goleta grandes alegrias, ó como ellos llaman, algazaras. Encendieron luminarias y hogeras: dispararon la artilleria y escopetas. No se sabia la causa, ó si era sacar fuerzas de flaqueza; dijeron que habia sido porque Barbaroja les habia enviado un gran socorro con el capitan Salarraez que trajo cuatrocientos turcos, y genízaros escogidos: el bravo enemigo estaba muy entero esperando haber victoria del emperador, fiado en la mucha gente que tenia, armas y municiones, y fortaleza grande de la Goleta: esto se notó en el campo viendo que de parte de Barbaroja, ni de la Goleta, no se acometió con partido alguno. Mataron este dia en los reparos con la artilleria de la Goleta seis hombres.

Salió el capitan Lázaro Albanes con sus capeletes á escaramuzar con los enemigos en los olivares. Mató por su mano un turco que se vino para él lanza á lanza. Cargaron hasta quinientos moros y alarbes de á pie y á caballo los capeletes albaneses con algunos caballeros aventureros y ginetes

de la compañia de Diego Lopez de las Roelas y de la marquesa de Pliego; serian todos hasta ochenta lanzas; los cuales dieron un Santiago tal, en los enemigos, que los pusieron en huida, y en el alcance les mataron doce de á caballo y tres de á pie.

Viendo un turco la cobardia de los muchos que huian, y el ánimo de los pocos que los seguian, lleno de corage se apartó de un escuadron que en los olivares estaba, de hasta cuatro mil caballos; y puesto á un lado, salióse á un raso donde estaban unas higueras: su trage era una targeta en el brazo izquierdo, la cimitarra desnuda en la mano, la pistoresa, ó puñal en la cinta, las faldas de la marlota cosidas por delante. Con tal semblante y apostura de valiente esperó un rato. Entendió un soldado español lo que el turco esperaba, que era matarse con alguno, y con la misma voluntad y ánimo salió á él con espada y rodela, puñal y celada de infante. El turco fue mas presto en darle golpe; el español lo reparó con la rodela, y entrósele, y de un reves le cortó el muslo, y derribándole le dió tantas heridas hasta que le mató, y le quitó lo que tenia.

Contra Pedro de Oribe de Urango, yendo con espada y rodela salió un alarbe de á caballo tan desapoderado, y determinado, que erró el golpe de la lanza; y Pedro de Oribe al pasarle desjarretó el caballo, y dióle tal priesa, que queriendo escabullirse y salvarse le hendió la cabeza, y se la cortó y llevó al César, y S. M. mandó á su caballerizo que le diese cierta suma de ducados. Pedro de Oribe no los queria recibir, diciendo que él no se habia puesto en peligro por codicia de oro ni plata

sino por ganar honra y hacer lo que debia. El emperador se los mandó tomar honrándole con palabras, y diciendo, que aquello debia él hacer como buen soldado, y él agradecerlo asi como su príncipe y general.

Acabáronse hoy con toda perfeccion los bestiones y á los ginetes españoles pusieron en mayor peligro mandándoles hacer guardia en parte muy cercana á la Goleta. Proveyóse asimismo que los tudescos saliesen fuera de lo fuerte á hacer de noche la guardia, y temiéndose que no lo harian lo encomendaron á los españoles soldados viejos de Italia, lo cual, si bien peligroso, aceptaron muy de gana.

Llegaron cuatro navios con gente y algunas provisiones de Cerdeña, que no bastaron aun para los señores de la corte. Llegó tambien un bergantin de España, con cartas y nuevas que la emperatriz habia parido una hija de que el César recibió gran placer.

Hacian los turcos de la Goleta cuantas fortificaciones y reparos podian, que sabian les era bien menester. Echaron una galera fuera para que de través tirase á los soldados, que hacian guardia. Contra ella asestaron del campo una culebrina, y al primer golpe dió tan cerca de ella, que se volvió sin osar mas esperar: luego se pusieron otras dos culebrinas, para que si tornasen á echar galeras, hubiese con que ojearlas.

Pasóse un mal hombre á la Goleta, que les dió aviso, como otro dia los habian de combatir y ellos en amaneciendo comenzaron á saludar el campo con su artilleria. Otros dos se pasaron arrepentidos de haber renegado al campo imperial. El uno dijo

que Barbaroja habia hecho una plática animando á los suyos y concertado que por tres partes de la Goleta, por los olivares y ruinas de Cartago diesen todos los suyos sobre el campo de improviso. Creyeron lo que este dijo y les hizo llevar muy mala noche y dia estando todos apercibidos y asándose con las armas por el grandísimo sol que hacia; mas no salieron los enemigos. Al otro fugitivo renegado preguntaron, qué pensamiento tenia Barbaroja y si sabia la gente y armas que el emperador allí tenia y si pensaban los de la Goleta defenderse. Respondió este hombre que muy bien sabia Barbaroja y por menudo la gente que habia en el campo y qué soldados viejos y cuantos vinieron; y finalmente, todo cuanto pensaban hacer, porque tenia en el campo muchos espias que comian y dormian con los imperiales y sabian sus secretos, y que en la Goleta ademas de ser todos valientes y ejercitados en armas, estaban ochocientos hombres de tanta honra y valor, que habian sido capitanes, alcaldes, arraezes, y otros oficiales de mar y tierra, que antes se dejarian hacer pedazos que rendirse.

La diligencia que dije haberse ordenado para echar las barcas con los trescientos arcabuceros en el canal y estaño, y quitar á los de la Goleta el socorro de Tunez y paso para él, no se hizo. Culparon á los vizcainos que por hacerse mal y haber envidias entre ellos, lo estorbaron poniendo dificultades, que despues pareció no haberlas, y fue á causa de ser tomada con mayor daño la Goleta y de que se escapasen muchos de ella.

XXXI.

Acércase el ataque general.

A 11 de julio salió gran número de moros y alarbes de los olivares, dejando emboscados otros infinitos. Salieron á ellos ciertas compañias de arcabuceros: descubrióse la celada, pero no por eso dejaron los arcabuceros de ir á ellos. No hubo cosa notable mas que los enemigos se volvieron con mas pérdida que ganancia.

De los italianos se pasaron á la Goleta dos napolitanos que avisaron de lo que en el campo se hacia y pensaban hacer. Lo cual se vió en el tirar y acometer de los enemigos.

Pusiéronse en el cuartel de Luis de Alcocer y Bocanegra otras dos piezas de artilleria que faltaban. Acudian á todo con gran diligencia don Pedro de la Cueva, proveyendo en la artilleria y bestiones y Mr. de, Vauri marqués de Corata, comisario general. El emperador ofreció este dia con don Luis de Avila que lo vino á decir, que al primero que entrase en la Goleta daria cuatrocientos ducados de renta por su vida, trescientos al segundo y doscientos al tercero.

Un tal Mudejar de Granada que habia sido alguacil en el Albaizin, dio aviso á Barbaroja de que la torre que estaba en el cerro de cabo Cartesa, tenia pocos soldados en su guardia y que era gran estorbo, porque de alli atalayaban los moros que en la Goleta entraban y salian y seria facil ganarla antes que los cristianos pudiesen socorrerla. Contentóle á Barbaroja el aviso y determinó lo

marla, no tanto por necesidad que de ella tuviese, cuanto por ganar alguna reputacion. Para esto á 12 de julio envió gran número de moros y alarbes con algunos turcos y genízaros y otros renegados. Estaban en esta torre que llamaban de la mezquita, hasta diez arcabuceros y algunos piqueros, servian en ella de atalayas dando avisos con ahumadas de los enemigos, cuando venian.

Acometieron los enemigos de improviso con tanto ímpetu, que los que la defendian peleaban mas por defenderse, que para ofender. Sintióse en el campo y tocaron reciamente al arma. Salió el emperador con la gente de á caballo y dos mil alemanes. Viendo los enemigos el socorro que contra ellos iba, se desviaron del combate, retirandose sin osar esperar. El emperador la mandó desamparar recogiendo los que en la torre estaban al cuerpo del ejército, porque ya se llegaba el tiempo de dar la bateria á la Goleta y en este dia habló el emperador á los suyos manifestándoles esta determinacion y asi animándolos con muy buenas razones para ello, pidiéndoles que si en las ocasiones pasadas, que habian sido suyas, se habian mostrado valientes, en esta que era sola de Dios, cuyo alférez él era, se mostrasen valentísimos, donde el morir seria glorioso; que él seria con ellos en los saltos el primero y en los bestiones y baterias delante.

Vuelto á los españoles dijo, que mirasen hoy á su rey peleando contra los enemigos y cosarios de las costas de España y procurasen con obras cumplir sus obligaciones, satisfaciendo al nombre que entre todas las gentes del mundo tenian. Tales y otras semejantes razones dijo el emperador á los

suyos con que se encendieron sus ánimos deseando ya verse en la pelea. El marqués del Vasto y Hernando de Alarcon, suplicaron al César se apartase de los peligros y no pusiese á tanto riesgo su salud, pues en ella iba no solo aquella victoria, mas el bien de toda la cristiandad. Proveyóse la infanteria de municion. Avisó Cristóbal Arias sargento mayor del combate, que para el dia siguiente estaba aplazado: echóse bando con trompetas y atabales, que toda la caballeria acudiese al estandarte del emperador; los ginetes acudiesen donde les señalasen; la infanteria italiana al marqués del Vasto. y la española á don Sancho de Alarcon. Señaláronse sesenta galeras para batir y para que con menos peligro lo pudiesen hacer; se desarbolaron, hicieron reparos en las proas y arrumbadas de jablazon y ropa; señalaron las que habian de hacer guardia en cabo Cartesa: proveyóse que otras fuesen sobre la Goleta á la banda de Rada, para quitar el socorro que por aquella parte pudiese venir á los enemigos; cercóse el real de fuertes, fosos y trincheras donde eran mas necesarias. Mandóse á los caballeros que todos estuviesen armados, sopena de la vida, los caballos apercibidos y que ninguno se moviese de sus puestos.

Cupo á don Alvaro Bazan hacer guardia en el cabo Cartesa y suplicó al emperador le diese licencia para hallarse en la bateria. Quísolo asi el César, poniendo en su lugar á Miguel Bobera.

A trece de julio, antes que amaneciese se pusieron las galeras en órden para dar la bateria, y don Albaro Bazan delante de todas, sobrevino un recio viento contrario, que desvió y alteró los navios, de suerte que no podian jugar la artilleria

por esta causa se suspendió por este dia el combate. Sacáronse seis tiros gruesos, y pusieronles en un reparo que hicieron cien pasos adelante de los bestiones, que á los españoles que de Italia vinieron tocaban, y por-guardia la compañia del conde de la Nobeleta, la de Morales, y de la Boca Negra.

Pasóse este dia un capitan renegado de los de la Goleta, que dijo al emperador el gran miedo que en la Goleta habia. Hicieron sargento mayor á Juan Navarro alférez que fue del capitan Jaen, sobre Florencia.

XXXII

Toma heróica de la Goleta.

No quiso el emperador perder tiempo para batir, y combatir la Goleta, porque enfermaban muchos por la destemplaza del aire, que de dias derretian con el sol, y de noche casi se helaban con el rocio, de donde resultó en el campo un gran desconcierto de vientre, en los no muy ricos. Habia gran hambre y sed, hedor de los muertos, sin los contínuos heridos que traian: el agua era salobre y turbia del mucho jarrear, comian manzanas no maduras para matar con ellas la sed, que tambien los corrompian, y aun la panatica de la flota se calumbrecia. Hubo, pues, gran priesa y diligencia en asentar la artilleria, y recogerse todos á sus banderas, fortificar el vallado, y baluartes para la bateria.

Ordenaronse los tercios en tres partes, diciéndoles lo que habian de hacer, y lo mismo se hizo en la flota para que batiesen las naos y galeones

la Goleta, repartiendo las galeras en otros tres tercios, y que tirasen á veces, dándose lugar los unos á los otros.

Sosegado el mar, y segura la tierra de la tempestad que los embarazó, como dije, tres dias para no poder dar el combate, ni por mar, ni por tierra; esta noche antes de la batalla el emperador en persona, acompañándolo su cuñado el infante don Luis de Portugal, visitó todos los reparos y bestiones, las trincheras, la artilleria, exortando con dulces palabras los capitanes y soldados con rostro alegre y semblante animoso, diciéndoles que en esta jornada tan santa y pia, y tan necesaria á ellos, y á toda la cristiandad quisiesen mostrar su valor, porque vencida y espugnada la Goleta, ni á Tunez, ni á todo el resto de Berberia quedaba reparo: que en esta victoria ganaban nombre, y riquezas que durarian para siempre. Que mirasen las victorias que habian ganado en Italia, de los franceses, y de otros príncipes poderosos, las ciudades y castillos que habian conquistado no estando él con ellos, sino muy lejos en España, que ahora que le tenian consigo no debian ser menos. Que no perdiesen la honra que habian ganado en Alemania, pues con solo su nombre habian espantado al turco, y héchole retirar sin verles la cara, trayendo quinientos mil combatientes. Que mirasen que estaba él alli como su capitan, y como un particular soldado de ellos. Que acometiesen con ánimo, que él prometia de hacer mercedes, satisfaciendo, segun los méritos, á cada uno.

Con esta exhortacion tan digna de memoria, que el César hizo á sus soldados lunes á catorce de

julio, ya que queria abrir el alba, habiendo el emperador oido misa, y comulgado con los de su corte, se pusieron en escuadrones todos con gran concierto, tocaron las trompetas, y descubrieron los tiros de los bestiones, que estaban cubiertos con fajina. Habia veinte piezas en la parte de los españoles para batir, con una culebrina que pasaba de veinte pies en largo. De cañon á cañon habia nueve pasos. Estaban por el mismo órden diez y seis piezas en el cuartel de los bestiones de los italianos. Hízose antes una trinchera pequeña, ó foso, delante de la torre del agua, y tienda del emperador, en la cual pusieron mil arcabuceros con algunas compañias de los españoles bisoños para que asegurasen el campo, repartiendo sus centinelas, ó espias, para que avisasen si de Tunez, ú otra parte viniesen enemigos.

Dada finalmente la señal, comenzando ya á ser de dia, con grandísimo estruendo hizo salva la artilleria, y al punto respondieron los de la Goleta, que dormian y sabian bien el dia que se les aparejaba. Batian los españoles el bestion de la marina y muralla nueva, y la misma torre de la Goleta: los italianos batian el reparo, que los turcos fortalecieron con remos hasta el estaño, y delante de estas dos baterias, cien pasos, se habian puesto la noche antes seis banderas de los españoles viejos, los cuales batian con seis cañones dobles, la misma muralla nueva. La armada de mar estaba asi mismo repartida en batallas ó escuadrones, porque el príncipe Andrea Doria con veinte galeras desde bien cerca batia la torre de la Goleta, y el muro nuevo, y el bestion de la marina. Ayudábanle el conde de la Anguilara, caba-

llero romano, general de las galeras del Papa con sus galeras, y con las de Rodas ó Malta, y otras, y con los galeones de Portugal y Belomo, y otros navios gruesos que se habian podido acercar.

La bateria fue terrible, y por tantas partes, que los turcos no sabian como valerse, si bien hacian cuanto podian, tirando desde sus galeras, y bestiones, y desde los reparos. Mandó el emperador á don Garcia de Toledo, marqués de Villafranca, general de las galeras de Nápoles, y á don Alvaro Bazan, general de las galeras de España, que por lo que podria suceder se fuesen á poner con veinte y cuatro galeras sobre el cabo de Cartago, donde antiguamente solia estar uno de sus puertos, para que si los alarbes, ó moros acometiesen al ejército cristiano por las espaldas en tanto que se combatia la Goleta, estas galeras los defendiesen, tirando por costado á los que quisiesen llegar á ofender, lo cual puso tanto terror en los moros, que en todo el dia no osaron acometerlos por estar tan descubiertos de aquellas galeras.

Ademas de esto mandó el César estar la caballeria toda entre los reparos, y olivares, y una parte de ella al cabo de Cartago, para que con mas seguridad pudiesen estar, y combatir la Goleta. Fue la bateria recísima, porque la artilleria jugaba con maravilloso concierto. Los que tiraban de los bestiones, ó por alto, ó por bajo, no daban en la muralla. Reventaron dos cañones por culpa de los artilleros, y en poder de otros reventaron otros cuatro.

Quejábase el emperador (que á todo asistia) de que de aquella parte no batian: fue allá el marqués del Vasto, y visto el desconcierto en el tirar,

entendiendo era con malicia, mató con la gineta dos artilleros, y preguntando á otro porque estos no hacian su oficio, respondió que estaban enojados, porque quisieran el vino puro, y se lo daban aguado; otros dijeron, que por habérselo bebido tan puro, y demasiado. Respondian de la Goleta y sus galeras con contínua artilleria, y de un balazo hirieron á Marco, baron de la Escaleta, natural de Mecina, que era un valeroso, y diestro soldado, el cual perdió un brazo, y levantándose del suelo herido, dijo con ánimo: «Lo que no pudo hacer contra mí el esfuerzo de muchos, ha podido una bala desmandada.» Y diciendo esto espiró. Habia traido en servicio del emperador dos galeras.

Fue asi mismo herido un hermano suyo, y muerto un gentil-hombre de aquel tiro; tanta es la fuerza de la pólvora. Tenian los turcos ademas de la artilleria que contra la mar estaba asestada, un gran barco grueso y fuerte en que traian piedra á la Goleta con cierta rueda como lo usan en Génova para reparar el muelle. En este hicieron un reparo de fagina y tierra, y con dos piezas, á su salvo, tiraban á todas partes. Mataron al patron de la galera Capitana de Nápoles, que don Garcia de Toledo trajo. En la del príncipe de Salerno mataron treinta y cinco hombres. De la galera de Nápoles llamada San Antonio, llevó un tiro algunos de los que estaban presos en cadena. Las galeras se acercaron hácia la Goleta, y de nuevo y con ímpetu la batian respondiéndole, y ayudando con el mismo ímpetu y furia la artilleria del campo, respondiendo los enemigos con la misma braveza: de suerte que si los acometian con ánimo; los rebatian con el mismo, porque den-

taro en la Goleta ademas de los turcos, genízaros y renegados, habia treinta capitanes escogidos.

Los alarbes y moros de la parte de los olivares, venian hácia la torre del agua á la trinchera, donde dos mil arcabuceros estaban: arremetian y daban presto la vuelta, ni haciendo ni recibiendo daño. El emperador con grandísimo cuidado acudia á todas partes, y hallándose á caballo en esta trinchera un moro ginete blandeando la lanza, se vino poco á poco acercando. El emperador se apeó y pidió un arcabuz cargado, hincó la rodilla en tierra, y encaró contra el moro, pero descubriendo el enemigo la gente que tras las trincheras estaba: volvió las riendas y puso las piernas al caballo. Descargó el emperador y erró el golpe por ser la distancia larga. El emperador se sentó un poco, y el moro tornó como de primero diciendo á voces que todos lo oian: «En balde trabajais, cristianos; tornaos, tornaos, que ni habreis á Tunez, ni entrareis en vuestros dias en la Goleta; habeis perdido el tiempo y gastado vuestra municion, no en daño nuestro sino vuestro.» Parecia este moro en el hablar segun era cortado, un fino castellano. Tornó el emperador á tomar el arcabuz, y si bien le asestó de punteria con la gran distancia y velocidad del moro, se perdió el tiro.

Duró la bateria por mar y por tierra lo mas fuerte dos horas largas, y tras ellas cuatro, que fueron seis, que no se acordaron haber oido otra semejante; (de suerte que se echaron sobre la Goleta mas de cuatro mil balas; y porque fuese tal, andubo el emperador, (aunque habia tenido gota aquellos dos dias) sobre los artilleros. Era tan

grande el ruido de los golpes de la artilleria, que temblaba la tierra, y parecia romperse el cielo. La mar que al principio estaba sosegada, espumeó y ondeó fuera de su natural bullendo mucho. El humo quitaba la vista y los truenos ensordecian. Cayó, pues, buena parte de la torre con su barbacana, tomando debajo la artilleria y artilleros. Entró á reconocer el capitan Jaen con cinco arcabuceros, y con Herrera, gentil-hombre de la compañia de Luis Pizaño. Este, llegando con su espada y rodela, viendo la manera de los enemigos, dijo á Jaen: «Capitan, echarme he dentro, que esto no es sino corral de vacas.» Cuando volvió Herrera, el emperador le puso el brazo encima del hombro y le dijo: «Digoós que sois hombre de ánimo.»

Serían casi dos horas mas de mediodia cuando el emperador, apercibidos los arcabuceros de la trinchera y las compañias que no batian, fue á pie al reparo, donde los seis cañones estaban con harto peligro, á causa de que no cesaban de tirar mosquetes. Comunicáronse allí el marqués del Vasto y príncipe Doria, y concluyeron que era ya tiempo de arremeter á la bateria de la Goleta. Habló el emperador con Grambela un rato en tudesco, y volvió luego á los reparos, é hizo un breve razonamiento animando á los españoles y de ellos fue á los italianos, y finalmente á los tudescos.

El sargento mayor avisó á los capitanes que estuviesen apercibidos, diciéndoles el órden que estaba dado, que era que saliesen por tercios llevando Santiago la vanguardia, San Jorge batalla, San Martin retaguardia, y dos mil tudescos por

batalla: tenian la misma órden los italianos, y para socorro tres mil españoles de los bisoños.

Llegaron de parte de don Alvaro Bazan, el capitan Francisco Julian, y Hernando de Palma catalan, proveedor de las galeras de España, y dijeron al César que por la bateria que las galeras habían hecho, se habian abierto portillos, por donde sin embarazo podrian entrar en la Goleta, que siendo el César servido, don Alvaro entraria con la gente de galera, sin que los turcos fuesen parte para estorbarlo. Fue ocasion este aviso para acelerar el asalto, y asi dispararon luego las culebrinas y cañones; mas sin pelotas, por no hacer mal á los que arremetian, y sin tocar trompeta ni esperar que la tocasen. En el punto que el estandarte se levantó, que era señal de acometimiento, con grandísima furia los españoles arremetieron, animándolos un fraile franciscano con un crucifijo en la mano.

Los españoles soldados viejos á quienes principalmente estaba encomendado el asalto, arremetieron con escalas, y tán galanes como si fueran á tornear (que asi lo acostumbran los de esta nacion); llevando divisas para ser conocidos, porque no les pasa por el pensamiento, puestos en esta ocasion, mostrar las espaldas al enemigo. Don Alvaro Bazan fue avisado, y tomando una espada de Juan Ferrer su camarero, porque no le daban tan presto la suya, armado con solas cinco personas, saltó en tierra, y fue el primero que por su parte entró en la Goleta, si bien otros (como diré) de los de tierra, ganaron antes esta palma. Los turcos dispararon algunos tiros á la parte de los italianos, y comenzaron á detenerse; y los españoles

que iban entre bestion y bestion á remolinar.

Viendo esto el emperador acudió á ellos diciendo á voces: «Oh mis soldados! oh mis leones de España!» Con lo cual se encendieron tanto sus ánimos, que perdido el temor arremetieron como si no tuvieran delante la misma muerte, y se pusieron en grandísimo peligro, porque los turcos peleaban con coraje, y se ayudaban lo posible, mostrando un gran valor Zinam judio, que lo sostenia y esforzaba, disparando infinitos arcabuces y saetas, y otras municiones de fuego que arrojaban. Finalmente, no habia hecho portillo la artilleria, por donde ya no entrasen imperiales, y banderas mostrándose todas las naciones del campo imperial valientes, y deseosos de la victoria, y sobre todos los españoles fueron primeros en el entrár, por ser tanta su ligereza de los siglos antiguos celebrada, y proverbio en estos, que el tudesco en campaña, el italiano tras muralla, y el español á ganalla.

Volvieron las espaldas los turcos huyendo poco á poco al principio, peró como vieron los que cargaban dejando las armas, huian sin empacho. Quisiéronse hacer fuertes en la plaza, mas no les valió. Fue la mortandad grande, porque los que guardaban el reparo hácia la parte del estaño, no pudiendo pasar por el puente de la canal, á causa de la prisa de la gente que se apretaba, se echaron al agua en el mismo estaño, para salvarse en las barcas; pero no pudieron ser tan prestos, que los españoles no fuesen con ellos á las vueltas, matando á muchos, siguiéndolos por el agua hasta los pechos, por hartar la ira natural que la diversidad de religion cria en los ánimos.

Poco antes que se acabase de dar la bateria en la sierra de la mezquita que sobre el campo mira, estaban hasta diez mil moros de á pie, y de á caballo, esperando el fin de la bateria; y viendo como los turcos habian perdido la Goleta, y que los cristianos los seguian ejecutando el alcance, levantando una gran grita se fueron. Siguióse la huida y muerte de los enemigos, sin piedad, porque no la merecian, por tierra mas de dos millas, hasta que de cansados y muertos de sed, no pudieron mas seguirlos: si las barcas que se habian ordenado para el estaño se hubieran echado en él, fuera grande la matanza que en los enemigos se hiciera, y riquísimo el despojo, porque muchos de los turcos se acogieron á Tunez en los bergantines y se ahogaron: otros en ellos por cargar mas de lo que podian llevar. Asi que muertos en batalla, y ahogados fueron mas de mil y cuatrocientos de los mas valientes que en la Goleta estaban.

Embarazábanse mucho con sus faldas largas, con las marlotas turquesas en el cieno y agua del estaño, y paredes de la canal despues de mojadas. Murió aqui el alcaide Orrucho, turco de nacion, que habia sido cristiano con hijos y mujer en Mallorca. Murieron doscientos genízaros, gente belicosa y diestra; y lo que con razon se notó fue, que en el puesto donde cada uno peleaba, allí perecia sin apartarse un paso de él, y lo mismo hicieron los oficiales, como artilleros, herreros ingenieros; y pudiendo escapar las vidas con huir, quisieron mas morir como valientes por defender su Goleta.

El marqués del Vasto entró con otros caballe-

ros y soldados, y viendo la huida de los turcos, llegando á una cruz, que fray Buenaventura, fraile francisco traia, hincó las rodillas y besó en tierra dando gracias á Dios por aquella victoria. Hizo el César lo mismo, cansado y fatigado del calor y peso de las armas; y con lágrimas dijo aquel verso del salmo: *Non nobis Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.* No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á vuestro nombre dad gloria. Asi se recogió á su tienda.

Los primeros soldados que entraron en la Goleta fueron, Miguel de Salas, y Andres ó Alonso de Toro, alférez que fue del capitan Zambrana, ambos naturales de Toledo. Gaitan alférez del capitan Jaen, porfiaba que él habia sido: pretendia lo mismo Mendoza alférez de Carrillo, y Juan de Béjar, Pedro de Avila, Diego de Isla, capitan de un galeon, Fuensalida, alférez de Hernando de Vargas, y otros tuvieron la misma pretension. La causa de no saberse de cierto fue, que acometieron por diversas partes y portillos, y asi parecia á cada uno haber sido el primero. El emperador dió á Fuensalida doscientos y cincuenta ducados de renta de por vida, y á Mendoza alférez de Carrillo otros tantos, á Alonso de Toro doscientos, al capitan Miguel Navarro ciento, á Miguel de Salas ciento, á Isla ciento, á Herrera ciento, dándose á cada uno privilegio para donde lo queria.

La misma merced hiciera el emperador á otro valiente español, sino muriera, porque como otro Epaminondas, clavadas las piernas de un tiro grueso, cobró su arcabuz arrastrando, y espiró abrazado con él.

De los caballeros fue el primero que entró, el

príncipe de Salerno acompañado de los suyos, armado de todas armas, la vista alzada, y la espada desnuda en la mano, con la maza de hierro al arzon. Pasado el bestion de los enemigos estaban cincuenta caballos buenos atados á unas estacas y otras bestias y camellos, y porque por robar y saquear no dejasen de pelear los primeros que entraron los desjarretaron.

Murieron hasta veinte y seis cristianos los mas de golpes de artilleria. Entre ellos fue don Pedro de Urrea, sobrino del conde de Aranda comendador de San Juan. Fue notable que un soldado natural de Trujillo, faltándole las piernas por medio de los muslos, y la carne y canillas destrozadas, gimiendo y revolviéndose en su sangre, lo mejor que podia con los dolores de la muerte apellidaba: «Victoria, victoria!» sin que de ella pudiese ni esperase gozar.

XXXIII.

Saqueo:—Escribe á España el emperador.

El saco que hicieron los soldados fue pobre, porque en las galeras habia poco que robar para ellos: las vituallas fueron muchas, y de importancia. Halláronse mas de 300 piezas de artilleria, y aun de hierro, bronce y fruslera fueron mas de cuatrocientas, y dentro en la Goleta 40 muy gruesas, y algunas con flor de lis, y aun pelotas de la misma señal: otras con Salamandrias con esta letra: *Nutrisco et estinguo.* Sustento y mato, decian ser todas de Francia.

Tomóse gran municion de pólvora, balas, ar-

cabuces, arcos, turquescos, y haces de flechas. Tomóse tambien toda la flota, que dió tanto contento al César como la Goleta, que serian cuarenta y dos galeras en la canal, en las cuales habian de veinte y seis, veinte y siete, hasta veinte y ocho bancos y algunas de dos popas tan ricas y de tanta mazoneria y oro labradas, que no se habian visto mayores ni mejores entre cristianos. Entre ellas estaba la Capitana que Barbaroja trajo de Constantinopla: galera en que hubo bien que mirar por ser tan larga y ancha, y de muchos aposentos. Cobróse la Capitana en que acabó el poco venturoso Rodrigo de Portundo general de las galeras de España. Hubo mas de cuarenta y cuatro galeotas, fustas, y bergantines, otros navios redondos veinte y siete, sin otros vasos pequeños de diversas maneras.

Este mismo dia entró el empérador en la Goleta acompañado del infante su cuñado, y del rey de Tunez, y otros muchos señores y caballeros, y dijo mirando al rey con alegre semblante: Señor será la puerta y camino por donde entrareis en vaestro reino:» A las cuales palabras inclinándose mucho al rey moro con gran reverencia le volvió las gracias, rogando á Dios le diese cumplida victoria.

No se olvidó este dia el emperador (si bien fue grande, y con razon el gozo de la victoria) de su España: escribió á la emperatriz y á los grandes y vireyes diciéndoles:

»EL REY.

»Marqués de Cañete, pariente nuestro, virey y capitan general en el nuestro reino de Navarra. A 30 del pasado os escribimos nuestra llegada aqui, y lo que hasta entonces se habia hecho en esta empresa. Despues se continuaron las trincheras para llegar y asentar la artilleria sobre la fuerza de la Goleta, acabadas las cuales, y hechos todos los otros proveimientos necesarios para semejante cosa, porque los enemigos la tenian fortificada con muy buenos reparos y bestiones y mucha gente y mucha y muy buena gruesa artilleria mas de lo que se pensaba, aunque no era poco lo que se entendia y conocia, habiendo los tiempos por lo que se habia de hacer con la armada dilatado algun dia. Finalmente, hoy miércoles dia de la fecha de esta se comenzó á dar la bateria al punto del dia por tierra y por mar, y se continuó sin cesar muy recia, por seis ó siete horas defendiéndose los enemigos con toda su artilleria, todo lo que les fue posible: al cabo de las cuales con ayuda de nuestro Señor se entró y ganó la dicha fuerza por los nuestros, por combate y batalla de manos, y los enemigos furon constreñidos y forzados á desampararla y huir quien mas podia sin alguna órden, parte de ellos por tierra, pasando una puente que tenian hecha desde la fuerza á tierra firme, y parte lanzándose por el estaño que va á Tunez: de los cuales en la bateria, en el combate, y en la huida se yendo, seguidos de los nuestros, han sido muertos y ahogados gran número, y aunque no se sabe lo cierto, dicen los que lo han visto, que se-

rán dos mil. Hanse tomado entre galeras, galeotas, bergantines y otras fustas hasta sesenta ó ochenta, y en ellas, y en los reparos y fortificaciones muy gran cantidad de artilleria, y muy gruesas, y buenas piezas. Por todo, habemos dado y damos muchas gracias á nuestro Señor, que sin duda segun el sitio, disposicion, fortificacion y fuerza de gente y artilleria que habia, aunque fueron muy reciamente apretados, ha sido obra de mano de nuestro Señor, haber asi acabado, y con tan poca pérdida de los nuestros, que no pasaron de treinta hombres. Esta noche despues de haber reposado la gente, partiremos con nuestro campo, para Tunez siguiendo la victoria, y esperamos que si hubiere resistencia nos la dará, como lo ha hecho en esta, y os avisaremos de lo que mas sucediere. El rey de Tunez, despues que vino á Nos ha estado y está en nuestro campo con doce ó quince moros, que quedaron con él, y hasta ahora no son vueltos los que con él vinieron, que envió á tratar con los alarbes, que le viniesen á ayudar, ni ellos espera que le acudirán, y créese que lo han diferido hasta ver el suceso de la Goleta por respeto de Barbaroja, de las fuerzas que aqui tenia. Esto haced saber á los del nuestro consejo, y prelados de ese reino, de nuestra parte.

De nuestro campo de la Goleta á 14 de julio de 1535.=Yo el rey.=Cobos, comendador mayor.»

XXXIV.

Prepárase Barbaroja á defender á Tunez.

Sintió mas Barbaroja la pérdida de la Goleta por la flota, que por la misma fuerza: porque quedaba manco para poderse valer del mar, que era su abrigo. y donde se sentia invencible: y por no tener donde huir de las manos poderosas del César, si lo echaba de Tunez, y aun los cosarios, y capitanes turcos de galeras se quejaban sintiendo su perdicion. Por lo cual, como ya estaba medroso, riñó mucho al judio Zinan por haber dejado perder la Goleta, dando baldones á los genízaros, y turcos, con palabras afrentosas. Pero Zinan que no era menos cuerdo, que valeroso y valiente, le respondió por todos diciendo, que no desampararon la fuerza por temor de los hombres, sino de los diablos, que asi se debian llamar los tiros de fuego: cuanto mas que la furia de los españoles habia sido tanta, que él mismo la desamparára si alli estuviera, y que se guardaron para ayudarle á defender aquella ciudad, y su persona, como veria peleando: por tanto, que acudiese á resistir al enemigo.

Disimuló Barbaroja con aquello su pasion: rogoles ahincadamente que no le faltasen en aquel trabajo: mostróles camino para resistir, y aun vencer al César, si pasasen contra Tunez, por falta de pan, y agua; y por cien mil combatientes que tenia, porque ya llegaban Mezguin, Ulat, Jacob, Morabita, y otros poderosos jeques enemigos capitales de Muley Hacen, y de cristianos. Dió dineros á los principales de Tunez y su tierra, á unos

porque no le faltasen : á otros porque le siguiesen que algo los sentia rebotados y dudosos despues que se habian perdido la Goleta y flota.

Puso mayor guarda en Tunez, de la que haber solia, velando él casi toda la noche; y en los pozos que hay fuera hizo otras cosas para defender la ciudad, y su persona. Envió á Bona cuatrocientos turcos, donde habia puesto gran suma de dinero, oro, plata, y joyas, y otras cosas que mas estimaba. Mándoles despalmar catorce galeras, y una galeota, lúego que á Bona llegasen.

Nunca se pasó por el pensamiento á este cosario desamparar á Tunez, si por batalla no fuese vencido: parecióle que el emperador se contentaria con haber ganado la Goleta, y que de alli se volveria; y que si mas quisiese, le estorbarian la falta de bastimentos, y la del agua. Quiso hacer muestra de toda su gente, y á 17 de julio dentro en Tunez delante del Alcazaba, hizo muestra general, y halló, segun la cuenta de su secretario el renegado, entre moros, turcos, y alarbes, genízaros, y renegados, ciento cincuenta mil hombres de pelea, medianamente aderazos á su usanza, entre los cuales eran los trece mil arcabuceros, y ballesteros, muchos turcos con arcos, y flechas de alarbes, y moros de á caballo pasados de treinta mil.

Hizo una plática á los alfaquios, que son sus doctores y sacerdotes, y eran mas de doscientos los que habia en Tunez, y á otros ciudadanos principales animándolos. Hizo algunas crueldades; y sacó los ojos á los que declaraban por Hacen: amenazó de muerte á otros: finalmente, no le quedó cosa por intentar, que para todo era el bárbaro bravo, prudente, cuidadoso y sagaz.

XXXV.

Murmúrase en el campo imperial contra el proyecto de combatir á Tunez:—El emperador habla á sus capitanes, decidido á acometer esta empresa.

Mandó el emperador luego, que fue tomada la Goleta, enterrar religiosamente los cristianos que en la guerra murieron, y echar en grandes hoyos los infieles, y aun los caballos y camellos, porque con el mal olor no inficionasen el aire, que era la corrupcion cierta: mandó asimismo restaurar lo derribado en la Goleta con mayor fortaleza, y aderezar los carretones de artilleria que se tomó, porque estaban mal hechos.

Comenzóse á publicar que el emperador estaba determinado á pasar sobre Tunez, y en el campo, entre la gente comun y capitanes ordinarios, habia varios pareceres, porque decian algunos que bastaba para seguridad del mar, y de las islas, y costas de Italia y España; que era lo principal que el emperador pretendia haber tomado á Barbaroja la flota y Goleta en que estribaba la honra y toda reputacion. Otros decian que habia muchos soldados enfermos, y que ni la infanteria bastaba contra tanta morisma, especialmente faltando ballestas, que es la mejor arma para hacer en Berberia: ni era poderosa la caballeria cristiana contra veinte mil alarbes que tenian buenos caballos, y eran diestros en ellos, segun lo habian visto y probado en muchas y diversas escaramuzas que hubo. Que se ahogarian de sed, y calor en el camino, porque no tenia agua. Que Barbaroja em-

ponzoñaria los pozos, y cisternas de Tunez por matar los cristianos, si bien muriesen los moros. Que para una ciudad tan grande, por lo menos ochenta mil enemigos, eran muy pocos veinte y tres mil hombres de pelea que el emperador llebaba. Que se podia temer, que le sucediese lo que al santo rey Luis IX de Francia habia acaecido, perdiéndose por la misma causa sobre Tunez. Que bastaba para que Barbaroja fuese deshecho de todo punto, y desamparado de todos, haberle quitado su armada. Que no era hombre para tan poco, que hallándose al presente con cien mil hombres, y tanta artilleria bien bastecido, y señor de los alarbes, se dejaria echar de Tunez así como quiera.

Estos, y otros inconvenientes que decian, llegaron á oidos del César: el cual maravillado de tan nueva alteracion, que en su pensamiento no habia caido, mandó venir ante sí todos los caballeros, capitanes y hombres de cargo, á los cuales con palabras modestas y graciosas, y de Magestad, á 17 de julio les dijo: Que pareciendoles tener ya conocida su virtud y valor, jamas habia pensado, si bien se lo habian dicho, que tanta bajeza de ánimo pudiese caber en corazones de gente tan generosa y que en el colmo de sus victorias quisiesen desamparar aquella empresa teniéndola casi vencida, faltando en lo que á Dios debian, á sus honras, á la obligacion de quienes eran, á su fé, y al juramento de caballeros. Que viesen si se debia estimar mas la reputacion, que á la salud, que antes de salir de España, donde se pudiera estar holgando se le habian representado aquellos trabajos, y otros peligros mayores, pero que todos los

habia pospuesto con determinado corazon de servir á Dios: que si la ganancia de la Goleta, ó el temor de nuevos trabajos, ó de mayores peligros, los tenia tan deseosos de volver á sus patrias, desde luego daba licencia á todos los que se quisiesen ir. Que él con los que por amor de Jesucristo y por el de sus honras quedasen en su compañia, ó darian glorioso fin á la jornada, ó seria de él y de ellos lo que Dios tenia ordenado; pero que les hacia saber: Que él no habia pasado de España á Berberia con tanto aparato de guerra para solo ganar la Goleta y armada de los turcos, sino para echar de Tunez un ladron enemigo del nombre cristiano, y poner en posesion de aquel reino, á Muley Hazen como se lo tenia prometido. Que no tenia olvidados mas de veinte mil hombres cristianos que estaban cautivos con miserable servidumbre dentro en Tunez, esperando que los sacasen de aquella esclavonia, por lo cual estaba determinado, ó de quedar muerto en Africa, ó vencedor enteramente entrar en Tunez.

Arrimáronse á este parecer el infante don Luis de Portugal y el duque de Alba, con lo cual quedó resuelta la jornada este mismo dia.

XXXVI.

Marcha penosa del ejército imperial.

Pasado esto, á 18 de julio mandó el emperador que se aprestasen todos y comenzasen á marchar la vuelta de Tunez: tiraban los soldados á fuerza de brazos la artilleria, porque les faltaban bestias y aun gastadores para allanar los caminos.

Pusiéronse á caballo los señores de la corte y casa del César todos armados. El emperador no salió de su tienda, donde estaba retirado en consejo de guerra. El sol era terrible, y dábales de lleno, porque ya estaban fuera de sus tiendas y reparos. Faltábales el agua, y volvióse á murmurar y sentir mal de la jornada de Tunez; y por ser tarde mandó el emperador que se retirase la artilleria y gente á los alojamientos de donde habian salido, echando bando que para el dia siguiente bien de mañana todos estuviesen á punto.

Tenia ya de Muley Hacen, sabido el sitio de Tunez, la fortaleza de la Alcazaba, las voluntades de los naturales, cual era el camino entre los olivares, si habia que recelar por entre ellos, y qué pozos y cisternas estaban antes de llegar á la ciudad. Mandó que Andrea Doria proveyese al ejército de agua en barcas, y asimismo de pan y otras cosas, enviando en cada nao provision de cuatro dias para la gente y caballos que habia traido, y que el marqués del Vasto hiciese llevar los soldados, borotas de agua, y comida para tres ó cuatro dias. Que se llevasen doce tiros, los seis grandes con pelotas y pólvora necesaria; los cuales arrastraron hombres. Vedaron que llevasen mujer alguna, las cuales y los enfermos metieron en la Goleta. A los mercaderes y tratantes y á los oficiales con sus oficios, los arrimaron y recogieron en la plaza de ella, y junto á sus murallas y defensas, dejando los tiros que eran menester para seguridad de los que quedaban, toda la demas artilleria embarcaron.

Quedó en tierra Andrea Doria con algunas compañias de italianos y tres de españoles, que

fueron la de Alonso Maldonado, Juan Perez y Baraez. Don Alvaro Bazan guardaba la mar con sus galeras, las proas puestas en tierra y la artilleria en órden. Sacaron de las naos marineros, para que á brazos ayudasen á tirar la artilleria que llevaban contra Tunez, con la municion, pólvora, pelotas, azadones, espuertas, palas y escalas, llevándolo todo á hombros por falta de caballos.

Martes, pues, á 20 de julio, una hora antes del dia, tocaron las trompetas bastardas del emperador, dando señal de apercibirse para marchar. Armóse el César de punta en blanco, y anduvo por los escuadrones alegrando la gente para que sufriese el peso de las armas y el trabajo de llevar la artilleria, la fatiga de la arena, del sol y de la sed. Dejó órden para que Andrea Doria deshiciese los bestiones y trincheras que los cristianos habian hecho para espugnar la Goleta. Hizo reducir la fortaleza en menor sitio, retirándose y recogiéndose los reparos de ella mas adentro, á fin de que con menor número de gente se pudiese defender. Escribió á Sicilia para que enviasen luego piedra, cal y ladrillo, para hacerla mas fuerte y maciza. En el estaño se cargaron muchas barcas de provisiones para llevar de respeto.

Comenzó, finalmente, este dia á caminar el campo con este órden, que fue bien necesario para poder vencer y aun valerse de la multitud de bárbaros que habia, y el emperador quiso aquel dia mostrar su valor é ingenio, ordenando por su mano su ejército y escuadrones, sin que otro entendiese en ello. Puso en la frente por vanguardia de todo el campo dos batallones de cuatro mil infantes cada uno, en los cuales fueron los españo-

les soldados viejos de Italia, caminando casi á la par. A la mano izquierda, junto al estaño, iban los italianos, á los cuales guiaba el príncipe de Salerno. A la mano derecha por fuera hácia los olivares, donde cargaban mas los españoles de Italia, iba por su general el marqués del Vasto. Tenian estas dos batallas ó escuadrones forma prolongada por ser estrecha la tierra. Los arcabuceros iban en dos á las homangas de fuera, abrazando y ciñendo los escuadrones en las espaldas ó retaguardia de ellas; iban las picas en medio de los escuadrones, las armas cortas de asta, banderas y atambores. Entre estas dos batallas dejó el emperador tal espacio abierto, que cabian doce piezas de artilleria caminando todas á la par, las cuales tiraban á brazos algunos tudescos y marineros. En la frente, delante de ellos, venia algo mas adentro de las dos batallas el escuadron de los señores y caballeros de la corte, que serian hasta trescientos cincuenta caballos, muy en órden, con el estandarte real en medio, que llevaba Mr. de Busu, caballero del Toison y caballerizo mayor del César: de este escuadron era capitan el mismo emperador. Delante del escuadron italiano, para asegurarlos mas, puso hasta cien caballos ligeros, porque por la via del estaño y por dentro del agua no pudiesen los alarbes ofenderlos, que era fácil, por ser el agua por aquella parte poca y el suelo duro, que podian venir por él como por la tierra enjuta. Tras estos dos escuadrones, á cien pasos, venia otro batallon de hasta seis mil alemanes con su coronel Maximiliano de Piedralla. Este escuadron tenia diferente forma de los otros, porque, como dije, eran prolongados, largos y estrechos,

y este era corto y ancho, tanto, que cubria y guardaba las espaldas de los escuadrones que iban delante. Despues de este escuadron de alemanes, venia el bagaje y gente inútil del ejército, todos cerrados y estrechos junto al estaño y al lado derecho de ellos. Hacia la parte de los olivares, iba el marqués de Mondéjar con trescientos caballos ginetes, y entre ellos y el bagaje algunas piezas de artillería tiradas á brazos, para seguridad de las espaldas del ejército. Iban por corredores los ginetes del duque de Medina Sidonia y de don Alonso de la Cueva.

En retaguardia de esto venia la infanteria española bisoños, en dos escuadrones; el uno, á la parte de los olivares que llevaba don Felipe Cervellon: el otro, al lago ó estaño que tenia Alvaro de Grado y el duque de Alba, con mas de doscientas lanzas gruesas, iba en la retaguardia. El rey de Tunez, con sesenta lanzas de sus moros caminaba junto al bagaje, pues no quiso ponerse en peligro yendo delante.

Echóse bando, so pena de la vida, que ningun hombre de mar fuese á Tunez, y la causa fue, que el dia que se espugnó la Goleta, en tanto que los soldados peleaban y seguian el alcance, los marineros y otra chusma de la armada, salieron á solo saquear, de suerte que cuando los que mas habian peleado volvieron, no hallaron que saquear.

Trabajó el emperador este dia mas de lo justo, porque acudió á todo, como si fuera un capitan particular.

De esta manera marchaba el campo imperial por unos arenales tan menudos, que si bien iban

calzados de alpargatillas los veinte mil infantes, no se dejaba hollar la tierra, sino volviendo atras un tercio de los pasos que daban. Atravesado un ángulo que hace el estaño, salidos ya de aquella arena menuda, iban por un suelo duro, y que se dejaba hollar entre los olivares y la laguna; pero era tan recio el sol y la sed tan grande, que impacientes los soldados se desmandaron á beber, turbando el órden que llevaban, que era el mejor que hasta alli se habia visto; cosa que dió gran sobresalto al emperador, porque fue á tiempo que comenzaban á descubrirse los alarbes y los moros por entre los olivares: y como el marqués del Vasto, que iba delante, no los pudiese recoger ni volver á poner en órden, ni aun á cuchilladas, corrió el emperador á detenerlos, y no bastando su presencia les daba golpes y aun cuchilladas. Hubo soldado que por un poco de agua dio dos ducados: otros mojaban como podian los paños, y los chupaban. Un capitan italiano por beber se ahogó en una cisterna, que no bastaron veinte mil botas pequeñas que los proveedores habian dado para que llevasen agua, y otros que llevaban sus frasquillos. Calentóse el vino de tal manera, que no se podia beber ni llegar á la boca. Algunos cayeron muertos de sed en tierra, otros desmayados, no solo de los infantes, mas aun de los que iban á caballo. Don Alonso de Mendoza conde de la Coruña, con ser caballero de mucho esfuerzo, cayó sin sentido del caballo por el gran calor, peso y ardor de las armas, porque ardian, como si salieran de la fragua. Despojáronle los italianos teniéndole por muerto, sino acudieran sus hijos don Lorenzo de Mendoza, don Francisco, y don Iñigo, y

otros caballeros que se vieron en este peligro.

Siete horas caminaron con tanto trabajo por aquellos arenales. Anduvieron cinco millas sin ver enemigo, y con esto tuvo el emperador lugar para tornar á ordenar el ejército como antes estaba, lo cual se hizo con muy buena diligencia, creyendo (como se decia) que Barbaroja habia salido de Tunez con grandísima multitud de Turcos, alarbes, y de moros para tentar su fortuna, y hacer la última prueba de su poder.

XXXVII.

Terrible descalabro de Barbaroja.

Procuró Barbaroja sabiendo la venida del emperador, ganar las voluntades de todos los de Tunez, y tenerlos muy firmes para defenderse. Hízoles una larga plática, deshaciendo las fuerzas del emperador, y encareciendo las suyas, poniéndoles delante el servicio que hacian á Dios, y a Mahoma peleando hasta morir contra los enemigos de su ley. Quiso quemar los cautivos cristianos, y ya que no lo hizo los encerró en mazmorras, y subterráneos de la Alcazaba, ó fortaleza de Tunez, con determinacion de volarlos con pólvora si le fuese mal con el emperador. Habló en particular con sus escogidos y mejores capitanes, diciéndoles claramente el peligro en que estaban, y que les convenia aparejar las armas para defenderse.

Toda aquella noche pasó Barbaroja poniendo en órden su gente y armas para el dia siguiente. Visitó la ciudad y arrabales, puso guarnicion en las Alcazabas, y en las torres, puertas, y muralla,

y vestido de un albornoz de seda, y con un almaizal tocado á la morisca, ya que amanecia, cabalgó en una yegua baya de gran cuerpo y ligereza, con su adarga en el brazo izquierdo, y en la mano derecha una partesana dorada, su cimitarra en las correas. Asomó de esta manera por la puerta del vulgo camino de las ruinas de la gran Cartago, acompañándole gran número de capitanes de las naciones que consigo tenia con los alcaides, jeques, y caballeros de estima. Habia rato que le esperaban sus gentes en el campo; el número era infinito, que segun relacion de su propio secretario, llegaban á cien mil infantes, y veinte y cinco mil caballos: los que dicen menos, cuentan ochenta mil infantes y veinte mil caballos. Entre estos habia seis mil turcos genízaros, y renegados escopeteros, y flecheros, trece mil moros escopeteros, sin otro número crecido de ballesteros, que traian ballestas de tanta grandeza, que arrojaban jarras como pequeños dardos.

Sacó tres banderas generales del turco, de tafetan colorado, con rueca y cola de caballo. Habia infinitas banderillas rojas y verdes, y de otros colores, sin las banderas de los hombres de armas, y otras treinta de genízaros, y de españoles, que son gente de guerra. Traia algunas piezas de artilleria, que ellos llaman zarzabanas, y nosotros sacres.

Marchó, pues, con muy buen órden con este gran campo, Barbaroja hacia los olivares, y comenzaron á descubrirse los dos poderosos ejércitos, los campos llenos de gente de á pie, y de á caballo. Una la del ejército de Barbaroja tomaba desde el estaño hasta los olivares; la otra ceñia todo lo res-

tante en retaguardia, de manera que sacada la parte del lago, lo demas sus caballos lo cercaban; no dejaba desmandar á nadie. Con este concierto los metió en los olivares, por ampararlos del sol. Alli tenia proveido de agua, que traian en camellos y otras bestias, y la daban con tanta abundancia, y sobra, cuanto faltaba en el campo imperial. Detúvose poco alli, y salió de los olivares volviendo al órden primero, con tanta diligencia y presteza como si de él no hubieran salido.

Determinado estaba Barbaroja á probar ventura, y acometer antes de ser acometido. Mandó poner diez zarzabanas en la vanguardia, de las cuales tiraban cada una cuatro caballos con mucha ligereza.

El emperador ordenó su campo de esta manera: á la parte del estaño puso la infanteria italiana cuya vanguardia llevaba el príncipe de Salerno: luego los piqueros junto al agua, y cerca de ellos el escuadron de los tudescos. A la parte de los olivares en el otro cuerno, ó punta de la batalla, iban los españoles soldados viejos de Italia, de manera que ocupaban todo aquel campo formado á la usanza de los antiguos. En medio de estas dos puntas ó cuernos de la batalla, iba la artilleria, y en torno de ella lo fuerte del campo con el estandarte imperial: en la retaguardia iban los españoles bisoños y el duque de Alba, con las lanzas gruesas que le dieron. Entre lo fuerte del campo y retaguardia iba recojido el bagaje. Por la parte del lago no podian recibir daño, y asi las compañias de los ginetes iban guardando la parte de los olivares, que era el lado derecho donde iban los españoles de Italia.

El mismo emperador con la espada desnuda en la mano acudia á todas partes ordenando y recogiendo los que salian de órden, y á vista de los enemigos se le fueron los pies y manos al caballo, y cayó: saltó de la silla y tomó otro en que iba su guion. De la multitud de los enemigos se espantaban algunos, otros con ánimo mostraban tenerlos en poco.

Un caballero dijo que eran muchos los enemigos. y respondió el marqués de Aguilar: «Asi venceremos á mas, y será mayor el despojo, que á mas moros mas ganancia.»

Ordenado, pues, el campo imperial puesto el César en la vanguardia les dijo: que ya veian el punto en que estaban delante al enemigo con su gran multitud. Que el acometerlos estaba en su mano, y el vencerlos en la de Dios. Que pues era causa suya, y para ensalzamiento de su santo nombre, fiados en él acometiesen con ánimo. Que la victoria no estaba en ser muchos, ni pocos, sino en la justificacion y causa sobre que se peleaba. Que alli le tenian, que era su emperador, y el primero que habia de quedar en aquellos arenales ó vencer. Que valiese esto para que la honra de España, Italia y Alemania no se perdiese en Africa, donde tantas veces habian, siendo menos, vencido y destrozado á tantos. Pidióles el sufrimiento de la sed y trabajo del calor, la obediencia y órden con el pelear. Que sus hechos serian honrados y gratificados por él. Finalmente, en breves razones el César armó sus gentes de brio, ánimo y coraje, de tal arte, que ya les parecian pocos los enemigos, y largo el tiempo que se detenian en acometerlos. No tuvo lugar el César de ser mas lar-

go en su plática, y púsose delante de los caballos con los gentiles-hombres de su cámara.

Quiso Barbaroja despues de haber animado á los suyos ocupar con ellos los alojamientos, que los imperiales de necesidad habian de tomar aquella noche por la comodidad del agua, que en unos pocos allí habia. Era este puesto un pedazo de tierra llana, donde habia unos jardines llenos de pozos de buen agua, tres millas de Tunez, entre ciertas antiguallas, que son unos arcos, por donde los antiquísimos cartagines llevaban agua á la gran Cartago. Junto á una fuente puso un escuadron de hasta nueve mil infantes, entre turcos y renegados, todos arcabuceros, y escopeteros con doce piezas de artilleria. Tenia en este escuadron Barbaroja toda su confianza, y no mal, porque era buena gente, y bien armada, los cuales se habian de topar con los españoles por ser su puesto á la parte donde ellos venian: contra los italianos á la banda del estaño, puso un batallon de hasta diez mil caballos turcos, moros, alarbes, todos juntos, con pensamiento de que por la via del estaño aquellos podrian acometer a los cristianos, dándoles por el costado. Lo mismo hizo á la parte de los olivares echando gruesas bandas de caballos El resto de su caballeria y gente puso á la mano derecha al largo del ejército imperial, por entre los arboles de unos montecillos: la otra infinita multitud de moros peones puso con harto mal orden en retaguardia de todo su campo.

Afirmándose asi Barbaroja sobre los pozos estuvo esperando lo que el Cesar haria, diciendo á los suyos cuan pocos eran los enemigos, cuan cansados, hambrientos, fatigados del calor y de-

masiada sed y camino de aquel dia venian.

El emperador reconoció y consideró el órden de los enemigos y calidad del sitio donde se habian puesto, y preguntó á Hernando de Alarcon, (que allí estaba en la vanguardia) diciendo: «Padre (que asi le llamaba por sus canas) qué os parece que hagamos?» Alarcon respondió: «Señor, que los acometamos, que la victoria es nuestra, como vos sois emperador, por eso démosles Santiago, y á ellos.»

En oyendo esto el César con rostro alegre levantó el brazo, y entró por la vanguardia diciendo á voces: «Dios lo ha hecho, que nuestros enemigos nos quieren esperar en campo.» Y dejando el cargo de su escuadron al infante su cuñado, y caballeros que con él estaban, con solos cinco de á caballo, y un page con una bandereta colorada delante de sí para ser conocido, discurrió por todo su campo, hablando á unos y á otros con amoroso semblante, diciéndoles que aquel era el dia de la gloria y honra de todos. Hacialos caminar con mucho órden poco á poco, porque esto con sus buenos ánimos les habia de valer para ganar la victoria de aquella tan gran multitud.

Considerando Barbaroja el cansancio y fatiga de los imperiales, por el calor y fatiga de el camino, y falta de agua, pasó adelante una milla de los pozos, é hizo dos cosas dignas de un diestro capitan: la una, viendo al ejército imperial con falta de agua procuró quitársela, y si cegara los pozos ó los inficionara con alguna ponzoña hiciera una gran suerte. La otra fue que se metió entre aquellos edificios, y se hizo fuerte en ellos para combatir desde allí á su salvo: y viendo que las

batallas cristianas cerradas y estrechas se le venian acercando poco á poco, dió señal de batalla tocando las trompetas. El marqués del Vasto, como general dijo al emperador que se recogiese al cuerpo del ejército donde estaban las banderas, porque los tiros del enemigo llegaban á la vanguardia. A lo cual respondió el César sonriéndose, que nunca tiro de artilleria habia muerto á emperador: pero con todo eso se recogió.

Apeóse el conde de Salinas de su caballo, y púsose en la vanguardia diciendo á los soldados: «Hoy venceré con vosotros, ó moriré peleando.» Y por donde Barbaroja pensó vencer, que fue quitando á los imperiales el agua, quedó vencido: porque la necesidad les puso mas ánimo, y el emperador volvió animando los suyos, y les dió por nombre y apellido Jesus, y dada la señal de la batalla, arremetieron unos contra otros.

La artilleria de Barbaroja jugaba desde aparte, y las balas daban en una punta del escuadron de italianos, que les hacia volver á atras acostándose al lago: algunos tudescos se tendieron por el suelo, y otros de ellos mismos los hicieron levantar á cuchilladas. El escuadron de españoles que iba á la mano derecha, se puso en la parte que los italianos desamparaban, en lo cual conoció el emperador el valor de sus españoles, y lealtad en servirle. Socorrió el marqués del Vasto, y con su venida los italianos se volvieron á poner en órden.

En el escuadron de la vanguardia se habia hecho calle, y la artilleria reciamente abria camino entre los enemigos, derribando y matando de ellos, y asimismo ellos tiraban, pero no con tanto

daño, que solo mataron dos cristianos é hirieron á cuatro, si bien en un breve espacio descargaron los turcos tres ó cuatro veces. Los balazos de la artilleria daban por la mayor parte donde estaban los caballeros y hombres de armas, y mataron un caballo del emperador en que venia un page.

Viendo Barbaroja el daño que la artilleria hacia en los suyos, confiando en su multitud, quiso llegar á las manos dejando el tirar. Arremetieron, pues, con gran denuedo, tanto, que si los contrarios no fueran tales, hicieran mucho daño. La grita con que acometieron fue terrible: ni se oian trompetas ni otro instrumento, ni voz, mas que los alaridos que ponian en el cielo: dispararon sus escopetas y flechas antes que llegasen. Recibiéronlos los españoles diciendo: «Santiago, Santiago», con buen ánimo y casi teniéndolos en poco. Adelantáronse demasiado, y con tanta fatiga por la gana que tenian de pelear, que cuando llegaron á los enemigos iban desalentados y cansados, y tuvieron menos aliento y fuerza para ofenderles. Seiscientos turcos ó mas estaban tras unas paredes, y tiraban de punteria, matando é hiriendo á los que querian pasar adelante. Esto les hizo detener: el capitan Ibarra les daba voces que pasasen sin recelo, que la victoria era cierta, que aquellos enemigos de puro miedo se reparaban detras de aquellas paredes. Los españoles cerraron con ellos, y al primer ímpetu mataron cuarenta y seis: los demas huyeron.

Señalóse en esta arremetida don Alvar Perez Guzman, primer conde de Orgaz: y asimismo se mostró valiente, aunque de poca edad, don José

de Guevara, hijo de don Juan de Guevara y doña Ana de Tovar, señores de Escalante, que en compañia del marques de Aguilar (con cuya hermana hija del marqués don Luis casó, hizo cosas en esta jornada, que pedian mas dias de los que este caballero tenia.

Un escuadron de alarbes de á caballo, salió por la parte de los olivares á dar en la retaguardia, porque el intento de los bárbaros era desbaratar los imperiales. El duque de Alba hizo luego alto, y con los españoles bisoños les resistieron y rebatieron, de manera que volvieron las espaldas. Fueron tan gruesas las rociadas del arcabuceria imperial que descargaron en los enemigos, que en breve tiempo derribaron mas de cuatrocientos berberiscos, sin osar esperar, y dejaron el sitio fuerte con siete piezas de artilleria; y por mas que Barbaroja y sus capitanes los apremiaban para que volviesen á pelear, no bastaba. Asi los imperiales ganaron la plaza, la artilleria y el agua, y dejaron de seguir el alcance por beber, y porque se asaban con las armas; y aun se desordenaron de manera, que se temió algun desman, y le hubiera si los enemigos fueran hombres revolviendo sobre ellos.

Los alemanes cargaron sobre los berberiscos que andaban en los olivares, y los ojearon de allí, de suerte que no parecieron mas, y el campo de Barbaroja, volviendo las espaldas de todo punto deshecho, se metió en Tunez. Los cristianos no curaron mas que de hartarse de agua y sangre, todo revuelto, porque los moros echaron los cuerpos muertos en los pozos. No murieron veinte cristianos, caso bien notable y semejante á los de Ale-

jandro Magno, que con treinta mil, venció batallas de ciento y doscientos mil contrarios: vale el órden y ánimo mucho mas que la multitud.

El calor de este dia dicen que fue como un fuego: y que si los enemigos hicieran un poco de resistencia en los pozos, los imperiales se vieran en trabajo; aun habiéndoles vencido y acorralado en Tunez, estaban tan impacientes de la sed, que doliéndose el emperador de ellos les dijo: «Mas cuidado tengo de vosotros que de mí: esforzaos, soldados: os aseguro que si sufris calor, paso yo el mismo, y la sed que os da tanta pena acosa tanto mis labios que aun la saliva no puedo echar de la boca.» De lo cual el César hizo muestra, de suerte que del calor, sed, y polvo estaba tan seco, que no pudo escupir.

Alojáronse aquella noche los imperiales en el mismo campo, y pozos, donde los enemigos pensaron vencer. En Tunez hubo llantos, y miedo cual se puede imaginar entre gente rota y vencida. Huyeron moros y alarbes, á Prebat, otros á Babazueca, y Bardo, arrabales de la ciudad. Quedaron en defensa de ella con Barbaroja los que mas esfuerzo tuvieron.

XXXVIII.

Toman la Alcazaba los cautivos:--Barbaroja abandona á Tunez.

Rabiando y temiendo estaba Barbaroja dentro de los muros de Tunez viéndose perdido, dudoso, y perplejo si esperaria dejándose cercar, ó volveria á probar ventura con el emperador. Salió á

la mezquita mayor donde juntó sus capitanes y hombres principales de la ciudad, y hablóles pidiendo su consejo, afirmándose mucho en querer hacer rostro á sus enemigos, mostrando como con poca resistencia que hallasen perecerian de sed y hambre, y que el temple, aires y soles de aquella tierra habian de causar mortales enfermedades en los tudescos, italianos y españoles, gentes criadas en regalos y tierras muy diferentes. Juró no desampararlos, si no que muerto quedaria en Tunez, antes que vivo y con salud fuera de ella huyendo.

Respondiéronle todos ofreciéndose á servirle y defenderse con la misma perseverancia. Hubo pareceres y le persuadieron que abrasase á los cautivos que habia en Tunez, porque pasaban de veinte mil, y era grande y notorio el peligro, si el emperador se echaba sobre Tunez, que aquella multitud de esclavos se alzarian con la ciudad. Hiciérase sin duda esta cruel matanza, si Zinan el judio no lo afeara, poniendo delante á Barbaroja el deservicio que en ello se haria al gran turco Soliman, y que para asegurarse de ellos los podrian poner en las mazmorras, y cargar de prisiones, donde venciendo los hallarian, y siendo vencidos era facil abrasarlos.

Eran muchos los que de Tunez huian con sus haciendas, y de la gente de guerra, de suerte que cuando amaneció, á punto que Barbaroja los quiso juntar para salir á hacer rostro al emperador, no halló mas que doce mil infantes, y tres mil caballos, habiendo tenido el dia antes, como dije, mas de cien mil de todos.

Estando Barbaroja fuera de la ciudad con su

gente, un renegado, que siendo cristiano se decia Francisco de Medellin, y otro Jaferaz tambien renegado, que se llamaba Vicente de Cataro abrieron mas de seis mil cautivos que en las mazmorras de la Alcazaba estaban, avisándoles de lo que el tirano habia tratado de quemarlos. Diéronles con que quitarse los grillos y prisiones. Ellos temiendo el fuego hicieron muchos reparos mojando los colchones y traspontines para echar sobre la pólvora. Andando ellos en esto llegó un turco con barriles de pólvora para ponerles fuego. Acudió un cautivo y del arzon de un caballo, que el zaguan estaba arrendado; quitó una targeta y alfange, y arremetió al turco que traia la pólvora, y echóle á cuchilladas fuera.

Tomó las llaves que estaban en las puertas de la fortaleza, y cerrólas luego. Salieron de tropel los demas, y diciendo, Santiago, dieron en los turcos que estaban de guardia tomando las puertas con las armas que pudieron haber.

Como lo sintió Baeza el Rabadan alcaide del Alcazaba, que andaba cargando la recámara y tesoro de Barbaroja en camellos y caballos, corrió con algunos turcos armados á una puerta de la Alcazaba, y matando unos cristianos se apoderó de ella, y sacando lo que pudo llevó á Barbaroja la mas triste nueva. El renegado de Mahoma, y el judio que le quitara de quemarlos fue allá con toda furia. Rogó que le abriesen con palabras amorosas y promesas ofreciéndoles vida, libertad y otros bienes, y como no quisieron, flechó su arco á los que le respondieron; tan colérico y desatinado estaba. Oyéronle suspirar dos ó tres veces, sintiendo ya lo que la fortuna le apre-

taba. No pensaba hasta este punto desamparar la ciudad, porque en toda aquella noche no se apeó del caballo requiriendo los muros, la artilleria, y los demas lugares, donde se pensaba defender. Pero como vió perdida la Alcazaba acabó de perder el ánimo.

Cuando Barbaroja volvió las riendas á la yegua en que andaba, uno de los cautivos ya libres del Alcazaba le tiró una escopeta que faltó poco de matarle: guardóle Dios por azote de muchos. Salido pues á la puerta del rebato se puso en un lugar alto de donde pudo bien ver el campo del emperador que ya marchaba contra la ciudad. Parecióle mayor y mas pujante que el dia pasado, ó por el miedo que ya tenia, ó porque venia en campo raso, donde no habia olivares, ni collado que lo cubriesen: la gente de guerra iba en las batallas no tan apretadas, y el bagage bien estendido. Acabó Barbaroja de perder el ánimo, viéndose solo, las Alcazabas perdidas, y al enemigo tan poderoso.

Finalmente, huyó saliendo con los que le quisieron seguir por la puente que llaman Helbeb Halich camino de Bona. Fueron con el Zinan Cachidiablo, Jaber, y los otros cosarios y turcos que serian mas de siete mil. Cuando los cautivos desde el Alcazaba vieron huir á Barbaroja dispararon contra él y los suyos unas piezas gruesas y cañones que alli tenian con que mataron algunos.

No por eso apresuró el paso Barbaroja cargado de melancolia y tristes pensamientos, causados de su fuga y disfavor de fortuna. Dice que vuelto á uno de los suyos dijo en lengua turquesca: «Con-

viénenos, hermanos, obedecer á la fortuna.» Murieron de sed algunas mujeres de las muchas que llevaban y niños.

Sabiendo los alarbes la retirada de Barbaroja y los suyos que llevaban mucha plata, oro, y ropas ricas, juntáronse muchos y dieron el bagage que quedaba atras, y robaron buena parte matando hasta cuatrocientos de los que lo llevaban y entre los muertos fueron dos capitanes de galera del turco, hombres principales. Hay desde Tunez hasta Beja que fue el primer lugar donde entró Barbaroja huyendo quince leguas. Está en el camino el rio Mujarda á diez leguas de la ciudad. En este rio murió Cachidiablo, porque iba herido en la pierna, y con el calor grande, y cansancio del camino se le pasmó, y tambien por beber demasiado.

Fue bien recibido Barbaroja en Beja: estuvo alli tres dias, donde tornaron los alarbes á perseguirle por robarle. Matáronle cinco turcos, y ellos mataron de los alarbes cuarenta de á caballo. Mandó á los de Beja que le amasasen pan para cuatro dias, y que le prestasen los camellos para que le llevasen agua, y asi partió para Bona ciudad principal de la provincia de Numidia.

XXXIX.

Entrada del emperador en Tunez.

Bien de mañana, casi al alba, marchó el César contra Tunez con el mismo órden que el dia antes por temor de alguna emboscada: la artilleria se llevaba á brazos. Púsose gran rigor en que

ninguno saliese de órden, porque el emperador, y todos pensaban que volveria el enemigo á dar la batalla. El polvo, el calor, la sed, luego que comenzó á subir el sol, fueron como el dia pasado. Viéronse muchos alarbes caminar por una montañuela á la mano derecha desviándose de Tunez.

Llegó Muley Hacen rey de Tunez, y dijo al emperador: «Gran señor: hoy teneis los pies, donde jamás los puso príncipe cristiano.» respondió el emperador: «Espero en Dios que los pondremos mas adelante á pesar de Barbaroja.»

Mandó el emperador hacer alto para recoger y esperar, y poner en órden su gente. Andando en esto vieron que en una torre de Alcazaba nueva habian levantado una bandera blanca, y otras en el Alcazaba vieja: disparaban la artilleria sin hacer daño con ella: no parecian enemigos, ni habia rumor alguno de ellos todo dió que pensar y ninguno acertaba lo que era.

Salió un jeque del Burgo, y vino al emperador; y puesto de rodillas le dijo, que por servir á S. M. le hacia señor de aquel Burgo llanamente. Luego salieron otros moros de la ciudad aunque pocos, y dijeron á Hacen, como Barbaroja habia huido y desamparado á Tunez, y con voluntad del emperador envió luego treinta de sus moros. De alli á poco envió otros hasta quedar solo, y ninguno volvia.

Entendióse que envió Hacen á apercibir á los de dentro, que escondiesen sus haciendas, y se pusiesen en salvo temiendo el saco, y pareció ser asi, porque suplicó al emperador (sabida ya la huida de Barbaroja), que por dos horas no permi-

tiese que alguno de los suyos entrase en Tunez, ofreciendo quinientas mil doblas, porque la ciudad no se saquease.

Haciánse muchos humos en el Alcazaba, y con la bandera que Tabac ganó á Francisco Sarmiento daban muestras de paz, y alegria. El emperador envió para certificarse á los capitanes Jaen, y Boçanegra con sus compañias.

Ciertos ya de la fuga de Barbaroja y los suyos, llegó el César á las puertas de Tunez á 21 de julio. Salieron de la ciudad á entregarle las llaves, y ver á su rey Hacen, haciendo grandes alegrias, con lengua y manos, y muchas zalemas con el cuerpo segun la usanza de moros. Suplicáronle no permitiese el saco, ofreciéndole dineros, comida, ropa, y cuanto mandase, pues Dios le daba victoria contra sus enemigos, y los libraba de un tirano cosario, y les volvia su señor y rey, que los dejase tan ricos como contentos. El emperador lo deseaba, si bien no lo merecian por haber seguido tanto á Barbaroja: pero daban voces los soldados por el saco, y tenian razon, y asi, ni lo negaba, ni lo concedia.

Mandó al marqués del Vasto, y á don Hernando de Alarcon, que fuesen al Alcazaba, los cuales yendo pidieron á los cautivos, que dentro estaban, que les abriesen: entregáronles las llaves, que dijeron, no pensaban dar sino al emperador en sus manos. Entró el marqués, y por aviso de un genovés sacó treinta mil ducados de una cisterna que habian echado en zurrones, porque lo demas si bien era mucho y rico, se quedó para los cristianos cautivos; el emperador hizo merced al marqués de los treinta mil ducados.

Es bien notable que miércoles á 16 de junio desembarcó el emperador con su gente entre la Goleta y Cartago, miércoles á 14 de julio ganó la Goleta, y miércoles á 21 de julio entró en Tunez. Entró, pues, el emperador este mismo dia que fue miércoles en la ciudad de Tunez, por la puerta llamada Bebdar Halhadrac, y luego comenzó el desórden del saco, que con suma codicia deseaban los del campo imperial. Entraron á manadas, y comenzaron á saquear matando á los que contradecian, viejos, niños, y mujeres que pasaban de diez mil.

El emperador se fue al Alcazaba: dió gracias á los cautivos por su hazaña, y algunas joyas, en especial á Medellin, y á Jaferez. Libertólos á todos y á cuantos mas se hallasen en la ciudad, que serian otros diez mil, y entregó ochenta y un francés al embajador de Francia, sobre los cuales habian tenido rencillas, el emperador y el rey, segun en otra parte diré. Hizo merced á cada cautivo de lo que habia tomado. Mandó pregonar so pena de la vida, que no matasen ni prendiesen á nadie, porque habia en ello gran desórden. Dejó al rey Hacen rescatar, y aun tomar de balde todo lo que quiso; y algunas de sus mujeres, en dos doblas una de ellas, que fue precio barato, segun lo que las queria.

Sintió mucho Hacen (como era leido) el destrozo y pérdida de una grande, y rica libreria, cuyas encuadernaciones é iluminaciones de oro, y azul valian una suma grande de dineros. Eran los libros de facultades humanas, y artes liberales, y muchos sobre el Alcoran, é historias de los reyes de su casa. Igualmente le dolió la pérdida de una

botica de olores y perfumes en que habia grandísima cantidad de almizcle, ámbar, algalia, mejui, y estoraque, aunque Barbaroja criado y hecho al mal olor de la brea, y galeras desperdició mucho de ello. Usaban los de Tunez demasiado de estos olores y viciosos regalos.

Pesóle tambien que se hubiese destruido sin provecho de los destructores otra grandísima tienda de colores escelentísimos, como grana azul, ó alajuri, y la sala de armas que fueron del rey San Luis de Francia, que murió, como dije, de flujo, teniendo cercada á Tunez 265 años antes de este de 1535; cosa que en señal de victoria guardaban sus reyes antepasados y de Tunez, de quienes él procedia por línea recta, sin que en este tiempo de otro linage hubiese habido alli rey.

Halláronse aqui las armas que en la perdida de los Gelves ganaron los moros á los españoles, cubiertas de caballos, y un rico arnes dorado que fue de don Garcia de Toledo, que segun dije, murió alli, aunque el dia en que se perdió iba armado de coselete y brazales con celada borgoñona. Los que se cautivaron en Tunez, pasaron de diez y ocho mil personas de toda suerte: valian tan baratos que daban por diez ducados un esclavo.

El rey de Tunez se mostró demasiado codicioso y avaro; y bajamente andaba recogiendo lo que podia, como si fuera un tratante.

XL.

Trátase de los cautivos.

Estimó mucho el emperador dar libertad á tanta multitud de cautivos cristianos, que el que menos cuenta, dice que fueron diez y seis mil de todas naciones los que habia en poder de Barbaroja, y de otros turcos y moros, como principal bien de la victoria; porque por quitar el cautiverio de los cristianos, fue el César á destruir los cosarios, los cuales ciertísimamente se mantienen, y aun enriquecen con la venta y rescate de los que cautivan: asi el principal bien del cosario es cautivar hombres

Opinion fue, y aun de quien la podia dar por ley, sino fuese contra la cristiandad, que no se redimiese nadie, porque cesando el interés de la redencion, no se cautivarian tantos. Pero como sea una de las siete obras de misericordia, es tan buena la redencion, como es mala la cautividad. Asi mismo fuera de que no habria tantos cosarios, ni tantos cautivos, no dariamos nuestros dineros á nuestros enemigos. No renegarian los que reniegan, que es lo peor de todo.

Dicen los que escriben historias de turcos, que no puede alguno tornarse turco, mayormente si es judio, sin primero bautizarse, comer tocino, y hacer otras cosas como cristiano. Antiguamente segun las siete partidas podíamos matar los cautivos de otra ley en guerra, y porque hacian otro tanto los moros, para que no lo hiciesen se tenia gran cuidado en redimir cautivos. Escogian mu-

chos para hacer la redencion hombres buenos, que fuesen de buena sangre y nombre, no pobres, ni codiciosos, esforzados, verdaderos, piadosos, y que supiesen arábigo. Juraban él mismo y otros doce hombres en los Evangelios, ó en manos del rey, ó consejo que lo elegia y enviaba, que tenia todas aquellas partes y virtudes, y con esto le daban carta patente del oficio; y un pendoncillo con las armas reales, y los dineros de la redencion, ya fuesen de mandas, ya de la hacienda propia del cautivo: aun le daban los bienes del que moria cautivo por falta de no redimirlo quien era obligado. Se ha perdido ya esta costumbre, ó por acabarse en España la guerra con moros, ó por haberse pasado la redencion á los frailes de la Merced y Trinidad, que tiene este cuidado, de muchos años á esta parte.

XLI.

Noticia el emperador su victoria.

Quiso el emperador dar cuenta á la cristiandad de esta victoria, y despachó esta noticia, dando cartas á los embajadores de los príncipes cristianos que andaban en su corte, que eran del rey de Francia, de Inglaterra, de Portugal, duque de Milan, de Florencia, señoria de Venecia, Ferrara, Salucio, Génova, Sena, Mantua, Napoles, y de otros señores. De manera, que en pocos dias se supo en toda Europa su buena fortuna.

Envió á Martin Niño, caballero de Toledo, por su embajador, al papa Paulo III, dándole cuenta de toda su jornada y buen suceso de ella; y las

gracias por la ayuda y socorro que su Santidad le habia hecho con sus galeras y gente: y á España envió á Jorge de Melo, caballero portugués, con cartas para la emperatriz, que gobernaba estos reinos, y para los grandes y vireyes de España.

Eran las cartas casi del tenor siguiente:

«EL REY.

»Marqués de Cañete, pariente nuestro, visorey y capitan general del nuestro reino de Navarra. A 14 del presente os hicimos saber el suceso que aquel dia habia nuestro Señor dado en el sitio de la Goleta, segun habreis visto por mi carta que por via de Génova os escribí, si fuere llegada, ó podreis ver por la duplicada que irá con esta despues, como quiera que dije en ella, que luego partiria con mi ejército en seguimiento de la victoria para Tunez: y hubo en esto dilacion de cinco dias, porque al rey no solamente no le acudieron los alarbes con quien trataba y esperaba, que siendo ganada la Goleta no le habian de faltar; mas ni aun los moros que con este efecto tenia por ciertos, con los cuales si le acudieran siendo por Nos favorecidos, pudiera ser restituido en el reino, y pareciendo que no teniendo por su parte algun medio para ello, habiendo sido como fue nuestra venida á esta empresa con intencion de desarmar á Barbaroja y á los cosarios que con él estaban, por los daños que habian hecho é hicieran en nuestros reinos y en la cristiandad, y que por la mayor parte esto se habia conseguido por las galeras, galeotas y fustas que se le tomaron en la Goleta con tanta artilleria, como está

escrito, y que podrán acabarse de hacerse con tomar ó quemar algunas que le quedaban en Bona, y que lo mas conveniente era embarcarnos con nuestro ejército en la armada para hacer contra los enemigos lo que mas se pudiese por la mar, todavia considerando lo que importaba echar de aqui á los enemigos, y habiendo tambien respeto á que el dicho rey habia venido á ponerse en nuestras manos y estaba en nuestro poder, y que faltándole nuestro favor quedaba sin alguna esperanza: pospuestas todas las dificultades que habia en pasar adelante con el ejército, que traemos por causa de las vituallas que era necesario llevarlas á cuestas, y mayormente de la falta de la agua que desde la Goleta hasta Tunez, que son doce millas de camino, no hay otra sino de unos pozos que estan cuatro millas antes de llegar á Tunez, y que se halló gastada tanta parte de la provision de la armada, que deteniéndonos mas, en pocos dias se pudiera acabar, determinamos de pasar adelante. Y asi, dejando toda nuestra armada de mar junto á la Goleta con el príncipe Andrea Doria y la gente necesaria para la guarda de ella, y para que el estaño en barcos nos proveyese de bastimentos como mejor se pudiese hacer, aunque fuese dificultoso, partimos de alli con nuestro campo, trayendo la gente cada uno la vitualla que se pudo para tres ó cuatro dias, caminamos con los escuadrones ordenados, tirando con hombres hasta una docena de piezas de artilleria, que no se hizo sin mucho trabajo, y en órden de batalla, como quien iba á búscar los enemigos á su casa. Martes, 20 del presente, por la mañana, para venir á alojar á las ocho millas

donde estaban los dichos pozos, en los cuales Barbaroja, haciendo, segun se ha entendido, primero muestra de su gente y de la ciudad, estaba con mucho número de gente de á caballo y de á pie, que afirman que eran mas de cien mil hombres; de los de á caballo de quince hasta veinte mil, y los demas de á pie, teniendo asentada su artilleria para defender si pudieran el alojamiento, y no dejarnos el uso de la agua, sin la cual el campo fuera imposible poder pasar aquella noche, segun el calor del sol y sed que se traia, porque antes que se llegase allí, en el camino se habia acabado la que habian sacado de la Goleta, y llegando cerca de los enemigos, los escuadrones de la infanteria española, que llevaban la vanguardia, y de la otra que iba en ella jugado y tirado muchos tiros la artilleria de la una y de la otra parte, caminando á gran paso y al trote tirando la arcabuceria, arremetieron contra los enemigos: de manera, que por ellos y por la gente de á caballo de nuestro campo, fueron en el instante que se juntaron con ellos rompidos y forzados á retirarse, perdiendo parte de la artilleria y quedando muertos hasta cuatrocientos ó quinientos de ellos: y aunque despues se repararon y estuvieron reparados un poco casi á tiro de arcabuz, viendo el esfuerzo de los nuestros y la órden en que estaban, se acabaron de retirar luego del todo, y puesto que se conoció, que perseverando en seguirlos se les pudiera hacer mayor daño por el trabajo que la gente pasó en el camino, y despues en este reencuentro, y por la estrema calor y sed que principalmente le fatigaba, pareció, no solamente mejor, mas aun necesario, que se alojasen, re-

posasen y descansasen, y asi se hizo, y llegó todo el ejército con muy buen órden, y muy bien recogido, y sin perderse alguna cosa, puesto que de los enemigos que en la vanguardia se retrajeron, cargaron muchos; especialmente la gente de á caballo de los enemigos alarbes, dieron en la retaguardia de nuestro campo, mas la hallaron en tan buen órden, que no pudieron hacer daño. De los nuestros se perdieron este dia muy pocos, porque en el reencuentro no fueron muertos sino dos ó tres, habiendo la noche reposado con buena guardia, como siendo tanta gente de los enemigos era razon que se hiciese. Miércoles, al punto del dia 21 del presente, hicieron salir la gente del alojamiento, y puesta en sus escuadrones, movimos con ellos en órden de batalla para dalla, si á los enemigos hallásemos fuera de la ciudad, y para combatirla si la quisiesen defender, y llegando cerca de ella, se entendió, que Barbaroja con los cosarios que estaban con él se habia salido y huido, llevando todo lo que pudo de lo que aqui tenia, y que los cautivos cristianos que en la Alcazaba estaban, que eran mas de cuatro ó cinco mil, siendo avisados de ello por un renegado con quien tenia inteligencia y plática para libertarse con su medio y ayuda, se habian salido de las prisiones y apoderado de ella, y la tenian por Nos. El ejército caminó hasta llegar á los muros de la ciudad, y hallando las puertas cerradas, y visto que aunque no mostraban los de dentro tener ánimo de defenderla, no las abrian, permitimos á la gente que la entrasen y saqueasen, y asi entró mucha de la que venia en los primeros escuadrones por los muros sin alguna resistencia, y abrieron las

puertas para que entrase todo el campo: se saqueó la Alcazaba y toda la ciudad. Al tiempo de la entrada huyeron muchos de ella, pero los que se cautivaron fueron en buen número, y despues por la tierra lo han sido otros muchos. Los cristianos cautivos que se han hallado son diez y ocho ó veinte mil hombres, que no es en lo que menos se debe tener de esta empresa por la libertad que han conseguido, y por ser los instrumentos con que Barbaroja hacia la guerra, asi por haber entre ellos muchos oficiales, como porque era la mas de ella gente de remo, entre los cuales habia setenta y uno de los criados del delfin de Francia, que fueron presos con Portundo, los cuales con los otros todos luego mandamos libertar. Tambien se ha hallado buena cantidad de bizcocho y pólvora que Barbaroja tenia proveida, que será provechosa para la armada: gracias sean dadas á nuestro Señor, por todo. De Barbaroja se entiende por cautivos que de aqui salieron con él, que se han vuelto del camino, que llevaba cinco ó seis mil turcos, y renegados; los tres mil á pie y los dos mil á caballo, y que el primer dia habia andado doce ó quince millas, é iba con mucha falta de vituallas, y especialmente de agua, y que de calor y sed dejaba muertos y desfallecidos por el camino muchos, y los alarbes le iban siguiendo por robar, como á gente rompida y que huia, y le mataron muchos. Luego mandaremos entender con el rey de Tunez en el asiento que se ha de tomar con él, y en lo demas que se ha de hacer aqui; y en lo que se hubiere de hacer no se perderá un punto de tiempo, y os avisaremos de la resolucion que tomaremos. Hareis saber esto á los grandes y pueblos de ese rei-

no; para que participen de la victoria que nuestro Señor nos ha dado.

»De la Alcazaba de Tunez, á 25 de julio de 1535.=YO EL REY.=Por mandado de S. M.= Cobos, comendador mayor.»

XLII.

Tunez.

Es Tunez ciudad de diez mil casas, en las cuales dicen habia cincuenta mil vecinos. Tiene tres arrabales: el uno pasa de diez mil vecinos. Tiene entrepuertas principales, y tras, con las de los Burgos, hasta cuarenta; es poco fuerte por ser tan grande. Su asiento es sobre la laguna al opósito de la Goleta, á la parte del Norte. Está en la Goleta á distancia de tres grandes leguas. No hay rio ni fuente, ni mas de un pozo de agua dulce, y asi todos beben de cisternas. Tambien es falta de pan por sequedad, y lo poco que siembran riegan de norias. Usan tahonas, porque no hay rios para molinos, ni aceñas. Hay gran falta de leña: no tiene madera, sino muy poca, y por eso labran con yeso á la morisca, muy pulido. Tiene casi seis millas de circuito medianamente cercado y poblado. Hay dos arrabales tan grandes como el tercio de la ciudad, el uno al Septentrion, otro al Mediodia. Tiene dos alcazabas ó casas reales, la una antigua, la otra nueva, de hermosos edificios. Tiene mas de cien mezquitas con hermosas torres: la mayor de todas es suntuosa, vistosa de dentro y fuera, y de estrañas labores, de la cual se sacaron dos pequeñas columnas tan ricas, que los que

conocian su labor las apreciaron en cuatro mil ducados. Tiene otras muchas de jaspe pórfido, y las paredes de tal piedra y tan bruñida, que como en espejo se representan las imágenes.

Dentro de esta ciudad habia un monasterio de frailes Franciscos en el barrio de los Rebatines ó Rabatines, que son cristianos, y que se conservaron en esta ciudad desde que los mahometanos ganaron la Mauritania, que en este año habian pasado mas de 830, y los reyes moros los estimaban y se servian de ellos en las guerras, y confiaban de ellos la guarda de sus personas mas que de sus naturales. Asi se hallaron en Marruecos en tiempo de don Fernando el Santo, en un barrio llamado Elbora, y los caballeros Farfanes, grandes ginetes en tiempo de don Juan I. El emperador mandó pasar estos cristianos rabatinos á Nápoles, y los hizo las mercedes y honras que su antigua cristiandad conservada tantos años entre infieles merecia. Tendrá este barrio como trescientas casas.

Habia ademas de esto otra iglesia mediana de nuestra Señora de la Estrella, con muy ricos retablos y ornamentos: imágen de mucha devocion por los milagros que Dios se servia obrar alli. Dícense muchas misas por los frailes y clérigos cautivos. Habia otras iglesias, la de San Márcos, San Lorenzo, San Roque, y San Sebastian, todas con sus campanas, que las tañian á las horas, hasta que Barbaroja las quitó.

Esta poblacion de cristianos dicen que hizo aqui un rey de Sicilia, hermano de San Luis rey de Francia, el cual en venganza de la muerte de su hermano cercó á Tunez, y la puso en tanto

estrecho, que los moros, porque los dejase, le dieron quince mil doblas en parias; consintiendo ir libres los cautivos, que quedasen los que quisiesen, edificasen iglesias, celebrasen los oficios divinos en ellas, y fuesen libres, ellos y sus haciendas, pagando solo el tributo que los moros naturales debian.

Quiso el emperador solemnizar aqui la fiesta del apóstol Santiago, y en el monasterio de San Francisco, el César con su manto blanco, y los caballeros del mismo hábito, presentes los grandes y señores de la corte, españoles y estrangeros, se dijo una solemnísima misa, y muchas en todas las demas iglesias de Tunez, con increible gozo de los cristianos.

Los campos de Tunez son fértiles de aceite, frutas, limas, limones, cidros, naranjos, y otros frutos, y los huertos de Bardisen muy deleitosos; la gente viste mas pulida que ricamente. Usan baños, hay gran trato de lienzo, porque hilan mucho y bien las mujeres: hay por mar gran contratacion.

Vivian aqui muchos mercaderes y cosarios, que como daban el quinto al rey, enriquecian la ciudad de ropa, dineros, y esclavos cristianos. Es reino antiguo, y los reyes de noble sangre, que por su grandeza se solian llamar reyes de Africa, poseyendo casi trescientas leguas de costa que hay de Tripol á Bugia.

XLIII.

Fuga de Barbaroja.

Diré ya la retirada de Barbaroja: llegó á Bona donde con solos sus turcos, diciendo que no los habia vencido con su ejército el emperador, sino los esclavos de las Alcazabas, con su traicion. Que si tenian voluntad de seguirle de corazon, los llevaria donde se vengasen á su placer y contento. Por tanto, que le ayudasen á armar once galeras que tenia varadas alli en Jadog, rio pequeño, sacándolas á la mar, en las cuales fuesen con su ropa y armas á Argel. De donde con ellas y con otras tantas que allá tenia corriendo las costas de España y las de Italia, Mallorca y Menorca, navegasen á Constantinopla.

Ellos le ayudaron de grado por no ser presos de cristianos ó muertos de alarbes, como vencidos. Hicieron un baluarte fuera del rio, y pusiéronle algunas piezas de artilleria, para espantar, como espantaron las galeras que Andrea Doria envió: el cual, con acuerdo del emperador, hizo que luego fuesen quince galeras, y por capitanes de ellas Adan Centurion, y Joaquin Doria. El Centurion fue muy alegre pensando tomar á manos á Barbaroja, y ganarse toda la honra. Mas visto que ya el cosario tenia catorce galeras á punto de pelear, y un fuerte con artilleria, se tornó como fue, ó por saber poco de aquella costa, ó por ser el contrario Barbaroja, que si bien vencido era de temer.

Sintióse mal, y hablaron peor los imperiales de un descuido como este, que les parecia no haber

hecho nada, pues se les habia ido de las manos Barbaroja. Disculpábase Centurion, con que se lo aconsejaron los suyos, por llevar pocos soldados en las galeras, españoles y sicilianos. Fue sin duda la pérdida grande, y si los genoveses fueran esta vez hombres, como lo han sido tantas, podian quemar las catorce galeras, ó embarazar á Barbaroja, hasta que fuera ayuda, con la cual ó le prendieran ó mataran, ó hicieran huir, de manera que la victoria fuera de todas maneras cumplida.

Corrióse Andrea Doria, y fue allá con cuarenta galeras: mas ya cuando llegó era ido Barbaroja. Tomó á Bona, y luego el castillo, y puso en el á Alvar Gomez Zagal con su compañia de españoles. Fue Alvar Gomez Zagal uno de los valientes españoles de su tiempo, hijo de otro tal llamado Pero Lopez de Horosco, caballero noble de esta antigua familia, á quien los moros por ser tan valiente llamaron Alzagal, que esto quiere decir en arábigo Hacen memoria de sus hechos las historias del arzobispo don fray Francisco Jimenez lib. 4 y 6. c. 15. y lib. 9. c. 39. y mármol en la de Africa como libertad de la guerra. Oscureció algun tanto sus hechos y sangre Alvar Gomez, o la envidia de enemigos, que le levantaron, que por ser demasiadamente codicioso, y por otros vicios se perdió de manera que por no verse justiciar se mató con sus propias manos. Mas sus hijos litigaron esta causa contra el fiscal real ante los alcaldes de corte y condenaron al fiscal, y pagó el rey don Felipe veinte y cuatro mil ducados que se habian confiscado de los bienes de Alvar Gomez, porque su muerte fue natural de una enfermedad de tiricia, y sus grandes servicios en la guerra eran mere-

cedores de mayores bienes. Residen en Guadalajara sus descendientes.

La ciudad de Bona en la provincia de Numidia y reino de Tunez era pueblo ya pequeño, y hecho de las piedras y ruinas de Hipo, donde fue obispo San Agustin, abundante de trigo, de ganado, manteca, y de azofeifos: tiene coral. Mandóla el emperador asolar cuando fue sobre Argél, y se perdió.

XLIV.

Capitulaciones bajo las cuales el emperador hace entrega á Hacen de su reino.

Estuvo el emperador seis dias tratando con el rey de Tunez las cosas del reino, y á 27 de julio salió con su campo, y se alojó en Rades, ó Rada, y Luda, dos millas y media de la Goleta, riberas de un riachuelo, porque los moros volviesen á la ciudad, que con miedo se habian ausentado. De Luda pasó en 1º de agosto á la Torre del Agua, donde parte de los soldados tudescos é italianos saquearon los tenderos del real, diciendo que no habian habido nada en Tunez, como los españoles: mas fueron castigados, y el emperador mandó repartir doce mil ducados en que se apareció el daño, que los mercaderes recibieron.

Vino alli Hacen por el reino á 4 de agosto y á 6 se concluyeron los capítulos y condiciones con que el emperador le hizo merced de él, las cuales fueron:

«El rey de Tunez reconociendo como habia sido echado de su reino por Barbaroja, y que el em-

perador en persona con poderosa armada habia venido y espelido de él al tirano, tomándole las fuerzas y ciudad de Tunez, y puesto y restituido en ellas el rey Hacen, agradeciendo el rey un bien tan grande se obligaba á restituir todos los cautivos cristianos que hubiese en su reino, y darles libre pasage, sin consentir que ahora, ni en algun tiempo se les hiciese mal tratamiento.

»Que de aqui adelante él ni sus sucesores en el reino no consentirán cautivos, ni se cautivarán algunos cristianos del imperio, ni coronas de España, Nápoles, y Sicilia, ni de otras tierras sujetas al emperador, ni tampoco el emperador, ni rey don Fernando su hermano, ni otro príncipe de sus sucesores consentirán, que haya cautivos, ni que se cautiven moros de las tierras sujetas al rey de Tunez.

»Que el rey de Tunez consentirá, que en sus tierras haya iglesias, y cristianos, pacíficamente, y vivan en la fe católica, y celebren los oficios divinos, sin que se les ponga estorbo, ni perturbacion alguna.

»Que el rey de Tunez no consentirá en su reino moro alguno de los nuevamente convertidos, asi de Valencia y Granada, como de otras partes sujetas al emperador, y los echará fuera de sus tierras.

»Que el rey de Tunez cede y traspasa en el César la accion y derecho que tenia á la ciudad de Bona, Viserta, Africa, y otras fuerzas marítimas, que eran del reino de Tunez, y el cosario Barbaroja las tenia usurpadas: para que el César y sus sucesores en los reinos de España puedan espeler cualesquier cosarios, y hacer de ella lo que como

señores quisieren, librando al rey y reino de Tunez de semejantes enemigos.

»Que porque es importante la conservacion de la Goleta, por ser la llave y fuerza de la ciudad de Tunez, y el rey Hacen no tenia fuerzas por estar tan gastado, para la fortificar y sostener, y por haberla tomado el César con tanto gasto y peligro y muertes de los suyos, el rey de Tunez cedia y traspasaba cualquier derecho que á ella tuviese, ó pretendiese algun tiempo tener, con dos millas de tierra alrededor, para que el César, y sus sucesores la tuviesen y defendiesen, con que la gente de presidio que en ella estuviese, no impidiesen á los vecinos de Cartago el sacar agua de los pozos que están cerca de la Torre que llaman del Agua.

»Que el rey de Tunez sin contradicion alguna deje libremente andar, tratar, comprar y vender á los cristianos, que en la Goleta estuvieren por todo su reino, pagando los derechos acostumbrados, y siendo las personas que el capitan de la Goleta señalare: y los que cometieren algun delito sean castigados por solo el capitan, el cual ha de jurar de guardar estos capítulos.

»Que el rey de Tunez dé y pague para el sustento de la Goleta doce mil ducados de oro cada año, los seis mil dia de Santiago, á 25 de julio, y los otros seis mil, en fin del mes de enero y no los dando el capitan general los pueda cobrar de las rentas del reino de Tunez.

»Que la negociacion y contratacion en el reino de Tunez fuese libre á todos los vasallos del emperador, y haya un juez puesto por el César para que pueda conocer, juzgar y castigar á todos sus vasallos que trataren en el reino de Tunez; sin que

los jueces ni justicias otras del rey se entremetan en ello.

»Que el rey de Tunez, y sus sucesores darán, y pagarán cada un año al emperador y á sus sucesores reyes de España, y alcaide de la Goleta en su nombre el dia de Santiago, que es á 25 de julio, seis buenos caballos moriscos, y doce falcones, y esto en perpetuo y verdadero testimonio, y reconocimiento de señorio y vasallage, so pena de cincuenta mil ducados de oro por la primera vez que faltare, y por la segunda cien mil, y por la tercera en perdimiento del reino, para que los reinos de España lo puedan tomar, y ocupar realmente y de su propia autoridad: y que el rey de Tunez ni otro de sus vasallos harán liga, ni capitulacion ni alianza con algun príncipe cristiano, ni moro, en perjuicio, directa ni indirectamente, del emperador ni de los reyes de España sus sucesores, y asi mismo se obligó el emperador de no hacer otra semejante liga contra el rey de Tunez, ni sus sucesores, no dando ocasion para ello.

»Que entre el emperador, y sus sucesores, y el rey de Tunez, y los suyos haya perpetua amistad buena, y pacífica, y mutua vencidad, y contratacion por mar y por tierra, de todas mercadurías lícitas y permitidas, por las cuales los vasallos, y sugetos de una parte y otra podran venir ir y negociar recíprocamente.

»Que el rey de Tunez, y sus sucesores no recogeran en sus puertos ni tierras á los cosarios, piratas, ni robadores que andan por la mar, ni otro cualquier enemigo que será del César, ni de sus sucesores: antes los echará, y hará todo el mal que pudiere. Firmaron estos capítulos el em-

perador, y el rey Hacen de Tunez, estando presentes, llamados por testigos Micer Nicolas Perronot, señor de Grambela del consejo de estado, el doctor Hernando de Guevara del consejo de S. M. el capitan Alvaro Gomez de Horozco, el Zagal, y Mahomet Pansen, y Hamet-Gamarrazan, y Abderramen, moros criados del rey de Tunez, y rubricadas de don Francisco de los Cobos, comendador mayor.»

Estos capítulos muy á la larga fueron escritos en castellano y arábigo, y se puso el año de Mahoma para complacer al rey Hacen, que fue el de novecientos y cuarenta y dos. Selláronlos con el sello imperial, y real, y cada uno llevó dos, uno en romance, y otro en arábigo. Juró el emperador de guardarlos, y cumplir sobre una cruz de Santiago, besando primero la mano con que la tocó: y el rey por su Alcoran tocando la guarnicion de su alfange que le sacó un poco Con esto Hazen quedó contento y obligado dando muchas gracias al emperador, por las grandes mercedes que habia recibido, y se volvió á Tunez donde fue recibido, como rey, pero no se puso corona, que la veda el Alcoran de Mahoma.

Débense notar unas palabras dignas de memoria que dicen que el César dijo á este rey moro, cuando se despidió de él, que fueron: «Yo gané este reino derramando la sangre de los mios, tú le has de conservar ganando el corazon de los tuyos: no olvides los beneficios que has recibido, y trabaja por olvidar las injurias que te han hecho». Palabras dignas de tal príncipe.

Es tanta la falta de agua en esta tierra, que el

rey enviaba desde Tunez al emperador cargas de agua en presente, y algunas cestillas de fruta, no mucha, pero con muestras de mayor voluntad. Pidió al emperador cuatro mil españoles para guarda y seguridad de su ciudad y persona, porque no se fiaba de los suyos: el emperador no se los dió, diciendo, que bastaban los que dejaba en la Goleta.

XLV.

Carta al marqués de Cañete.

Quisiera el emperador, acabada la conquista de Tunez con tanta felicidad ir en seguimiento de cosario Barbaroja, echarse sobre Argel, y ganar aquella ciudad que tanto ha costado á España, que fuera un hecho notable, y escusara una de las mayores pérdidas que la cristiandad padeció, y es cierto que la reputacion que con la conquista de Tunez se ganó fue tanta, que no fueran bien llegados á vista de Argel, cuando se rindieran, y le abrieran las puertas, y con trabajo se le escapara Barbaroja. No sé quien en el consejo de guerra estorbó la jornada, y quitó al emperador la voluntad, que para hacerla tenia. Las razones principales que se hallaron, fueron, que el tiempo no daba lugar, que faltaban bastimentos, que la flaqueza, y enfermedad de los soldados no lo permitia, que ya morian muchos principalmente tudescos, que sin órden impacientes con el calor bebian y comian, y se metian en el agua vestidos y se tendian en ella como si fueran lechones.

De los caballeros y gente de cuenta, murieron

Anton Ramirez de Arellano hermano del mariscal de Barobra, el cual muriendo dijo, que no sentia su muerte, sino porque no era peleando contra sus enemigos en servicio de Dios, y de su rey. Murió Mr. del Agifonera comendador de Calatrava hermano de Mr. Falconete, mayordomo del emperador, don Alfonso Rebolledo caballero del hábito de Santiago, el hijo primogénito de Gutierre Quijada, Gonzalo de Monroy comendador mayor de Alcantara, y otros: de lo cual todo da cuenta el emperador en las cartas que escribió á España á 16 de agosto.

Murió asi mismo Ruy Diaz de Rojas, á quien el emperador por su carta pidió que se hallase en esta jornada, si bien era ya viejo de edad muy anciana, porque fue uno de los señalados y valientes caballeros de su tiempo, y se mostró en grandes ocasiones, y desafios particulares, y en todos salió vencedor.

«EL REY.

»Marqués de Cañete pariente nuestro, virey, lugarteniente, capitan general en el nuestro reino de Navarra. A 30 del pasado escribimos el suceso de la empresa de Tunez como habeis visto, vuelto de alli á la Goleta adonde estaba nuestra armada para ver y deliberar lo que mas se debia y podria hacer contra los enemigos, segun el tiempo y las vituallas que en ella quedaban, como quiera que siguiendo la victoria para acabar de deshacer de todo punto los dichos enemigos, por lo que esto importa al bien público de la cristiandad, y á nuestros reinos y vasallos particularmente, deseamos, y quisiéramos mas que otra cosa hacer la empresa

de Argel, porque en esta coyuntura con la reputacion de victoria, rompimiento, espulsion y huida de los enemigos de este reino juntamente con el quebrantamiento de los ánimos que les ha quedado se pudiera hacer mas facilmente que en otro tiempo, hanse hallado tantas dificultades para no poderse ejecutar, que necesariamente ha convenido mudar consejo, y entre otras muchas las mas principales ha sido una: Ser la navegacion desde aqui á Argel larga por estar el verano tan adelante: la otra estar la gente cansada y fatigada del trabajo, que despues que se desembarcó ha pasado y pasa asi de las calores que son grandes, como de falta de vituallas frescas, y de abundancia de aguas, y haber mucha parte de ella de mas de los que han sido heridos adolescido de cámaras y calenturas, y otras indisposiciones. La otra y mas principal y que nos ha forzado dejar la dicha empresa, ha sido haber hallado gastada con la mucha gente que aqui ha concurrido y con el crecimiento de los cristianos cautivos, que se pusieron en libertad en la entrada de Tunez tanta parte de la provision de la armada, que la que quedaba, aunque de los nuestros reinos de España Nápoles, Sicilia y Cerdeña, no se han dejado de traer como se traen continuamente, y de Génova y otras partes, lo cual ha sido mucha ayuda para que no se hayan acabado antes, no bastaba en alguna manera, aunque se reglara y estrechara cuanto se pudiera hacer, para ir á la dicha empresa, ni á otra alguna. Y vistas estas dificultades ser de calidad, que sobrepujan á toda la provision y diligencia que se podia hacer, conformándonos con el tiempo y con la posibilidad de las cosas, y

con lo que al tiempo que determinamos embarcarnos en esta armada, escribimos á nuestros reinos de Nápoles y Sicilia, y avisamos á su Santidad á los príncipes y potentados cristianos asi de la Germania, como otros, que lo haciamos para ir á visitar aquellos reinos, proveyendo de camino lo que viésemos convenir contra los infieles enemigos, y en beneficio de la cristiandad, habiendo tomado primero con el rey de Tunez el asiento que vereis por el sumario de la sustancia del que os mandamos enviar con la parte para que tengais noticia de él y dejando reparada la fuerza de la Goleta, para que de presente se pueda sostener y conservar, y á don Bernardino de Mendoza en ella con mil hombres para guarda de ella, con provision de vituallas, el cual ha de hacer edificar la fuerza que para seguridad de la dicha Goleta, se ha de hacer luego, conforme á la traza que le dejamos ordenado, para cuya obra mandaremos venir luego los maestros oficiales y materiales necesarios de Sicilia, ademas de los que le quedan, dejándole tambien entretanto que esta se hace para proveimiento y guarda de la dicha fuerza diez galeras, y asimismo en Bona, á la cual el dicho Barbaroja y los otros cosarios y turcos que huyendo de Tunez, se habian recogido allí, habiendo por nuestro mandado cuando partimos de la Goleta para Tunez ido algunas galeras de nuestra armada á reconocer de la manera que estaban las que Barbaroja allí tenia, y entendido que las sacaba del rio donde estaban y los aderezaba y ponia en órden. Despues el príncipe Andrea Doria con treinta ó treinta y nueve galeras para tomarlas antes que llegase con ellas huyendo con las dichas ga-

leras, la habian desamparado por temor de nuestra armada y quedó en nuestro poder, dejamos proveido que queden seiscientos infantes en la fortaleza de la ciudad de Bona, con Alvar Gomez Zagal, á quien hemos proveido por alcaide de ella con la provision necesaria de vituallas, artilleria y municiones, con asiento que habemos tomado con el dicho rey de Tunez, que quedando por Nos y en nuestro nombre la dicha fortaleza, él asegure los habitantes en aquella ciudad y lo torne á poblar y nos pague en cada año de las rentas y provechos de ella ocho mil ducados para ayudar el gasto que se ha de hacer en guardar la dicha fortaleza, y que lo demas de las dichas rentas que dicen seran hasta diez y seis mil ducados le quede á él para guardar la dicha ciudad. Hecho esto y no habiendo en parte posibilidad para hacer la dicha empresa de Argel por las dificultades dichas, principalmente por la falta de las vituallas, considerando los grandes gastos que se han hecho y aun en el sostenimiento de esta armada y ejército y los que para entretenello adelante serian necesarios continuarse, y que por el tiempo que durare el invierno seria sin provecho, y es mas útil guardarlo, que en esto se habia de gastar para cuando sea menester. Nos, habiendo resuelto en deshacer la dicha armada y ejército y embarcándonos luego, enviar con el marqués de Mondéjar la parte de la armada y de la infanteria española que vino de España, sacando de ella lo que queda en la Goleta y Bona y las capitanias de los ginetes que asimismo vinieron de allá la vuelta de España para que se despida en Málaga ó en otro de los puertos de aquella costa donde llegare y la gente

asimismo se derrame, sino hubiere remedio de podella entretener toda parte de ella en el reino de Tremecen, como algunos parece que se podria hacer sin paga, dando órden que fuesen proveidos de vituallas, la cual pudiéndose hacer, seria provechoso, porque de alli con brevedad se traerian ofreciéndose necesidad, donde quiera que fuese menester y de aqui á entonces seria ejercitada y usada el campo y considerando que Barbaroja ha llevado de Bona quince galeras y que en Argel tiene once, segun lo que se entiende, y en los Gelves dos que podria aderezar y juntar con las otras con algunas galeotas y fustas, como quiera, que segun el daño que ha recibido y de la manera que va deshecho y roto, es de creer que atenderá antes á guardarse que á ofender y hacer daño. Todavia por la seguridad de las costas de nuestros reinos y para escusar los que podria hacer no habiendo provision, enviamos en acompañamiento de la dicha armada las quince galeras de España, que están á cargo de don Alvaro de Bazan, y otras diez con ellas para que residan por las dichas costas, y las aseguren y escusen los daños que podrian hacer los enemigos, con las otras galeras que quedan, y con lo demas de la armada que vino de Génova, Nápoles, Sicilia, y remos á desembarcar en aquel reino, habiendo primero corrido por las tierras de la costa de aquel reino que tenian ocupado los enemigos, que están á la parte de Levante para asegurarnos de ellas, para visitar aquel reino, y tener parlamento, y proveer en las cosas de la buena gobernacion, y administracion de la justicia de él. Y luego como alli lleguemos, enviaremos de las galeras que nos quedan, otras veinte

y cinco, ó treinta, para que con las otras veinte y cinco que ahora van, estén y residan en las costas, islas, y partes donde mas provechoso sea para guardar y asegurar las costas de nuestros reinos, y hacer á los enemigos el daño que ser pudiere, y escusar el que ellos podrian hacer, y tenerlos en cuidado y gasto, para que el tiempo los consuma, porque segun el daño que como dicho es ha recibido, y de la manera que quedan, no parece que pueden durar mucho, y de lo demas de la armada haremos aquello que mas vieremos que convenga: y acabado lo que en Sicilia se ha de hacer, en lo cual nos ocuparemos los menos dias que se pueda, pasaremos á Nápoles á hacer lo mismo en lo de allí, y guiar y enderezar en lo que convenga en los negocios de la fé, y otros públicos de la cristiandad. Fecha en nuestra galera cerca de la Goleta de Tunez á 16 de agosto, año de 1535.=YO EL REY.=Por mandado de S. M.=Cobos, comendador mayor.»

XLVI.

Partida de la flota imperial.

En tanto que pasaban las cosas que he referido, llegó Andrea Doria de la toma de Bona; y venido se puso luego en órden, y aprestaron su camino, proveyendo antes el emperador que la torre de la sal, y la del agua se echasen por tierra, porque si los alarbes, y moros se apoderaran, é hicieran fuertes en ella, pudieran ofender mucho á la Goleta.

Hubo poca dificultad en allanar la torre de la

sal, y á 10 de agosto yendo los capitanes con sus compañías traian fagina á cuestas de los olivares para fenecer el bestion que en la Goleta se hacia, el cual era de dos estadios en alto, de ancho hasta nueve pies. Ayudaron todos á esta obra, y el marqués del Vasto por animar á los soldados, era el primero que á caballo traia con ellos su parte.

Quedó por alcaide de la Goleta, y capitan general don Bernardino de Mendoza, con mil españoles, soldados viejos, y algunos maestros que la reparasen. Todo el tiempo (que por dias he contado) gastó el emperador desde que se embarcó en Barcelona hasta 12 de agosto que se metió en su galera, si bien no salió del puerto, en lo cual parece el engaño del doctor Illescas, que dice con otros engaños que gastó en conquistar el reino de Tunez solos veinte y seis dias.

Despidió el emperador las armadas de Castilla y Portugal. Diéronse todos prisa á derribar las tiendas, y recogerse á las galeras, y aun dicen que el emperador daba tanta prisa, que pegó fuego á algunas tiendas, porque se detenian. Saltaba cada dia en tierra á oir misa, y en oyéndola se volvia á la galera.

A 14 de agosto se acabó de minar la torre del agua, y poniendo barriles de pólvora en los cimientos, que estaban puestos sobre puntales de madera, la volaron. Deteníase el emperador esperando viento, y que se acabasen los reparos hechos para la fortificacion de la Goleta.

Estando casi todos embarcados se levantó borrasca, y padecieron algun género de tormenta perdiéndose algunos vasos. Finalmente, á 17 de agosto la galera Capitana en que iba el emperador hizo se-

ñal, y tendió las velas comenzando á navegar. El infante don Luis tomó la derrota de Barcelona, y el emperador fue derecho contra la ciudad de Africa, pensando tomarla de camino (de la cual diremos largamente adelante, y como habia en ella cosarios que corrian las islas de Sicilia y Cerdeña). No pudo el emperador llegar esta vez á ella por desaparecerse las naves de su armada con temporal recio: unas dieron en Sicilia, otras en Nápoles.

A 20 de agosto entró en Trapana ciudad de Sicilia, con poca salud, que del trabajo de la guerra y mar tenia. Fue recibido con grandísimo gusto de los naturales, y en saltando en tierra fue á visitar á nuestra Señora de Gracia monasterio de frailes agustinos, y aposentóse en el castillo. Murió aqui, camino de Palermo, don Bernardino de Toledo, de enfermedad, habiendo servido bien en esta guerra: al emperador dolió la perdida de este caballero, y mucho mas á su hermano don Hernando de Toledo duque de Alba.

Quiso el emperador (ya que él no pudo) enviar sobre la ciudad de Africa, que tuvo deseo de ganarla. Ordenóse en consejo de guerra que fuesen sobre ellas las galeras y galeon de Andrea Doria, y ciertas carracas y naos, y en ellas cinco mil soldados, dos mil tudescos, y tres mil españoles; y por general don Hernando de Gonzaga, hermano de Federico Gonzaga, primer duque de Mantua y segundo marqués de este nombre. Aprestándose para esto llegó el galeon del príncipe, y las treinta naos que venian de Africa, y no de cabo Pájaro, á los cuales sucedió que faltándoles agua cuando estaban determinados á batir la ciudad, estando en consejo el prín-

cipe de Salerno, Fabricio Maramaldo, Cristóbal Forindoria, y otros capitanes y coroneles de españoles, italianos y tudescos, determinaron que saliese el príncipe de Salerno con toda la infanteria, y que en tanto que peleaba con los moros, tomasen agua los marineros de unos pozos junto á la marina, no lejos de la ciudad. Estando en esta determinacion llegó un bergantin con carta del emperador, escrita en Trapana para que se alzasen de la conquista de Africa, y fuesen á Sicilia, donde los esperaba. Con esto cesó por ahora la conquista de esta ciudad, hasta el año de 1550 que se ganó por Hernando de Vega, y don Garcia de Toledo, á 9 de setiembre, lo cual en llegando á este tiempo diré.

XLVII.

Escribe el rey al marqués de Cañete.

Ultimo de agosto estando ya el emperador para salir de Trapana, escribió á la emperatriz, grandes y vireyes de España, dándoles cuenta de su camino, diciendo como á 16 del presente desde la galera cerca de la Goleta de Tunez, habia escrito con una galera que mandó ir á Barcelona para llevar las cartas, y aviso de su embarcacion, y venida al reino de Sicilia. La del marqués de Cañete decia.

«EL REY.

»Marqués de Cañete, pariente nuestro, visorey y lugarteniente, capitan general en nuestro reino de Navarra. A 16 del presente desde la gale-

ra cerca de la Goleta de Tunez, os escribí con una galera que mandé ir á Barcelona para llevar las cartas de mi embarcacion para venir á este reino por las dificultades que tuve para no poder ir á Argel, con todo lo que mas habia que decir segun habreis visto. El dia siguiente martes por la mañana salimos con las galeras del golfo de Tunez delante de la Goleta, donde habia estado y estaba nuestra armada, y surgimos á veinte millas en el cabo de Zafrana, asi para tomar agua para provision de las galeras, como para esperar alli las naos de la parte de la armada que habia de venir con Nos, adonde estuviésemos esperándolas todo aquel dia, y el miércoles y el jueves hasta despues de mediodia que llegaron todas las dichas naos: y partimos para seguir nuestro viaje á la ciudad de Africa que es en la costa del reino de Tunez á la parte de Levante, lugar fuerte y muy importante en que Barbaroja ha tenido guarnicion y guarda de turcos para proveer de camino que se conquistase, y asegurarnos de él, y surgirnos á diez ó doce millas adelante, porque el tiempo para navegar el dicho viaje era contrario, y aunque con las galeras á remo no sin trabajo se andaba, las naos no lo podian hacer, y asi estuvimos y anduvimos á vista de las dichas naos, y cerca de ella entreteniéndonos, y esperando que el tiempo se pusiese de manera que se pudiese hacer el viaje, hasta el sábado en la tarde que lo comenzó á hacer tan recio, que las naos no se pudieron tener mas por la fuerza del viento, y fue necesario dar las velas, y atravesar el golfo para venir aqui. Y visto que sin ellas, en las cuales venia la gente y vituallas para ella, y la artilleria,

municiones, y las otras provisiones necesarias para lo que se habia de hacer, no se podia aquello efectuar, fuimos forzados á hacer lo mismo con las galeras. Y asi domingo 22 del presente despues de medio dia llegamos á esta ciudad con todas nuestras galeras, adonde hallamos ya surtas parte de las naos de la dicha nuestra armada, y otras eran pasadas á Palermo y á Nápoles, y algunas de las cuales (las mas eran aquellas donde venia la infanteria) corrieron hasta Africa, y estuvieron surtas en la playa delante aquella ciudad tres ó cuatro dias, hasta que teniendo aviso nuestro por un bergantin que mandamos enviar para buscarles, que éramos venido aqui, vinieron asi mismo, y llegaron dos dias ha: de manera que toda la armada, gracias á Dios, ha aportado en salvamento.

»En este lugar nos hemos detenido y reposado estos dias, por esperar á saber donde habian aportado las dichas naos, y que viniesen aqui para resolvernos y dar órden en lo que se habia de hacer de esta armada, y asi visto que el tiempo del verano está tan adelante, que en lo que de él queda, no se puede ya con ella hacer fruto, y haberla de sostener el invierno, seria cosa de mucho gasto y sin provecho, nos habemos resuelto en deshacerla, reteniendo para acompañamiento nuestro y guarda de nuestra persona y corte, la infanteria española vieja, que para servir en la empresa pasada se trajo de este reino y del de Nápoles, y dos mil alemanes escogidos de la Alemania, he despedido todos los demas de ella. y la infanteria italiana, pagándoles aqui el sueldo del tiempo que han servido, y se les debe dar para

volver á sus casas, se envian en los navios, que para llevarlos bastan, con los mantenimientos necesarios á desembarcarlos en la ribera de Génova, y en otros puertos de Italia que son mas á propósito, asi para que los italianos vayan á sus casas, como para el camino que han de llevar los alemanes para ir á las suyas, con los cuales se envian comisarios que las lleven y hagan proveer de las cosas necesarias.

»Las naos de la dicha armada que van con esta infanteria, van de aqui despedidas y pagadas de su sueldo, para que siendo desembarcada la infanteria, hagan lo que bien les estuviere: las otras que se ha ordenado que pasen á Nápoles con la hacienda, caballos y gente de nuestra corte, de la que vino á nos servir de aquel reino, que aqui no se ha desembarcado, para que desembarcando estos, sean tambien despedidos.

»Y conociendo que para la seguridad de estos reinos, y para quitar á los infieles y cosarios la oportunidad de poderse valer y dañar desde la dicha ciudad de Africa, por el sitio y disposicion que para ello tienen, importa mucho haber aquella ciudad á nuestras manos, y pareciéndonos que en lo que queda de este verano se puede hacer la empresa, ó á lo menos por no dejar de tentarlo, esperando que con ayuda de nuestro Señor terná efecto, habemos ordenado que el príncipe Andrea Doria vaya á ello con las galeras que han quedado para poder servir, que las de su Santidad son ya idas, y las que nuevamente se armaron en estos reinos, algunos tienen necesidad de reposar y repararse, y con ocho ó diez naos buenas en que vaya la dicha infanteria española, y

alemanes que retenemos para nuestro acompañamiento, con la artilleria, municiones y vituallas, y otras provisiones necesarias para la empresa, y para dejar proveida la ciudad por algun tiempo si se ganare, y dejando proveido lo que para esto se requiere, y quedando aqui el dicho príncipe con nuestros oficiales, que en estas cosas entienden, y con las personas que conviene para ejecutar todo lo susodicho, nos partimos hoy por tierra para ir á Palermo, donde reside nuestro consejo y Chancilleria de este reino, y tenemos mandado convocar y juntar el parlamento y estados de él para tenerlo, y dar órden en lo que convendrá para la buena gobernacion y administracion de la justicia, y establecimiento de ella, y entenderemos en ello con tal diligencia, que brevemente nos desembarcaremos para pasar adelante á Nápoles á hacer lo mismo en aquel reino, segun tenemos escrito.

»El dicho principe con la aficion con que nos sirve, y con su buena diligencia y providencia, tenemos por cierto que la usará tal en esto, que ha de hacer que en pocos dias se despachará y saldrá de aqui, y esperamos en nuestro Señor, que con su ayuda la empresa terná el fin que conviene, y acabada esta verá segun el tiempo y la oportunidad de las cosas, si podrá reducir la isla de los Gelves á nuestro servicio, y á la observancia de lo que con los que se asentó y capituló en nuestro nombre por don Hugo de Moncada, y pasará á la Goleta de Tunez á ver lo que estaba hecho en la fortificacion y reparacion de aquella fuerza, y por darle mayor reputacion, y dar órden que quede como conviene, para que esté esto con

toda seguridad y buen recaudo, y lo mismo hará en Bona, si el tiempo diere lugar, y discurriendo por toda la costa, se volverá á Palermo si pudiere antes que de allí partamos á Nápoles, á darnos razon de lo que habrá hecho, y ver lo que mas despues se deberá hacer.

De Trapana último de agosto de 1535.=Yo el rey.=Por mandado de S. M.=Idiazquez.»

Es el secretario Alonso de Idiazquez, de quien adelante hablaremos, que ya en este tiempo servia al emperador en este oficio.

XLVIII.

Recibimiento del emperador en Italia:—Muere Francisco Esforcia:—Descontento del rey de Francia.

De Trapana fue el emperador á Monreal cazando por el camino: detúvose en Arcano tierra de la condesa de Modica. Los tudescos quedaron alojados en Trapana. Los españoles fueron á alojar en Marzara, y allí esperaron á don Pedro Gonzalez de Mendoza, hermano de Garci Manrique, virey que fue de la Abruza, que venia á tomarles muestra, y con él Francisco Duarte, contador y proveedor de las armadas del emperador.

Detúvose el emperador en Monreal hasta doce de setiembre que entró en Palermo, donde fue solemnemente recibido, hallándose presentes los señores de título de aquel reino, y otros muchos caballeros. Llevó el estoque don Juan de Mendoza, justicia mayor. Daban voces por las calles mujeres y niños, diciendo: «Justicia, justicia,» por la mucha falta que de ella habia en el reino.

A los 20 de octubre de este año, salió el emperador de Palermo, y vino á San Plácido, monasterio de monjes Benitos blancos, donde fue aposentado, y de allí entró en Mecina, haciéndosele suntuoso recibimiento. Salió el arzobispo vestido de pontifical, y doce canónigos con doce mitras en las cabezas, el Archimandrita con sus abades mitrados, y proto-papa con los clérigos griegos, y toda la demas clerecia y frailes, todos los cuales hacian una larga y vistosa procesion. Hizo una gran salva de artilleria y arcabuceria de muchos soldados, que salieron en escuadrones. La ciudad le presentó diez mil ducados de oro, y despues de haber estado en Mecina algunos dias, atravesó en galeras el Faro, y vino á Rijoles en Calabria, y visitando el reino de Nápoles, á 25 de noviembre entró en la ciudad tres horas antes de la noche, donde se le hizo un recibimiento digno de la grandeza de sus ciudadanos, que son de los mas ricos y nobles de Europa.

Llevaba el estoque en la entrada del César el marqués del Vasto, como camarero mayor del reino. Eran innumerables las personas eclesiásticas, clérigos, frailes, obispos y arzobispos, pues pasan de ciento veinte y cuatro los que hay en el reino, con muchos señores de título, y caballeros que le acompañaban.

Halláronse aqui el príncipe Doria, Antonio de Leyba, príncipe de Ascol, como naturales del reino, el duque de Alba, el conde de Benavente, el marqués de Aguilar, el marqués de Cogolludo con otros muchos españoles, el conde de Potencia de la casa de Guevara, español, y todos los señores de título del reino de Napoles y de fuera de él.

Vinieron á darle el parabien de la victoria de Tunez, y á otros negocios, Pedro Luis Farnesio, hijo del Papa, Juan Picolomino, obispo de Hostia, cardenal de Sena, Alejandro Cesarino título de Santa Maria Inviolada, cardenal diácono, legados del Papa, y Héreules Deste, duque de Ferrara, algo descontento del Papa, pero del emperador muy favorecido. Entró con grande ostentacion en Nápoles de criados y gentiles-hombres ricamente vestidos.

Los legados del Papa despues de dado el parabien, trataron de la paz entre el emperador y rey de Francia. Mr. de Belli embajador del rey en la corte imperial, pedia por parte de su señor el ducado de Milan, para el duque de Orleans. Viniendo el duque de Urbino y cuatro embajadores de Venecia, y Alejandro de Médicis, duque de Florencia, hijo del duque Lorenzo y sobrino de los pontífices Leon X y Clemente VII, venia con luto por la muerte de Hipólito de Médicis, cardenal de san Laurencio Indamaso, pero en entrando en la corte dejó el luto. Traia una compañia de arcabuceros de á caballo, y muchos gentiles hombres. El emperador le recibió muy bien.

Vinieron desde Roma con él don Fernando y don Juan de la Cerda, hijos de don Juan de la Cerda, duque de Medinaceli, y don Francisco de Toledo de la casa de Alba, y otros caballeros españoles. El duque de Urbino se confederó aqui con el emperador, y partió á hacer gente á su estado y á la vuelta de la Morea.

Vino tambien Marino de Caracioles, napolitano, á quien el Papa poco antes habia dado el capelo á instancia del emperador, de manera que la corte

imperial en Nápoles estaba llena de cardenales y prelados, de señores de título, y caballeros de aquel reino y otras partes, que jamas se vió con mayor grandeza Nápoles.

Aqui llegó nueva de que el rey de Francia habia convalecido de unas cuartanas. Casó el emperador su hija natural, madama Margarita, con Alejandro de Médicis, duque de Florencia, como lo habia tratado con el papa Clemente VII. Quisiera Felipe Stroci, mercader riquísimo, estorbar estas bodas, y los florentinos de su opinion que andaban desterrados, y á los cardenales Salviati, y Rodolfo, y Stroci ofrecia una gran suma de dinero, porque no se hiciese. Jugó el emperador cañas, y se corrieron toros á uso de España, vestido á la morisca, con su cuadrilla que regocijó mucho la ciudad por los dias de Carnestolendas, y en saraos y banquetes, fue con mascara por entretenimiento de las damas y señoras napolitanas que se lo suplicaron. Proveyó con atencion las peticiones que le dieron con quejas de los señores y jueces, y pidiéndole mercedes.

Estando aqui escribió á los potentados de Alemania, que tenia aviso que contra la paz que últimamente se habia capitulado con ellos, los demas sus valedores hacian algunas fuerzas, y ocupaban los bienes de las iglesias, que siendo asi lo sentiria mucho, y de ninguna manera pasaria por ello.

Estando el emperador en Nápoles á 24 de octubre (y segun otros) á primero de noviembre de este año de 1535, murió en Milan el duque Francisco Esforcia, ejemplo de buena y mala fortuna, en que se acabó la sangre novilísima de los Esfor-

cias, que segun algunas historias, descendia de Anglo, nieto de Eneas y de Mucio Scevola, varon romano. A 4 de noviembre entró en Nápoles con la nueva Juan Bautista Gastaldo.

Con la muerte del duque,revivieron las pasiones entre el emperador y el rey Francisco, y nacieron otras ocasiones de nuevas guerras: porque la codicia grandísima que el rey tenia por este estado no le dejaba vivir con quietud, pidiéndole y procurándole con las armas, habiendo renunciado ocho años antes el derecho todo que á él y al reino de Nápoles pudiese tener, como yo lo he visto en largas pieles de pergamino, y letra francesa en el archivo de Simancas, con las mayores fuerzas y juramentos, que en derecho se pueden hallar, y junto con esto entregó cuatro escrituras tocantes á Nápoles y Milan, que hacian en favor del derecho que la casa real de Francia pretendia tener á estos estados, como quien de todo punto se apartaba de ellos y de su pretension, y juró, que si en otro algun tiempo hallase otros papeles, los daria al emperador, como consta por la concordia hecha en Madrid: y con todo esto porfiaba el rey, y porfió hasta que acabó la vida, siendo causa este teson de infinitas muertes y males, que ademas de las dichas aqui se dirán, y queriendo el Pontífice con santo celo juntar los príncipes cristianos contra el turco, solo el rey de Francia no quiso entrar en esta liga, si el emperador no le daba á Nápoles y á Milan, alcanzándose en su reino con la mitad de los beneficios, diciendo que los queria para cobrar á Milan, pues era muerto el duque Esforcia: y para esto se vió este año con el rey de Inglaterra, que como sa-

bia que estaba mal con el emperador, queria acabar con él que le hiciese guerra, y escribió á los protestantes de Alemania quejándose del César de cosas que en él no cabian, diciendo que las guerras que el turco hacia, eran por causa del emperador y su hermano el rey don Fernando, que se querian alzar con todo, y á los que sabia que eran católicos en Alemania escribia que el emperador tenia la culpa de las heregias, que si él quisiera castigar á Lutero y atajarle los pasos, no hubieran prevalecido tanto los luteranos que habia en aquellas partes.

En 19 de diciembre de este año, envió á Gillermo Belayo por su embajador á los protestantes que estaban en Smalcalda, pidiéndoles que le ayudasen y se ligasen en él, sin decirles contra quien. Mas los protestantes teniendo respeto á que eran vasallos del emperador, respondieron que de muy buena gana, con que no fuese la liga contra el César: hizo que el rey de Inglaterra les pidiese lo mismo, y de la misma manera respondieron á él. Finalmente, trajo los tratos que se han visto y verán con el turco en tan gran perjuicio de la cristiandad. Por manera que este príncipe no dejó piedra que no moviese no mirando á quien era: y lo que mas es de ponderar y sentir es que andaba en estos tratos Francisco, cuando el emperador aventuraba su vida y la de sus vasallos, honra y hacienda, peleando en Africa, no con otro príncipe como él, sino con cosarios y ladrones, por la defensa de la Iglesia.

Es terrible el corazon de un rey airado, y no pudiendo ya mas el rey Francisco encubrir ni disimular su pasion, comenzó á mover la guerra en

el Piamonte, mandando á Felipe Chabos, almirante de Francia, que entrase por las tierras del duque de Savoya con un grueso ejército, diciendo que el rey su señor mostraria el derecho que tenia á aquel estado, porque sabia que el emperador habia de salir luego á la defensa del duque por el deudo y amistad que con él tenia, como fue y se dirá.

Muerto, pues, el duque Esforcia, y enterrado con la solemnidad que merecia, el conde Maximiliano levantó en el castillo el estandarte imperial, y apellidaron: «Imperio, imperio», y al tiempo de enarbolar el pendon, dispararon la artilleria, andando en esto y en apoderarse del pueblo tan valeroso como siempre Antonio de Leyba.

Tuvo cartas el emperador de la emperatriz, diciéndole como á 25 de diciembre de este año en la villa de Madrid murió el príncipe de Piamonte, primogénito de Savoya.

XLIX.

Ibrain Basa:—Prueba de la cristiandad de Francisco I.

Por lo que la cristiandad debe á Ibrain Basa, grandísimo privado del gran turco Solíman, diré aqui su fin, que es el que ordinariamente tienen los mas allegados á los reyes, cuando en ellos no hay la prudencia y moderacion debida. Valia tanto Ibrain con Soliman, que de ninguna manera se hacia mas de lo que él queria. Era Ibrain de nacimiento cristiano, natural de Albania, de un lugarejo que se llamaba Parga, y renegado, si bien

se tenia por cierto, que en lo secreto servía como podia á Jesucristo, deseaba y procuraba el bien de los cristianos, y hacia esto con tanta aficion, que se le echaba bien de ver, que no es posible encubrirse la voluntad mas que el oro, y sus enemigos le llamaban turco fingido y cristiano disimulado.

De la merced grande que el turco le hacia, por ser prudentísimo Ibrain, conoció el peligro de su vida, ó á lo menos la caida que podia temer, y asi suplicó al turco que no le hiciese tanto favor, que temia le habia de costar la vida ó una gran desventura. El turco juró solemnemente que él no se la quitaria mientras viviese: con este seguro de su vida se aquietó mucho Ibrain.

Este Ibrain, con la fama que habia de los hechos del emperador y la defensa que hacia á la cristiandad, era grande aficionado suyo, y favorecia y autorizaba sus hechos entre los turcos en gran manera, y se dijo que le escribia y daba avisos de importancia. Sucedió que el turco estaba indiferente este año, sobre si haria jornada contra Tammas, gran sofi, rey de Persia, ó contra cristianos.

Tenia el turco una mujer hermosísima, llamada Roxolana, á la cual amaba, y hubo hijos de ella. Esta y su madre eran enemigas por estremo de cristianos y de Ibrain, sobremanera. Persuadian al turco con muchas razones, que hiciese su jornada contra cristianos, pues era obra meritoria y acepta á Mahoma, segura y honrosa, mas que ir contra los persas, que al fin eran turcos y de una ley como ellos. Al contrario, Ibrain persuadia al turco que dejase á los cristianos y fuese

contra el persa. Pudieron tanto sus razones por el favor grande que el turco le hacia, que valió su parecer. El turco caminó contra el sofi, y fuele tan mal en la jornada, que volvió roto y deshecho, con pérdida de la gente que llevó.

Con esta ocasion acudieron la suegra y mujer del turco, y otros enemigos de Ibrain, y cargaron tanto la mano contra él, que el turco se persuadió que Ibrain no le servia limpiamente, y determinó matarle. Estaba de por medio la palabra que dije le habia dado, que no le mataria mientras viviese · para esto, disimulando algunos dias, le llamó, como que queria comunicar con él negocios de importancia: quedóse solo en la cámara y nunca mas pareció.

Dice Laurencio Surio, monje cartujo, varon doctísimo, que el gran turco le trató asperísimamente de palabra, y que aunque Ibrain se le echó á los pies con muchas lágrimas y humildad, no pudo desenojarle, y en la noche siguiente, á 16 de marzo de este año de 1535, estando el triste Ibrain durmiendo, vencido de la melancolia, como es ordinario, sobre un estrado, entró un verdugo, y con un alfanje le cortó la cabeza. Las afrentas que le hicieron despues de muerto, y como le confiscaron los bienes, dejando solo el dote de su desdichada mujer, fueron notables, y hubo de ellas que decir en el mundo. Tal fue el fin de un hombre á quien tanto levantó fortuna, y tal es la firmeza que tienen las privanzas y aun las coronas de la tierra. Sola aquella es firme, que se afirma en Dios: y donde mas contento, seguridad y descanso, donde hay menos de esta vanagloria.

Asi decia el famoso Angelo Policiano en cinco

versos que se habian de escribir con letras de oro, y saberlos como regla segura de esta vida los príncipes del suelo.

Fœlix ille animi, divisque simillimus ipsis,
Quem non mendaci resplendens gloria fuco
Solicitat non fasto si mala gaudia luxus:
Sed tacitos sinit ire dies, et paupere cultu
Exigit innocuæ tranquilla silentia vitæ.

De donde los tomó aquel que preso, por sí decia:

Aqui la envidia y mentira
Me tuvieron encerrado;
Dichoso el feliz estado
Del sabio que se retira
De aqueste mundo malvado.

Y con pobre mesa y casa
En el campo deleitoso,
A solas la vida pasa,
Con solo Dios se compasa,
Ni envidiado ni envidioso.

El desdichado príncipe Sultan Corcut, perseguido de su hermano el gran turco Selin, se escondió por los montes, y fatigado de la hambre se fue á la cabaña de un pastor, y el mal villano lo descubrió, y fue preso, y el cruel hermano sin quererlo ver lo mandó matar, y el triste príncipe sabiendo su muerte hizo estos versos en su lengua arábiga quejándose de su hermano, que en la nuestra son:

Impia , cruel , nefanda y mala suerte,
Fortuna para mí terrible y dura,
En qué , dí , te ofendí, qué tanto fuerte
Cambiaste mi bonanza en amargura?
Y en este duro trago de la muerte,
Muestras tu fiereza en mi figura,
Y haces de mi vida anatomia
Mostrando tu poder en este dia?
Quisiera Alá , que yo nunca naciera,
O ya que ya nací , que me criara
En un estado bajo, sin manera,
Sin ser, y sin valor que me ilustrára:
Que si esto él triste hado concediera,
Aquesta cruel dadino se arraigára
En el pecho malvado de mi hermano
Pérfido , alevoso , cruel , tirano.

Acuérdome haber leido un epitafio y letra castellana antigua, en que con estilo elegante y llano representaba la vida quieta , dichosa y descansada, que el que alli yacia habia pasado libre de las ondas de este mundo, libre de sus alturas y grandezas, contento con la vida de una aldea. La redondilla de la sepultura, era:

Aqui yaz Juan labrador
Que por jamás al rey vido,
A nadie envidió ni ha sido
testigo, reo, ni actor.
Mozo y con su igual casó,
Hijos y nietos gozó,
Sin deuda, un sustento asaz
Con su mujer vivió en paz,
Y cual cristiano murió.

En este año de 1535 se juntaron y visitaron en la ciudad de Cambray, las dos hermanas Leonor reina de Francia y doña Maria reina viuda de Hungria gobernadora de Flandes, ambas hermanas del emperador. No se publicó el fin de la junta, mas entendióse que era para tratar la paz y amor de los príncipes que á ambas tanto les tocaban.

Por el mes de enero de este año sucedió una cosa en Paris, que por haber mostrado en ella el rey Francisco, ser verdaderamente cristianísimo, me pareció deber ponerla en esta historia, pues él tiene tanta parte en ella. Fue, pues, el caso, que en el palacio real y en otras casas principales de la ciudad de Paris y en lugares del reino se fijaron unos escritos de las heregias de Zuinglio, en las cuales con palabras afrentosas y desvergonzadas, como las usan los hereges, hablaron mal del Santísimo Sacramento de la Eucaristia. Movió este hecho grandemente el ánimo cristiano del rey y mandó luego que se hiciese una procesion pública llevando el Santísimo Sacramento de la Eucaristia con grandísima solemnidad, por las calles de Paris, en la cual procesion fueron el rey á pie y descubierta la cabeza con una hacha encendida en las manos y junto á él la reina doña Leonor, con los príncipes y grandes de la corte, todos con muestras de devocion; y despues de hecha se predicó un sermon doctísimo y elegante, en detestacion y aborrecimiento de la heregia y exhortando al pueblo á la fe católica y amenazando de parte del rey á los que no la tuviesen: diciendo el mismo rey, que si sintiese que su brazo derecho estaba tocado de semejante peste, él mismo se le cortaria.

Luego otro dia se hizo inquisicion de los hereges que en la dicha ciudad habia, y la misma mandó hacer por todo el reino y se prendieron é hizo castigar infinitos de ellos atándolos en una machina, que los levantaba en el aire, y debajo se encendian grandes fuegos y dejábanlos caer en ellos y en tostándose un poco, volvianlos á levantar hasta que finalmente el verdugo les cortaba la soga y caian dentro en el fuego, donde se volvian ceniza.

Fue cierto el rey Francisco entre otras muchas virtudes y valor grande que tuvo, celoso de la religion cristiana y de no consentir heregias en su reino, lo cual le fuera facil, aunque el reino es grandísimo, si las guerras que trabó con el emperador no le estorbaran y fueran ocasion de los grandes males que padeció la cristiandad y aun hoy dia padece aquel reino que tan católico fue siempre y tantos santos tiene en el cielo.

En este año de 1535 murió el marqués de Denia, don Bernardo de Sandoval, que como dije año 1518 recibió el título de gobernador y mayor domo mayor de la casa y persona de la reina doña Juana, y luego la emperatriz, que gobernaba estos reinos dió los mismos títulos, cargo y preeminencias que don Bernardo tenia, á su hijo el marqués don Luis mandando en esta carta lo mismo que en las de don Bernardo estaba mandado. En Madrid á 15 de mayo 1535.

HISTORIA
DEL
EMPERADOR CARLOS V,
REY DE ESPAÑA.

LIBRO VEINTE Y TRES.

AÑO 1536.

I.

Muerte de la reina de Inglaterra doña Catalina de Castilla.

Volveré en este libro á tratar de las importunas y sangrientas guerras, que entre los dos príncipes cristianos, Cárlos V máximo, emperador de Alemania y rey de las Españas y Francisco rey de Francia, pasaron el año de 1536 y en el que sucedió de 1537.

Diré antes la muerte de la serenísima doña Catalina infanta de Castilla, hija de los reyes Católicos y reina de Inglaterra, que pasó de esta vida á la del cielo, segun se cree de su gran virtud, en el mes de enero de este año. Fue poco dichosa en

esta vida. Casó con dos hermanos, dispensando el papa Julio. Tuvo mala vida con el suegro, que queriendo casar con su manceba le daba de comer por onzas y peor con el marido segundo que por casar con su criada la desechó. Fue muy hermosa y así trabajó el rey Henrico VIII de haberla por su mujer. Murió habiendo padecido tres años de martirio, con el mal tratamiento que su marido la hizo. Dejó una sola hija, que fue la serenísima reina María, con quien casó el católico rey don Felipe, siendo príncipe de España y por ella fue rey de Inglaterra, aunque poco tiempo, malogrado por morir la reina sin dejar hijos.

No gozó mucho Ana Bolena su prosperidad real, porque en el mes de mayo de este año, hallándola el rey en un mal caso con un hermano de ella, y otros adulterios, la mandó degollar en medio de la plaza de Lóndres. Dejó una hija que es la que ahora reina, llamada Isabela.

II.

Despoja Francisco I al duque de Savoya.

Murió, como dije, Francisco Esforcia, duque de Milan, el cual no dejó hijos, y nombró en el testamento por su heredero y sucesor, al emperador Cárlos V, que fue otro nuevo y fuerte título y derecho que se le añadió para ser señor de Milan.

Envió luego el rey de Francia sus embajadores pidiendo al emperador el ducado de Milan para su hijo Cárlos, alegando las razones de que siempre se valió para decir que era suyo. El emperador no le respondió á gusto, porque no le

pasaba por el pensamiento dárselo. ni caia en buena razon desheredarse asi, por vestir á su enemigo.

Enojado el rey Francisco, luego se puso en armas, y mandó, como ya dije, que su almirante entrase con el ejército per Savoya, para provocar al emperador. El color que el rey daba a esta guerra con su tio el duque, era por la amistad que tenia con el emperador, y que le tenia ocupada la ciudad de Aste, y en poder del emperador como en rehenes, á su hijo mayor: no dándole lo que por su madre madama Luisa se le debia en paz, por lo que lo queria cobrar por guerra. Tales son las causas que generalmente dan de esta guerra, y no solo la pretension de Niza, como dice Jobio y su secuaz Illescas, sino la de todo el estado, y de ahi saltar como el fuego en Lombardia. Decian que por ser hijo de Luisa de Savoya, le pertenecian Savoya y el Piamonte.

Para que se vea el derecho con que lo pretendia, digo, que Felipe, señor de Bresa, fue hijo do Amadeo III, ó segun otros, de Luis, duque de Savoya, y por la muerte de unos sobrinos suyos que murieron sin hijos, heredó él aquellos estados. Este Felipe fue casado dos veces, la una con Margarita de la casa de Borbon, de la cual tuvo dos hijos, el uno Filiberto, y el otro madama Luisa, madre del rey, que casó con Cárlos I, duque de Angulema, que antes solamente se intitulaban condes los de aquel estado.

Muerta Margarita de Borbon, casó el duque de Savoya segunda vez con Claudia de la casa de Pontibre, de la cual hubo á Cárlos, á quien ahora el rey queria despojar, y el hijo mayor Fili-

berto, muerto su padre Filipo, heredó el estado y murió sin hijos, y por esto decia el rey de Francia, que despues de Filiberto habia de heredar su madre Luisa aquel estado, aunque fue mujer, sin embargo de tener hijo varon, que era este Cárlos moderno duque: porque se vea si teniendo un hijo varon, si bien sea menor que la hembra, dejó jamás de heredar

Como el negocio era tan vergonzoso, dábanle color los franceses, con que ya que esto no se sufriese, que á lo menos se sufria, que como bienes partibles se dividiesen ó partiesen entre el hermano y el hijo de la hermana, habiendo sido muerto el Filiberto cuando este antojo del rey de Francia, cerca de veinte años habia, y no habiendo pedido en todo este tiempo que habia que lo poseia el Cárlos, cosa ninguna el rey, ni en vida de su madre, cuando parece que viniera mas á propósito, si lo hubiera en el mundo para semejante cosa, hasta que ahora murió el duque de Milan, que entonces halló que le pertenecia el estado de Savoya. Es verdad que tambien ademas de esto se trataba del empeño de Niza.

De esta manera volvió el francés por lo del empeño de Niza, en lo cual no le pasó por el pensamiento al de Savoya entregalle al francés la ciudad de Niza, como dice el Jobio, porque es la mas principal cosa que él tiene, y mas importante, y era desjarretar de todo punto los estados savoyanos. Aun no contentándose el francés con las causas dichas, tambien trataba otra, que era decir que se restituyesen á los marqueses de Saluzo ciertos lugares que los duques de Savoya les tenian tomados, y otras galanterias como estas, que

todas tiraban á una sola de punta en blanco, que era al ducado de Milan, que siempre fue la piedra del escándalo, que costó quinientas mil vidas, y otros innumerables males. Pareciale al rey de Francia que tomado el Piamonte le seria fácil tomar á Milan.

El duque de Savoya estaba confiado en la amistad y favor del emperador, y afinidad de parentesco que entre ellos habia, porque la emperatriz era hermana de la mujer del duque. Ademas de esto el emperador por obligar al duque de Savoya, y apartarle de la amistad del rey de Francia, le habia dado en el ducado de Milan el condado de Aste.

Bellario, coronista francés, escribe cuan leves eran las causas que el rey Francisco tuvo para hacer guerra al duque de Savoya, si bien con largas palabras, y flacas razones la quiere justificar. Quitáronle al duque brevemente la ciudad de Niza con su puerto y todos los lugares, ó mayor parte de Savoya. Pasó hasta Turin en el Piamonte, y despues al Fosano, Peñaroloy y Quier, plazas muy importantes, en las cuales puso buena guarnicion. No pudo tomar á Verselli, porque se adelantó Antonio de Leyba, y metió gente que la defendiese. Llevaba términos el almirante de ganar parte del estado de Milan, á no haberse puesto de por medio el cardenal de Lorena, que le hizo requerimientos de que estuviese quedo, y no quebrase la paz que entre el emperador y rey de Francia estaba asentada, porque estorbaria los conciertos que las reinas trataban en Cambray.

Era tanta la autoridad del cardenal, y lo que valia con el rey de Francia, que no osó el almi-

rante pasar de allí, cosa que le hubiera de costar despues la honra y la vida, por los cargos que le hizo el rey de Francia, y por otras ocasiones de pesadumbres que hubo con el rey y por la emulacion que habia entre este almirante y Mr. de Montmorensi, ambos privados del rey, y asi enemigos, segun suele ser.

Viéndose, pues, Cárlos, duque de Savoya, despojado de la mayor parte de sus tierras, tomó su mujer é hijos, y fuese para el emperador.

III.

Alianzas del emperador con varios pueblos, y preparativos para la guerra con Francisco I.

En todo el tiempo que el emperador se detuvo en Nápoles, que fueron mas de cuatro meses, si bien en lo público no se entendia sino en fiestas y regocijos, en lo secreto se trataba muy de veras de la guerra que se habia de hacer al rey Francisco por reprimir su ímpetu furioso, y vengar las injurias hechas al duque de Savoya.

Trató el emperador con los venecianos, que ademas de lo que con ellos tenia capitulado sobre la paz y amistad, se entendiese que corria la misma que con Francisco Esforcia tenian capitulada en lo tocante á Milan. Los venecianos quisieran que el emperador no incorporara el estado de Milan en su patrimonio, sino que escogiera á su gusto una persona á quien lo diera: de lo cual el emperador les dió esperanzas entreteniéndolos con buenas razones, y con ellas holgaron de venir en lo que se les pedia.

Aqui dice Jobio, que el emperador capituló con los venecianos que defenderian á Milan como cuando era de Francisco Esforcia, y que el emperador quedó de nombrar señor particular: y no es asi: ni por palabra ni por escrito prometió tal cosa: solo dijo, que en lo que se le pedia, él tenia tantos con quien cumplir, deudos, amigos y criados, que por fuerza habia un dia ú otro de disponer, no solo de aquello, mas aun de otras tierras mas patrimoniales suyas, y esta manera de decir, no tiene que hacer con promesa, antes son palabras que el derecho llamaba enunciativas, que no disponen cosa alguna, y no fueron mas que respuesta del pedimento: por eso no se pusieron en la capitulacion. Si el emperador tuviera voluntad de dar á Milan, y lo prometiera, escribiérase sin duda en el contrato, como se escribieron otras cosas que no eran de tanto peso.

Hecha asi la paz con los venecianos, trató luego el emperador de concertarse con los suizos, y al fin le prometieron no pasar contra él á Italia, ni moverse de sus casas, cuando sus propias causas no les obligasen á ello. Envió dineros al rey de romanos para que levantase gente en Alemania.

Echó repartimiento á Sicilia, Nápoles y Milan, y todos contribuyeron de buena gana. Sirvió Castilla con trescientos mil ducados. Mandó que la casa de contratacion de Sevilla recogiese todo el dinero que viniese de la nueva España, y del Peru.

IV.

Carta del conde de Nieva al condestable.

Seguia y acompañaba en esta jornada al emperador el conde de Nieva don Diego de Velasco, caballero discreto y valeroso, el cual con curiosidad escribia al condestable de Castilla largas relaciones de los pasos, y aun de los pensamientos que el emperador tenia en las guerras que pensaba hacer, por las cuales me guiaré con harta mas verdad y cumplimiento de la historia, que los demas han escrito: que por estos papeles que el condestable me dió, veo la diferencia que hay de escribir por originales de los príncipes, ó por librillos, y relaciones de particulares personas.

En tres ó cuatro materias, que son las comunidades, el depósito y entrega de los delfines, la jornada de Argel, las córtes de Toledo del año de 1538, y la famosa entrada de este año en Francia, en que estos papeles me han ayudado, hallo lo mucho que importan, y lo poco que hay que fiar de libros que no se escriben con este cuidado, y con tales ayudas y trabajos.

Dice, pues, el conde en una carta cifrada que desde Seña á 24 de abril escribió al condestable.

Carta del conde de Nieva al condestable.

«El emperador se detuvo en Nápoles de no partir hasta que su gente de armas estuviese pagada, y la infanteria española, y que se acabase de hacer la infanteria italiana. Hémonos detenido aqui

en Gaeta mas de lo que se pensaba, porque siempre andamos con el Papa. No se deja de tener alguna esperanza de concierto de paz; con ir hácia esto, se determina llegarnos á Roma, ó algo mas adelante. Tiénese por cierto que el rey de Francia, ni sus capitanes no tienen tanta gente junta como se decia, sino que tiene un buen ejército para acabar de tomar el ducado de Savoya, y que quiere sostener el ejército lo que quedare del verano, y todo el invierno por entretener al emperador en Italia, con un gran ejército y hacelle consumir un pozo de oro. Si esto se hace hay opiniones. Unas son que el emperador acabe de romper la guerra, y le vaya á buscar á donde estuviere, y la jornada se acabe de una vez. Otros son de parecer que se procuren paces. Si hay paz V. S. crea sin duda alguna, que el emperador mandará ir este verano su armada á Argel, y podria ser que en agosto, ó en setiembre fuésemos á España: mas si agora nos quedamos es con determinacion, que de hoy en un año hemos de estar en Nápoles embarcándonos para Constantinopla, ansi lo dijo el emperador á quien á mí me lo dijo. Mire V. S. en que dos estremos estamos, de ninguno podremos librar sino mal. El duque de Alba entra continuamente en consejo, y el emperador le trata muy bien. Esto dice la memoria del conde, y cierto admiran los altos pensamientos del César.»

Esto dice la memoria del conde, y cierto admiran los altos pensamientos del César, pues no eran menos de ir a buscar al gran turco en su casa: perdone Dios á quien tanto le estorbó estas, y otras grandes hazañas.

V.

Entrada en Roma del emperador: --Sus palabras en presencia del Papa y embajadores contra la Francia.

Hechos estos apercibimientos partió el emperador de Nápoles á 22 de marzo de este año 1536. Fue á dormir á Abersa, y de allí otro dia á Capua, de allí pasó á Gaeta donde estuvo cuatro dias, y le pareció muy bien, porque es una de las mejores fuerzas que hay en cristianos, y ninguna mas importante para guardar el reino de Nápoles.

De aquí salió á 29 y fue á dormir á Fundi, y de Fundi llegó á dos de abril á Terrachina lugar primero del señorio del Papa. Mandó su Santidad que por todos los lugares de la Iglesia que el César pasase, se le hiciesen solemnes recibimientos. Era de ver salir tantos niños y mujeres con ramos de olivas en las manos delante del César gritando: Imperio, imperio. Llevaba el emperador cuatrocientas lanzas gruesas y quinientos caballos ligeros á cargo del duque de Alba, con mucha y buena infanteria. Envió el Papa sus legados que acompañasen al emperador. Llegando cerca no permitió que se apeasen. Acompañaronle hasta San Pablo estramuros de Roma, donde hizo noche para entrar otro dia solmnemente.

El miércoles á 5 de abril de este año de 1536, salieron de Roma veinte y dos cardenales quedando otros cuatro con el Papa, y asi mismo salieron muchos arzobispos, obispos, abades, prelados y dignidades de aquella gran ciudad, con los varones ciudadanos romanos, y encontraron al emperador

que llegaba á San Sebastian, y hecha su reverencia volvieron para la ciudad.

Venia el marqués del Vasto en la vanguardia con tres mil y quinientos infantes, armados de buenos coseletes, y ricamente vestidos: luego el duque de Alba en un caballo de armas encubertado con otros muchos caballos de su persona, con los pages y continuos vestidos de brocado, y de sedas de diversos colores. En pos de él quinientos hombres de armas, luego algunos criados de varones y señores, las familias de los cardenales, la caballeria del emperador, en cada caballo un page.

Entró el conde de Benavente con todos sus criados vestidos de tela de oro. Seguíase luego la familia del Papa vestidos de grana, segun su costumbre, conforme á sus oficios. El senado romano dió librea á cien estaferos ó lacayos vestidos con jubones de tela de plata, sayos, y ropas de raso, y terciopelo leonado, vestidos á lo antiguo: los senadores síndicos y chancilleres, ellos y sus caballos de brocado aforrado en armiños con caperuzas de lo mismo. Ciertos gentiles-hombres de los romanos tomaron el palio, bajo del cual entró el emperador.

Tras el emperador iba un escuadron de señores de título italianos, alemanes y de otras provincias. Despues de los cardenales iban los arzobispos y prelados con mil y quinientos soldados de retaguardia, los mil arcabuceros.

Llegando al castillo de San Angel estaba el capitan del castillo con su guardia, y soldados armados de coseletes, celadas y morriones: el alférez bajó la bandera poniendo la punta en el suelo, los soldados se arrodillaron todos: el Papa con los cua-

tro cardenales que dije, y otros prelados, estaban á la puerta de San Pedro de fuera, donde se habia hecho un estrado: allí se apeó el emperador, y llegó á besarle el pie. El Papa le abrazó muchas veces, y por el gran ruido de la artilleria, ó instrumentos de música que se tocaban, no se pudo oir lo que los dos príncipes se dijeron.

Hecha la oracion en la Iglesia de San Pedro, el Papa se entró en su aposento acostumbrado, y dióscle al emperador la misma posada que cuarenta y dos años ántes se habia dado al rey Cárlos VIII de Francia, en tiempo de Alejandro VI. Trató con el Pontífice y cardenales, que se hiciese concilio general, pues tanto importaba para el bien de Alemania y reformacion de las heregias, que fue cosa por el César grandemente deseada. Estuvo la Semana Santa en Roma, y el juevès de la Cena lavó los pies á doce pobres con tanta humildad, que causó admiracion á los que se hallaron presentes: sin perder el César punto de su gravedad fue humilde y llano.

El sábado Santo acompañado de doce caballeros anduvo las estaciones: visitó siete iglesias. El dia de Resurreccion dijo el Pontífice la misa, en la cual se halló el emperador vestido á la usanza antigua de los Césares. Tenia el cetro el marqués de Brandemburg su camarero mayor, uno de los siete electores; tuvo el estoque Mr. de Busay caballerizo mayor; el mundo Pero Luis Farnesio. Quitábale y ponia la corona Ascanio Colona condestable de Nápoles, y el birretillo el marqués del Vasto. Hacia el emperador las mismas ceremonias que el Papa, levantándose y sentándose cuando él, y quitando la corona imperial, cuando qui-

taban al Pontífice la tiara. Comulgó de mano del Papa, y comulgaron asi mismo otros señores, que aqui se hallaron.

Anduvo disfrazado por Roma, y para mejor poder mirar su antigua grandeza, subió encima de la redonda maravillado de tan suntuoso edificio.

Un dia antes que de Roma partiese tuvo el emperador aviso, que los embajadores del rey de Francia andaban públicamente, quejándose del emperador, diciendo, que habia prometido dar á su rey el ducado de Milan, y que le habia faltado á la palabra, y que ási sería justísima la guerra, que le pensaba hacer. Ademas de esto se desmandaban mas de lo justo en palabras, culpando al César, asi en las guerras pasadas, como en las que se esperaban tener, y llegaban á tanto, que decian ser causa de la venida del turco, y daños que hacia en la cristiandad, y de las herejias que en ellas Lucifer habia inventado. De lo cual el César se indignó tanto, que quiso por su persona responder públicamente á tantas calumnias, que no hay cosa que tanto indigne al corazon noble é hidalgo, como semejantes tratos y calumnias de que usan los que son bajos.

La satisfaccion que el César determinó hacer contra sus detractores ordenó, que fuese delante del Pontífice y senado apostólico de los cardenales, hallandose en él presentes los embajadores de todos los príncipes cristianos que en la corte romana estaban, para lo cual pidió al Pontífice, que los mandase juntar á todos. Hízose asi segundo dia de la Pascua de Flores á 17 de abril, acudiendo infinita gente, y los mismos embajadores de Francia con los que eran de su parcialidad y aficion.

El emperador habló en lengua castellana con aquella gravedad que pedia su grandeza, y de que naturalmente era dotado, llevando sus palabras tanto peso y magestad, que suspendian los ánimos de todos. Tomó el principio de su oracion y arenga muy desde su origen, y nacimiento de las causas, pasiones, y competencias entre las casas de Francia y Austria. Trajo muchos ejemplos para probar, que ni el rey Francisco, ni sus antecesores habian jamas guardado palabra que diesen, ni dejado por sus intereses de romper las paces y treguas, sin respeto de las gentes, ni de los juramentos que á Dios hubiesen hecho. Quejóse con gran sentimiento de la sinrazon y notoria injusticia con que el rey Francisco le tenia usurpado el ducado de Borgoña, con otras tierras de los Paises Bajos, y de haberle faltado en la fé y palabra de dos ó tres casamientos que con él y con sus hermanos se habian concertado, y asimismo con sus padres y abuelos. Dió en rostro al francés con su ingratitud, porque habiendo sido su prisionero usando con él las mayores cortesias del mundo, que iguales no se podian pedir á un emperador, ingratamente se habia olvidado de tales y tantos beneficios, y habia feamente dado mal por bien, no cumpliendo cosa de cuantas por su libertad habia prometido, faltando como cruel y desagradecido, cerrando los ojos á todo hasta olvidarse de su juramento. Que habia revuelto el mundo contra él, y sin respeto de rey cristianísimo traido y levantado al turco, enemigo cruel de la Iglesia sediento de su sangre. Lo cual todo nació de la envidia que le consumia las entrañas, y por codicia del estado de Milan que tantas veces

tan caro le habia costado, quitándoselo Dios muy con su daño, porque no era suyo, ni tenia derecho alguno á él: pues como á todos era notorio, Milan era suya por diversos títulos, ademas del feudo imperial, y que siendo el emperador de romanos legítimamente electo y coronado, no debia desmembrar aquel estado de las otras tierras del imperio, pues aquel era la llave, ó puerta, por donde habia de entrar á visitar sus tierras, y proveerlas como buen príncipe, administrando en ellas justicia; y que sabian todos cuan indecente seria que un emperador del mundo, que cada dia se le habia de ofrecer pasar de Flandes á Italia, y de alli á España, hubiese siempre de pedir paso seguro á los reyes de Francia, ni á otro alguno, de manera que la gobernacion del mundo viniese á colgar de la voluntad de otro, que del mismo que le habia de gobernar: que ahora ya que al rey de Francia le habia ido tan mal con esta pretension, se volvia rabiando contra el duque de Savoya que no le habia ofendido, usando con su propio tio, á quien debia honrar y respetar como á padre, de una crueldad y término semejante, que ningun rey por bárbaro que fuera tal usara: y todo esto á fin de llegarse mas cerca de Italia, y del estado de Milan sobre que era su rabia, heredada de algunos reyes que antes de él fueron en Francia: y Dios que es bueno y justo les habia siempre pagado, conforme á sus intenciones, pues jamas salieron con cosa, y nunca dejaron de volver á sus casas las manos en la cabeza.

Ya encendido en cólera dijo en alta voz, con semblante severo y enojado: «Qué desvergüenza, y maldad es, que diga el rey Francisco, y digan

los ministros, que yo he dado palabra de conceder á él, ó á sus hijos el estado de Milan? y que anden por los cantones, y lugares públicos, disfamándome de lo que jamás me pasó por pensamiento! Soy yo á dicha tan loco que tengo de dar á nadie lo que es mio, y me viene tan á cuento? Tengo yo por ventura de hacer pobres mis hijos, por enriquecer los agenos? Donosa cosa es, que quiera el rey Francisco con mi hacienda engrandecer sus hijos, y dejarlos iguales en reinos, y potencia, dando al mayor el reino de Francia, y á Bretaña, al otro el ducado de Orleans, y á otro el de Milan, y que no guarde yo de lo mio con que haga bien á los mios! Pues sepa el rey Francisco, y sepan todos los que me oyen, y con ellos todo el mundo, que ni tengo de dar á nadie lo mio, ni tomar tan poco lo ageno, ni disimular las injurias del duque de Savoya. Entiendan todos mi propósito. No diga el rey que le quiero engañar, ni tomarle de sobresalto: de aqui me iré con el favor de Dios á Lombardia, juntaré alli el mayor ejército que pudiere, y con él entraré por Francia, y procuraré vengar mis injurias, y las de los mios, como á mi oficio conviene hacerlo. Mas lo mejor de todo será escusar los grandes males y daños que suelen seguirse de la guerra, á donde padecen ordinariamente los que no tienen culpa,

»Hayámoslo nosotros dos de bueno á bueno: pongamos el negocio en las armas. Haga el rey campo conmigo de su persona á la mia, que desde ahora digo que le desafio y provoco, y prometo de matarme con él, como y de la manera que á él le pareciere, que yo confio en mi Dios, que como hasta hoy me ha sido favorable, y me ha dado vic-

toria contra él, y contra todos los enemigos suyos y mios, me la dará ahora y ayudará (que es justo) á mi causa tan justa.»

Dijo esto el César tan de veras, y con tanta eficacia, en tono tan alto, que no pudo el Pontífice dejar de levantarse, é interrumpirle la plática. Fuese á él con alegre rostro, abrazóle y dióle paz, y con palabras mansas y llenas de su gravedad y prudencia, díjole: «No mas, hijo mio, no haya mas; desenójese V. M., y no tome pasion, remita con cordura vuestra natural clemencia algo de la muy justa indignacion que tiene. Nunca Dios quiera que tal campo se haga, ni que se dé lugar que vuestra persona, que tanto importa en el mundo, se ponga en este riesgo y peligro.»

Volvióse dicho esto de presto el Pontífice á los embajadores que iban á responder, y mandóles que callasen. Levantáronse luego todos los cardenales con los humores conformes á la pasion que tenian. Los que estaban sin ella quedaron satisfechos de lo que el emperador habia dicho: y todos ciertos de que habria una bien reñida guerra. El embajador de Francia pidió al emperador que le diese por escrito lo que allí habia dicho, para enviarle á su rey, porque como no sabia español, no entendió bien sus palabras. El emperador alegremente se lo volvió a repetir, y para mayor justificacion escribió este mismo dia lunes de Pascua á Juan Habart, vizconde de Lombegi, su embajador en Francia, para que á la larga dijese su intencion al rey, y porque le señalaba veinte dias para que respondiese, los alargaba á veinte y cuatro.

Partió luego de Roma por la posta el cardanal de París con la nueva y relacion de lo que el

emperador habia dicho, y de la determinacion que tenia de romper muy de veras. En este dia hubo aviso, y por cartas de Milan, que el rey de Francia tenia seis mil suizos, ocho mil alemanes, y doce mil hombres de la tierra, que andaban en tierras del duque de Savoya, haciendo el daño que podian.

VI.

Parte el César de Roma.

Otro dia á diez y ocho de abril partió de Roma la via de Casia. Hízosele en Sena, y por todo el camino hasta Florencia, toda la fiesta y regalo posible, y mas que en otra parte en la misma ciudad de Florencia, á donde su hija y yerno le tenian aparejado un solemnísimo recibimiento, y fiestas muy costosas. Aposentóse en la riquísima casa de Cosme de Médicis, y visitó la fortaleza que habia hecho en Florencia su yerno Alejandro de Médicis.

Contentóle su grandeza y fuerte obra, los tiros y municiones que tenia: aconsejóle que diese priesa en acabarla, y viviese con cuidado, mirando mucho por sí, porque comenzaba un nuevo señorío en ciudad libre; y que no se fiase de todos, y en particular de los desterrados. Parece que el César adivinaba el miserable fin y perdicion de Alejandro, como presto veremos.

Salió de Florencia á una muy hermosa casa de placer que Laurencio de Médicis labró, que se llamaba Villacayana: de alli visitó á Pistoya, Pisa, Luca, y fue á reparar en Aste. Aqui se engaña la pontifical diciendo, que vino Antonio de Leyba

muy alegre, ó esperaba en esta ciudad al emperador, porque acababa de ganar á Fosan, engañáronle, y yo dire lo que dice el conde de Nieva, que andaba al lado del emperador, y he visto en sus cartas originales que escribió al condestable de Castilla.

Llegó el emperador á Aste á 22 de junio, quiso ir á un lugar que se llama Sabillan, que es una legua de Fosan, porque el emperador deseaba ver á Fosan antes que lo tomasen, que lo tenia sitiado Antonio de Leyba con quince mil infantes alemanes, italianos, y muy buena caballeria. No se le habia puesto este dia la bateria por no ser llegada toda la artilleria que para esto era menester, mas dentro de dos dias le pusieron encima treinta cañones gruesos de batir, con esperanzas que en dos dias le podrian dar el asalto despues de la bateria. La gente que dentro tenia el rey de Francia eran cuatro mil infantes, trescientas lanzas, y sesenta gentiles-hombres criados de la casa real, y se decia que venia otra mucha gente francesa á socorrerla, y en favor de Turin, de lo cual no pesaba á los imperialés, que deseaban tener en que entender, porque segun el poder grande que ya el emperador tenia, no podia venir gente que les diese cuidado, antes se sabia que el rey estaba en Leon y con mas miedo que esfuerzo, ó como dicen, vergüenza. Pensaba el emperador acabado lo de Fosan echarse sobre Turin, y luego todos pasearse por Francia muy á placer.

Los suizos que el rey de Francia pudo sacar, fueron seis ó siete mil, y hasta cuatro mil alemanes, de manera que toda la fuerza de su gente era de nueve mil alemanes y suizos: los demas si bien

eran muchos, valian poco. El emperador tenia cerca de treinta mil alemanes, diez mil españoles, y veinte mil italianos: parte de esta gente se habia levantado en Roma, aunque con poco gusto del Papa, que quisiera quitar que anduvieran las cajas en aquella cuidad por la neutralidad que profesaba entre los dos príncipes Cárlos y Francisco: mas como el emperador estaba presente no se atrevió á vedarlo, y no estaba tan solo que dejase de haber miedo en sus enemigos, y poco aficionados, porque en pocos dias se le juntaron diez mil hombres de guerra escogidos, los cinco mil españoles soldados viejos.

Deseaban mucho los imperiales que los alemanes y suizos franceses pasasen los Alpes á toparse con ellos, porque sin duda los pensaban degollar á todos, y estos deshechos, no le quedaba al rey de Francia hombre para tomar pica en la mano.

El marqués de Saluzo que toda su vida fue francés, vino en estos dias á concertarse con el emperador, y á servirle! la causa porque dejó ahora al rey de Francia, dijeron que fue, porque tenia su hacienda alli alrededor donde estaba el gran ejército imperial, y temió que se lo habian de abrasar. El decia y daba color á su mudanza que la hacia por ser feudatario al imperio.

Despachó el emperador desde Aste, este dia 22 de junio, al príncipe de Salerno para Génova, con órden de que se metiese en las galeras del príncipe Doria, y de don Alvaro Bazan con cuatro mil alemanes, y seis mil italianos. Llevaba el duque de Alba toda la gente de armas, asi la que vino del reino de Nápoles, como la que se trajo

de Flandes, que era un muy honrado oficio, y donde dió muestras para merecer lo que despues tuvo con tantas ventajas.

VII.

Grandes preparativos contra Francisco I.

El emperador partió de Aste á veinte y dos de junio: llegó á dormir á un lugar que se llamaba Alba. Salió de allí la víspera de San Juan muy de mañana: y porque una puente que los caballeros, y gente de armas habian de pasar, estaba mala, pasó el escuadron que su magestad llevaba por un rio, y allí un gentil-hombre de boca, flamenco, que se llamaba Mr. de Gramon, yendo en medio de todos se ahogó, que no pudo ser socorrido; cosa que hizo gran lástima, porque era hombre de bien, y yerno de Mr. de Grambella. Llegaron allí aquel dia víspera de San Juan, y la noche antes que partiesen de Alba, llegó nueva de que los de Fosan se rendian.

Pensó el emperador estar en Sabillan solos tres dias, y estuvo tres semanas: la causa fue que los franceses que estaban en Fosan, como supieron que el emperador iba, acordaron rendirse con condicion de que entregarian el lugar dentro de doce dias con toda la artilleria y municion, y todos los caballos grandes. Tomaron este término para hacerlo saber al rey de Francia, y asi le escribieron, y les respondió muy bien, y que holgaba de lo que habian hecho á mas no poder. Con esto salieron á seis de julio con sus banderas tendidas, y tocando los tambores.

Entrególe Fosan á seis de julio: no por no haber proveido el marqués de Saluzo, como dice Jobio, porque no se rindieron por falta de bastimentos, sino de manos, y porque las hubo en los imperiales batiéndolos reciamente, y se les ganó el monasterio de la Anunciacion que está cerca del lugar, que fue bien defendido por los franceses, cosa que importaba para mas breve despacho de aquel negocio.

Tres dias antes de esto fue el emperador y con él fueron todos al campo que estaba dos millas adelante de Fosan y se pusieron en órden. Aunque no eran muchos era hermosa cosa de ver porque habia un escuadron de diez mil españoles y tres escuadrones cada uno de á seis mil alemanes y dos mil italianos. Estaba en un alto don Fernando de Gonzaga con ochocientos caballos ligeros. No estaban alli todos los caballos ni alguna gente de armas, y faltaban de la infanteria seis mil italianos y cuatro mil alemanes que estaban sobre Turin, y seis mil alemanes que habian estado sobre la Mirándula. De manera que el campo imperial era de sesenta mil infantes y cien piezas de artilleria que tenia en Génova don Pedro de la Cueva, comendador mayor de Alcántara, para llevarlas por mar á Niza.

El órden que este dia se habia dado para partir de Sabillan era que marchase don Fernando de Gonzaga con sus caballos á trece: el duque de Alba con seiscientos hombres de armas á catorce, el conde de Benavente con el escuadron de la casa real á quince, Mr. de Sestan con mil hombres de armas alemanes á diez y seis. Esta gente de acaballo fue por cerca de la marina.

Tres millas mas á la mano derecha hay otro camino por donde fue el emperador con la infanteria de esta manera. El marqués del Vasto con los españoles delante; tras ellos diez mil alemanes; alli iba el emperador; tras él cuatro mil italianos y en retaguardia de ellos los demas alemanes. Acompañaban la persona del emperador los señores y los de la cámara y algunos de la boca habianse de juntar todos en Niza.

Sabiase en Francia todo esto, y el gran poder con que el emperador los iba á buscar cosa que les ponia harto miedo. Habiase dado órden al conde Nasao para que á primero de julio entrase por la parte de Flandes con veinte mil infantes y mil caballos.

La reina Maria la Valerosa, hermana del César, y gobernadora de Flandes, puso tambien la mano en esto que sin faltar punto habia comenzado la guerra furiosamente divirtiendo y fatigando al rey de Francia con dos ejércitos tan poderosos y tan apartados el uno del otro, que al rey tenian en harta confusion y aun hacia lástima á muchos. Ademas de esto, tenia el emperador hechos otros doce mil alemanes cerca de los cantones suizos para que si estos bajasen á servir al rey de Francia entrasen aquellos alemanes en sus casas y se las destruyesen y quemasen, que fue una gran prevision para que los suizos no se osasen mover, ó á lo menos para que el rey de Francia no sacase tantos como solia sacar.

Hízose esta jornada con grandes veras y determinacion de acabar de esta vez con el rey de Francia. Y aunque aqui en Sabillan nombró el emperador muchos del consejo de guerra entre

los cuales fueron el conde de Benavente, el marqués de Aguilar, el príncipe de Visiñano, Alcanio Colona, el príncipe de Salerno, caballerizo mayor, y otros, el principal consejo y parecer que el emperador seguia era el de Antonio de Leyba que solia decir que las bestias fieras se habian de buscar en sus cuevas, y aseguraba con demasiada confianza la victoria y por ser dado á creer en agüeros y juicios decia que un grande astrólogo habia pronosticado que habia de morir en Francia y sepultarse en San Dionisio, y que á él le parecia que moriria victorioso y cerca de París donde estaba el monasterio real de San Dionisio, que es de la órden de San Benito, y sepultura comun de todos los reyes de Francia, desde los tiempos de Carlo-Magno.

De contrario parecer era el marqués del Vasto, y no mal acertado; con mucha prudencia decia que seria mejor ganar á Turin, que era fácil, y que tras ella eran ganadas todas las tierras de Piamonte, y se cerraba de todo punto la puerta para que el francés no pudiese jamas entrar en Italia. Buen consejo era este al parecer de muchos, pero ya estaba tan adelante la determinacion contraria, que casi no tenia remedio.

Tambien habia prometido Andrea Doria traer gente de Cataluña por Narbona y hacer puente con sus galeras en el rio Ródano, para que llegasen á juntarse con el César. Con esto se puso luego á punto la jornada para Marsella.

Hubo diversos pareceres sobre el camino que se tomaria y al fin se acordó que se entrase en Francia por donde diez años antes habia entrado el marqués de Pescara.

No se descuidaba el rey Francisco porque sabia que le convenia viéndose acometer de un enemigo tan poderoso. Respondió largamente á las razones que el emperador habia dicho en Roma oscura y flacamente, y en cuanto al desafio dijo que sus espadas eran cortas estando ellos tan apartados.

VIII.

Poderosa entrada y victorias del emperador por el reino de Francia.

Lunes á 17 de julio partió el emperador de Sabillan con todo su campo que tardó en pasar las montañas ocho dias, á fuerza de grandísimo trabajo, porque era el camino de manera que se perdieron y despeñaron muchos caballos y acémilas, y aun algunos hombres, y como era tierra de enemigos no hallaban que comer.

Llegaron á Niza dia de Santiago. Apeóse el emperador para visitar á la duquesa de Savoya que era llegada y estuvo con ella una hora. En este tiempo llegó el duque de Alba con sus quinientos caballos, hombres de armas, y el conde de Benavente con la casa, y pasaron luego todos á un lugar pequeño que se llama San Lorenzo que es tierra de Francia. Halláronle despoblado y aun saqueado. A la hora partieron las galeras para Fresus, que es un lugar cerca de la marina y será de quinientos ó seiscientos fuegos, y en llegando las galeras se rindió, si bien tenia doscientos caballos y cinco mil hombres. En sabiéndolo el emperador partió de San Lorenzo y en tres jornadas llegó á Fresus donde á dos de agosto comenzaron á desembarcar la ar-

tillería para caminar, si bien no estaban resueltos en el camino que tomarian.

Dió el emperador á Mosen de Sistan la vanguardia con seiscientos caballos alemanes. El duque de Savoya llevaba la batalla con mil hombres de armas, el marqués de Aguilar con la retaguardia con ochocientas lanzas, tudescos. La vanguardia de la infanteria, la llevó siempre el marqués del Vasto alternando entre sí las tres naciones, alemanes, españoles, é italianos.

La gente que antes llevaba el duque de Alba se juntó con la batalla. En este dia habian tomado los imperiales cinco ó seis lugares de Francia, y todos eran á la marina, salvo Gada que es dos leguas dentro en tierra; esta se rindió á don Hernando de Gonzaga, el cual llegando á correr por allí halló dentro trescientos caballos franceses y luego la desampararon. Hallóse allí en Gada y en Fresus ó Ferrus (*olim Forum Juli*) algun trigo ó vino.

Estaba ya el emperador veinte y dos leguas de Marsella, y poco mas de Leon. Marsella estaba muy fuerte; Leon con gran temor; el duque de Alba muy sentido porque le habian quitado la vanguardia. Decian que el delfin y mayordomo mayor venian con cuarenta mil hombres; no lo creian segun lo deseaban por tener por muy cierta la victoria fiados en la muy buena gente que el emperador tenia.

En Marsella ofrecian no sé que trato para entregar la ciudad: salió falso ó fue falsa la fama que de esto hubo.

Llegó el emperador á la ciudad de Antipoli y tomóla; ahora la llaman Rañi: costóle tomarla mas de trescientos hombres, Ganó despues á Gracia

sin sangre y poniendo en ella guarnicion bastante, pasó de Ferrús ó Forum juli camino de Marsella.

Cuando el rey de Francia se vió metido en tan gran peligro, conoció bien el yerro grande que su almirante habia hecho en no proseguir la guerra como la llevaba comenzada. Apercibió sus gentes, asi las ordinarias como de los señores y caballeros que suelen servir, y mandó á todos que con la brevedad posible acudiesen á Leon donde él se metió con intencion de recoger alli sus gentes, y pasar con ellos á Aviñon para impedir el paso á los que quisiesen ir de España á juntarse con el emperador. Por otra parte mandó poner recaudo en Picardia, porque el conde de Nasanse le entraba con gran poder por Francia. Tenia tambien en Italia á Guido Rangon con ocho mil infantes y dos mil caballos que de sus amigos habia juntado para que acometiesen á Génova.

Tambien el marqués de Saluzo, que ya servia al emperador, y Jacobo de Médicis que fue el marqués de Mariñan, y un señalado capitan, como en esta historia veremos, estaban sobre Turin y porfiaban con harta sangre de ganarla, no faltando cada dia puñadas con los franceses. Levantó su campo de Ferrius el emperador, la via de Marsella. Hallaba todos los lugares desamparados y llenos de bastimentos al principio, aunque cuanto mas iba entrando menos hallaba, porque el rey habia mandado que se desamparasen los pueblos, y se destruyesen las vituallas. Ninguna otra cosa hacian ciertos capitanes que andaban por aquella tierra, sino salvar lo que podian, y quemar lo demas porque los del emperador no se aprovechasen de ello.

Salió don Hernando de Gonzaga una vez, en busca de los que quemaban los bastimentos, y topándose con ellos precisólos á venir á las manos, y habiendo reñido muy bien alcanzó de ellos la victoria tan de veras, que afirman que no quedó hombre ni capitan con vida que pudiese llevar la nueva. Luego saquearon á Bruñola, y de los que alli se prendieron, hubo aviso como el rey de Francia estaba en Aviñon sin propósito de salir á pelear, hasta ver si le venian suizos, que los esperaba cada dia.

Andrea Doria tomó entretanto á Tolon, el puerto y la torre por mayor seguridad: llegó el emperador con su campo hasta Aix, no lejos de Marsella. Fue por su persona á dar vista á la ciudad por informarse del sitio y fortificacion, y tambien pensando que dentro habia movimiento alguno como se esperaba. El marqués del Vasto entró por Arles, y trajo al campo muchos cautivos.

IX.

Muerte del delfin de Francia.

En esta coyuntura sucedió la muerte de Francisco hijo mayor del rey de Francia, y príncipe que daba de sí largas esperanzas de ser muy semejante á su padre en el valor, y otras mil buenas gracias de gran príncipe, que el malogrado tenia. Murió de edad de diez y ocho años: la muerte, ó achaque de ella fue de resfriado por beber un jarro de agua sudando acabando de jugar á la pelota. Túvose vehemente sospecha en Francia, que habia muerto de veneno, por industria del mar-

quès del Vasto y Antonio de Leyba: sobre ello estuvo preso el conde Sebastian de Montecuculo, y fue arrastrado en cuatro caballos que le despedazaron; pero fue la maldad y fingimiento, y el pobre caballero confesó lo que no habia hecho por miedo de los tormentos. No usaron jamás semejantes traiciones los caballeros ni capitanes del emperador, sino que como valientes pelearon, y como nobles guardaron siempre lo que tales deben hacer. Ni por la muerte del delfin aseguraban la victoria de Francia, porque al rey le quedaban otros dos hijos, y cuando todos faltaran habia en Francia otros señores de la casa, y sangre real, que bastaban para gobernar y defender el reino.

Pareció esto con evidencia despues, y haber sido mal muerto el triste conde, y se tuvo por cierto que este príncipe malogrado entre muchos de Francia, fue muerto por órden de su hermano Henrico duque de Orleans, aconsejado de su mujer Catalina de Médicis, mujer de recia condicion, ambiciosísima, por verse reina de Francia, como lo fue con su esposo. Pudo ser que la muerte desgraciada que despues tuvo Henrico, la permitiese Dios en castigo de la que tan mal se hizo en el inocente Francisco. Son estos juicios del vulgo incierto; lo verdadero, en el final se sabrá.

X.

Infortunios del ejército imperial.

En estas dilaciones, como las galeras estaban lejos del campo imperial, y por toda la tierra se habian gastado y corrompido las vituallas, con

estarse el rey metido en Aviñon, y no sucediendo como pensaron el trato de Marsella, el negocio de la guerra se iba empeorando, cada dia se sentia mas la falta de los bastimentos, y de la salud, que era muy grande con el mucho calor, y mal regimiento, porque apenas comian pan por falta de moliendas, sino trigo cocido, y otros manjares dañosos y de mala digestion. Los que mas peligrosamente enfermaban eran los tudescos, porque á falta de vino estrujaban las uvas en los capacetes y celadas, y bebian el mosto; tanto aborrece esta gente el agua pura. Con esto se morian de flujo de vientre sin remedio.

Trabajaba en la mar Andrea Doria, por proveer de pan y otras cosas, pero no bastaba para tanta multitud. Con todo, porfiaba el emperador en no mudarse con saber, que al rey le venian socorros de Alemania, y de otras partes, y que ya los suizos bien pagados bajaban á servirle.

Antonio de Leyba lleno de melancolia de ver cuan mal salian sus pensamientos no se levantaba de la cama: el marqués del Vasto, que ya lo mandaba todo, era de parecer que se levantase el campo, y se fuese en busca del rey hasta cercarle en Aviñon ó que por la via de Leon se pasasen á Borgoña. Estando indiferentes en esto llegó nueva, como Guido Rangon, y Pedro Strozi pasaban en la Mirándula para Génova. Andrea Doria envió luego por mandado del emperador á su sobrino Antonio Doria, con ochocientos soldados en ocho galeras, y que de Alejandria fuesen mil tudescos; y Gomez Juarez de Figueroa fue con otros mil tudescos. El socorro llegó tan á tiempo, que si tardara un poco mas

hallaran á Génova en poder de franceses: porque de los ciudadanos, unos eran de parecer, que se recibiesen los franceses, otros se salian con sus mujeres y hacienda por no verse en otra como la del año de 1528, pero Augustino Spinola saltó en tierra el mismo dia que Guido llegó á Génova, y dióse tan buena maña, que le hizo volver á Lombardia y él de camino saqueó á Coriñan y Carmañola en el marquesado de Saluzo.

Con esta buena nueva de Génova, y con que se supo casi á un tiempo que el conde Nasau andaba victorioso, y que queria poner cerco á Perona, se recibió en el campo imperial algun contento: pero de alli á poco se supo que venian á juntarse con el rey de Francia pasados de veinte mil suizos, que se habian salido por su propia autoridad sin licencia de sus magistrados, por el buen dinero que les dieron, y de lástima de ver al rey de Francia acorralado.

Cobró ánimo el rey con la ayuda de esta gente, y por consejo de su condestable Ana de Montmoransi, salió de Aviñon á recoger los que venian en su ayuda. Alojóse junto al rio Durenza en un lugar que se dice Caballon, con lo cual el emperador y todos sus capitanes acabaron de perder las esperanzas de poder hacer cosa que importase en Francia, porque las fuerzas del rey crecian cada dia y las suyas iban menguando con las enfermedades y falta de los bastimentos. Antonio de Leyba hubó de acabar, siendo gran parte, sobre sus graves enfermedades, la melancolia causada del poco fruto que se habia sacado de esta jornada hecha por su cabeza.

XI.

Muerte del famoso Antonio de Leyba.

Murió el famoso capitan Antonio de Leyba dentro de Francia, aunque no victorioso; pero no vencido, que en esto fue verdadero el pronóstico. Pasó á Italia por teniente de la compañia de hombres de armas de su tio, Sancho Martinez de Leyba, que fue mayordomo del rey Católico, con Luis Puertocarrero señor de Palma, cuando llevó socorro al Gran Capitan á Nápoles. Dió muestras en aquella guerra contra el francés, de lo que despues fue; y mas en la de Lombardia, cuando los lanzó de alli Leon, papa. Cobró fama en Pavia donde lo cercó el rey Francisco el año que fue preso, y encumbróla en Milan, cuando hizo rendir al duque Francisco Esforcia, y se defendió de Lautrech, y ganó y sustentó aquel ducado. Fue á Viena al tiempo que la cercó el turco llamado por el emperador que se queria regir alli por su consejo. Escogiéronlo por su capitan el Papa y el emperador, y venecianos, y los de la liga defensiva que hizo en Bolonia, por el mejor que habia en Italia. Fue gobernador en Milan tras la muerte del duque Francisco Esforcia. Entró en Francia como consejero mayor de esta guerra, donde murió de dolores de todas sus coyunturas.

Fue siempre buen capitan, y nunca pareció ser vencido, venciendo muchas veces, y algunas llevándole en andas ó silla, que la gota le tenia gafo de piernas y brazos. Llamáronle por escelencia el Señor Antonio, no quitandoselo el em-

perador, que fue honrado renombre. Hubo por sus servicios el principado de Ascoli y Amonza, còn otras cosas. Fue muy rico, y asi dejó á doña Constanza, su hija, que casó con don Francisco de la Cueva, marqués de Cuellar, casi doscientos mil ducados, que fue el primer gran dote sin mayorazgo de aquellos tiempos, en España.

Mereciera ciertamente Antonio de Leyba compararse con los grandes capitanes antiguos, sino fuera áspero, cruel, codicioso y agorero, como lo debe de contar Jacobo de Valgrana, que escribe su vida. Empero, la rosa de las espinas nace, y por milagro hay gran virtud sin algun vicio. Sepultóse en San Dionisio de Milan y no en el de Paris, que no hay que creer en agüeros; solo en aquel se debe creer, que ni engaña ni puede ser engañado.

XII

Retirada del emperador:– Venga la muerte del famoso poeta y caballero, Garcilaso de la Vega.

Con la muerte de Antonio de Leyba, que sintió el emperador, se acabó de resolver esta jornada, y todos fueron de parecer que convenia retirarse como mejor pudiesen la vuelta de Italia, por los mismos pasos que el marqués de Pescara se volvió la vez que vino sobre Marsella. Levantó el emperador lo mas brevemente que pudo su campo, y recogiendo las guarniciones que se habian puesto por los lugares ganados, dió la vuelta para Génova. En el camino vengó la muerte de Garcilaso de la Vega y Guzman. Mataron ciertos

villanos á Garcilaso de la Vega, combatiendo la torre de Muey en la salida de Provenza: diéronle con una piedra en la cabeza subiendo por fuerza la torre. Lleváronle á curar á Niza, en el condado de Terranova, donde acabó sus dias. Depositaron su cuerpo en un monasterio de frailes dominicos.

Era Garcilaso natural de Toledo, gran poeta: murió mozo, mereciendo larga vida: pagaron los matadores su pecado con que no quedó alguno de ellos vivo.

No siguió el alcance ni quiso molestar al emperador, temiendo (segun él dijo despues), que si acaso él hacia algun daño en los tudescos imperiales, sus tudescos no lo habian de poder sufrir, y se le habian de amotinar. Perdió el emperador, que se murieron de enfermedad mas de treinta mil personas, y aun la suya propia se vió en harto peligro por falta de salud.

XIII.

Vuelta del César á España.

Por la parte de Picardia anduvo el conde Nasau con veinte mil infantes y seis mil caballos que sacaron de Flandes. Entraron por las tierras de Francia, robando y talando los campos. Tomaron á Braya, ribera del rio Sona, y á Guisa, matando los que estaban de presidio; la fortaleza se dió á partido. Llegaron á vista de San Quintin, donde poco antes habia entrado Mr. de Florenza ó Florencio, mariscal de Francia. Fueron sobre Perona, que espantó á los de Paris, y acudieron

todos á fortalecer la ciudad, nobles y no nobles, hombres y mujeres. Los duques de Vandoma y de Guisa, que con poca gente iban picando las espaldas de los flamencos, enviaron á que se metiese en Perona el mariscal Florencio con mil soldados y doscientos caballos. Los flamencos se pusieron sobre Perona, y la combatieron reciamente dándole otros dos asaltos, mas sin efecto, aunque con muertes de los cercados y cercadores. Fue cosa muy notable, que sin saber los unos de los otros, acaeció, levantarse el emperador de Aix, el mismo dia que se alzó el conde Nasau de Perona.

El rey Francisco acudió á lo de Flandes, y ganó á Hedin, suceso que sintió harto el emperador: despues, la reina Maria cercó á Teruana, y pasaron algunas cosas de poca importancia, con que se quedó la guerra por entonces, y las voluntades tan enconadas y enemigas, como adelante se verá.

Volvió el emperador con el ejército, por el mes de octubre, para Italia, dejando en Niza un tercio de infanteria española, y con ella el maestre de campo, Juan de Vargas: el tercio era de Garcilaso de la Vega y Guzman, que murió en Niza, y asi quedó Juan de Vargas por maestre de campo de aquel, con toda la demas gente.

Dejando el emperador al marqués del Vasto por gobernador y capitan general de Lombardia, pasó á Génova, donde se detuvo algunos dias por falta de salud, en tanto que su jornada se aparejaba para España, donde era muy deseado. Detuviérase mas alli, pero Andrea Doria le daba prie-

sa por temor del invierno que se iba cerrando, que era ya fin de octubre.

Finalmente, el emperador salió de Génova en los últimos de noviembre, y llegó á Barcelona con buen tiempo, dejando la guerra trabada en el Piamonte y Lombardia, como adelante veremos.

Polémica entre el emperador y el Papa.

A 19 de octubre partió de Roma Tello de Guzman, con avisos que el conde Alferrez enviaba al emperador, del estado en que estaban las paces y condiciones de ellas, que se trataban entre el César y el rey de Francia, siendo medianero el Sumo Pontífice; al cual habia algunos dias antes entregado el secretario Ambrosio los capítulos en que el emperador venia y se concordaba con el rey; los cuales el conde Alferrez suplicaba á su Santidad quisiese ver y considerar, cuan considerados eran, y que no podia el rey de Francia por razon rehusarlos, si habia gana de la paz.

Vistos por el Pontífice, dijo, que le parecian bien casi todos, y que en ellos veia poca dificultad, y que el César pedia cosas justas y honestas, mas que le parecia ser difícil la conclusion de esta paz en dos puntos principales; pero que aclarándose esto, en todos los demas esperaba en Dios que se daria remedio. Era el uno, que casando el duque de Angulema con la hija del rey de romanos, era necesario estar apartados cuatro años antes que se consumase el matrimonio, por la poca edad de los contrayentes. Que en este medio

tiempo, los franceses no venian en alguna manera en que S. M. tuviese en sus manos, y poder las fortalezas y gobierno del estado de Milan, por que asi no se hacia el efecto de la paz, á causa que en estos cuatro años no se les daba sino escrituras. Y lo otro, que si por caso se hiciese el matrimonio del duque de Angulema con la duquesa, viuda del duque Francisco Esforcia y sobrina del emperador, y se consumase de presente, que queria S. M. que antes que se entregasen las fortalezas y gobierno al dicho duque, el rey de Francia cumpliese con efecto todo lo contenido en los capítulos: y tanto mas tenia esto por dificultoso, cuanto dijo, que el emperador habia dicho al secretario Ambrosio, que era necesario que el rey de Francia se fiase del emperador, y que en este artículo, aunque los franceses pidiesen que se pusiesen en depósito las dichas fortalezas y gobierno en poder del rey de romanos, el emperador no lo haria, y por esto parecia al Pontífice, que con estas condiciones la concordia iba muy fuera de conclusion, sino fuese de una manera que se pusiesen en terceria. Porque el rey de Francia no querria confesar ser hombre de menos verdad que S. M., pues de necesidad lo habia de confesar, haciendo lo que el emperador queria, que era, que el rey de Francia se fiase de él, y él no del rey.

A lo cual se respondió al Pontífice que en lo de la terceria el rey de Francia no tenia razon en quererla, ni su Santidad en venir en que se pidiese, por muchas razones, y entre ellas, considerando la bondad y verdad del César y el modo con que siempre habia negociado: lo que no se podia decir del rey de Francia por haber faltado á su pa-

labra tantas veces. Que poniéndose en terceria seria un agravio y perjuicio si se pudiese, porque no se suele hacer sino con los que tienen poco derecho y fuerzas, y esto iba fuera de esta plática por que el emperador poseia, y lo daba libremente de su voluntad, por donde seria justo y honesto que el rey de Francia se fiase de el emperador y el emperador no de él.

Ademas de otras muchas pláticas que sobre esto hubo dijo el Pontífice. Que si el casamiento de la duquesa viuda con el duque de Angulema se efectuase, como se podia hacer, supuesto que tenian edad para ello, junto con haber modo de cumplir las demas cosas que el emperador pedia, sin esperar tiempo para entregar el ducado de Milan, que llevaria camino de paz, que con la hija del rey de romanos por falta de edad parecia haber dificultad en la materia, y para facilitar esto dijo mas el Pontífice. Que los franceses ofrecian entregar el ducado de Savoya de presente, con que se viese su derecho y se concluyese lo del ducado de Milan, para el duque de Angulema: insistia ademas de esto el Pontífice, si bien por indirectas, en lo de la terceria, que los imperiales tenian por perjudicial y fuera de toda razon y propósito, y aun sospechaban ser negociacion que los franceses habian tratado con el Papa para ganarse, la voluntad, y tanto mas hubo estos recelos de él, cuanto que apretándole de parte del emperador que se declarase en la liga que se procuraba para la pacificacion de Italia y con el infante don Luis, en caso que no se hiciese el concierto con Francia, respondió con muchas palabras largas y generales, cuánto convenia estar neutral y no coligarse con

nadie; pero que cuando el trato de la paz estuviese sin esperanzas, en tal caso él se juntaria con aquel que se llegase á la razon, no solamente con las armas espirituales, mas temporales, y que hasta ahora, aunque tenia al César por príncipe justo y honesto y para con él tanto crédito tenia, no entendia bien las razones que daria el rey de Francia; ni le parecia justo que ahora se determinase, dando sin embargo de esto que decia, á entender que los franceses tenian por duros algunos de los capítulos, si bien del todo no estaban fuera de la razon.

A lo cual se le replicó, que el César no podia dejar de proveer en las cosas de Italia, dejando gente y ejército en ella por obviar, castigar y remediar á quien quiera que la quisiese perturbar é invadir, y aun que pondria todas sus fuerzas por conservar la paz que hasta entonces habia sostenido por el bien de ella, no seria razon dejar ahora toda la carga á S. M., pues á su Santidad tanto le obligaba su dignidad y oficio, y como á natural de ella la conservacion de la paz en Italia, de donde pendia la de toda la cristiandad. Porque no ayudándole su Santidad y los otros potentados, no podria ser menos, sino que hubiese desórden y trabajo con la gente; como en otros tiempos ha habido.

No hicieron efecto estas réplicas en el Pontífice ni la instancia que se le hizo, antes cerrando los ojos, respondió con buenas palabras que se juntaria con el que mas se llegase á la razon, y dijo los inconvenientes que habia en la ida del emperador en este tiempo á España, lo uno por estar el concilio tan cerca de celebrarse, que ademas de haber

dicho S. M. al papa Clemente que se hallaria presente, era cosa necesaria que S. M. se hallase en él, porque una de las mas principales cosas que se habian de tratar, era reducir á la fe, la parte de Alemania, que estaba desviada de ella. En la cual S. M. tenia la autoridad y poder que ningun otro príncipe: lo cual afirmó con otras muchas razones á este propósito, y tambien porque tratándose de la paz que de tanto momento era y bien de la cristiandad, asi por atajar las diferencias y daños que resultan de la guerra, como por las cosas del turco, de los cuales se entendia que estaban muy adelante, por los aprestos, que era fama que hacia para el año siguiente contra la cristiandad, le parecia que no se debia ir á España, porque no conocia otro que tuviese mas cuidado de ella que S. M.

A lo cual se respondió al Papa; que el emperador tenia precisa necesidad de visitar los reinos de España, asi para contentamiento y buen gobierno de ellos, como para ser mejor servido y ayudado con dineros, como lo habian siempre hecho, y tambien por no tener S. M. mas de un hijo varon, que era una cosa de gran importancia y necesaria á príncipe y emperador de tantos reinos y señorios, y haciéndose esto, el César tenia tan grande armada por mar, que pareciéndole necesaria su venida á Italia, asi para el concilio como para otra cualquier cosa de importancia, lo podria muy presto hacer. En cuanto al inconveniente de que el Pontífice decia de tratar de la paz, desde España la podria tratar y concluir. Que no era justo ni razonable habiéndose visto tan pocas señales en el rey de Francia de quererla, que el César la estuviese esperando en Italia

Por estos papeles que aqui he referido parece que el emperador propuso dar al infante don Luis de Portugal, su cuñado, el ducado de Milan y que el Papa no se descontentaba de ello. No he hallado en que forma, ni con que condiciones, mas de lo que en esta instruccion dice el conde Alferrez, que és lo que aqui digo.

XV.

Causas de la entrada del emperador en Francia y resúmen de sus hechos en este reino.

Ya que dije la entrada famosa que el emperador este año hizo en Francia con tan altos pensamientos de sus capitanes y soldados, diré ahora algunos puntos que seran declaracion de lo dicho.

Faltan los autores en decir el fundamento sobre que se armó toda la máquina y edificio de esta guerra y entrada del emperador en Francia, lo cual se debe poner por ser pundonor de mi príncipe y que no la he visto escrita por alguno de los que de él han tratado. Fue, pues, (como queda dicho) que estando el emperador en Nápoles, muerto ya el duque Esforcia, comenzaron á andar los tratos entre el rey y el emperador sobre lo de Milan, pidiendo el uno al otro que le diese aquel estado para su hijo el de Orleans, porque allende de que decia pertenecerle por cierto derecho muy sabido, decia tambien ahora que recibiria particular beneficio en ello por quitar de pendenciasá sus hijos, sobre lo del ducado de Bretaña, (que se van asiendo unas materias á otras; para que el lector padezca estas digresiones). Fue el concierto que asi

como el hijo mayor habia de heredar el reino de Francia, heredase el segundo, fuese varon en cualquier ocasion de las venideras que lo hubiese el ducado de Bretaña. Y como aquel rey Luis no tuvo hijos varones sino dos hembras, heredó solamente la mayor el ducado de Bretaña y casóla su padre Luis con el que habia de heredar á Francia, que fue este rey Francisco, el cual tenia de su mujer (que á esta sazon muchos años habia era muerta) tres hijos por esta órden de edad, Francisco, Henrico y Cárlos. El mayor que era el príncipe heredero ó como los franceses llaman, delfin, habia de heredar el reino: el segundo era el duque de Orleans, estado ya apropiado para los hijos segundos; y el tercero era duque de Angulema, estado de su abuelo paterno, porque este fue el de su padre primero que fuese rey, y despues por falta de sucesion de Luis, heredó como está dicho.

Por esta cuenta venia el Enrique de Orleans á ser duque de Bretaña, estado muy necesario para estar unido con el mismo reino de Francia, porque siendo de señor particular estando donde está, que es ribera del mar Océano, y teniendo otras calidades que tiene, puede correr algunas veces trabajo y riesgo la misma Francia, como lo corrió hartas en los tiempos de los reyes franceses pasados. Visto esto, para mayor estabilidad del mismo reino, habia incorporado el rey Francisco á Bretaña con Francia, en perjuicio de su hijo segundo Enrique, el cual siempre amenazaba y daba á entender que cada y cuando que ellos heredasen á su padre, habia de trabajar para que su hermano no se le quedase con Bretaña. Estas eran diferencias, que ahora muerto el

duque Esforcia decia el francés y apuntaba que atajase el emperador con darle el ducado de Milan á su hijo Henrico, porque con aquello alargaria el derecho de Bretaña: y el emperador respondia que le era necesario el estado de Milan, dejado á parte los derechos que á él tenia, y que cuando hubiese de disponer de él, y darlo á franceses, habia de ser á Cárlos, hijo tercero, contentándose de esto los potentados de Italia, y usándose caminos y modos muy ciertos para que él quedase asegurado de que no habria novedad jamas entre las cosas de Francia y suyas, y habiendo platicado esto sin determinacion alguna con Mr. de Beli, embajador francés, vino el emperador á Roma, y pasó la víspera de su partida, la oracion y plática ante el Papa, no tan brava ni arrogante como la ponen, que el emperador no lo era, y los reyes y príncipes trátanse con mucha moderacion, si bien es verdad que dije lo que muchos dicen.

Respondió por escrito á todo lo que el emperador habia dicho, y que en lo del desafio estaban muy lejos, y las espadas eran cortas: que si la guerra los hacia acercar el uno al otro, como seria en la batalla cuando se topasen, no le negaria tres golpes de lanza, ni su persona. Y á esto replicó el emperador, que pues lo del desafio guardaba para en la guerra y batalla general, él entraria por su reino y por su tierra, y estaria de asiento en ella treinta dias alojado en campaña. El emperador estuvo treinta y tres dias en Asaes, como lo prometió, esperando que viniese el rey á darle la batalla, donde se podian ver de persona á persona, pues el rey para entonces lo dilataba y

mas que estuviera y pasara adelante, ocupando todo lo que pudiera en aquella provincia, si la hambre y enfermedades de su ejército no lo estorbaran.

Entró el emperador en Francia con intencion de destruirla y ocuparla como tierra de enemigos: pero principalmente por cumplir lo que habia dicho, y ganar aquel pundonor con su contrario, que es el mayor que puede haber en la milicia (cuando ya está la persona en ella metida) es la mayor honra que se puede imaginar el conseguir lo que se pretende, y haber la victoria que se desea. Y esta es victoria como si lo venciera, esperar al enemigo en el campo señalado, y no venir dentro del término á la batalla. De manera que el emperador estuvo esperando al frances treinta dias, como queda dicho, y algunos mas, y no en la raya y entrada de Francia, sino mas de cuarenta leguas dentro de ella, y hecho esto, y ganada esta honra (que lo fue grandísima), vistas las incomodidades de su campo, se salió de Francia, y lo redujo, sin que nadie le hiciese salir, sino la enfermedad y hambre, que contra estos enemigos no hay fuerzas.

He dicho esto, por muchos que no entienden mas que las generalidades de las cosas, á los cuales les pareció que fue de poco fruto y de poca importancia esta entrada por la Provenza en Francia, y que fue muy dañosa y costosa, y sin efecto alguno de lo que se pretendia, y es á mi juicio la mayor jornada y mas honrosa de cuantas el emperador hizo, con haber hecho tantas y tan sustanciales, y donde mas honra ganó y mas reputacion.

La causa porque se pasó el marqués Francisco de Saluzo de una aficion á otra, y de un servicio á otro, no fue la que dice Jobio, sino una pendencia que este marqués hubo con el almirante de Francia, cuando este envió al otro á deshacer ciertos italianos que estaban en Mondubí, puestos en guarnicion por Antonio de Leyba, porque como se retiró el marqués sin hacer el efecto á que fue enviado, sin quererle enviar el almirante ciertos alemanes que le habia pedido de socorro, hubieron palabras, y sobre lo que entre ambos pasó, fue necesario volver el de Saluzo á Francia, y allí otra vez al Piamonte con nuevas comisiones del rey al tiempo que el almirante se volvia á la corte francesa, donde de tal manera habló de las cosas del marqués, que el rey envió al Piamonte á que lo prendiesen, y cierto corrian riesgo su vida y honra, sino le avisaran secretamente: entonces, y no antes, comenzó á tratar con Leyba, porque no podia menos, sino era aventurando su persona. Engañóse Jobio en decir que la gente de este marqués no quiso seguille, y le desamparó, porque desde Conise fue á su estado, y allí dió cuenta á todos sus soldados de su determinacion, y de las causas que le movian á ella, y les dijo que le parecia que todos se volviesen á servir al rey de Francia, pues llevaban su sueldo, de los cuales muchos eran franceses, que no podian hacer otra cosa, y que pluguiese á Dios que conociese mejor el rey los servicios de ellos, que había conocido los de él, y asi los despidió graciosamente, y allí estuvo algunos dias hasta que vino á Aste, que fue á 21 de junio, ya concertado con Antonio de Leyba,

no secreta sino públicamente. Esto, aunque lo hiciera, lo podia hacer sin fealdad alguna, pues él no era vasallo del francés, antes la cometia en serville, siendo feudatario del imperio, y por consiguiente vasallo del emperador, aunque el un servicio y el otro le duró poco, pues murió en el año siguiente.

Sobre esta entrada en Francia, hubo diversos pareceres. Jobio pone dos de italianos contra el de un español, que fue Leyba, que dicen que fue el que apretó esta jornada, y los otros que recobrase lo que era perdido en el Piamonte. Esto aprueban los que saben poco de guerra, guiándose por el mal suceso de la jornada, sin mirar á mas que los sucesos, por allí juzgan los principios y medios de los hechos. Supuesta la palabra que el emperador habia dado, de que dentro de su reino le esperaria treinta dias, parece que era forzosa la entrada. En el camino que se tomó, hallaron no haber acertado Antonio de Leyba, ni en haberse ya que se tornó, detenido tanto en Asaes, y querer tener por frontera á Aviñon, donde el rey habia venido á hacer el cuerpo de su defensa, sino que tomara otro camino, sin tener necesidad de pasar el Ródano hasta Leon, que hubiera tan pocos en Francia para defendello segun el miedo habia, que sin dificultad se hiciera la jornada y se ganara Leon, y saqueada, que fuera uno de los sacos ricos que hiciera mas alegres y orgullosos del mundo á los soldados, y que se pudiera pasar adelante, y siempre muy cercano á tierras imperiales desde que se viera en Leon, para reducirse en salvo á ellas, cuando el tiempo y la coyuntura pidiera. La otra es, que no hubiera muerto

la gente que murió, y las enfermedades que hubo, para que durara aquel vigor en aquel solo cuerpo del ejéreito, porque en particular no faltaba á alguno de los que andaban sanos; que si hubiera salud, sin embargo del Ródano, y de Aviñon, saben los que entienden de guerra donde se pusieran las águilas y castillos y leones de España; pero no era obligado Antonio de Leyba, como Jobio lo adivina; despues de acontecido el caso, á saber las hambres y enfermedades que habia de baber en aquel ejército, si bien no se puede negar que la opinion de el del Vasto y Gonzaga, de ganarse el Piamonte, era buena y acertada; mas ¿quién hay que no lo vea?

El príncipe francés murió de resfriado por beber estando sudando (como dije). Queríale el emperador como á hijo, y el príncipe al emperador y españoles, y no habia cosa que él mas desease que casar en España: aborrecia las guerras que su padre hacia, deseaba la paz, y asi pesó al emperador mucho de su muerte, porque era muy diferente de Henrico, que sucedió, segun despues lo mostró. Duró mucho tiempo esta opinion mala en Francia, y se escribió que le habian muerto, y que imperiales habian sido en ella. Escribióle en su historia Guillermo Paladino con harto cargo de conciencia.

Tomó el emperador con sus dos ejércitos de tierra y mar mas de treinta lugares, villas, y ciudades. En algunas de ellas se puso guarnicion de españoles. Caminó por Francia hasta hacer asiento en Aix, ciudad razonable, donde hay parlamento, ó á nuestro modo, chancilleria. Aqui estuvo el emperador esperando al rey, y en otros

lugares de Francia. Hay desde Niza hasta Aix cuarenta leguas españolas, y aun de aqui pasaron delante españoles.

Cuenta Paulo Jobio la jornada de Bruñola que hizo Gonzaga, sin nombrar español que se hallase en ella, y es asi, que don Hernando llevó á esta jornada seiscientos caballos los mas españoles, y los menos italianos. Los españoles fueron los capitanes don Sancho de Leyba, Vega, Rosales, Arce, Juan Ibañes Moreno, y la compañia de Francisco de Prado, que no iba en ella sino su teniente. Los italianos capitanes fueron, el conde de Pópulo, el marqués de Ansise, Ufredo, y otros dos ó tres cuyos nombres no se dicen. El hecho pasó de esta manera. Estando ya dos millas de Bruñola, envió don Hernando á don Sancho de Leyba por superior, con otros españoles capitanes, que corriesen y entrasen por los burgos de Bruñola, y comenzasen la pelea, y envió otros que corriesen la campaña alrededor del pueblo, para que si los franceses saliesen á ella para tomar la Montaña, no lo pudiesen hacer. Asi los españoles comenzaron la contienda, y la mediaron y acabaron haciendo perder á los franceses los burgos, y salir fuera del lugar, donde Pedro Corzo, capitan bien conocido, puso en órden la infanteria, como Jobio cuenta; y aun de tal manera salió del lugar á ponerla, que llevaba preso al conde de Pópulo, en quien hace Jobio cuenta que se remató la victoria. Luego llegó don Hernando con los demas caballos por la campaña, y los unos y los otros acabaron de romper caballos é infantes franceses, libertar al conde, y cautivar á los que quedaron vivos, que no se escaparon mas que siete, de mas de mil

trescientos, y luego fue el lugar saqueado, como dice Jobio. La cual rota fue viernes por la mañana á 4 de abril de este año 1536 que de esto no dice Jobio cosa alguna. Asi volvieron Gonzaga y los suyos victoriosos al campo imperial, y caminaron con el emperador hasta Aix.

De alli tomó el emperador una parte de su ejército, y fue á dar vista á Marsella, y despues de considerada y bien vista, se volvió á su puesto. Dice Jobio que se espantaron todos, no sabiendo, ni pudiendo entender la causa porque se habia presentado delante de aquella ciudad, y es claro que seria, ó por el trato que hubo de que la entregarian, ó por ver una ciudad de tanto nombre, ó para si se habia de sitiar, reconocerla. Despues de esta vista se comenzaron á hacer tantas correrias y daños por la tierra, que seria largo decirlas.

XVI.

Barbaroja saquea á Mahon.

Antes de acabar este año habré de decir lo que en él hizo Barbaroja despojado y corrido, huyendo del emperador. Quiso este enemigo seguir las galeras de Adan Centurion, como las sintió medrosas: dejólo por temor que sobrevendrian mas, y le atajarian el camino de Argel, donde llegó y mandó á los suyos que no dijesen la pérdida de Tunez y de la flota, por temer humores y algunas novedades entre los moros, que conocia ser livianos. Dijo por esto en Argel, que iba por mas armada para dar en la del emperador, que sin

gente ni recaudo estaba. Degolló á Baeza el Rabadan, alcaide de Argel, porque tuvo mala guarda de los cautivos de Tunez, diciendo que por aquello perdiera el reino, aunque mas lo mató porque era cruel de su naturaleza, por ser español, de los cuales venia muy lastimado, conociendo que ellos le habian destruido.

Era Baeza el renegado, muy querido de Barbaroja, que le hizo ganar á Tunez, segun se contó; y sirvió mucho en las guerras de los benalcadis: pero tal pago merecia el que negó á Dios y á su nacion.

Armó, pues, Barbaroja once galeras de Argel, sin las que él llevaba, dos de los Gelves, y otros bajeles de remo, abasteciéndoles muy bien. Partióse, dejando la gobernacion de Argel á su hijo Azan, y la del mancebo á Salac. Fue á Mallorca con mal propósito, diciendo á los suyos ser muy rico: pero no salió á tierra por las hogueras y luminarias que se hacian por la victoria del emperador contra él, pensando ser ahumadas para dar aviso en toda la isla de que andaban cosarios: por esto navegó á Menorca, y entró con banderas de cristianos por engañar, en el puerto de Mahon.

Los mahoneses que andaban regocijados con la buena nueva de Tunez comenzaron á repicar las campanas de alegria, y á tirar su artilleria, pensando que era el emperador, como veian treinta y cinco galeras y fustas. Lo mismo hizo y creyó Gonzalo Pereira, que por tormenta surgiera dentro con su carabela, no pudiendo tener con el infante don Luis. Andaban ciertos frailes franciscos á solazarse en un barco, y deseosos de saber preguntaron en cual de aquellas galeras venia el

emperador, que como anocheció no divisaban bien, y con el ruido, y en la respuesta conocieron ser cosarios. Saltaron de presto en tierra, corrieron al lugar dando voces, que se guardasen de aquellos cosarios y sin parar dentro se pusieron en salvo, con obra de trescientas personas. Cerraron las puertas en Mahon, volviendo su alegria en suma tristeza.

Barbaroja, que pensó entrar con poca dificultad, asi por anochecer, como por haber desmentido, no quiso al principio la carabela, pero como se vió descubierto, combatióla por no perderla: pero resistió tanto, que ya que la hubo, fue con mucha sangre de turcos. Mató al Pereira, y á cuantos portugueses venian dentro, los cuales pelearon valientemente: y dicen que no se perdieran, al menos que no murieran, si tuvieran puesta la red sobre cubierta en que poder andar peleando, y si no se anticiparan á disparar la artilleria, quitando las pelotas por salva.

Cercó Barbaroja el lugar con obra de dos mil turcos, y quinientos mas dicen algunos, y es lo mas cierto. Derribó un pedazo de la cerca, mas no podia entrar, por hallar resistencia. Los de la Ciudadela, otro pueblo mayor, fueron con Mosen Oliver á socorrer á Mahon, peró como no eran mas de trescientos, no se osaban aventurar sin concierto de los mahoneses, ni se podian concertar, por tener en medio al enemigo: ofreciose un bandolero, porque le perdonasen, entrar y traer respuesta, el cual lo hizo nadando.

Mosen Oliver fue á entrar pensando hacer camino con grande ánimo de los suyos por fuerza, ó hacer levantar el cerco, que asi lo decian los de

dentro, si bien algunos eran de parecer contrario. Pelearon pues aquellos menorquines con gran corage por libertar sus vecinos y parientes de servidumbre. Mas muriendo Mosen Oliver, y algunos con él y otros quedando presos se perdieron.

Barbaroja movió partido á los de Mahon, aunque con victoria, y que tenia ya la pared aportillada, porque se le habian defendido tres ó cuatro dias, y por recelo de las galeras imperiales, que si mucho alli se detenia, le vendrian á buscar, y que los españoles habian de volver por alli, y que con una nao ó dos que atravesasen en la boca del puerto, era perdido. Ellos estuvieron en duda, pasando sus fuerzas con el peligro, y temiendo tanto el cautiverio como la muerte.

Estaba con ellos un soldado castellano, que decian Avila, alli casado, ó segun fama, enamorado, el cual en el principio se abrasó con pólvora acaudillándolos; y oyendo el partido en la cama, les dijo, que no lo hiciesen en alguna manera, porque Barbaroja se queria ir por miedo de la armada del emperador: mas aprovechó poco su consejo, porque seis vecinos principales del lugar, de los cuales dicen que uno era clérigo y otro alcalde, aconsejaron lo contrario al pueblo, atraidos de los trujamanes que les prometieron libertad, ó ellos, como es de creer, la sacaron por concierto: de manera, que se dieron á los bárbaros, los cuales no dejaron estacas en pared, porque se llevaron hasta las aldabas y cerrajas de las puertas, diciendo, que mas habian perdido en Tunez y en su flota.

Barbaroja dejó libres aquellos seis, porque uesen castigados, llevando sus mujeres, hijos,

ropa y parientes. Cautivó mas de ochocientas personas, porque Mahon era lugar de trescientas casas. El guardian de San Francisco se habia metido en el lugar por mas seguro, con frailes, plata y ornamentos. Recibió el Santísimo Sacramento cuando entraron los turcos, porque no lo escarneciesen. Barbaroja que tenia enojo de los frailes porque avisaron de su llegada, los quiso castigar, y hallando la custodia sin hostia, preguntó al guardian por ella, y respondiendo que la habia consumido, se enojó mucho y le martirizó.

Fue cosa cierta, que ningun mahonés de los que llevaron cautivos, por promesas ni amenazas que les hicieron quiso renegar, sino que como muy católicos estuvieron firmes en la fe. Los que vendieron ó entregaron el lugar, fueron hechos cuartos despues, por justicia.

XVII.

Decídese el gran turco á combatir contra el emperador.

Fue mucho lo que Barbaroja se holgó con la presa de Mahon, porque le tuviese por buen guerrero el turco. Tornó con ella luego á Argel, dió sebo á las galeras, proveyólas de refresco, partió de allí con ellas para Constantinopla casi en fin del año, no temiendo el invierno en la mar. Llegó allá sin acontecerle desastre, y como estaba el turco en Persia, fuele á buscar por tierra con Zinan, judio: topóle en Coni de Caramania, donde le contó por menudo todas las guerras de Tunez, encareciendo como discreto las fuerzas y esfuerzo

del emperador, y como á gran ventura se habia escapado desde Bona, y habia despues ganado á Mahon.

Soliman que venia con tanta pérdida como ganancia de Persia de la guerra con el sofi, lo recibió alegremente cuando á sus pies le vió, diciendo, que mas estimaba la virtud que la victoria, y que habia cumplido con lo que de él esperaba, pues sin ayuda de nadie ganára el reino de Tunez y se detuviera contra el emperador, y se salvára de su gran poder, que le parecia lo mas hazañoso. Prometióle otra flota tal como la pasada ó mejor, con que se vengase; por cuanto él trazaba una terrible guerra contra cristianos. Dicen algunos que lo hizo entonces basa y almirante. Barbaroja le besó las manos y prometió lealtad, que para eso habia llevado á Constantinopla su casa, mujer é hijos.

Anduvo Juan Foresio, embajador del rey Francisco en la guerra de Persia tras Soliman, pidiéndole que hiciese guerra por mar al emperador, principalmente en Italia, prometiendo que el rey su amo armaria una gran flota, y por tierra un poderoso ejército, y aun parcialidades y rebelion en toda Italia y otras partes, afirmando que no bastaria el emperador á mantener la guerra en Flandes y en Lombardia, donde su rey entraria poderosamente aquel verano, y en Pulla que los turcos conquistarian. Andaban tambien otros cristianos en su corte diciendo lo mismo, y entre ellos fue Troylo Pignatelo desterrado de Nápoles, por hablar bien en la guerra, como capitan de caballos que habia sido del emperador, y por saber, como natural, el sitio y fortalezas de aquella tier-

ra, y las voluntades de los hombres, y porque le mostró ciertos patrones de defensa y de ingenios para ofender, y como se habian de defender los turcos tomando tierra; por lo cual le hizo su escudero de á caballo, dándole buen salario Mutfarac. En el cual oficio hay de todas naciones y leyes. Convidaban mucho al turco estas cosas y la codicia de Italia, y la autoridad del rey de Francia, y asi llamó á consejo á sus grandes basas, berlebeys, sansacos y otros, los cuales en su presencia disputaron si convenia hacer guerra al emperador, dejando la del sofi.

Despues de muchas razones mandó á Barbaroja que dijese la suya; y Barbaroja habló de este modo.

Razonamiento de Barbaroja sobre hacer guerra el turco al emperador.

«Aunque yo, señor poderosísimo, venga con pérdida de la guerra de Africa que con armada y nombre vuestro hice, teniendo por cierto juntar aquella provincia con vuestro imperio, no por eso debo tener empacho de hablar en la guerra, pues ademas de que me lo mandais, es verdad que hice todo mi poder en ganar el reino de Tunez para vos, y en administrar justicia por vos despues de ganado, y en defenderlo del emperador, representándole la batalla en medio del campo raso: y sino me dejaran al mejor tiempo los moros y alarbes, gentes sin firmeza ni fe, yo lo defendiera, que ya les habia tomado algunas banderas, y muerto un conde con otros capitanes. Fuera de todo esto, yo por muy buena industria

me descabullí de la flota y manos de Andrea Doria. En lo demas, todos saben las contínuas guerras, sacos y cautiverios que de cristianos he hecho en Italia, España y sus islas, reteniendo el señorio del mar Mediterráneo, con gran miedo y espanto de mis enemigos y reputacion mia, por lo cual se debe juzgar que lo que dijere será lo que conviene. No piense vuestra grandeza que se contentará ni cansará el emperador, siendo como es guerrero, con la victoria que de mí hubo, sino que luego irá sobre Argel, que ya no le queda mas que ganar en la costa de Berberia, y si bien yo lo dejo fuerte, artillado y con buena guarnicion, sin falta si me detengo y de acá no es socorrido, lo ganará, y ganándolo, queda España libre de cosarios, que importan mucho para la guerra, especial de mar, por causa de sus galeras, y con tener á Oran, Argel, Bugia, la Goleta con el reino de Tunez, y pechero el de Tremecen, y amigo el de Velez de la Gomera, fácilmente se hará señor de Africa y aun llegará á Egipto. Quiere sin esto conquistar la Morea, y aun querrá llegar á Constantinopla. Los españoles, italianos y tudescos, de quien hace sus ejércitos, son belicosos por estremo, y gentes para mucho. De los griegos no hay que fiar, que de suyo son mudables, y se han de acordar que sus padres y abuelos fueron cristianos, que otro tanto hacen los moriscos de Granada, Valencia y Aragon, cuando nos ven. No hay príncipe por poderoso que sea, que quiera tal vecino por enemigo, ni menos por competidor de la monarquia. Es señor de las Indias y nuevo mundo, que sus españoles le han conquistado, de donde le vienen increibles tesoros. Es grande la po-

tencia de este enemigo, y crece cada dia, y por no ser agorero, no digo que para nuestro mal. No dudo de vuestra potencia, señor poderosísimo, mas es mi parecer que se deje la guerra con el persa por agora, y pongais vuestras fuerzas en deshacer este príncipe cristiano.»

Estas y otras razones dijo Barbaroja para quitar al turco de la guerra de Persia, y ponerle en que con todo su poder la hiciese en Italia contra el emperador, pues el rey Francisco, y otros ayudarian en ella.

De contrario parecer fue el belerby de la Caramania, que venia lastimado por haber sido vencido y desbaratado por Delimates capitan del sofi, persuadiendo la guerra de Persia con grandísima instancia. Mas aunque el turco estuvo algo dudoso, al fin se resolvió en seguir el parecer de Barbaroja: y en llegando á Constantinopla mandó apercibir sus gentes y armada, diciendo que las queria enviar á Hungria, porque se descuidasen en Italia, donde queria ir contra el emperador; y antes que nadie lo creyese estaba con doscientos mil hombres en la Belona, que hay mas de ciento y cincuenta leguas por tierra.

Vino asi mismo á la Belona su flota. cuyo general era Lufti Basa cuñado del turco, y tras él Barbaroja. Habia en ella, segun cuenta cuatrocientos navios, de los cuales eran doscientas galeras, y dicen que llevaban tres mil piezas de artilleria entre grandes y pequeñas. Envió el turco desde alli á Lufti, á Barbaroja, y á Troylo Pignatelo, con ochenta galeras, para que tentase la costa de Pulla. para venir él luego con todo el resto, si hallasen algun buen aparejo, ó galeras, ó gente del

rey Francisco. Pasaron estos capitanes contra Italia facilmente, porque no hay quince leguas de Otranto á la Belona. Queria Barbaroja tentar á Brindiz, ó á Otranto, mas Pignatelo que deseaba efectuar su mal propósito los estorbó, diciendo que aquellas dos ciudades eran fuertes, y estaban con españoles, por lo cual debian de combatir primero á Castro que está dos leguas de Otranto.

Lufti mandó tomar tierra en Castro. Desembarcóse con los turcos Pignatelo, sacando algunos tiros. El señor de Castro que se llamaba Mercurin Catinara tuvo á Barbaroja temor, y con la revuelta que en el pueblo andaba, y por saber poco de guerra, y estar desapercibido, no se puso á resistir, y asi dió el lugar por las vidas y libertad que les aseguraban Basa y Pignatelo. Los del lugar holgaron del partido pensando que no les harian mal, como se lo prometian, por ser los primeros que se declaraban por franceses, y creyendo que venia Juan Foresio, embajador del rey de Francia, en las galeras, segun decian; mas quedó malo en la Belona, y murió alli. Los turcos saquearon el lugar, cautivando la gente sin respeto alguno de lo prometido.

Lufti Basa soltó al Mercurin diciendo que le pesaba de lo que habian hecho los soldados de las galeras hombres crueles y disolutos; mas que Soliman haria soltar cuantos alli se cautivaran. Y fue asi, que sabiendo el gran turco, hizo despues buscar en Corfu todos los de Castro, á los cuales envió libres, porque le tuviesen por humano y liberal, y que guardaba su palabra, las otras gentes de aquel reino. Justició tambien á los capitanes y personas que amotinaron á los soldados á

robar y cautivarlos, porque otros escarmentasen.

Pasaron asi mismo en palandrias, que son naos anchas, muchos turcos con caballos, que corrieron hasta Brindiz robando ganados y hombres. Hicieran sin duda mucho mas daño, si Scipion de Somaya, virey á la sazon de Calabria, no se lo estorbara con su gente. Aun se llevaron los turcos gran número de cautivos italianos aquel año, que fue el de 1537, (y quedará contado).

En fin del año diré lo que hizo Andrea Doria contra la armada del turco.

AÑO 1537

XVIII.

Muerte de Alejandro de Médicis.

Ocupado me han los hechos del turco y su cosario Barbaroja, sucedidos en el año de 1537, sin darme lugar á decir otros, que mas tocan á nuestras gentes en Italia, y otras partes de Europa. Comenzarlos he con luto y lágrimas, cuales las hubo en la desastrada muerte de Alejandro de Médicis primer duque de Florencia, y yerno del emperador, á quien mató malamente Lorenzo de Médicis deudo suyo, á seis dias del mes de enero de este año de 1537. El cual caso contaré (si bien no sea tan propio de esta historia) por el deudo que este desdichado duque tenia con el emperador por haber casado con su hija madama Margarita.

Pasó, pues, asi este abominable hecho. El duque Alejandro habiendo casado en Nápoles con madama Margarita, hija del emperador, volvió á Flo-

rencia, y comenzó á gobernar con tan buen término, y madura prudencia, que á satisfacion de todo el pueblo daba fuerzas á su nuevo estado, que si bien su edad no pasaba de veinte y seis años, el término que tenia en la administracion de la justicia y el ser apacible, oyendo á todos, y haciendo mercedes á sus propios enemigos, ganaba las voluntades (que por eso se dijo, que dádivas y buenas razones ablandan peñas y corazones), y parecian obras de un hombre cuerdo y maduro.

Lo que le hizo el daño que contaré, fue ser demasiado dado á mujeres, sin mirar á su honra ni salud. Andaba de noche rondando las calles, trababa pendencias muy peligrosas, todo por este negro vicio. Tenia un pariente casi de su edad, que se llamada Lorenzo de Médicis, que en estos pasos le acompañaba, ó por ser de su humor, ó por traerle por aqui el estado infeliz en que lo veremos. El talle, trage y semblante de este Lorenzo daban á entender quien él era, y los pensamientos malos que tenia, porque siempre andaba solo, el gesto cetrino y amarillo, la frente arrugada; hablaba muy poco, y á pocos. Estrañábase de todos andando por lugares apartados de la gente, con tan profunda melancolia, que unos se reian de él, y le tenian por loco, otros juzgaban que andaba maquinando algun terrible hecho. Y á mas que en Nápoles le habian visto tratar con los Strozis enemigos del duque, y hablar muy mal de él, y doblando la traicion decia á Alejandro lo que oia decir á los Strozis: de suerte que este traidor usaba trato tan infame y doble, tenia tan ciego al duque, y tan engañado, que si bien Pendulfo, un gran amigo suyo, le avisó de su mal trato, y Pe-

dro Strozis lo dijo en muchas partes, llamándole dos veces traidor, y que el duque sabia poco, pues se dejaba asi engañar, no aprovechó, si bien es verdad que el duque le hizo cargo de lo que de él decian: mas el Lorenzo sonriéndose respondió, que asi era lo que Strozi de él decia, pero que mirase como podia él ser espia doble, y avisarle de los secretos de sus enemigos, ni saberlos de ellos, sino era haciéndoles creer que era su enemigo, y que deseaba matarlo.

Con estas palabras quedó el duque satisfecho y libre de toda sospecha mala, que su hado iba en él ejecutando el triste fin que habia de tener. Ademas de ser espia doble, como Lorenzo de sí decia, serviale del mal oficio de tercero en sus deshonestidades, y en particular era este hombre inclinado á tratar con monjas, siendo un sacrilegio y pecado que tanto ofende á Dios, y que por maravilla dejan de tener fin desdichado los que en esto tratan.

Era tanta la familiaridad que entre ellos habia, que teniendo las casas vecinas, tenian abierta una puerta, para que todas las veces que Lorenzo quisiere, pudiese entrar al aposento donde el duque dormia, y tenian ambos llaves de esta puerta. Queria Lorenzo hacer su hecho sin peligro de la vida, para gozar, como él confesó despues, de la libertad que deseaba dar á su patria, matando al duque, quellamaba tirano: y asi, si bien se le ofrecieron hartas ocasiones, no quiso usar de ellas, hasta verse en la mas segura.

Moraba cerca de palacio una mujer principal y hermosa, pero honrada cuales deben ser las que son tales. El duque se aficionó grandemente á ella:

Lorenzo de Médicis haciendo su oficio dijo que él haria que aquella señora diese gusto al duque, y que podria él tener mucha mano para tratarlo con ella por ser deuda.

Aqui se determinó Lorenzo á efectuar la traicion que tenia pensada: asi, pues, á cinco de enero en la noche, despues de cenar, teniendo trazada la traicion se llegó á la oreja del duque, y mintiendo como traidor, le dijo que la señora haria su voluntad, y que aquella noche la habria con que de ninguno fuese vista ni sentida y que se le habia de dar lo que habia prometido. Luego el duque se levantó y como solia hacerlo se fue á la casa de Lorenzo de Médicis con el apetito de gozar lo que tanto habia deseado. Despidió los criados que asi lo pidió Lorenzo y el desdichado duque acostóse en la cama de Lorenzo para ir á casa de la dama, que segun habia dicho el traidor habia de ser á media noche, porque entre el postigo del palacio del duque y la puerta de la señora, no habia mas que una angosta calle.

Estando el duque esperando tendido en la cama díjole Lorenzo que se quitase la espada para poder reposar mas descansadamente. El duque lo hizo. Lorenzo de Médicis metió disimuladamente la pretina por la guarnicion como suelen hacer para que si el duque quisiese echar mano á la espada para defenderse no la pudiese desnudar fácilmente. Hecho esto díjole que durmiese hasta que él volviese á llamarle cuando estuviese todo á punto. Saliose dejando luz en la cámara y corrido el pabellon cerró la puerta tras sí que era de golpe.

Puesto todo en tal órden llamó un lacayo que se decia Escoroncolo á quien el mismo duque

habia librado de la muerte en que por sus delitos le habia la justicia condenado, y díjole Lorenzo que le cumpliese la palabra que le habia dado de ayudarle á matar un hombre principal, gran enemigo suyo, que no era menester mas que ánimo y no espantarse con su vista, porque el negocio se podia hacer sin peligro. El lacayo respondió animosamente, que por servirle no solo mataria un hombre principal, mas al mismo duque si se lo mandase. Entonces le dijo Lorenzo: «Muy bien has adivinado; él mismo es y aquí lo tenemos encerrado en esta cámara durmiendo.»

Luego abrieron muy en silencio la puerta y entraron llevando tambien consigo un mozo de caballos de Lorenzo, que porque andaba muy despacio llamaban Saeta á contrario sentido. Lorenzo echando mano á un puñal grande metióselo por las costillas al duque que estaba durmiendo. El duque con el dolor de la muerte echóse de la otra parte de la cama y andando á gatas metióse detras de la cama, y queriéndose levantar, Saeta le dió una cuchillada en el carrillo, y los demas viendo que animosamente habia tomado un banquillo y se escudaba con él, cercáronlo, hiriéndole con fieras y crueles cuchilladas. El duque rabiando como una fiera arremetió á Lorenzo de Médicis y llamándolo en voz tan alta traidor, que como consta del dicho de unas mujeres, se oyó en toda la casa, cogiole con los dientes el pulgar de la mano siniestra y quebróselo. Lorenzo de Médicis sintiendo gran dolor pidió que le ayudase Escoroncolo el cual degollando al duque lo derribó en el suelo muerto echando mucha sangre por la boca, y dándole otras muchas estocadas lo echaron en la cama sin que nadie de

toda la casa acudiese al ruido, porque Lorenzo de Médicis mucho antes, para engañar á los de su casa solia en aquella cámara luchar con sus amigos haciendo gran ruido con bancos rodelas y lanzas, todo para efecto que aunque este dia de la traicion hubiese ruido no reparasen en ello.

Tal fin tuvo el desgraciado Alejandro de Médicis y el casamiento de madama Margarita: no se logró mas las revueltas y alteraciones que hubo en Florencia; considérelas cada uno; yo las callo, pues las escriben muchos.

Al fin Cosme de Médicis aunque con harta contradicion se apoderó de Florencia y se valió de Francisco Sarmiento y de los españoles contra Filipo Estroci y otros contrarios de los Médicis vengó la muerte de Alejandro de Médicis y procuró siempre ser muy leal servidor del emperador y amigo de los españoles que le valió para conservarse en el estado y dejarlo firme á sus sucesores como ahora lo tienen y el emperador le confirmó el estado; y dióle el título de duque de Florencia guardando aun en muerte á Clemente la amistad y favor que le prometió viviendo.

XIX.

Gente francesa en socorro de la Teruana.

El primer dia de febrero de este año envió el rey Francisco gente para socorrer á Teruana y llegaron una noche tan oscura y tempestuosa, que sin sentir los imperiales su peligro entraron en la ciudad y poco despues entraron de la misma manera otros doscientos de á caballo. Habia cada dia esca-

ramuzas entre cercados y cercadores con igual pérdida de ambas partes ó poco diferente.

Estaban en Teruana caballeros nobles mancebos de honra y vergüenza que habian entrado de socorro, que ni sufrian estar ociosos ni á otros daban ventaja, y como ya les faltase la comida y pólvora envióles el rey de socorro por el mes de marzo al duque Ambaldo la Novelara con mil y doscientos caballos y mucha gente de á pie con bastimentos, pólvora y municion que les faltaba, llevando por guias los mas principales caballeros de San Juan, franceses, italianos y albaneses. Fueron á ponerse en la Salva Fau que es en la Bélgica, esperando los caballos que habian de venir de Teruana, los cuales como supieron la llegada del socorro vinieron luego saliendo del lugar de golpe y rompieron por el campo de los cercadores matando algunos pocos los imperiales que estaban por aquella parte y llegaron á juntarse con los que en la Salva esperaban. Sabido por el conde Reusio que estaba á la parte de San Audomaro que Anibal habia salido de la ciudad, púsole en celada ochocientos caballos cerca de Teruana.

Descabrieron los franceses la emboscada y echando por otra parte llegaron y entraron en salvo en la ciudad con toda la provision que traian: Reusio se volvió descontento á su puesto.

Quedóse Anibaldo en Teruana enviando la mayor parte de la caballeria á Monstreolio.

XX.

Varios encuentros y tomas de ciudades.

En el tiempo que pasaba lo sobredicho estando el rey Francisco en París en forma jurídica y acto público, procedió contra el emperador, condenándole en perdimiento de los estados de Flandes y otros dictados que antiguamente reconocian á los reyes de Francia como á soberanos señores, y los aplicó al fisco real, y condenó al emperador dándole por rebelde y desobediente todo á pedimento de su fiscal, que no hiciera mas si tuviera al César en la cárcel de París como él estuvo en la de Madrid.

Hecho esto juntando sus gentes nombró por capitan general del ejército á Mr. Ana Montmoransi que era un caballero muy lucido y vino á ser condestable de Francia. Este pues con todo su ejército partió contra Picardia que es una parte de los Paises Bajos ó Germania inferior tierra de los estados de Flandes y señorio del emperador. Llegó Montmoransi y tomó á partido una fuerza llamada Auchiaca; de ahí pasó contra la ciudad de Hesdin y púsose sobre ella. Los que dentro estaban la defendian y aun ofendian valientemente, mas no hallando seguridad en los muros ni asiento del pueblo, se retiraron á la fortaleza que la tenia grande el castillo.

Era alcaide por el emperador Sanfonio caballero noble de Namur y soldado de larga esperiencia señor de Borbeso. Tenia consigo quinientos soldados escogidos: era el campo del rey de mas

de veinte y cinco mil hombres. Miraron la fortaleza, más no hicieron efecto; batieron la porfiadamente y dieron con un lienzo del muro en tierra. Arremetieron luego á dar la batalla algunas banderas francesas; rebatiéronlos de tal manera, que dejando muchos y principales muertos en el foso, volvieron con mas furia huyendo que llevaron acometiendo. Murió en el combate Cárlos Buillo conde de Sajerra. Pero viendo los del castillo que no podian defenderse contra tanta multitud y sin esperanza de socorro, diéronse á partido, saliendo libremente con todas sus armas y ropa y entregaron al francés el castillo y ciudad de Hesdin, cosa que cuando el emperador lo supo recibió harta pena.

Pusieron los franceses guarnicion, pasaron contra San Pablo, y tomáronlo con la fortaleza, lugar que hasta ahora no habia reconocido rey ni señor. Mandó el rey fortificar este lugar, por órden y traza de Antonio Castelli su ingeniero, y porque nadie pudiese impedir la obra, estuvo el ejército francés á la mira en Pernesio. Poco despues tomó á Lillero, y le puso guarnicion. Tomó por fuerza á Venancia, ciudad puesta en una laguna; fue muy reñida y sangrienta la toma de este lugar. Hiciera lo mismo en Maraville, si Reusio no se adelantara con cuatro mil soldados, y seiscientos caballos.

Puso el rey en San Pablo antes de acabarse la obra y fortificacion á Juan Tutebilio, y á Mr. de Villaboni con dos mil infantes, y seiscientos caballos, y en el castillo puso á Reinero Pallierio, con mil soldados, los cuales todos habian de trabajar en la obra con los demas oficiales y obreros, hasta ponerla en perfeccion. De ahí volvió el rey á Dort-

lan, y despidió el ejército, salvo ocho mil alemanes, que Guillermo conde de Furstemberg gobernaba: al cual puso en Dortlan añadiéndole algunos caballos de presidio, para que pidiéndolo la ocasion socorriese á San Pablo.

Habia muy bien mirado Reusio la nueva obra llegando á reconocerla con mil y doscientos caballos hasta el pueblo, y en el mes de junio juntó en Lentsij la gente que pudo. Con el conde de Bura vino a San Pablo, y requirióles que abriesen las puertas al emperador su señor: los franceses que dentro estaban respondieron que en tomando á Perona ellos mirarian lo que habian de hacer. Decián esto burlándose de los flamencos, porque no habian podido tomar á Perona, y los tudescos que en el campo imperial andaban sufrian mal estas burlas. Batieron fuertemente la ciudad, y dando con gran parte de los muros en tierra, dieron señal de arremeter, y fue con tanto denuedo, é indignacion, que en el asalto volaban por las ruinas de los muros llevados de la cólera.

Resistian bien los franceses, estando porfiando á la bateria, unos por entrar, otros porque no entrasen. Dudosa la victoria, acometieron por la otra parte del lugar cinco banderas de imperiales, y no habiendo por alli la guardia, y gente que convenia, mataron veinte y cinco hombres, que guardaban aquel puesto, y entraron el lugar, y dieron por las espaldas en los franceses, que peleaban en la bateria; y como los imperiales que combatian de fuera entendieron que los suyos habian entrado la ciudad, apretaron fuertemente, y saltaron dentro matando sin misericordia á todos, no perdonando á soldado, ni capitan, salvo á Villabonio,

Bellayo, Laubino, Blerentarcio, y Jullio con otros algunos, si bien pocos, que dejaron con lás vidas, y pusieron en prisiones esperando grandes rescates.

El alferez de Jullio viendo que los tudescos entraban el lugar, de puro dolor quedó de manera que no sabia que hacer, y llevando la bandera pensando que huia para el pueblo se metió en medio de los enemigos, donde luego lo mataron: tanta fue la turbacion de su ánimo que no supo de sí, ni que camino llevaba. Otro caballero frances tuvo tanto temor que se le estinguió el calor natural, y cayó muerto súbitamente. Murieron en el lugar, y en la fortaleza cerca de cuatro mil y quinientos franceses que estaban de presidio sin los ciudadanos: los tudescos bravos no perdonaron á mujeres, viejos, ni niños; tan ciegos y llenos de furor entraron indignados por las palabras, que haciendo burla de ellos les habian dicho los franceses.

Despues de haber acabado la matanza, allá á la tarde mandó el conde de Bura, que trajesen ante sí los presos: estando con sus soldados en órden, envió á Villabonio á Grabelinguas; este, despues, dió por su libertad diez mil florines, Bellayo dió tres mil, y quedó por su fiador Mr. de Glayono.

XXI.

Prosigue la guerra en Picardia:--Treguas.

Como supo el rey Francisco, que San Pablo estaba en aprieto, envió á Ana Montmoransi con su hijo el delfin Henrico con una buena parte de su ejército, para que socorriesen. Supieron en el camino como era perdida, y la mortandad que se

habia hecho, y volvieron muy tristes para acudir á la defensa de otras plazas.

El conde de Bura quemó el pueblo, y arruinó el castillo hasta los cimientos: luego hizo recuento de la gente que tenia, y halló quince mil tudescos, ocho mil valones de infanteria, y ocho mil caballos flamencos, que era un campo muy poderoso.

Caminó con él á vista de Hesdin, y llegó á batir con la artilleria los muros de Monstreuli. Defendióla Mr. de Canaple, y desconfiando de poderse valer, dióse á partido de que á los naturales no se les hiciese daño, y que los soldados saliesen libremente con su ropa y armas, y entregó el lugar al conde de Bura.

A este tiempo acudieron los franceses á Teruana, y la abastecieron, temiendo que darian sobre ella. A 22 de junio llegó Henrico delfin de Francia con Montmoransi y su gente, á Ambiano. Marcharon á Fustembergue con la infanteria que tenia, y juntaron con estos otros cuatro mil hereges, que en las guerras de Dinamarca y Monasterio se habian hallado, de los cuales era capitan Nicolao Rustikio, que se llamó el Gibboso: los cuales juntos en Abbebila, mandó Anibal que metiesen en Teruana pólvora y algunos infantes arcabuceros.

Habia combatido el conde de Bura reciamente á Teruana, y maltratado los muros, y tenia la ciudad en mucho aprieto. Partió Anibal de Hedin con cuatrocientos escopeteros, y alguna gente de á caballo, llevando cada cual al cuello una talega de pólvora, los cuales entraron sin detrimento en Teruana, y Anibal quedó con los hombres de armas, que los franceses llamaban corazas, esperando y haciendo la retaguardia á los caballos, que fueron

en conserva de los soldados que entraron en Teruana. Pero estos con deseo de pelear y ganar honra contra el órden que se les habia dado, se trabaron con los imperiales que salieron á ellos, y hubo entre ellos una sangrienta escaramuza.

Mientras estos peleaban, otra banda de los caballos imperiales, por camino no usado ni pensado, fue para donde estaba Anibal sin imaginarlo él, y se le puso de cara acometiéndole furiosamente. Trabóse en dos partes la pelea sangrientamente llevando lo peor los franceses, porque los habian tomado las espaldas, y en lugares apretados y desiguales, por lo cual muriendo muchos, y otros heridos, desbaratados huyeron: Anibal perdiendo el caballo fue preso y con él Mr. de Pienna, conde de Vilars, y otros capitanes y oficiales de las compañías que no pudieron pásar el rio, que por aquella parte corre.

Cortaron la cabeza á un capitan llamado Capucenanzo, porque se habia pasado del emperador al rey Francisco. De esta manera se trataban los imperiales y franceses en Picardia, con tanta pérdida del rey Francisco, y honra de los flamencos, que les daban bien en que entender.

Despues de esto acudió el delfin Henrico con Mr. Montmoransi, que era como su ayo y maestro en la guerra. Traian consigo veinte y seis mil infantes, y mil y seiscientos hombres de armas, y dos mil caballos ligeros, para socorrer á Teruana y pusiéronse en un sitio fuerte entre Guinegata, y Teruana al rio Conclica, donde con dificultád se les podia hacer daño, ni sacarlos á pelear no queriendo ellos. De aqui miraban las ocasiones para socorrer á los suyos, y ofender á los contrarios.

Andando la guerra con tanto furor por estas partes á principio del mes de julio se pusieron treguas por tres meses entre flamencos y franceses, porque la guerra no servia de mas, que destruirse unos á otros. Trataron esta suspension de armas el duque de Ariscot con algunos del consejo de Flandes, Proyeto, presidente del parlamento de Paris, el gobernador de San Andres, y Nicolas Berterano secretario del rey, los cuales concertaron con estas condiciones: Que suspendan las armas ambas partes. Que se alce el cerco de Teruana. Que los daños que los unos á los otros hubieren hecho se satisfagan. Que los franceses saquen de Picardía la gente de guerra. Que los unos no reciban los fugitivos de los otros. Que las condiciones de estas treguas se publiquen en un mismo dia én cada uño de los reinos. Que el tiempo que duraren estas treguas no pueda el rey enviar. gente á la tierra, y lugar de San Pablo, ni ponerla en otro lugar fuerte. Que los vasallos de ambas partes puedan libremente ir donde quisieren, y tratar los unos con los otros. Que el rey dé paso seguro por Francia, para que dos caballeros con seis criados puedan pasar con despachos de la reina Maria en España, para tratar con el emperador de la paz, y esto cuatro dias despues de publicadas las treguas.

Publicáronse estas paces y condiciones á 31 de julio año 1537. Firmáronlas Henrico delfin de Francia, la reina Maria gobernadora de Flandes, Florencio Egmindio, el conde de Bura capitan general del ejército de los flamencos, el duque de Ariscot, Ana Montmoransi, y los consejeros que fueron en tratarlas.

XXII.

Retirase Humerio:--El marqués del Vasto toma á Quier.

Ya que dejamos en paz á los flamencos, y contadas sus guerras, si bien sumariamente con los franceses, volveré ahora por lo que se hizo en el Piamonte por muerte de Antonio de Leyba. Dió el emperador el oficio de capitan general, y gobernador de Milan á don Alonso de Avalos, marqués del Vasto, y de Pescara. Este valeroso caballero hacia su oficio con tanto valor, que con él se perdia el deseo, que se podia tener de los grandes capitanes sus pasados. La guerra andaba en el Piamonte, casi de la manera que he contado la de Picardia, siendo los sucesos tales, que se puede decir, que los daños y peligros de ambas partes fueron iguales: porque los capitanes queriendo ejercitar sus soldados, y que no holgasen en el invierno, y continuar la guerra, hicieron diferentes empresas, en las cuales tomaron algunos lugares de enemigos, ó los defendieron de ellos, con sangre y muertes, los lugares que cercaron y combatieron, y entrada la primavera el marqués de Saluzo habiendo tomado la Carmañola quiso combatir el castillo, que defendia Estéfano Balia Modanes, y un tiro que estaba asestado contra los de dentro, le mató pasándole la pelota de parte á parte. No pesó á muchos de su muerte, que esto ganan los que son bandoleros y tornadizos: los españoles loabanle de valiente capitan. El marqués

del Vasto en lo esterior mostró pesarle, mas entendióse de él que sentia otra cosa.

Rindióse la fuerza, y el marqués hubo á las manos al capitan Estéfano Balia, que la defendia mandóle ahorcar en venganza de la muerte del marqués de Saluzo, queriendo con tal sacrificio hacer exequias á su émulo. Con esto parecia, que los daños de ambas partes se igualaban, si bien no del todo, porque poco antes los franceses habian perdido al conde Anibal de la Nobelara caballero esforzado, y de noble generacion. Murió el conde en un lugarejo llamado Busca, porque dando de noche uno le acertó una bala de artilleria pequeña, que le quitó la vida.

Vino en este tiempo por general del ejército francés Humerio, ayo del delfin Henrico, aunque no muy á gusto de los capitanes del campo francés. Llegó á Aste con el campo, y si tuviera resolucion de combatir luego este lugar, lo tomara, porque los de dentro, vecinos y naturales, eran aficionados al nombre francés, por amistades que años atras, siendo súbditos de Francia, habian tenido.

Estaba en guardia de Aste con poca cantidad de gente don Antonio de Aragon; y el marqués del Vasto tenia gran cuidado de su peligro, porque don Antonio era mozo generoso, y rico, y no muy ejercitado en guerra, y miraba mas de lo que suele un buen soldado por su salud, y asi pedia con instancia al marqués que lo socorriese. El marques envió á Francisco Ruiz con mediana compañia de españoles, con que don Antonio cobró ánimo, y Humerio lo perdió con la esperanza de tomar el lugar. Determinó retirarse sabiendo

que se decia, pue el marqués juntaba gente para venir á pelear con él, y caminando fue fortificando la retaguardia con escogidos soldados, porque se creia que los imperiales viendo que se retiraban saldrian á dar en ellos, como lo hicieron, dando los imperiales en la retaguardia francesa. Paulo de Cherri, viendo que se metian animosamente, cercólos con su infanteria. é hiriendo á muchos, y matando algunos refrenó su furia y mató á Cola Toraldo, caballero napolitano, descendiente de linage español.

Humerio no siendo mas seguido de los imperiales fuese á Alba, y alojó su campo fuera de la ciudad. Lo cual sabido por el marqués del Vasto juntó un buen ejército de la infantería italiana y española, y fue contra los franceses con su campo, y se alojó cerca de Aste, entre dos monasterios, y mandó á San Severino príncipe de Bisignano, que era general de toda la caballeria, que estendiese todas las bandas, por la via del rio Tanaro, y que estando á punto de pelear enviase sus espias, y esperase lo que los franceses querian hacer.

El marqués viendo que Mr. de Humerio estaba quedo y mal obedecido de sus soldados y menos respetado de los capitanes (que es lo que mas destruye un ejército) con todo, como el campo francés crecia cada dia, dudando de la lealtad de algunos lugares, envió al rey don Fernando suplicándole enviase para la defensa del Piamonte dos legiones, ó regimientos de alemanes. El rey despachó luego á Federico Frustembergo caballero muy principal de Alemania con los dos regimientos ó legiones de alemanes, que bajaron por

las montañas de Trento con muy lucida caballeria de Baviera y de Augusta, deudos de señores alemanes.

Este Federico Frustembergo era hermano carnal de Guillermo Frustembergo que andaba en servicio del rey de Francia, pero de diferente condicion, talle y trato; y Guillermo mal cristiano; que como dice Paulo Jobio, ademas de hacerle ladron hasta robar el sueldo, ó paga de los soldados, ándaba á sueldo de un rey enemigo estrangero, en afrenta de la nacion alemana.

Juntáronse los alemanes con la gente del marqués del Vasto, que eran seis mil españoles, y cuatro mil infantes italianos, con muy buena caballeria. Viéndose Mr. de Humerio con la venida de los alemanes inferior en fuerzas y ánimo, y tan desigual á los imperiales, repartió su gente por los presidios y lugares, y puso en cada uno guarnicion bastante. En Quier puso á Azal natural de la Romania, hombre mas fanfarron que valiente, y dejó con él ademas de los soldados italianos dos banderas de gascones. En Quirasco puso á César Fregoso, en Alba á Julio Ursino. Fregoso aceptó el cargo que le daban con protestacion que él defenderia aquel puesto, si Mr. de Humerio cumplia como le prometió, de enviarle dentro de cuarenta dias cierta cantidad de soldados y bastimentos. Julio Ursino tambien se cargó de Abla, de mala gana, porque estaba mal reparada. Y enviando Humerio á Turin veinte y cinco mil ducados para pagar á los soldados, dejó libre al marqués, y señor en el Piamonte, volviéndose á su tierra con poca honra, y el marqués del Vasto dentro de pocos dias trajo todo el aparato de

su campo y artilleria á Quier para combatirlo.

Tenia el marqués veinte y cinco mil infantes, tres mil caballos y cuatro tiros gruesos, con los cuales á 30 de agosto cercó á Quier. Comenzóle á dar la bateria por la parte de los muros que cae á la iglesia de San Agustin, por ser por allí el muro mas flaco. Tenian los cercados hecha una trinchera por la parte donde los imperiales habian de entrar, y en el suelo habia encajados gruesos tablones y en ellos clavos con las puntas fuera muy agudas, para que los que entrasen se los hincasen por los pies. Ademas de esto habian puesto en lugares escondidos mucha pólvora y materiales secos, para que dándoles fuego se levantasen las llamas de manera que abrasasen á cuantos entrasen. Habian los franceses muy bien proveido la defensa, si la ejecucion fuera tal y tal el ánimo como fueron las palabras. Mas en comenzando á batirse, el muro, cayó una parte de él, tanta cuanta bastaba para poder dar el asalto. Luego los españoles dándoles el marqués señal, arremetieron, siguiendo los italianos y entraron en el lugar.

En esta animosísima arremetida Azal se hubo tan cobarde é ignorantemente, que ninguno de los suyos peleaba, ni él parecia en los lugares donde el peligro lo requeria y le obligaba; y así los imperiales pasaron sus trincheras sin que los clavos los embarazasen un punto, ni las demas invenciones de fuego, y los franceses fueron rendidos, presos, y muertos, y á Azal hallaron en un lugar poco limpio.

Al tiempo que los imperiales entraban en la ciudad, los gascones turbados y medrosos se metieron en un bestion, que el año antes habia hecho

el conde Anibal de Nobclara, y no osando parar alli queriendo huir, comenzaron á saltar en el foso de fuera que estaba sin agua. Los infantes alemanes que habian quedado fuera en órden, como vieron esto, cerraron con ellos y si bien se rendian, los mataron todos que fueron hasta trescientos. Todas las mujeres del lugar que habian huido á una torre con las joyas y riqueza que mas estimaban se rindieron. Saqueólas Diego de Arce maese de campo, el cual sospechando lo que fue y buscando donde habria mas rico saco, llegó primero que todos á la torre; los demas robaron como pudieron. Azal siendo traido ante el marqués, dió que reir á todos, pues habiendo hecho tantas prevenciones de ninguna se habia aprovechado. El pagó como cobarde y compró su libertad con gran suma de dinero.

XXIII.

Toma de Quirasco y Alba por los imperiales.

De Quier pasó el marqués á Quirasco y luego se le dió bateria y aunque fue por parte que parecia facil hacerla y dar el asalto, no salió asi por un hondo foso que habia lleno de lodo y de mala bajada y subida. Los soldados ardiendo por dar el asalto arremetieron; hízoseles harta resistencia y morian mas, aunque el marqués no era amigo de victorias sangrientas, sino que queria mucho la salud de sus soldados: la reputacion de quien era le obligó á persuadir en lo que esforzadamente habia comenzado. Reforzaba el asalto con gente que enviaba de refresco.

Los alemanes le pidieron licencia para arremeter, envidiosos de la gloria que los españoles é italianos ganaban en los asaltos. Con la competencia que habia entre estas naciones se avivó tanto la pelea cuanto era posible: mas los soldados de Fregoso por consejo de Pedro de Prato habian hecho aquella noche una trinchera encima del muro caido, de basura é inmundicias, que por ser blandas tragaban las balas, de manera que en aquel muladar quedaban sepultadas sin poder pasar adelante. Con esta nueva trinchera peleaban al seguro, rebatiendo á los imperiales con arcabuzazos, alabardas y picas, de manera que daban con ellos en el foso: finalmente, habiendo durado este bravo asalto algunas horas, quedaron muertos mas de doscientos, y fueron heridos mortalmente sobre quinientos, y entre ellos murió Vulcano Aleman mancebo valiente y atrevido, hijo de Guillermo Rocandolfo, capitan famosísimo. De los de dentro murió Livio, hijo del capitan Liviano, varon de famosos hechos, como queda visto. A este por ser de estremado valor, habia hecho Fregoso su lugar-teniente, porque él estaba muy enfermo de calenturas, y como supo su muerte turbóse tanto Fregoso, que viéndose tan enfermo y desconfiando de que Humerio le enviaria el socorro que habia prometido, porque ya era pasado el término que habia señalado para ello, y demas de esto hallándose sin pólvora y muy pocos bastimentos, determinó rendirse, si el marqués le otorgaba algun honrado partido.

De esta manera dentro de pocos dias Luis de Gonzaga, que estaba en el campo del marques y era deudo y amigo de Fregoso los concertó con bue-

nas condiciones, que el marqués holgó de aceptar doliéndose mucho de los buenos soldados que habia perdido, y temiendo perder otros, porque en Quirasco habia gente escogida y de honra que antes de rendirse habian de vender muy bien las vidas. Las condiciones fueron, que César Fregoso y los suyos pudiesen irse con su ropa, armas y banderas tendidas; pero que dejasen la artilleria y los mantenimientos con que el marqués pagase el trigo y que no se hiciese daño á los ciudadanos.

De esta manera César Fregoso acompañándole la caballeria imperial, llegó á Piñarolo y de allí fue á Francia á contar al rey como le fue en Quirasco.

Puso el marqués en guarda de Quirasco á Gerónimo de Sangro y en Quier á Fernando Lofredi, y al punto fue sobre Alba: reconoció el sitio y puesto de la ciudad y plantó la artilleria en la otra banda del rio Tarano. Batieron luego los muros por dos partes casi juntas, y dió órden que por la una arremetiesen los españoles y por la otra los italianos; los alemanes por ser pesados quedaron en guardia del campo. Quisieron decir que el marqués habia reprendido á los alféreces españoles porque en Quirasco con arrogancia se habian puesto en lugar de penachos, unas banderetas, diciendo que querian ir asi señalados por ser vistos en los mayores peligros y ser los primeros conocidamente y que despues no habian sido las obras como las palabras y que aqui en Alba pensaban mostrar que eran mas sus obras, que palabras. Los italianos se enojaron de que los españoles quisiesen para sí solos las honras; y el suceso de esta emulacion fue, que los italianos, que estaban cerca de

los españoles deseando igualarse con ellos arremetieron manadas á entrarse por la bateria, aunque no era muy grande. Esta loca presuncion fue causa de que muchos entrasen en la ciudad y de que los enemigos que estaban dentro y el ejército que estaba fuera, y asimismo el marqués, viesen derribadas de lo mas alto de los muros las banderas imperiales.

Fue muy reñido el asalto, en que de los italianos que por ganar honra se adelantaron, perdieron muchos las vidas peleando valerosamente: de una casamata se les hizo grandísimo daño. Mudó el marqués hacer señal de recoger para mudar la bateria por otra parte. Julio Ursino espantado de la multitud y osadia de los imperiales determinó retirarse y entregar el lugar á imitacion de Fregoso y casi con las mismas condiciones con que él salió de Quirasco, lo entregó al marqués.

Ganada Alba, el marqués se fue luego á echar sobre Pinarol con intencion de apretar con un largo cerco á aquel lugar. Es Pinarol una ciudad grande y estendida, fuerte por arte y naturaleza; no podia ser ganada con artilleria. Era capitan de esta ciudad, Francisco Ponteremio y tenia cinco mil infantes italianos: vió el marqués la dificultad que habia en quererla batir ni dar asalto y asi acordó cercarla apretadamente.

Estaba el rey de Francia en la ciudad de Leon recogiendo gente para venir contra el marqués del Vasto, que en menos de un mes le habia quitado tan importantes plazas, y envió á su hijo Carlos acompañado de caballeros de esperiencia contra los flamencos, porque las paces se acababan, y

le hacian ya guerra en Picardia por el sobrado esfuerzo y cuidado de la reina María, que gobernaba aquellos estados.

XXIV.

Vindicacion de los engaños de Paulo Jobio contra los españoles

He contado esta historia de las guerras del Piamonte de este año entre españoles y franceses, en la cual he ido sumariamente siguiendo unas relaciones de capitanes que se hallaron en ella: y antes de decir el poder con que el rey de Francia vino á socorrer los suyos, que fue grande, satisfaré respondiendo á algunos engaños de Paulo Jovio, que quiso él tenerlos por decir mal de españoles y tudescos, naciones que jamas este autor pudo tragar, en tanta manera, que por decir mal de ellos hizo su historia, si bien escrita con elegancia latina, en muchas partes falsa, engañosa, y sin tiempo, ni órden; por lo cual habré de repetir algo de lo dicho, pero será brevemente.

Dice en la toma de la villa de Caralle, (ó Carallo como él lo llama) que habiendo el marqués de Saluzo y los españoles vencido á Torresiano (que habia de llamar Torresian) el cual habia traido una multitud de villanos, y entrádose con ellos en Caralle, fueron entrados y vencidos por los españoles, é hicieron cruel matanza en los enemigos, porque el marqués Francisco les decia, que matasen hasta hartarse de aquella miserable turba. De lo cual habia sucedido, que gran multitud de hombres (alabándolo el de Saluzo) habian sido

muertos, si bien los tristes humildemente pedian merced de las vidas, cosa que jamas en lugar alguno hizo gente por bárbara y rabiosa que fuese, todo lo cual es falso. La verdad del hecho en Caralle fue de esta manera.

Torresian con once banderas de la infanteria francesa é italiana, se habia entrado en este lugar pareciéndole acomodado para el propósito que tenia. Y habiendo ido de Saluzo con cierta parte de la infanteria italiana y española, por comision del marqués del Vasto hácia la villa del Zendal, repararon en Caralle por verle ocupado, y fortificado de enemigos. Erró Jobio en decir que en esta sazon estuviese alli Torresiano (como él lo llama) porque ocupado el pueblo se habia ido á Turin, y aun de aquella vez pasó á Francia, y quedó alli por general, ó superior de aquellas once banderas, un italiano, calabres, que se llamaba Cola, y asi se sitió el lugar, requiriéndoles primero que se rindiesen: y no lo quisieron hacer, si bien es verdad (porque se diga todo) que se rendian, pero no con las condiciones que Francisco Saluzo queria, que eran en efecto que se diesen á discrecion suya. Y estando asi sitiados los franceses tomóse alojamiento en los burgos. Los franceses la noche antes que se perdiesen, echaron muchas alcancias de fuego sobre las casas del burgo, y quemáronse, hartas que eran de paja, y con la claridad del fuego hicieron muy gran daño en los españoles, tirándoles, como dicen, al terrero; pero al otro dia con solas dos medias culebrinas fue batido el pueblo, y dádole batalla por tres partes, por la una parte italianos, y por las dos españoles, y fue entrado y saqueado, y muerta mucha gente de los

enemigos, porque se defendian, y aunque no se defendieran fuera lo mismo.

Habia cierta causa para ello: los generales y gente de guerra suelen tener por cosa justa, querer castigar, cuando un pueblo, ó una fuerza no merece ser defendida, y quieren con obstinacion, sin embargo de la flaqueza de su fuerte, estarlo ellos demasiadamente, y no porque lo estan, sino porque lo quieren estar; no por ganar honra tampoco, sino porque estos tales son como los que desesperan y se matan, que dicen muy bien los teólogos que lo hacen de puro cobardes. Asi los semejantes de pura vileza, y de no dárseles nada de rendirse despues con afrentosas condiciones, y creyendo que no se les han de negar, porque otorgaran todas las que quisieren, atrévense á defender sin propósito y sin plaza que lo merezca: que cuando la hay muy justa es la defensa, y mientras mas flaca es la fuerza sobran demas esforzados en defenderla. Con todo esto no se castigan despues de rendidos los semejantes obstinados, sino cuando han hecho alguna matanza en persona ó personas señaladas, que merecian morir en otra batalla de mas tomo que en la que murieron: como fue de este caso de Carallo, que mataron aquellos de dentro el dia antes de su perdimiento á Cristóbal Arias sargento mayor del ejército, persona notable, y en grande manera amado de todos, y muy señalado por su antigüedad y valor, por el mucho tiempo que habia que servia en los ejércitos de S. M.

Asimismo fueron alli muertos algunos otros soldados muy estimados, y fuera bien que Jobio entendiera la diferencia que hay entre esfuerzo y

obstinacion, y de dos maneras de obstinaciones que hay en la guerra, como fue en la muerte del valeroso Garcilaso de la Vega, cuando unos pocos de villanos quisieron resistir la subida de una torre en la guerra y retirada pasada, y mataron aquel caballero merecedor (si la ventura quisiera) de otra muerte venida de otras mas nobles y esforzadas manos.

Con todo esto que está dicho, es asi, este dia (que Jobio no dice que fue á los 29 de enero del año de 1537, no fueron los muertos tantos como él lo encarece. Los que murieron fueron hasta mil hombres á lo largo, ó ciento ó doscientos menos en ejecucion de la victoria: todos los demas se escaparon, unos huidos por otras puertas del lugar, y otros rendidos. Y estos muertos, no sé yo por qué Jobio los asienta mas á la cuenta de los españoles, que á la de los italianos, pues unos y otros entraron en la tierra, que yo aseguro, que si ello se pudiera saber al justo, como se sabe á bulto, no se hallarian ciento muertos á manos españolas: pero no por eso digo que muriesen á las italianas, porque sé que la mayor parte de aquella gente que alli fue muerta, lo fue por los villanos del mismo pueblo, que andaban por las calles, ni mas ni menos que los soldados, matando á los que habian tenido de guarnicion, porque en solos diez y siete dias que alli habian estado habian cometido los franceses tantos insultos y escesos, y los italianos de la misma guarnicion tan abominables lujurias, que no se pueden escribir ni decir con palabras cristianas.

Asi los mismos villanos los abrian y los sacaban los higados y entrañas, y daban bocados en ellos

de pura rabia, dando voces que no lo hacian por hacienda que les hubiesen tomado (aunque se la habian tomado toda) sino por las otras maldades indignas de decirse, que contra ellos, y contra sus mujeres é hijos habian cometido. Y esto no es hablar al sabor de paladar, sino lo que pasó á la letra, y se puso por escrito: porque el conde Guido Rangon (general entonces en el Piamonte por Francia) escribió al marqués del Vasto sobre lo de Carallo, queriéndosela cargar, y diciendo que la guerra no se habia de hacer de aquella manera, ni con aquellas crueldades, y el marqués se descargó bastantemente de ello, y se averiguó por fees y testimonios lo que está dicho haber todo pasado asi como está contado, sino que al obispo le pareció buen propósito para llamar á los españoles de Carallo bárbaros y cruelísimos, y los otros epitetos de que los arrea: que si por crueldades cometidas en rendidos, y vencidos se hubiese de llamar lo del barbarismo, bien sé yo, y lo saben Francia y España, qué nacion es mas bárbara (si bien entren en ellos turcos é indios) que cuantas hay en la redondez de la tierra.

Al tercer capítulo de este libro donde cuenta el caso del Casal, pueblo y cabeza del estado de Monferrat, el cual en suma se rebeló contra el nuevo señor que el emperador les habia dado, y por órden y trato de un Guillermo de Viandra recibieron á Mr. de Buria con guarnicion francesa dentro, y pusieron el pueblo por Francia, diré: que sabido por el marqués del Vasto, que estaba á la sazon en Aste, fue luego allá, y peleando bravísimamente con los enemigos, tornó á ganár la tierra, (y ganóla á 23 de noviembre del año

de 1536) habiendo estado solo un dia (que fue el pasado 22 del dicho mes) en poder de franceses.

Llevó el del Vasto para esta jornada solo españoles, y llegó á Casal buen rato despues de salido el sol, y fue una de las bien reñidas cosas que acontecieron en toda aquella guerra, y de mas importancia, y adonde los españoles obraron muy esforzadamente. Porque habiendo recibido algunos de ellos en el castillo que estaba por imperiales, y otros por otras partes de la muralla, acometieron á escalavista al pueblo que estaba (especialmente la parte del castillo) fortísimamente guarnecido con cinco bestiones de demasiada defensa, y asi por todas partes fueron acometidos: y aunque en el principio fueron muertos algunos españoles, de doscientos que por la parte del castillo arremetieron en la primera batalla (y entre ellos don Gerónimo de Mendoza, maestre de campo, y don Hugo de Moncada, hijo de otro de este nombre, virey de Nápoles, y herido el capitan Jaen) salió luego de golpe toda la demas gente, y peleando valentisimamente con los enemigos, los hicieron desamparar sus fuertes, y fue entrado el lugar, y saqueado como Jobio dice, contándose por dichoso el Casal (aunque aquel dia fue desdichado) pues en virtud suya (ó no sé de quien) Jobio contó la batalla, que se le dió verdaderamente, sin que tengamos necesidad de añadir ni quitar sino dos ó tres pasos no de mucha importancia.

El primero es la cuenta en este caso de la puente que se quebró por pasar encima de ella un tiro de artilleria, que impidió el salir tan presto los soldados; y no fue asi, sino que los mismos ene-

migos pusieron fuego á la puente, que era de madera, y esta fue la falta de la puente, y no quebrada como Jobio lo cuenta. En lo que mas dice, que entrado el pueblo así los güelfos como los gibelinos (que es tanto como decir los imperiales y franceses), todos fueron presos y rescatados por los españoles, digo que se engaña, y que no cuenta fielmente lo que pasó, porque en diciendo uno que era del bando imperial, y averiguándolo ante el marqués del Vasto (que era fácil de averiguar) luego le mandaba soltar sin rescate alguno, si bien fuese prisionero del mas principal soldado, y así Mr. de Buria, superior de aquella empresa, y otros pocos franceses y güelfos, fueron solo los presos.

Por no olvidar lo pasado se le olvidaron al obispo dos cosas en esto de Casal, que ya que no acontecieron dentro del pueblo, acontecieron en torno de él en el mismo dia; la una fue, que en saliendo el capitan Malacarne (que así era llamado) con cien soldados, huyendo de Casal, cuando ya era entrado, yendo á la vuelta de Turin, topó con treinta soldados españoles en la campaña, y los treinta acometieron á los ciento, peleando ambas partes valerosamente. Estando así trabados acudió el capitan Luis Pizaño, que venia por la posta de Milan, y viendo lo que pasaba se apeó, y animando á los treinta de su nacion, hizo que la otra contraria fuese vencida, con muerte y huida de toda aquella gente. La otra es otro buen hecho de italianos: que en su olvido los quiso igualar con los españoles, que no es poco de espantar: y fue, que el mismo dia el conde Ludovico con un tal Alejandro Milanes, teniente del capitan Bilorto

con sus compañias italianas, fueron al paso del Pó, junto á la villa de Chivas, y deshicieron otra gran cantidad de franceses arcabuceros, que en aquel pueblo se habian recogido, y se iban cada hora recogiendo en Casal, y matando muchos y desbalijando á todos, no quedó francés (aunque se defendieron bien un rato) en toda aquella comarca.

En el principio de su cuento yerra grandemente en decir, que los daños de la guerra de este año fueron iguales entre ambas partes, que no sé como lo puede decir, porque desde el principio del año 37, hasta casi el fin de él, que el rey pasó los montes á socorrer sus cosas por su propia persona, y antes que esto en el fin del 36, nunca hicieron los imperiales, y su marqués del Vasto otra cosa, sino ganar plazas fuertes sin dejar al cabo sino dos ó tres á franceses, que fué Turin, Peñarol y Sabiñan, y no otra alguna. Con pasar esto así, dice que no se ganaron sino dos lugares de cada parte; y sobre todo, lo mejor que hace es contar á Arraconis por lugar ganado por franceses en la guerra de aquel año, habiéndola tornado á ganar luego los españoles, sin el cual pueblo de Arraconis ganaron los imperiales en aquel tiempo grande multitud de pueblos de importancia, sin los que poseian cada una de las partes, que no de todo se puede dar razon por menudo, pero diré algunos: Caralle, Linzo, Votillera, Carmenola, Parpalla, Reconis, que ya está contado, Casal de Monferrat, Cosal Graso, Ponterol, Cambia, Saluzo, Riba de Quier, Haye, Chivas, Moncalvo, Moncarel, Carrinal, Vigon, Caiban, Quier, Quierasco, Alba, y otros muchos.

Pero no vengamos á tratar sino de los particulares que Jobio trata: la toma de los demas lugares quédense para otros que tengan mas cuidado de no hurtar á los españoles ni á alguna nacion su gloria. Viniendo á lo de Carmenola, cuenta este autor, que se tomó el lugar y el castillo, fue muerto allí de una pelota de artilleria el marqués de Saluzo, para que acabando la vida acabase ya Jobio de decir mal de él, aunque en el paso de la muerte tambien lo hizo, y tanto quiso quedar debiendo al ánima del Saluzano, que (olvidando el oficio de obispo) acordó de decirle por responso que le habian muerto con razon, y otros males con que no pudo dañar el alma del marqués, sino á la suya. Para igualar la sangre pone por contrapeso de esta muerte la del conde Anibal de la Nobelara, no debiéndolos de emparejar, pues habia tanta desigualdad del uno al otro (hablo en estado y calidad) que no trató de otrá cosa, siendo en estas dos cosas muy aventajada la persona del marqués.

Dice que este conde fue muerto junto á un lugar llamado Busca, y dice la verdad: pero cáyala en lo tocante á este mismo negocio, por no contar sesenta glorias de sesenta españoles que defendieron aquel pueblo á Mr. de Humieres, y á todo el campo de Francia con ser el pueblo no muy fuerte. Pues sucedió que en aquesta tierra estaba un soldado español llamado Pedro de los Santos, que por causa de cierta enfermedad que tuvo cuando el emperador entró en Francia se quedó allí á curar, y habiendo recogido consigo sesenta españoles que he dicho, que iban á una correria hácia tierra del Delfinado (que parece que la ven-

tura los trajo por allí en aquel tiempo): sucedió que Humieres vino á sitiarlo, ó por mejor decir, á tomarlo y entregarse de él, porque por tomado lo tenia no habiendo guarnicion dentro: pero aunque le batieron y asaltaron, fue tan valerosamente de los sesenta defendido, que no les pudieron entrar en aquella batalla ni en otra que despues les dieron, haciendo aquellos pocos españoles una hazaña maravillosa, con que dejaron espantadas en aquel tiempo á todas aquellas comarcas, y en él despues á todas aquellas naciones que tuvieron noticia de aqueste caso. En las cuales dos batallas murieron, no solo el conde que Jobio dice, sino otros muchos capitanes y alféreces y personas de cuenta, y entre ellas un valeroso capitan (que cierto lo era) llamado Marcozo de Asculi, con otra grande cantidad de gente: y sobre todo perdieron dos banderas los franceses que quedaron en poder de los sesenta españoles, y llama con todo esto á Busca, lugarejo, porque se tenga en menos.

Acabado lo de Busca se volvió Humieres á Francia dejando muy principalmente guarnicion á dos lugares, que Jobio cuenta, que son Quier y Quirasco, Alba y Sabillan, de quien no se acordó al dicho autor: pero antes de esto habia puesto sitio á Aste de que hace mencion. Mas primero dice sobre cierto desafío de Carin de Gonzaga y César Fregoso, que solos los italianos, y no las naciones estrangeras tienen esta costumbre de desafiarse, ó como ellos los llaman, entrar en estacada, para concluir las diferencias, y debates de personas á personas. Estoy espantado de que se atreva un hombre á decir semejante cosa, esto en cuanto á los tiempos pasados; y en cuanto á los

presentes, pues por nuestros ojos, y cada dia se ve lo contrario, y se ha visto infinitas veces, y en su misma provincia de Italia donde en estacada combatian españoles para ventilar pendencias particulares, y cuán valerosamente hayan combatido muchos de ellos, no hay aquí para qué tratallo. Debía acordarse Jobio que él mismo escribió en la vida del Gran Capitan el combate de once españoles, y once franceses, y el de trece de esta nacion contra otros trece italianos. y no sé yo alguna generacion de gente que tenga la misma costumbre, que la que quiso aplicar Jobio á sola la Italia, en la cual confieso que se trata mas esto de particulares desafíos en campo cerrado, que en otra parte: lo uno por causa de la guerra ordinaria que suele haber en aquella provincia, y lo otro porque Italia está dividida entre muchos señores que tienen privilegio para dar semejantes campos, lo que no tienen otras provincias que no pueden dar autoridad á tales desafíos, sino son los reyes, y estos lo rehusan mucho, y con razon, sino es con gran causa, y para estorbar mayor mal. Acordárase tambien Jobio de cuantos libros habia visto escritos sobre estas materias en español y en otras lenguas, y que no es solo su duelo el con que nos pueda hacer fieros, ademas de que es cosa tratada en derecho, y tocada y declarada por los doctores de aquella profesion, para hacer solos italianos los grandes hombres, y solos ellos los únicos, y no otra nacion alguna de matarse por carteles en batalla particular. Y si no quiso creer al tiempo presente, fuera bien que creyera á todos cuantos ha habido, desde que Adan ó pocos tiempos despues fue echado del Paraiso: ninguna edad hubo

en que las naciones de aquel tiempo no combatiesen, singularmente con aprobacion del superior de la provincia. Debiósele ciertamente olvidar con meterse tanto en la historia, lo de la Sagrada Escritura, pues allí hallara aquel tan nombrado desafío de David y Goliat. Y si de esto se acordó y quiso disimular con la Sagrada Escritura, no se le debiera olvidar la historia, pues no se acordó del desafío de Codamano con el armenio, ni del Tito Manlio con el francés: ni del de Marco Valerio en la misma guerra, ni de otros infinitos; y en fin, como es notorio, todas las naciones han usado y usan, cuando hallan quien les de el campo, y más los españoles.

El desafiarse y matarse particularmente de persona á persona sobre injurias y agravios particulares hasta que últimamente el Concilio Tridentino lo ha reprobado y prohibido santísimamente, era cosa comun.

Pero volviendo á lo de Aste, es como Jobio dice, que el capitan general Humieres fue con su ejército, y lo sitió; y sin hacer cosa que lo valiese, se levantó de aquel cerco á diez de julio, habiéndolo puesto á siete del mismo mes, y á la retirada mataron muchos tudescos, que venian en la coronelía de Guillermo de Fuentenvergo, que quedaron aquel dia al retirarse de retaguardia. Todo esto le pareció á Jobio, que era bien callar con no ser italianos los muertos, y aun ojala lo callara, y no añadiera lo que no pasó, diciendo que Paulo de Cherri había refrenado la furia de los imperiales, habiéndola acrecentado.

En este negocio de Aste (porque no se me olvide) dice mas, que habia poca gente en Aste con

don Antonio de Aragon, y tiene en ello razon; pero en decir que sola media compañia de españoles con el capitan Francisco Ruiz le entró de socorro, porque aunque esto redundaba en alabanza de españoles, en cualquier negocio, y mas en los semejantes de historia se ha de contar la verdad á la letra. Asi digo, que los que entraron al socorro de Aste fueron muy buenos trescientos arcabuceros, y no con solo el capitan Francisco Ruiz (como Jobio dice) sino tambien con el capitan Luis Quijada, inducidos ambos capitanes para ello por Sancho Bravo, que por ausencia del marqués (que estaba en Milan, y vino luego por la posta cuando supo el caso de Aste) mandaba mucho en el ejército. Despues de esto el francés fue sobre Alba, y se apoderó de ella aunque duró poco en sus manos, que casi se puede decir, que con él estar en Alba nunca vió el dia.

Despues de todo, Humieres se volvió á Francia dejando bastantísima guarnicion en los lugares que poseia, y en cada uno de ellos una señalada persona, que son las que en principio de este capítulo contamos sumando el de Jobio. El marqués en este medio dejando otras muchas cosas que primero pasaron, por contar solamente las que trata Jobio fue con su campo sobre Quier, y llegó á él á 23 de agosto, y pasados ciertos requiebros primero entre él, y el caballero Azal, que tenia á cargo el pueblo, se asentó luego á la bateria, y se dió despues la batalla furiosamente acometida, y de la misma manera defendida: pero en fin, se entró la tierra, ganándola valerosamente los imperiales. Y es bien de notar, como Jobio en este paso contando otras veces cosas de menos

sustancia, no contó como el primero que subió á la bateria, y entró en el pueblo, fue un alférez de italianos que he dicho, y tras este alférez de italianos que he dicho, Juan de Solis alférez de Ruy Sanchez Vargas, el cual iba herido, y por eso no pudo subir con la ligereza que el otro, y luego en pos de este, Arce, alférez del maestre de campo del mismo nombre.

Pero vengámos á lo que apunta Jobio de que el capitan y maestre de campo Arce saqueó todas las joyas de las mujeres que se habian acogido á una torre. Dice la verdad en cierta forma, que algunas mujeres, no todas, como él cuenta, habiéndose alli metido, topó Arce con ellas, y se aprovechó de aquellas joyas. Ellas fueron muy dichosas en que fuesen españoles los que las hallaron, y no otra nacion de las que alli habia, lo cual si sucediera, bien sé que no fueran solas las joyas perdidas, sino que quizá tambien las personas: á lo menos yo certifico que si tardara en quitar las ajorcas, por despachar mas presto el negocio, les cortaran las manos y se hiciera otra cualquier carniceria para abreviar mas todavia.

Con ser estas cosas notorias y puestas en la plaza de las gentes que estuvo el mundo lleno de ellas, y de las crueldades, ó piedad de cada nacion, y de lo que cada uno en general, que de lo particular no hablamos, es inclinada, nos quiere pintar Jobio á pesar de nuestra naturaleza, por muy crueles y bárbaros, y con los otros galanes nombres de que nos adorna. Como si fuera algun gran mal, en un saco de un pueblo, tomado por fuerza de armas, tomar todo el provecho que viniese á las manos; pues por eso se llama saco, y con

este intento se entra en él con aquel rigor: aquel despojo en todas las guerras ha sido uno de los frutos de la victoria.

Dice tambien en este mismo negocio, que los demas soldados repartieron entre sí los barrios, y casas y las saquearon y prendieron á sus dueños, que les diesen dineros por su libertad; y dice la verdad: pero no en reprenderlo, porque esto es lo que se sigue de los vencimientos, y lo uno anda asido con lo otro, especialmente en los pueblos totalmente enemigos, como Quier lo era, porque no habia pueblo mas francés en el Piamonte, y con haber todos los otros lugares savoyanos recibido por fuerza ó de miedo guarnicion francesa, solos los de este pueblo hicieron una civil traicion (aunque nunca puede haberlo uno sin lo otro) pero esta lo fue civilísima, pues enviaron á buscar franceses, á quien entregarse contra su propio señor, y trajeron un trato con ellos para entregárseles como se entregaron en sus manos, entregando tambien á su pueblo á su devocion. Asi el marqués luego ganada esta tierra, mandó prender á Bartolomé de Cepo, principal persona de aquella villa, y despues de atormentado para saber de él cierto suceso de la conjuracion, lo hizo ahorcar ignominiosamente, y mereció mucha mas pena en esta cosa la gente de la tierra que la de guerra, porque esta última no tenia mas pena de que merece el vencido, y la primera merecia mucho mas por su traicion.

Pero dejemos á Quier tomado y saqueado á 26 de agosto, y vamos á Quirasco, para donde de allí á pocos dias partió el marqués, y puesta la bateria y no queriéndose rendir César Fregosio, á

cuyo cargo estaba el pueblo, se dió la batería y batalla bravamente, y fue gentilmente defendida por los de dentro, pero no con estos encarecimientos que Jobio hace, que son las mas cosas de él las ridiculosas, y que quitados sus encarecimientos no les queda cosa de sustancia. No hay en ello mas que decir, sino que este César sin esperar segunda batalla, se rindió á los 17 de setiembre, y desde allí el marqués con su campo y ejército fue sobre Alba, gobernada y á cargo de Julio Ursino, con bastante guarnicion que tenia dentro, como los demas que se habian tomado la tenian. Pero antes de esto le pareció á Jobio que era bien contar como los españoles se habian arrogantemente alabado en Quirasco, que habian de subir primero á la muralla que otra alguna nacion, y que despues no se habian mostrado tan animosos y que decian que lo que no habian podido hacer en Quirasco, lo habian de enmendar en Alba: que el marqués les reprendió esto, y que los italianos se enojaron de ver que los españoles querian para sí solos la honra.

Podemos pensar y sacar de todo esto que Jobio, por descargar á los de su nacion de una bandera que perdieron en esta batalla, y les fue tomada por los de dentro, y para otras desgracias bien grandes que allí les acontecieron, supo buscar una causa, diciendo que árremetieron habiendo ruin batería: de esta causa saca primero una ocasion, que es de haber querido los italianos aventajarse á los españoles, por lo que habian dicho, y que por esto les sucedió mal en el asalto de Alba, porque no haya cosa que se haga sin culpa de españoles.

Es el caso cierta y brevemente, que nada de lo que cuenta entre españoles é italianos pasó, ni tal se hallara. Lo que hay que decir en esto es, que la batalla se dió á los de Alba por españoles é italianos, y bravamente dada, pero con singular defensa de los de dentro, que tambien los mas de ellos eran italianos, peleando tan valerosamente ambas partes, que hartos ya de arcabuzazos, y de los otros instrumentos de guerra (enemigos de las fuerzas y valentias inventadas por el demonio, en este postrer tercio del mundo para destruccion del género humano) vinieron á las espadas y á los brazos unos con otros. En este trance y medio, fue la pérdida de la bandera italiana y otros desastres como este, que suelen andar pegados con aquel ejército de las armas: en fin, el pueblo fue defendido y no entrado. Pero visto por Julio Ursino que se le aparejaba otra segunda batalla, no la osó esperar, y así se rindió á los 23 de setiembre de aquel año de 1537, y el marqués, ganada la tierra puso guarnicion en Alba, y partió de aquel pueblo; dejando muerto en el combate de aquella tierra un harto buen soldado español y digno de memoria, que fue el capitan Jaen, con otros muchos españoles que murieron en aquella pelea. Con esto hace Jobio fin á las cosas del Piamonte dejándose de contar otras muy principales que antes y despues acontecieron.

Baste ahora saber que despues de esto, que solamente es lo que Jobio quiso contar, sucedió que el marqués fue á poner sitio y á apretar á Piñarol y á Turin, que eran dos plazas que solas con otras algunas ó pocas quedaban á los franceses, y teniéndolas bien apretadas, vino el rey de

Francia con ejército, socorro y mantenimientos, y sucedió todo lo que dejo contado, y asi el francés descercó y desapretó aquellos lugares, que estaban ocupados por él. Ademas de esto tomó á Moncaler; despues de lo cual llegó la nueva de las treguas hechas por las reinas de Francia y Hungría (de que Jobio dió cuenta antes que la diese de la guerra, de la cual habian sucedido estas treguas) y el rey se volvió á su Francia, dejando proveidos los lugares que estaban á su devocion: y el marqués asimismo, poniendo la órden y gente que convenia para los que el emperador poseia.

Con esto dejo de referir otros agravios que el obispo de Nochera apasionado hizo en su historia á las dos naciones tudesca y española, á las cuales dicen aborreció por el mal tratamiento que le hicieron cuando entraron en Roma con el duque de Borbon, año 1527.

XXV.

Admirables aprestos de Francisco I.

Diose tan buena maña, como hemos visto, el marqués del Vasto, que en pocos dias ganó en el Piamonte los mas fuertes lugares que tenian franceses, como fueron los que ya dije, trayendo á los capitanes franceses á términos de perder todo lo que en el Piamonte tenian, de tal manera que viendo que los españoles y demas imperiales les habian consumido y muerto los soldados, y comido los bastimentos, desesperaban de poder defender aun la ciudad de Turin, y escribieron encarecidamente al rey de Francia, que estaban

cercados de armadas, y con falta de trigo, que si no los socorria con tiempo, la hambre les haria dejar la tierra en poder de los imperiales. Dicen que el rey de Francia recibió estas cartas andando á caza, y que como las leyó, estuvo un rato suspenso parado el caballo, y que teniendo los ojos tesos, y trayéndose la mano diestra por la barba, fregándose con ella una vez y otra la frente y los ojos, suspiró gravísimamente, pero que volviendo luego con gran ánimo á pensar en lo que convenia, sin moverse de allí ordenó y trazó el socorro que se habia de hacer, con tanta firmeza y grandeza de ánimo, que en espacio de media hora escribió en aquel lugar todo lo que era necesario para esta jornada, en la cual queria ir en persona, y que llamando á sus caballeros, y principalmente a Mr. Ana de Montmoransi, estando asi á caballo, nombró con toda prudencia y raro discurso los hombres mas competentes para cada cosa, para que cada uno proveyese con suma diligencia lo que era necesario.

Era el rey Francisco, como ya he dicho otras veces, el príncipe de valor, capacidad, increible y presta memoria que se sabia existir en su tiempo: lo que aqui hizo fue una prueba manifiesta de lo que de él digo, pues sin bajar del caballo, ni mudarse del lugar en que estaba, en sola media hora de tiempo, trazó y ordenó cuantos y cuales bastimentos podria dar cada provincia de su reino, qué caminos y que rios eran mas fáciles y cercanos para llevarlos, de donde traeria caballos: finalmente, pareció á todos que tenia en su memoria medidos y contados los pasos y lugares de todo su reino, las navegaciones de los rios, y

donde había abundancia ó falta, de manera que puso harta admiracion; porque si bien muchos dias se consultara sobre ello, y llamaran á los que mas sabian del reino, no se pudiera trazar ni ordenar mejor, que cierto es la cosa que mas importa á un rey, porque si el rey no conoce su reino, ni sabe lo que tiene en él mas de lo que le quieren decir sus ministros y privados, no será rey sino los criados.

Sobre esto dije al católico rey don Felipe nuestro señor, que Dios guarde, que convenia que S. M. viese, y anduviese su reino, y supiese de quien era rey, qué puestos tenia, qué guarda en ellos, qué provisiones, qué justicia en las ciudades, y esto aun muy por menudo, que asi lo hacian los reyes sus pasados, y sabria el reino qué rey tenia, porque del conocimiento de las cosas resulta y nace, ó se engendra el amor. Si el ojo del señor engorda (como dicen) al caballo, y á un labrador, ó padre de familias le importa estar sobre su hacienda, y sino se la roban ó maltratan, ¿que habrá menester un príncipe á quien muchos de los que le sirven, sirven mas por el interés, que por amor?

Fue cosa notable, que con el buen órden que el rey dió, en pocos dias se juntaron tantos bastimentos, acudiendo con grandísima voluntad á servir al rey desde los montes Pirineos, y de las ciudades del mar de Normandía, que todos los rios que en Francia se navegan se hincheron de innumerables navios, y los caminos iban llenos de carros, que por una ladera de los Alpes se vieron subir pasadas de treinta mil bestias cargadas, en cuya defensa venia el rey, habiendo enviado delante á su hijo el delfin, y á Mr. de Montmoransi

con parte del ejército, dejando el rey para sí siete mil alemanes de Guillermo de Frustembergo, cerca de los cuales venian seis mil esguizaros y cuatro mil italianos: los demas infantes que llevaba eran gascones, y soldados escogidos de la infanteria ordinaria que habia en Francia. Todos los cuales llegaban á otro tanto número como eran los alemanes, esguizaros é italianos. Despues de esto venia toda la nobleza de Francia, y pasaron con tanto aparato y brevísimamente los Alpes. Partieron de Leon á 10 de octubre, el delfin con Mr. de Montmoransi delante, y el rey en su seguimiento.

XXVI.

Previénese el marqués sabiendo que el rey venia contra él.

El marqués del Vasto sabiendo la venida del rey, alojóse cerca de Montecalero, y envió delante á César Masio napolitano, y á Camilo Colona, romano, para que embarazasen los pasos de los montes y valles Susanos, por donde los franceses habian de bajar. Pero el delfin y Montmoransi, con un escuadron de caballeria de nobles si bien con trabajo apeándose de los caballos para quebrar los yelos, y poder andar sendas ásperas y estrechas, los acometieron con gran furia. De manera que los apartaron de aquellos pasos haciéndolos volver con pérdida á pesar suyo, y enviaron gente y bastimentos á Turin, que padecia gran hambre.

Luego bajó el rey con su gente por el camino de Susa y sin que nadie se lo estorbase, llegaron á un lugarejo llamado Vilana, donde un capitan

napolitano, que con pocos soldados estaba en guarnicion de una torre antigua, defendia con doscientos españoles el camino real, sin dar muestra alguna de quererse rendir. Enojóse Montmoransi, y pareciéndole que no era razon, que el rey pasase por camino que no estuviese llano y sin enemigos, amenazó al capitan, que si luego no se rendia le costaria la vida. Mandó batir la torre. Los de la torre se rindieron, y Montmoransi los ahorcó escepto al capitan, que lo asentó á sueldo del rey, porque no era español.

El rey pasó ganando algunos lugares, y provisiones por no haber guardado los capitanes lo que el marqués del Vasto les habia ordenado.

El marqués fortificó los lugares mas importantes, y aunque se veia con menos gente de la que el rey traia, pensó provocarle á la batalla. Y asi mandó á toda su caballeria, que una noche diese en el real de los franceses, y que los trajese á una emboscada donde tenia la infanteria, y principalmente la arcabuceria española, que suelen, cuando asi los despiertan, salir con mucha furia: pero el trabajo que los imperiales tomaron fue en vano, porque los franceses estuvieron cuerdos, y quedos sin querer salir de los alojamientos.

XXVII.

Treguas entre el emperador y rey.

Entendiendo la gente del emperador, y la del rey Francisco en fortificar los lugares con nuevos presidios de soldados y bastimentos, y el marqués del Vasto con mucho cuidado en considerar, y sa-

ber los fines del rey Francisco, y para donde enderezaba sus banderas, llegaron cartas al rey en que le decian como las reinas Maria, y Leonor, y Margarita hermana del rey á quien llamaban reina de Navarra, habian puesto treguas entre el emperador, casi con las mismas condiciones con que siete años antes habian apagado el fuego de esta maldita guerra. El rey holgó de ello, y luego Mr. de Montmoransi, envió á decir al marqués del Vasto las treguas que estaban hechas, y que brevemente tendria aviso del emperador, de las condiciones con que habia de cesar la guerra.

Trataron las reinas de concordar á los príncipes sus hermanos, y para poderlo hacer pusieron treguas desde este dia hasta 22 de febrero del año siguiente de 1538 y que cada una de las partes quedase con lo que al presente poseia. Publicáronse las treguas á 29 de noviembre de parte del emperador en Aste, y en nombre del rey en Carmagnola primer dia de diciembre. El marqués del Vasto holgó de ello, porque se veia falto de dinero y habíase de sacar de Lombardia, y llegábale al alma cargar tantos tributos en la tierra, y gente que lo sentirian gravísimamente. Era el marqués de generoso corazon, y poco codicioso, y deseaba conservar las tierras del emperador; lo cual se hace mejor con blandura que con rigor de tributos, ni injusticias.

Quiso el marqués hacer una cosa digna de quien él era, y fue ir á visitar, y hacer reverencia al rey que estaba alojado cerca de Carmagnola. Salió el marqués de su campo acompañado de la mas lucida gente que en él habia, todos caballeros, para que el rey viese las fuerzas y gentes en quien la

parte del César confiaba, porque los españoles (que son muy amigos de ponerse bien) llevaban muchos collares y cadeñas de oro, y otras galas cuales las suelen usar los bizarros soldados de esta nacion. Iba al lado del marqués el conde Federico Fustembergo, el cual viendo á su hermano Guillermo cerca del rey, mirolo con ojos y semblante airado, como á hombre que siendo aleman, y vasallo del emperador, servia contra su nacion al rey enemigo, que fue muy notada, y alabada la lealtad, y buen miramiento del conde. Puso el rey toda su gente en ordenanza en el lugar por donde habia de pasar el marqués, de tal manera, que le mostró todo su ejército en especial toda su infanteria.

Al tiempo que el marqués llegó hizo salva toda la artilleria, y acompañándole Montmoransi, el rey por honrarle le tomó en medio de sí, y del delfin su hijo, con tanta cortesia de aquel humanísimo príncipe que ganaba los corazones, y haciendo sus coroneles, y capitanes la misma honra á los del marqués, llegaron todos á besar las manos al rey, y á su hijo.

El rey habló largamente con el marqués, y trataron de las treguas, y de los límites que habia de tener, y guardar en el Piamonte: con esto se despidieron. El marqués se tornó á Milan, y el rey pasando los Alpes á Francia; envió el rey por su parte al cardenal Locace.

Fueron los secretarios del emperador, Granvela y Cobos, y el cardenal Juan de Lorena, y Ana Montmoransi su mayordomo mayor; el emperador envió á Granvela, y al secretario don Francisco de los Cobos comendador mayor, para tratar de las paces; pero no se concertaron, porque cada uno

queria lo que al otro no contentaba. Alargarónse las treguas por seis meses mas; esto es hasta 22 de agosto del año siguiente, para que en el interin con mas comodidad se pudiesen concertar.

Quiso el rey de Francia pagar á Mr. de Montmoransi sus servicios, y premiar su valor é ingenio, que lo tenia grande en todas las cosas de paz y de guerra, é hízole gran condestable de Francia, que es la mayor dignidad de aquel reino, como en España. Habia estado este oficio sin proveerse desde la ausencia del duque Carlos de Borbon, hasta estos dias que se dió á Montmoransi, y tuvo en ellos trabajos que adelante veremos cayendo en desgracia de su rey, por malos terceros, que con este peligro viven los que mas valen con ellos.

XXVIII.

Victoria naval de Andrea Doria contra los turcos.

Pues hemos acabado de contar los hechos de la tierra, y dejamos á nuestros príncipes medio conformes en ella, será bien acudir á los que se hicieron en el mar este año de 1537. A la fama de que el turco hacia la poderosa armada que dije, para venir contra Italia, fue Andrea Doria con las galeras á Mecina por mandado del emperador, que sabia los tratos del rey Francisco con Soliman; y sabiendo como ya el turco estaba en la Belona con su gente, caminó á Grecia, y supo en el camino, que la flota era partida tres dias habia. Llegó al Zante, y á la Chefalonia, teniendo aviso de siete esguizaros, y tres naos, que venian de Alejandria, habiendo ido de la Chefalonia á santa Maria, y tomado agua

en Fiquer, y hallando un genovés, que por entero le certificó de la flota y ejército del turco.

Volviendo á la Chefalonia tuvo el aviso de las naos, y esguízaros del genovés renegado, que venian cargadas de arroz, queso, bizcochos, y lino, y otras cosas del ejército del turco. Saqueó una nao veneciana, que traian unos judios con escarlatas, cariseas, y otras mercaderias, y á la postre topó cerca de Cabo-blanco de Corfu los esguizaros que buscaba, estando él en calma. Tomólos sin pelear, porque los moros, que serian hasta trescientos, no se pusieron en resistencia, pensando que aquellas galeras fuesen de turcos, ó venecianos. Quemó aquellas diez naos, y luego dos galeras turquesas de Junosbey, que dieron al través, huyendo de otras venecianas, como despues diremos.

Supo de unos griegos que andaban en una fragata que estaban en las islas Merleyas doce galeras: fue á ellas remando toda la noche, paró á que descansase la chusma, y á empavesar las galeras, dos leguas antes de llegar á ellas; caminó luego antes del dia, guiado de las linternas, pues cada una llevaba la suya.

Venian los turcos tierra á tierra por descabullirse, aunque algunos dijeron que por pelear mas á su ventaja: como se juntaron al son de las trompetas y clarines, dispararon los cañones de crujia, y los otros tiros, entraron recio unas con otras, yendo á boba arrancada, que con los truenos y encuentros, y grita no se entendian unos á otros. Combatieron mas de una hora con arcabuceros y espadas valerosísimamente, y asi fue muy sangrienta la pelea, si bien desigual, pues

eran de doce á treinta y cinco, porque los genízaros y espaques, ó espais, guarda escogida del turco, que son hombres de á caballo, quisieron morir peleando antes que rendirse á sus enemigos, y cuando mas no pudieron echaron á la mar sus finas cimitarras, porque no las hubiesen los cristianos: otros yá vencidos del todo se arrojaron al água, pensando escapar la vida, pero tambien murieron á manos de Cimarotes, asi que pocos de ellos, ó como dicen, quinientos fueron presos.

No se alegró mucho Andrea Doria con la victoria, como pensaban, por perder doscientos y cincuenta hombres, y quedar herido Antonio Doria en la rodilla izquierda, y otros muchos. Echó á fondo las galeras cascadas, y remolcando las otras, se traspuso al otro Cabo-blanco de Corfu, por huir de algun peligro; y como entendió que Barbaroja le venia buscando con ochenta y mas galeras tomó la vuelta de Sicilia, y entró en Mecina triunfando.

XXIX.

Deja Soliman la guerra contra el César: — Trátase de los volcanes de Italia é Islandia.

Halló mas dificultosa Soliman que pensára, la guerra de Italia, ni que le dijera Barbaroja, que se la habia facilitado: porque ni los pulleses se removieron, ni alteraron, ni el rey de Francia acudió como habia prometido, ni Barbaroja encerró á Andrea Doria, antes él afrentó su armada en tomar delante de sus ojos los esguizaros y galeras que contamos.

Scipion de Samaya echó los turcos de á caba-

llo que corrian la tierra de Otranto, aunque llevaron sus palandrias llenas de hombres, ganado, y ropa. Don Pedro de Toledo, que en este tiempo era virey de Nápoles, proveyó bien los castillos de Pulla y Calabria, juntando otra mucha gente de á pie y á caballo. Asi tambien el Papa hizo ejército para defender sus tierras, y para socorrer las del emperador, siendo menester. Volvió el turco las armas y enojo contra venecianos, dejando al emperador, á causa que habian acogido en sus puertos á Andrea Doria, dándole bastimentos, y avisándole con fragatas de cuanto hacia su armada, en lo cual mostraban estar de secreto aliados con el emperador, que asi se lo afirmaban Barbaroja, Ayas, Basa, y otros. Y sin esto, porque siendo amigos, Alejandro Contarino, con seis galeras echó á fondo cerca de Otranto dos galeras que andaban desmandadas de su flota, porque no amainaron como debian, segun costumbre de marineros, ni le saludaron con la artilleria, ni de palabra. En las cuales dos galeras se ahogára Ustan, alcalde de Galipoli con doscientos genízaros: y porque tambien Gerónimo Pesaro corriera otras dos galeras, que despues quemó Andrea Doria, como dije, en que iba Junosbey, gran dragoman, ó faraute, á Corfu á demandarle satisfaccion, como á capitan general de una nave turquesa, que los suyos anegaron, por no amainar.

Parece que Junosbey cayó en manos de albaneses, que le rescataron en muchos dineros, matando los demas turcos que pudieron coger, y por eso procuraba encender la ira del turco Soliman contra venecianos: Barbaroja asi mismo por apartarse de Italia y de Andrea Doria, porque no le

sucedia como al gran turco habia dicho, pintado, y prometido.

La guerra que hubo entre turcos y venecianos en Corfu, no toca á esta historia, mas de tratar de los deseos santísimos que el papa Paulo III tuvo de concordar al emperador y rey de Francia, y hacer una liga general de todos los príncipes cristianos contra este enemigo tan poderoso, y contra los herejes de Alemania, donde algunos de Gueldres llamaron á Guillen de Cleves, porque los queria dar el duque Carlos al rey de Francia, que lo uno y lo otro era en perjuicio del emperador.

Por este tiempo se trataba muy de veras la paz entre el emperador y rey de Francia, mas el demonio enemigo de ella ponia los estorbos que con su sobrada astucia podia. Pensando el emperador, que tuviera efecto, habia enviado á llamar al condestable de Castilla, para acompañarse de su persona en las visitas que se concertaban con el rey; y á 14 de enero de 1538 le escribió diciendo, que no habiendo sucedido la plática y trato de la paz con el rey de Francia, como por ahora no sucedia, cesaba el efecto, para el cual le habia rogado que se llegase á Barcelona, para hallarse con su persona, en caso que sucediera, y que siendo justo escusarle de este trabajo que con la buena voluntad que en cosas de su servicio siempre habia tenido, acertara satisfaciéndose de ella, como si se hubiera puesto por obra, le mandaba que por ahora dejase la jornada para Barcelona, reservándose para cuando fuese menester, que cuando fuese necesario seria avisado. De suerte, que conforme á esta carta por este tiempo, que era fin del año 1537 y principio del de 1538 no

tenia el emperador esperanzas de paz con el rey de Francia.

A 19 de octubre en Valladolid parió la emperatriz un hijo, á quien llamaron Juan, estando el emperador en las cortes de Monzon. Duró poco tiempo el gozo de este infante, porque en el mes de marzo del año siguiente murió en Valladolid.

Tuvo el emperador cartas de un incendio grandísimo que este año hubo en Sicilia, que pensaron ser perdidos los de aquella isla. Echó de sí el monte Etna, que debe de ser de piedra azufre, una pella grandísima de esta masa, no de golpe, sino poco á poco, que el fuego la iba llevando, y echándola sobre los campos, y lugares vecinos; de suerte, que abrasaba los montes y términos, volviéndolo todo en ceniza. Mató infinitos hombres y ganados: era tan grande el humo encendido en fuego, que este gran monte de sí echaba, que se veia muchas leguas con miedo de todos los isleños. La razon natural que dan los filósofos de estos incendios, es, que Sicilia es tierra porosa, y muy llena de mineros de piedra azufre, piedra alumbre, fuego y agua, y otras cosas que son materia dispuesta para el fuego, y asi se hallan en esta isla muchas fuentes calientes, y salobres: y como sea natural al fuego subir estando violentado dentro en la tierra, busca por donde salir, y asi brotan los incendios, buscando caminos para respirar, y algunas veces sale con tanta violencia y fuerza, que levanta en las nubes grandes peñascos, tierra, y arena: de suerte que se vive con peligro.

Escribe Trogo lib. 4.º diciendo esto, y otras cosas á este propósito de Sicilia, y Estrabon dice, que estuvo en lo alto del monte Etna, y que lo

miró todo con curiosidad. Entienden algunos, que este monte y otros semejantes son bocas del infierno, y cárceles penales donde Dios atormenta las almas de los dañados, como otro monte Hecla, que es en Islandia, isla del mar Océano, en el cual hay grandes y profundas bocas, que no se les halla suelo, que echan de sí fuego, ceniza, carbones, y fuego es tal, que se abrasa y consume el agua, y no la estopa. Vense allí los espíritus de muertos, que en figuras pías de sus cuerpos hablan con sus conocidos: de manera que los que saben que son muertos, piensan que son los mismos, y rogándoles que se vengan con ellos los que son deudos ó amigos, dicen con grandes gemidos que van al monte Hecla, y luego desaparecen. Oyense en este monte grandes y dolorosas voces, como de personas que padecen con tormentos. No cuento patrañas, si no lo que dicen graves y santos doctores, y quien de veras se considerare aquí, será mas que ciego si pecare.

Este año de 1537 hubo cortes en Valladolid, y el emperador mandó labrar nueva moneda de oro, y fué la que llamamos escudos, bajando dos quilates la fineza del oro de la moneda que llamaban nobles.

FIN DEL TOMO SESTO.

ÍNDICE

de las materias contenidas en este sesto tomo

LIBRO XX.

AÑO 1532.

AÑO 1533.

LIBRO XXI.

AÑO 1534.

LIBRO XXII.

AÑO 1535.

LIBRO XXIII.

AÑO 1536.

AÑO 1537.

FIN DEL INDICE.



